

A. DUMAS

LA

SAN FELICE

NOVELA

TOMO 2

BIBLIOT. UNIV.

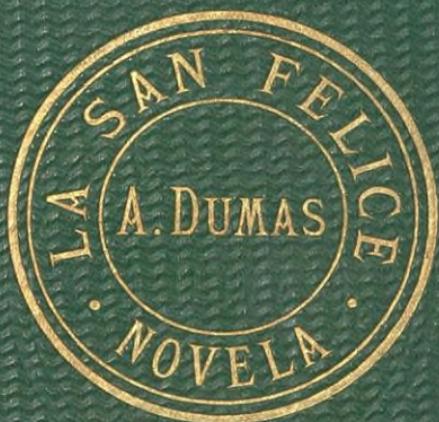
EST. *43.*

TABLA *9<sup>a</sup>.*

N<sup>o</sup> *18.*

ARTES Y OFICIOS

A. LEDOUX



LA SAN FELICE  
A. DUMAS  
NOVELA



~~397~~

Feb. 3/85.

8846

43-9<sup>a</sup> n<sup>o</sup> 18.

LA MEMORIA CABERNA

LA

SAN FELICE

LA CASA DEL BARRIO

II



# LA HERMOSA GABRIELA

Novela por AUGUSTO MAQUET

Traducida por FLORENTINO VALENS.— Un lindo tomo en 4° á 2 columnas (918,400 letras), con 15 grabados en el texto.



# LA CASA DEL BAÑERO

Novela por AUGUSTO MAQUET

Continuacion á la *Hermosa Gabriela*, traduccion de SAENS DE URRACA.—Un lindo tomo en 4° á 2 columnas (532,600 letras), con 8 grabados en el texto.

8846

447-9628

LA

# SAN FELICE

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS

TRADUCCION

DE FERNANDO GARRIDO

---

TOMO SEGUNDO



---

PARIS

ABEL LEDOUX, EDITOR

RUE DU CERCHE-MIDI, N° 76

LIBRERIA DE F. BRACHET, RUE DE L'ABBAYE, N° 8

1865

Reproduccion prohibida.

LA  
SAN FELICE

UN ROMAN

PAR ALEXANDRE DUMAS

DE FERNANDO GARRIDO

TOME DEUXIEME

PARIS  
A. LEBLANC, EDITEUR

10, RUE DE LA HARPE

LIBRAIRIE DE LA HARPE, 10, RUE DE LA HARPE

1865

MAISON FONDÉE EN 1763

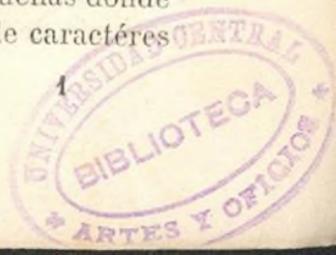
# LA SAN FELICE

---

## I

### GIOVANINA.

Deben haber observado nuestros lectores el cuidado con que les conducimos al través de un país y por entre personajes que les son desconocidos, con objeto de conservar á un tiempo á nuestra relacion toda la firmeza del conjunto y la variedad de los detalles. Esta preocupacion nos ha arrastrado naturalmente á ciertas ampliaciones que no se volverán á reproducir ahora que, ménos algunas individualidades que hallaremos al paso, todos nuestros personajes han entrado en escena, y en tanto que nos ha sido posible han manifestado su carácter por la accion misma. Por lo demás, nuestra opinion es que la ampliacion ó la brevedad de una materia no está sujeta á medida; ó la obra es interesante, en cuyo caso parecerá corta al público, aunque tenga veinte volúmenes, ó es fastidiosa, y aunque solo tenga diez páginas, el lector cerrará el librô y lo arrojará léjos de sí ántes de haberlo concluido. Por lo que hace á nosotros, debemos decir que nuestras obras mas largas, esto es, aquellas donde hemos podido desenvolver mayor número de caracteres



y de acontecimientos, son las que mas han gustado y las que con mas avidez han sido leidas.

Nuestro relato continuará pues entre personajes ya conocidos del lector, y á cuyos caracteres no faltan mas que algunas pinceladas. A primera vista parece que nos hemos estraviado por seguir á Roma á nuestro embajador y al conde de Ruvo; pero volviendo á Nápoles ocho dias despues de la salida de Hector Caraffa para Milan, y del ciudadano Garat para Francia, se reconocerá que ha sido necesaria esta digresion.

Así pues nos volvemos á encontrar, cerca de las diez de la mañana, en el muelle de Mergellina, que estaba lleno de pescadores, lazaronis y toda clase de gente del pueblo, que corrian, revueltos con los cocineros de las casas principales, en direccion del mercado que acababa de abrir enfrente de su casino el rey Fernando, el cual, vestido de pescador, en pié tras de una mesa llena de pescado, vendia su propia pesca. Aunque preocupado por los asuntos políticos, y á pesar de la expectativa en que estaba de recibir respuesta de su sobrino el emperador y de la dificultad que encontraba en descontar rápidamente los veinte y cinco millones del empréstito suscrito por sir William Hamilton y endosado por Nelson en nombre del ministro Pitt, el rey no habia podido renunciar á sus dos distracciones favoritas: la pesca y la caza. El dia anterior habia cazado en Persano, y á la siguiente mañana pescó en Posilipo.

Entre la muchedumbre que atraida por este espectáculo frecuente, aunque siempre nuevo para el pueblo de Nápoles, atravesaba el muelle de Mergellina, tentados estamos de contar á nuestro antiguo amigo Miguel el Loco, quien (apresurémonos á decirlo) no es el Miguel Pezza, á quien vimos trepar por la montaña despues del asesinato de Peppino, sino nuestro Miguel que, en lugar

de continuar atravesando el muelle como los otros, se detuvo en la puertecilla del jardín que ya conocen nuestros lectores. Verdad es que de pié en aquella puerta, apoyada en la pared y con la mirada perdida en el azul del cielo, ó por mejor decir, en la vaguedad de su pensamiento, se hallaba una jóven cuyo papel secundario no nos ha permitido hasta ahora concederle mas que una atención tan secundaria como su papel. Era Giovana ó Giovanina, doncella de Luisa San Felice, llamada comunmente y por abreviación Nina.

Esta jóven es uno de los tipos particulares que se hallan entre los campesinos de los alrededores de Nápoles, especie de híbrida humana, que causa admiración encontrar bajo el ardiente sol del Mediodía.

Nina es una jóven de diez y nueve á veinte años, de mediana estatura, aunque mas bien alta que baja, de esbelto talle y bien proporcionadas formas, y que por la proximidad de una mujer distinguida, ha tomado un gusto por el aseo, raro entre la clase del pueblo á que pertenece. Sus cabellos, muy bien cuidados y recogidos atrás con una cinta azul celeste, eran de ese rubio encendido, que semeja á las llamas que revolotean sobre la frente de los ángeles malos. Su tez era de un blanco mate sembrado de manchas encarnadas, que ella procuraba desvanecer con los cosméticos y esencias que tomaba del tocador de su señora. Tenia los ojos verdosos, que se tornasolaban como los de los gatos, y su pupila se contraía como la de éstos. Pálidos y delgados eran sus labios; pero la menor emoción los volvía de color de sangre. Cuidaba con extraordinario esmero sus dientes, que eran perfectos, y estaba tan orgullosa de ellos, como pudiera estarlo una marquesa. Sus manos, en que no se veían las venas, eran blancas y frias como el mármol. Hasta la época en que la hemos dado á conocer al lec-



tor, habia parecido muy adicta á su ama, sin que nunca le diera mas motivos de disgusto que los que provienen de la ligereza de la juventud y de un carácter que aun no está formado. Si la bruja Nanno hubiera estado allí y examinara su mano, como lo habia hecho con la de su ama, diria que, al contrario de Luisa, nacida bajo el feliz influjo de Venus y de la Luna, Giovanina habia nacido bajo la mala conjuncion de la Luna y de Mercurio, y que á esto debia los sentimientos de envidia que algunas veces le oprimian el corazon, y las aspiraciones ambiciosas que agitaban su alma.

En resúmen, Giovanina no era lo que puede llamarse una mujer hermosa ni una linda jóven; pero era una estraña criatura que atraía y fijaba las miradas de muchos jóvenes. Sus inferiores ó sus iguales habian parado en ella la atencion; pero ella nunca respondió á ninguno; su ambicion aspiraba á elevarse, y habia dicho veinte veces que preferiria quedarse soltera toda su vida á casarse con un hombre inferior ó igual á ella en condicion.

Miguel y Giovanina eran antiguos amigos, y durante los seis años que esta última llevaba en casa de Luisa San Felice, se habian visto muchas veces. El mismo Miguel, seducido como los demás jóvenes por la rareza física y moral de la doncella, habia intentado ganar su corazon; mas ella esplicó sin rodeos al jóven lazaroni que nunca amaria mas que á un *signori*, aun á riesgo de verse despreciada por su amante.

Miguel, que de todo tenia ménos de platónico, oyéndola explicarse de esta manera, le dijo que le deseaba toda suerte de prosperidades, y cortejó á Assunta, que no teniendo las pretensiones aristocráticas de Nina, se contentó muy bien con Miguel; y como el hermano de leche de Luisa, á parte de sus opiniones políticas un tanto exaltadas, era un buen muchacho, en lugar de

guardar rencor á Giovanina por su desaire, le pidió su amistad y ofrecióle la suya. Méenos pretenciosa en amistad que en amor, Giovanina le tendió la mano, y la promesa de una sincera amistad se trocó entre el lazaroni y la doncella.

Por esto, en lugar de continuar su camino hasta el mercado real, Miguel, que probablemente venia á hacer una visita á su hermana de leche, viendo á Giovanina pensativa en la puerta del jardin, se detuvo.

— ¿Qué haces ahí mirando al cielo? le preguntó.

La jóven se encojió de hombros.

— Ya lo ves; sueño despierta.

— Yo creía que solo las grandes señoras soñaban así, y que nosotros nos contentábamos con pensar; pero se me olvidaba que si no eres gran señora, esperas serlo algun dia. ¡Qué lástima que Nanno no haya visto tu mano! Probablemente te habria pronosticado que serás duquesa como á mí me ha dicho que seré coronel.

— Yo no soy una gran señora para que Nanno pierda el tiempo en decirme la buenaventura.

— ¿Acaso soy yo un gran señor? Sin embargo, me la ha dicho. Verdad es que probablemente seria por burlarse de mí.

Giovanina hizo con la cabeza un signo negativo, y dijo:

— Nanno no miente.

— ¡Entónces me ahorcarán!

— Es probable.

— ¡Gracias! ¿Y por qué crees que Nanno no miente?

— Porque ha dicho la verdad á mi señora.

— ¡La verdad!

— ¿No le hizo el retrato del jóven que descendia de Posilipo? Alto, hermoso, jóven, de veinte y cinco años de edad..... ¿No le dijo que le espiaban primero cuatro y



despues seis hombres? ¿No le dijo que este incógnito, á quien hemos conocido despues, corria un gran peligro? ¿No le dijo, por último, que seria una felicidad para ella que este jóven fuese asesinado, porque si no lo era lo amaria, y este amor ejerceria un funesto influjo sobre su destino?

— Bien, ¿y qué?

— ¿Y qué? Me parece que todo eso ha sucedido. El desconocido venia de Posilipo, era jóven, hermoso, tenia veinte y cinco años, seis hombres le seguian y corria un gran peligro, puesto que fué mortalmente herido en esta misma puerta. Y por fin, continuó Giovanina con una imperceptible alteracion en la voz, como la prediccion debia cumplirse y se cumplirá en todas sus partes, la señora le ama.

— ¿Qué me cuentas? ¡Cállate!

Giovanina paseó una mirada en torno suyo y preguntó:

— ¿Crees que alguien nos escucha?

— No.

— Entonces, continuó Giovanina, ¿qué importa? ¿No eres tú adicto á tu hermana de leche como yo lo soy á mi señora?

— Sí lo soy; á muerte y á vida. Bien puede gloriarse de ello.

— En ese caso, algun dia tendrá necesidad de tí, como ya la tiene de mí. ¿Qué piensas que hago yo en esta puerta?

— Ya me lo has dicho; mirabas al cielo.

— ¿No has encontrado al caballero de San Felice en tu camino?

— Sí, en las cercanías de Pie di Grotta.

— Yo estaba aquí para ver si volvia atrás, como hizo ayer.

— ¡Cómo! ¿Se volvió? ¿Sospechará algo?

— ¡El, pobre señor! Mejor creeria lo que el otro dia no queria creer, que la tierra es un pedazo desprendido del sol por el choque de un cometa, que no que su mujer le engañe. Además, que ella no le engaña, al ménos por ahora. Todo se reduce á que ama al señor Salvato; pero no es ménos cierto que si el amo me hubiera preguntado por la señora, no hubiera sabido qué responderle, porque ya estaba junto á su caro herido, del que no se separa ni de dia ni de noche.

— De modo que la señora te ha encargado que vengas á cerciorarte de que el caballero San Felice continúa su camino hácia el palacio real.

— ¡Ah! no, á Dios gracias. Todavía no han llegado las cosas á ese punto; pero ya vendrán, no lo dudes. Yo la veia inquieta, yendo y viniendo; mirando por el lado del corredor, luego por el del jardin, y deseando asomarse á la ventana, pero sin atreverse. Entónces la dije: «Señora, ¿no vais á ver si M. Salvato os necesita? Desde las dos de la mañana que no le habeis visto.— No me atrevo, mi querida Nina, me respondió, temo que mi marido olvide algo como ayer, y ya sabes que el doctor Cirillo ha dicho que era de la mayor importancia que mi marido ignorase la presencia de este jóven en casa de la princesa Fusco.— ¡Oh! no os apureis por eso, señora, la respondí; yo puedo vigilar la calle, y si por casualidad el señor caballero volvía como ayer, lo veria de bien léjos, y vendria corriendo á decíroslo.— ¡Ah, mi buena Nina! me replicó, ¿serias servicial hasta ese punto?— Seguramente, señora, le respondí; y me hará provecho, porque tengo necesidad de tomar el aire.» Y he venido á ponerme de centinela en esta puerta, donde tengo el placer de hablar contigo miéntras mi señora lo tiene de hablar con su herido.

Miguel miró con cierta sorpresa á Giovanina, porque

había algo de amargo en sus palabras y de estridente en su voz.

— ¿Y él? le preguntó Miguel.

— Ya lo creo.

— ¿Está enamorado de ella?

— ¿El? claro es que sí. La devora con los ojos. En cuanto ella sale de la alcoba, sus párpados se cierran como si no tuviera necesidad de ver nada mas, ni siquiera la luz del dia. El señor Cirillo, el médico que no quiere que los maridos sepan que sus mujeres cuidan heridos jóvenes y buenos mozos, pierde su tiempo mandándole que no hable, diciéndole que si habla corre peligro de romperse no sé qué cosa en el pulmon. ¡Ah! en cuanto á esto no le obedecen como en lo demás; así que están solos no dejan la conversacion ni un minuto.

— ¿Y de qué hablan?

— No lo sé.

— ¡Cómo! ¿no lo sabes? Luego te alejan de la alcoba.

— No, al contrario; la señora me hace casi siempre una seña para que me quede.

— Entónces hablan bajo.

— No, hablan alto; pero en inglés ó en francés. El caballero es hombre precavido, añadió Nina con una risita forzada. Ha enseñado dos lenguas estranjeras á su mujer, para que pueda hablar de sus asuntos con los estranjeros, sin que los entiendan la gente de su casa; y la señora saca partido de estas ventajas.

— Yo venia para ver á Luisa, dijo Miguel; pero segun lo que me dices, la estorbaria probablemente; me contentaré con desearle que las cosas nos salgan, á ella y á mí, mejor de lo que nos ha pronosticado Nanno.

— No, quédate; la última vez que viniste me riñó porque te dejé marchar sin verla. Parece que el herido desea darte las gracias.

— A fé mia que tampoco me disgustará el cumplimentarle. Es un mozo rudo, y el *beccaio* sabe lo que pesa su brazo.

— Entónces entremos; y como ya no hay peligro de que el caballero vuelva, iré á decir á la señora que estás aquí.

— ¿Me aseguras que mi visita no la disgustará?

— Al contrario, te aseguro que le agradará mucho.

— Adelante.

Y los dos jóvenes desaparecieron en el jardin para reaparecer bien pronto en lo alto de la escalinata y volver á desaparecer en el interior de la casa.

Como habia dicho Nina, su señora hacia ya media hora que estaba en la alcoba del herido.

Desde las siete de la mañana, hora en que se levantaba, hasta las diez que su marido salia, aunque Luisa no dejaba de tener al enfermo un momento presente en su memoria, no se atrevia á visitarlo, porque aquel espacio de tiempo estaba completamente consagrado á los cuidados domésticos, que la hemos visto descuidar el dia de la visita de Cirillo, y que ella habia creído imprudente no volver á continuar despues. En cambio no se separaba un minuto de Salvato, desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde, hora en que su marido acostumbraba volver. Despues de comer, á eso de las cuatro, el caballero San Felice entraba en su gabinete, donde permanecia una ó dos horas.

Durante una hora lo ménos, Luisa, tranquilamente, y con pretexto de mudarse de traje, entraba tambien en su habitacion; pero ligera como un pájaro iba al corredor, y hallaba medio de hacer dos ó tres visitas al herido, recomendándole en cada una de ellas el reposo y la tranquilidad. Desde las siete á las diez de la noche, horas de visitas ó de paseo, abandonaba de nuevo á Salvato,

que quedaba asistido por Nina, hasta que su señora volvía á las once, es decir, tan pronto como el marido entraba en su habitacion. Desde las once de la noche á las dos de la mañana lo pasaba á la cabecera del enfermo, á cuya hora entraba en su alcoba, de donde no salía, como ya hemos dicho, hasta las siete de la mañana.

En los nueve dias que siguieron á la visita de Cirilo, Luisa habia empleado el tiempo invariablemente de la misma manera.

Aunque Salvato esperaba siempre con gran impaciencia la visita de Luisa, aquel dia, fijos los ojos en el reló, parecia aguardarla con mas impaciencia que nunca.

Por ligeras que fuesen las pisadas de la bella *virtuosa*, el herido estaba tan acostumbrado á conocer sus pasos, y sobre todo la manera con que Luisa abria la puerta de comunicacion, que al primer crujido de esta puerta y al primer roce de cierta babucha de raso sobre el pavimento, la sonrisa, ausente de sus labios desde la salida de Luisa, volvía á entreabrirlos, y sus miradas se dirigian hácia la puerta, permaneciendo fijas en ella como la brújula en la estrella polar.

Luisa apareció al fin.

— ¡ Ah ! dijo el enfermo. ¡ Héos aquí ! Temia que, por evitar el peligro de una vuelta inesperada como la de ayer, viniéseis mas tarde. ¡ Héos aquí !

— Sí, héme aquí, gracias á nuestra buena Nina, que espontáneamente se ha ofrecido á vigilar en la puerta del jardin. ¿ Cómo habeis pasado la noche ?

— Muy bien. Solamente... Decidme...

Salvato tomó las dos manos de la jóven, que estaba en pié junto á su lecho, é incorporándose para acercarse á ella, la miró fijamente.

Admirada, y no sabiendo lo que iba á preguntarla, le miró tambien. Nada halló en la mirada del jóven que

podiera hacerle bajar los ojos: era tierna, pero mas interrogante que apasionada.

— ¿Qué quereis que os diga? le preguntó ella.

— ¿No es verdad que anoche salisteis á las dos de la madrugada de mi alcoba?

— Sí.

— ¿Y habeis vuelto mas tarde?

— No.

— ¿No? ¿Decís que no?

— Digo que no.

— Entónces es ella, dijo el jóven como hablando consigo mismo.

— ¿Quién es ella? preguntó Luisa mas admirada que nunca.

— Mi madre, replicó el jóven cuyos ojos tomaron una expresion de vaga meditacion, é inclinando la cabeza sobre el pecho, exhaló un suspiro que nada tenia de doloroso ni aun de triste.

Al oir estas palabras: «mi madre,» Luisa se estremeció.

— ¿Pero no ha muerto vuestra madre? le preguntó.

— ¿No habeis oido decir, querida Luisa, respondió el jóven, que habia entre los hombres, sin que pudiesen reconocerlos por signos exteriores, sin que ellos mismos se diesen cuenta de su poder, séres privilegiados que tenian la facultad de ponerse en relacion con los espíritus?

— He oido algunas veces al caballero San Felice hablar de eso con sabios y filósofos alemanes, que presentan estas comunicaciones entre los habitantes de este mundo y los de otro superior, como pruebas de la inmortalidad del alma. Ellos suponen que esos individuos tienen doble vista, y llaman *mediúms* á esos intermediarios.

— Lo que hay de admirable en vos, dijo Salvato, es

que, sin que lo noteis, á la gracia de la mujer, unís la educacion de un erudito y la ciencia de un filósofo; de lo que resulta que puede hablarse con vos de todas las cosas, incluso las sobrenaturales.

— De modo, dijo Luisa conmovida, que creéis que anoche...

— Si anoche no entrásteis en mi alcoba y os inclinásteis sobre mi lecho, creo que he sido visitado por mi madre.

— Pero, amigo mio, dijo Luisa estremeciéndose, ¿cómo podeis explicaros la aparicion de un alma separada de su cuerpo?

— Hay cosas que no se esplican, Luisa, bien lo sabeis. ¿No ha dicho Hamlet, cuando acababa de aparecérselle la sombra de su padre: «*Mas cosas ocultas hay, Horacio, en el cielo y en la tierra, de las que puede soñar tu filosofía.*» Pues bien, Luisa, de uno de esos misterios es de lo que yo os hablo.

— Amigo mio, dijo Luisa, ¿sabeis que algunas veces me asustais?

El jóven le apretó la mano, y le dirigió una dulcísima mirada.

— ¿Y cómo os puedo asustar, respondió, yo que daría por vos la vida que me habeis salvado? Decidme de qué manera.

— Es que algunas veces, continuó ella, me producís el efecto de un sér que no pertenece á este mundo.

— El hecho es, replicó Salvato riendo, que faltó muy poco para que saliera de él ántes de entrar.

— Será verdad, como decia la bruja Nanno, que hubieseis nacido de una muerta? esclamó palideciendo la jóven.

— ¿Os ha dicho eso la bruja? preguntó el jóven incorporándose admirado sobre su lecho.

— Sí; pero eso no es posible, ¿no es verdad?

— La bruja os ha dicho la verdad, Luisa; es una historia que os contaré algún día, cara amiga.

— ¡Oh, sí! y yo la escucharé con toda mi alma.

— Os la referiré, pero mas adelante.

— Cuando querais.

— Hoy, continuó diciendo el jóven, volviendo á caer sobre su lecho, esa relacion seria superior á mis fuerzas; pero, como ya os he dicho, sacado violentamente del seno de mi madre, las primeras palpitations de mi vida se mezclaron con las últimas convulsiones de su muerte, y á pesar de la tumba, un lazo estraño ha seguido uniéndonos recíprocamente. Ahora bien, sea alucinacion de la mente sobreescitada, aparicion real, ó que en ciertas condiciones anormales, las leyes que existen para los demás hombres no existan para los que han nacido fuera de ellas, de tiempo en tiempo, — ¡apénas me atrevo á decirlo, tan improbable me parece el caso! — de tiempo en tiempo, repito, mi madre, sin duda porque fué santa y mártir, obtiene de Dios el permiso de visitarme.

— ¡Qué estáis diciendo! murmuró Luisa temblorosa.

— Os digo lo que es; pero *lo que es* para mí puede no ser para vos; y sin embargo, no soy yo el único que ha visto esta adorable aparicion.

— ¿Otra persona la ha visto? exclamó Luisa.

— Sí, una mujer sencilla, una aldeana incapaz de inventar semejante historia; mi nodriza.

— ¿Ha visto vuestra nodriza la imágen de vuestra madre?

— Sí; ¿quereis que os lo cuente? preguntó el jóven sonriendo.

Por única respuesta Luisa tomó en las suyas las manos del herido y lo miró con ansiedad.

— « Vivíamos en Francia, pues si no fué en Francia donde mis ojos se abrieron á la luz, fué en ella donde comenzaron á ver. Vivíamos en medio de un gran bosque. Mi padre me habia entregado á una nodriza de una aldea, distante una y media ó dos leguas de nuestra morada. Una tarde fué á pedir permiso á mi padre para ir á ver á su hijo, que le habian dicho estaba enfermo, y que era el mismo á quien ella habia quitado el seno para dármelo á mí, y no solo mi padre lo permitió, sino que quiso acompañarla para ver á su hijo. Diéronme de beber, acostáronme en la cuna, y como nunca me despertaba hasta las diez de la noche, y mi padre, con su cabriolé, solo empleaba hora y media para ir y volver á la casa, cerró la puerta, echóse la llave en el bolsillo, hizo montar la nodriza á sulado y partió tranquilamente.

« El niño no tenia mas que una leve indisposicion; mi padre tranquilizó á la buena mujer, dió una receta al marido y un luis para asegurarse de que el remedio ordenado se aplicaria; y se disponia á volver á casa con la nodriza, cuando un jóven desconsolado llegó de repente diciéndole que su padre, que era un guarda-bosque, habia sido herido gravemente por un cazador furtivo la noche anterior. Mi padre no sabia desoir semejantes llamamientos; dió la llave de la casa á la nodriza, y la encargó que volviera sin perder un instante, tanto mas cuanto que el tiempo amenazaba tormenta.

« Partió la nodriza. Eran las siete de la noche, y prometió llegar á su casa antes de las ocho; y mi padre se fué, despues de haberla visto tomar el camino que debia conducirla á mi lado. Todo fué bien durante media hora; pero el cielo se oscureció de repente; el trueno resonó en las nubes, y estalló una tempestad horrible acompañada de relámpagos y lluvia. Por desgracia, en lugar de seguir el camino, la buena mujer,

para llegar mas pronto, tomó un atajo que acortaba la distancia, aunque la noche lo hiciese mas peligroso; cuando un lobo, que espantado tambien por la tormenta, cruzó delante de ella, la causó tal miedo, que dejando la vereda, huyó por el bosque, donde se extravió; y cada vez mas amedrentada, anduvo errante, llamando, llorando y gritando, sin obtener mas respuesta que los gritos salvajes de las aves nocturnas.

«Loca, perdida, erró durante tres horas tropezando con cepas y troncos, rodando por los barrancos y oyendo sucesivamente en medio del estruendo de la tormenta, sonar las nueve, las diez y las once, y por último, cuando sonaba la primera campanada de las doce, un relámpago la permitió ver nuestra casa tan anhelada, y cuando el relámpago se estinguió, cuando el bosque se sumergió de nuevo en las tinieblas, pudo continuar su camino guiada por una luz que salia de la alcoba en que estaba mi cuna. Al pronto creyó que mi padre habia vuelto y apresuró el paso; pero ¿cómo habia entrado teniendo ella la llave? ¿Tendria él otra? Esto pensó ella, y calada por la lluvia, lastimada por las caidas y deslumbrada por los relámpagos, abrió la puerta, la entornó pensando cerrarla, subió rápidamente la escalera, atravesó la habitacion de mi padre y abrió la puerta de la mia.

«Pero dando un grito se detuvo en el dintel.....

—¡Amigo mio, amigo mio! dijo Luisa apretando entre las suyas las manos del jóven.

«Una mujer vestida de blanco estaba en pié junto á mi cuna (continuó diciendo el jóven con voz alterada) murmurando en voz baja uno de esos cantos maternales con que se duerme á los niños, y meciéndome con la mano al mismo tiempo que me adormecía con la voz. Aquella mujer jóven, hermosa, aunque cubierto el rostro

con palidez mortal, tenia en medio de la frente una mancha roja.

«La nodriza se apoyó en el umbral de la puerta para no caer; comprendió que estaba en presencia de un sér sobrenatural y bienaventurado, porque la claridad que iluminaba la alcoba emanaba de él. Poco á poco los contornos de la aparicion, perfectamente marcados al principio, se desvanecieron; las facciones fueron ménos distintas, las carnes y los vestidos igualmente pálidos, se confundieron perdiendo su relieve, el cuerpo se convirtió en nube, la nube se trasformó en vapor, y por último el vapor se desvaneció á su turno, dejando tras sí la oscuridad mas profunda, y en esta oscuridad un perfume indefinible.

«En aquel momento entraba mi padre. La nodriza lo oyó, y mas muerta que viva, se apresuró á llamarlo. Subió él, encendió una bujía y encontró á la buena mujer en el mismo sitio, temblando, con la frente inundada de sudor y sin poder apenas respirar.

«Tranquilizada por la presencia de mi padre y por la luz, se lanzó á la cuna y me tomó en sus brazos: yo dormia tranquilamente. Pensando que no habia tomado nada desde las cuatro de la tarde, me dió su seno, pero me negué á tomarlo.

«Entonces ella contó todo lo ocurrido á mi padre, quien no habia podido comprender la causa de aquella oscuridad, de su agitacion, de sus terrores y sobre todo, de aquel perfume misterioso que inundaba la estancia.

«Mi padre la escuchó con atencion, como hombre que, habiendo procurado sondear todos los misterios de la naturaleza, no se admiraba de nada, y cuando ella le hizo el retrato de la mujer que cantaba meciendo mi cuna, y concluyó por decirle que tenia en medio de la

frente una mancha roja, él se contentó con responderle :

— Era su madre.

«Mas de una vez , siguió diciendo el herido con voz mas alterada, me refirió el suceso, y aquel ánimo fuerte y poderoso no dudaba que á mis gritos la sombra bienhechora habia obtenido de Dios el permiso de descender del cielo para apaciguar el hambre y los gritos de su hijo. »

— ¿Y la habeis vuelto á ver? preguntó Luisa pálida y temblorosa.

— Tres veces , respondió el jóven. La primera fué en la noche que precedió al dia en que la vengué : vila adelantarse hácia mi lecho con su mancha roja en medio de la frente ; inclinóse sobre mí para besarme ; senti el contacto de sus frios labios y algo, parecido á una lágrima, que cayó sobre mi frente en el momento en que ella se levantaba ; quise estrecharla en mis brazos y retenerla, pero desapareció. Lancéme fuera de la cama y corrí á la alcoba de mi padre ; una bujía le iluminaba ; acerquéme á un espejo, y vi que lo que yo habia tomado por una lágrima, era una gota de sangre que habia brotado de su herida. Desperté á mi padre, que escuchó tranquilamente mi relacion, y cuando concluí, me dijo sonriendo :

— Mañana se cerrará la herida.

«Al dia siguiente maté al asesino de mi madre.

Luisa espantada ocultó su cabeza en la almohada del herido.

— Dos veces la he vuelto á ver desde aquella noche, continuó Salvato con voz casi estinguida ; pero como ya estaba vengada, la mancha de sangre habia desaparecido de su frente.

Sea cansancio ó emocion, al concluir su relato, demasiado largo para sus fuerzas, Salvato cayó pálido y exánime sobre el lecho.

Luisa dió un grito, corrió á la puerta, y al abrirla, por poco no derriba á Nina, que estaba escuchando con el oído pegado á la cerradura.

Luisa, apenas fijó la atencion en este incidente.

— ¡ El éter ; dijo, el éter ! Se ha puesto malo.

— El éter está en vuestra alcoba , señora , respondió Nina.

Luisa corrió á su alcoba, pero lo buscó en vano. Cuando volvió, Giovanina sostenia la cabeza de Salvato en sus brazos, y estrechándola suavemente contra su pecho, le hacia respirar el eter.

— No me culpeis, señora , dijo Nina. El frasco del éter estaba sobre la chimenea detrás del reló ; mas viéndolos tan turbada yo misma he perdido la cabeza ; pero no hay nada perdido ; M. Salvato vuelve en sí.

En efecto, el jóven volvía á abrir los ojos, y buscaba á Luisa con su mirada.

Giovanina que vió la direccion de aquella mirada, colocó suavemente sobre la almohada la cabeza del herido, y retirándose al hueco de una ventana, enjugó una lágrima, en tanto que Luisa volvía á ocupar su puesto á la cabecera del enfermo, y que Miguel, asomando la cabeza por la puerta que habia quedado entreabierta, preguntaba :

— ¿ Tienes necesidad de mí, hermanita ?

## II

ANDRÉS BACKER.

Podria decirse que el alma de Luisa estaba en sus ojos, y sus ojos fijos en los de Salvato, el cual, recono-

ciendo en ella á la que lo cuidaba, volvía en sí sonriendo.

Abrió completamente los ojos, y murmuró las siguientes palabras :

— ¡ Ah, morir así !

— ¡ Oh, no, no, nada de morir ! exclamó Luisa.

— Sé muy bien que mas valdria morir así, continuó Salvato ; pero...

Y lanzó un suspiro cuyo soplo hizo herizarse los cabellos de la jóven y pasó sobre su rostro como el aliento abrasador del Siroco.

Luisa sacudió la cabeza, sin duda para librarse del flúido magnético en que la habia envuelto aquel suspiro de fuego, dejó descansar la del herido en la almohada y sentóse en el sillón que estaba á la cabecera de la cama : volviéndose despues á Miguel y respondiendo, acaso un poco tarde, á su pregunta, le dijo :

— No, no te necesito felizmente ; pero entra y verás qué bien va nuestro enfermo.

Acercóse Miguel de puntillas, como si tuviera miedo de despertar á un hombre dormido.

— En efecto, tiene mejor cara que cuando lo dejamos la vieja Nanno y yo, dijo Miguel.

— Amigo mio, dijo la San Felice al herido, este jóven es el que nos ayudó á socorreros la noche que estuvísteis espuesto á ser asesinado.

— ¡ Ah ! lo conozco muy bien, dijo Salvato sonriendo ; es el que machacaba las yerbas que aplicaba á mi herida aquella mujer que no he vuelto á ver mas.

— Despues ha vuelto para veros ; porque, como todos nosotros, Miguel se interesa mucho por vos ; solo que no le han dejado entrar.

— Yo no me enfado por eso, dijo Miguel ; no soy quisquilloso.

Salvato se sonrió y le tendió la mano.

Miguel tomó la mano que Salvato le ofrecía, y la contempló reteniéndola entre las suyas.

— ¿No ves, hermanita? dijo; parece la mano de una mujer. ¡Y cuando pienso que fué con esta manecita con la que dió el famoso sablazo al beccaio! Porque le disteis un famoso sablazo, á fé mia.

Salvato sonrió.

Miguel miró en torno suyo.

— ¿Qué buscas? le preguntó Luisa.

— Ahora que he visto la mano quisiera ver el sable; que debe ser un arma soberbia.

— Cuando seas coronel te hará falta uno como ese, ¿no es verdad, Miguel? dijo riendo Luisa.

— ¿Con que el señor Miguel será coronel? dijo Salvato.

— Lo que es ahora no me queda duda, respondió el lazaroni.

— ¿Y por qué no te queda duda? le preguntó Luisa.

— Porque me lo ha pronosticado la vieja Nanno, y todo lo que te pronosticó á ti se ha cumplido.

— ¡Miguel! dijo la jóven.

— Veamos: ¿no te ha predicho que un jóven hermoso que bajaba de Posilipo corría un gran peligro, que estaba amenazado por seis hombres y que sería para tí una gran felicidad el que fuese asesinado, porque deberías amarlo y su amor sería causa de tu muerte?

— ¡Miguel, Miguel! exclamó la jóven apartando su sillón de la cama, en tanto que Giovanina sacaba su pálida cabeza por detrás de la encarnada cortina de la ventana.

El herido miró atentamente á Miguel y á Luisa.

— ¡Cómo! dijo á esta, ¿os han pronosticado que yo sería causa de vuestra muerte?

— Ni mas ni ménos, dijo Miguel.

— Y no conociéndome, y no teniendo ninguna simpatía por mí, ¿cómo no habeis dejado á los esbirros hacer su oficio?

— Eso es, justamente, dijo Miguel respondiendo por Luisa; cuando ella oyó los pistoletazos y el ruido de los sables y vió que yo, que soy un hombre, y un hombre que no conoce el miedo, no osaba ir á vuestro socorro, porque os las habiais con los esbirros de la reina, ella dijo: « ¡Entónces á mí me toca salvarlo! » y se precipitó en el jardin. ¡ Si la hubiérais visto, Escelencia, no corria, volaba!

— ¡ Oh, Miguel, Miguel!

— Vamos, hermanita, ¿ acaso tú no has hecho y dicho esto?

— ¿ Pero á qué repetirlo? exclamó Luisa cubriéndose la cara con las manos.

Salvato estendió el brazo y apartó las manos de la cara de la jóven, que estaba ruborizada y con los ojos encendidos.

— ¿ Vos llorais? dijo él, ¿ sentís haberme salvado la vida?

— No; pero me avergüenza lo que os ha dicho ese jóven. Le llaman Miguel el Loco, y á fé mia que lo merece.

Y volviéndose á la doncella añadió:

— He hecho mal, Nina, en reñirte porque no te dejabas entrar; hiciste bien en cerrarle la puerta.

— ¡ Ah, hermanita, hermanita! no está bien eso, dijo el lazaróni, y esta vez no dices lo que sientes.

— Vuestra mano, Luisa, vuestra mano, dijo el herido con voz suplicante.

Agotadas las fuerzas de la jóven, y desconcertada por emociones tan diferentes, apoyó la cabeza en el respaldo

del sillón, cerró los ojos y dejó caer su mano temblorosa en la mano del enfermo.

Salvato la cojió con avidez, Luisa dió un suspiro; y este suspiro confirmaba todo lo que habia dicho el lazaroni.

Miguel miraba esta escena sin comprenderla, mientras que Giovanina, que la comprendia demasiado, estaba allí de pié, con las manos crispadas, los ojos fijos, semejante á la estatua de los celos.

— ¡Y bien! no temas nada, muchacho, dijo Salvato con voz alegre; soy yo quien te dará el sable de coronel; no será el que me sirvió para desenredarme de los canallas que me atacaban, porque se lo llevaron; pero será otro que no valdrá ménos.

— La cosa no puede ir mejor, dijo Miguel; ya no me falta mas que el diploma, las charreteras, el uniforme y el caballo.

Y volviendo á la doncella, añadió :

— ¿No oyes, Nina? ¡están llamando como si quisieran arrancar la campanilla!

Nina, como si volviera en sí, exclamó :

— ¡Llaman! ¿dónde?

— A la puerta, me parece.

— Sí, á la de la casa, dijo Luisa.

Y volviéndose á Salvato añadió rápidamente y en voz baja :

— No es mi marido, que siempre entra por la puerta del jardín. Anda, corre, dijo á Nina. No estoy en casa, ¿entiendes?

— Que no está mi hermanita, ¿entiendes, Nina? repitió Miguel.

Nina salió sin responder.

Luisa se acercó al herido. Encontrábase mas libre, sin saber porqué, oyendo la charla de Miguel que bajo la

mirada de la silenciosa Nina ; mas esto , repetimos , era instintivo , porque no habia aun escudriñado los buenos sentimientos de su hermano de leche ni los malos instintos de su doncella.

Al cabo de cinco minutos volvió Nina , y acercándose con misterio á su ama , la dijo en voz baja :

— Señora , es Mr. Andrés Backer que desea hablaros.

— ¿ No le habeis dicho que no estaba ? replicó Luisa bastante alto , para que Salvato , si no habia entendido la pregunta pudiera al ménos comprender la respuesta.

— He vacilado , señora , respondió Nina , siempre en voz baja , porque sé que es vuestro banquero , y además porque me ha dicho que era para un asunto importante.

— Los asuntos importantes se arreglan con mi marido y no conmigo.

— Justamente , señora , continuó Giovanina en el mismo diapason ; por lo mismo he temido que volviera cuando el señor estuviera en casa , y le dijese que no habia encontrado á la señora , y como la señora no sabe mentir , he pensado que valia mas que la señora lo recibiera.

— ¡ Ah ! ¿ habeis pensado ?... dijo Luisa mirando á la jóven.

Nina bajó los ojos.

— Si he hecho mal , señora , todavía es tiempo ; pero le causará mucha pena . ¡ Pobre jóven !

— No , dijo Luisa despues de un instante de reflexion ; mas vale , en efecto , que lo reciba : has hecho bien , hija mia.

Y acercándose á Salvato , que se habia vuelto , al ver que Giovanina hablaba bajo á su señora , le dijo :

— Vuelvo al instante ; estad tranquilo ; la audiencia no será larga.

Diéronse un apretón de manos, cambiaron una sonrisa y Luisa se levantó y salió :

Apénas se cerró tras ella la puerta, cuando Salvato cerró los ojos, como acostumbraba siempre que la jóven se hallaba ausente.

Miguel, creyendo que el enfermo queria dormir, aproximóse á Nina.

— ¿Quién es el que ha venido? la preguntó á media voz con la sencilla curiosidad del hombre salvaje cuyo instinto no está sometido á las conveniencias sociales.

Nina, que habia hablado muy bajo á su señora, alzó un poco la voz de manera que Salvato, que no habia oido lo que dijo á su ama, oyese lo que decia á Miguel.

— Es ese jóven banquero tan rico y tan elegante : tú le conoces bien.

— Bueno, replicó Miguel : ¿ desde cuándo conozco yo á los banqueros?

— ¿Cómo, tú no conoces á Mr. Andrés Backer?

— ¿Qué quiere decir eso de Mr. Andrés Backer?

— ¿Conque ya no te acuerdas? Aquel lindo mozo rubio, alemán ó inglés, no estoy muy cierta, que cortejó á la señora ántes de que se casara con el señor.

— ¡ Ah, ya, sí! ¿ No es en su casa donde Luisa tiene toda su fortuna?

— Justamente, eso es.

— ¡ Qué bueno! Cuando yo sea coronel, y tenga las charreteras y el sable que M. Salvato me ha prometido, ya no me faltará mas que un caballo como el que monta Mr. Backer, para estar completamente equipado.

Nina no respondió: miéntras hablaba, no habia quitado la vista del herido, y en el estremecimiento casi imperceptible de los músculos de su rostro comprendió que el supuesto durmiente no habia perdido ni una palabra de las que ella habia dicho á Miguel.

Luisa entre tanto pasó al salon donde la aguardaba la anunciada visita. Al principio le costó trabajo reconocer á Andrés Backer, que estaba vestido de córte, y se habia quitado sus largas patillas rubias, adorno que, sea dicho de paso, detestaba el rey Fernando, y llevaba al cuello la cruz de comendador de San Jorge, la placa sobre el hábito, calzon corto y espadin.

Una ligera sonrisa pasó por los labios de Luisa. ¿Con qué objeto la visitaba el jóven banquero, en traje de córte, á las once y media de la mañana? Sin duda pronto iba á saberlo.

Por lo demás, apresurémonos á decir que Andrés Backer era de raza anglo-sajona, y un buen mozo de veinte y seis á veinte y ocho años de edad, rubio, fresco, sonrosado, con la cabeza cuadrada del aritmético, la barba puntiaguda del especulador obstinado en los negocios y la mano espatulada de los contadores de dinero.

Aunque era elegante y habitualmente desenvuelto, parecia algo embarazado con aquel traje á que no estaba acostumbrado, y que tenia tanto gusto en llevar, que sin afectacion y como por casualidad, se habia colocado ante un espejo para ver el efecto que producía la cruz de San Jorge en su cuello y la placa de la misma orden en su pecho.

— ¡Ay, Dios mio, monseñor Andrés! dijo Luisa despues de mirarle un instante y de haberle dejado hacer un respetuoso saludo; ¡qué magnífico estais! No me extraña que hayais insistido, no por verme, sin duda, sino porque yo tuviera el placer de veros en toda vuestra gloria. ¿Dónde vais de esa manera? Porque presumo que no os habreis vestido de gala para venir á tratar de negocios.

— Si hubiese creído, señora, que tendriais mas placer en verme con este traje que con el ordinario, no hubiera

esperado hasta hoy para ponérmelo. Pero no; yo sé bien, señora, que sois una de esas mujeres inteligentes que escojen siempre los trajes que mejor les sientan, y que no fijan la atencion en la manera con que los otros se visten. Mi visita es el resultado de mi voluntad; pero el traje en que me presento á vos, es hijo de las circunstancias. El rey se ha dignado hace tres dias nombrarme comendador de la orden de San Jorge, y hoy me ha convidado á comer en Caserta.

—¿El rey os ha convidado á comer hoy en Caserta? dijo Luisa con un acento de sorpresa nada lisonjero para los derechos que podia atribuirse el jóven banquero á ser admitido á la mesa del rey, que era el mas lazaroni de los hombres en las calles y el mas aristocrático de los reyes en su palacio. ¡Ah! os doy el mas sincero parabien, Mr. Andrés.

—Teneis razon de admiraros, señora, al ver semejante favor concedido al hijo de un banquero, replicó el jóven algo picado del modo con que Luisa le habia dado la enhorabuena. ¿No habeis oido contar que un dia Luis XIV, á pesar de ser tan aristócrata, convidó á comer con él en Versalles al banquero Samuel Bernard, á quien queria pedir prestados veinte y cinco millones? Pues bien, parece que el rey Fernando tiene tanta necesidad de dinero como su antepasado Luis XIV, y como mi padre es el Samuel Bernard de Nápoles, S. M. convida á su hijo Andrés Backer á comer con él en Caserta, que es el Versalles del rey Fernando, y para estar seguro de que los veinte y cinco millones no se le escaparán, ha puesto al cuello del asno que admite á su mesa, el ronzal por el cual espera conducirlo hasta su caja.

—Sois un hombre de ingenio, Mr. Andrés, y no es hoy el primer dia que lo noto. Creedlo; y podriais ser admitido á la mesa de todos los reyes de la tierra, si el

talento bastara para abrir las puertas de los palacios reales. Habeis comparado vuestro padre con Samuel Bernard, señor Andrés; y yo que conozco su intachable probidad y su largueza en los negocios, acepto por mi cuenta la comparacion. Samuel Bernard tenia un corazon noble, que no solamente en tiempos de Luis XIV, sino tambien en los de Luis XV, prestó á la Francia grandes servicios. Veamos ahora, ¿por qué me mirais así?

— No os miro, señora, os admiro.

— ¿Y por qué?

— Porque pienso que sois probablemente la única mujer que hay en Nápoles que sepa quien era Samuel Bernard y que tenga el talento de dirigir una lisonja á un hombre que empieza por reconocer la ridiculez de hacer una visita con semejantes arreos.

— Si es preciso que os pida me escuseis, estoy dispuesta á hacerlo.

— ¡Oh! no, señora, no. El mismo sarcasmo pasando por vuestra boca se convertiria en una conversacion seductora, que el hombre mas vanidoso querria prolongar, aunque fuese á espensas de su amor propio.

— En verdad, Mr. Andrés, replicó Luisa, empezais á confundirme, y para salir de apuros, me doy prisa á mudar de conversacion preguntándoos si hay un nuevo camino que pase por Mergellina para ir á Caserta.

— No; pero debiendo estar en Caserta á las dos, he creido, señora, que tendria tiempo de hablaros de un asunto que se enlaza justamente con este viaje.

— ¡Ay, Dios mio, caro señor Andrés! supongo que no querreis aprovecharos de vuestro favor en la córte para hacerme nombrar dama de honor de la reina. Os advierto de antemano que rehusaria.

— ¡Dios me libre! Aunque fiel servidor de la familia real y dispuesto á dar mi vida y — os hablo como ban-



quero,—mas que mi vida, mi dinero por ella, yo sé que hay almas puras que deben mantenerse apartadas de las regiones en que se respira cierta atmósfera..... así como las personas que desean conservarse en buen estado de salud, deben alejarse de los miasmas que exhalan las lagunas Pontinas y de los vapores del lago Agnano; pero el oro, que es un metal inalterable, puede presentarse en lugares donde el cristal, mas fácil de empañarse, correria gran riesgo. Nuestra casa va á empeñarse en un gran negocio con el rey, señora; el rey nos hace el honor de tomarnos prestados veinte y cinco millones de francos, garantizados por Inglaterra; es un negocio seguro, en que el dinero puede producir siete y ocho, en lugar de cuatro ó cinco por ciento. Vos teneis medio millon colocado en nuestra casa, señora; van á arrebatarnos de las manos los cupones de este empréstito, en el cual entra personalmente nuestra casa por ocho millones; vengo á preguntaros, antes de dar publicidad al negocio, si quereis tomar parte en él.

— Mi querido señor Backer, os estoy sumamente agradecida por este paso, replicó Luisa; pero ya sabeis que los negocios, y sobre todo los negocios de dinero, no son de mi incumbencia, sino de la de mi esposo; ahora bien, el caballero, cuyas costumbres conoceis, estará en este momento hablando con Su Alteza real el príncipe de Calabria; debíais pues haberos dirigido, si queriais verle, á la biblioteca de palacio y no aquí; por otra parte, en presencia del heredero de la corona hubiéseis aprovechado muchísimo mejor vuestro traje de ceremonia, que no en la mia.

— Señora, sois muy cruel con un hombre que, teniendo tan raras ocasiones de ofreceros sus respetos, se apodera con avidez de la primera que se presenta.

— Yo creia, replicó Luisa con el tono mas sencillo del

mundo, que el caballero os habia dicho que estábamos siempre, y particularmente los jueves, en casa de seis á diez de la noche. Si él lo ha olvidado, me apresuro á deciroslo en su lugar y puesto, y si es vuestro el olvido, os lo recuerdo.

— ¡Ah, señora, señora! murmuró Andrés, si lo hubiéseis querido, habríais hecho muy dichoso á un hombre que os amaba y que se ve obligado á adoraros solamente.

Luisa fijó en él sus ojos, aquellos ojos negros, límpidos y tranquilos como un diamante de Nigricia, y luego, yendo hácia él y tendiéndole la mano, le dijo:

— Señor Backer, me habeis hecho el honor de pedir á Luisa Molina la mano que os presenta la señora de San Felice; si yo os permitiese estrecharla con otro título que el de amigo, os engañaríais con respecto á mí, y os habríais dirigido á una mujer que no seria digna de vos. No fué vano capricho lo que me indujo á rehusar vuestras ofertas y preferir al caballero que tiene cerca de tres veces mas edad que yo y dos veces mas que vos; fué el profundo sentimiento filial que le habia consagrado; lo que era para mí hace dos años, lo es hoy todavía. Seguid siendo, por vuestra parte, lo que el caballero, que os estima, os ha permitido ser, esto es, mi amigo, y probadme que sois digno de esta amistad no recordándome mas una circunstancia en que me ví obligada á ofender, con una negativa que sin embargo no tiene nada de ofensiva, un noble corazon que no debe conservar rencor ni esperanza.

Despues, haciendo una reverencia llena de dignidad, dijo al jóven:

— El caballero tendrá el honor de pasar á casa de vuestro padre para responderle:

— Si no me permitis que os ame ni que os adore, res-

pondió el jóven, no podreis impedirme al ménos que os admire.

Y saludando á su vez con muestras del mas profundo respeto, retiróse ahogando un suspiro.

En cuanto á Luisa, sin pensar en su buena fé juvenil, que desmentia quizás por la accion la moral que acababa de predicar, apénas hubo oido la puerta de la calle cerrarse tras Andrés Backer y alejarse su carruaje, cuando se lanzó por el corredor y entró en el aposento del herido, con la prontitud y casi la ligereza del pájaro que vuelve á su nido.

Al entrar en la estancia, su primera mirada fué naturalmente para Salvato.

Este estaba muy pálido, tenia los ojos cerrados, y su rostro, rígido como el mármol, habia tomado la espresion de un dolor violento.

Llena de inquietud, Luisa corrió hácia él, y como al acercarse vió que, contra su costumbre, el herido no abria los ojos, preguntóle en francés:

— ¿Dormís, amigo mio?

Y viendo que no contestaba, añadió con voz en que se advertia claramente la ansiedad:

— ¿O es que estáis desmayado?

— No duermo, no estoy desmayado; tranquilizáos, señora, dijo Salvato entreabriendo los ojos, pero sin mirar á Luisa.

— ¡Señora! repitió Luisa admirada, ¡señora!

— Padezco, repitió el jóven.

— ¿De qué?

— De la herida.

— Me engañais, amigo mio... ¡Oh! he estudiado la espresion de vuestra fisonomía durante tres dias mortales de agonía, y no puedo engañarme. No, no padeceis de la herida; padeceis un dolor moral.

Salvato movió la cabeza.

— Decidme inmediatamente cual es ese dolor, exclamó Luisa. Yo lo quiero.

— ¿Lo quereis vos? preguntó Salvato. ¿Sois vos quien lo quiere?

— Sí, tengo derecho á ello; ¿no ha dicho el doctor que yo debia evitaros toda clase de emociones?

— Pues bien, ya que lo quereis, dijo Salvato, mirando fijamente á la jóven, os diré que estoy celoso.

— ¡Celoso! ¿Y de quién, Dios mio? dijo Luisa.

— De vos.

— ¡De mí! exclamó ella sin pensar siquiera en enfadarse esta vez. ¿Por qué? ¿cómo? ¿á asunto de qué? Para estar celoso se necesita un motivo.

— ¿Por qué habeis estado media hora fuera de esta habitacion, cuando debíais permanecer solo algunos instantes? ¿Y qué es para vos ese Mr. Backer que tiene el privilegio de robarme media hora de vuestra presencia?

El rostro de la jóven adquirió una celeste espresion de felicidad; Salvato acababa de decirle que la amaba, sin pronunciar siquiera la palabra amor. Inclino hácia él la cabeza, de manera que sus cabellos tocasen casi el rostro del enfermo, que envolvió con su aliento y cubrió con su mirada.

— ¡Niño! le dijo con esa melodiosa voz que nace de las fibras mas intimas del corazon. ¿Quién es? ¿á qué ha venido? ¿por qué ha estado tanto tiempo? Voy á decirlo.

— No, no, no, murmuró el herido, no tengo necesidad de saberlo, ¡gracias, gracias!

— Gracias, ¿de qué? ¿por qué gracias?

— Porque vuestros ojos me lo han dicho todo, amada Luisa. ¡Ah! vuestra mano, vuestra mano.

Luisa dió su mano al herido, que apretó contra ella sus labios convulsivos, mientras que una lágrima caía de sus ojos y temblaba cual líquida perla sobre la mano.

Aquel hombre de bronce habia llorado.

Sin darse cuenta de lo que hacia, Luisa llevó la mano á sus labios y bebió la lágrima.

Esta lágrima fué el filtro del irresistible é implacable amor que la bruja Nanno habia pronosticado.

### III

#### LOS CANGUROS. *(Gerbois)*

El rey Fernando habia invitado á Andrés Backer á comer en Caserta; primero, porque sin duda creía que la recepcion de un banquero tenia ménos importancia en el campo que en la ciudad, y segundo, porque habia recibido preciosos presentes de que hablarémos mas tarde: por esto habia procurado vender su pesca mas pronto que de costumbre en Mergelina, venta que debemos confesarlo para satisfaccion de su orgullo, se habia realizado con gran contentamiento de su bolsa.

Como ya hemos dicho, Caserta es el Versalles de Nápoles, y en efecto, es un edificio frio y pesado de mediados del siglo XVIII.

Los napolitanos que no han viajado por Francia sostienen que Caserta es mas hermoso que Versalles; los que han viajado por Francia se contentan con asegurar que Versalles no vale mas que Caserta, y por último, los viajeros imparciales que no participan de la exageracion del amor patrio de los napolitanos, sin levantar mucho á Versalles, ponen á Caserta mas baja que la residencia de Luis XIV. Tal es tambien nuestra opinion y no teme-

mos que nos contradigan los hombres de buen gusto y amantes del arte.

Antes que el moderno palacio de Caserta, y que el Caserta de la llanura, existian el viejo palacio y la vieja Caserta de la montaña, de los que solo restan, en medio de algunos muros ruinosos, tres ó cuatro torres que aun se mantienen en pié. Allí era donde se elevaba el antiguo castillo de los señores de Caserta, uno de cuyos últimos descendientes, haciendo traicion á Tanfredo, su cuñado, fué causa en parte de que se perdiese la batalla de Benevento.

Mucho se ha reprobado á Luis XIV su desgraciada eleccion del sitio de Versalles, al que han llamado un favorito sin mérito. Nosotros dirigiremos á Cárlos III el mismo reproche, aunque Luis XIV tenia al ménos la excusa de la piedad filial, que deseaba conservar, encerrandolo en un nuevo edificio, el gracioso castillejo de ladrillos y mármol, lugar de las citas y cacerías de su padre.

Esta piedad filial costó á Francia mil millones de francos.

Cárlos III no tiene excusa. Nada le obligaba en su país, en el que tanto abundan los parajes deliciosos, á escojer el pié de una montaña desnuda, sin verdura ni agua. El arquitecto Vanvitelli, que edificó Caserta, debió plantar todo un jardin alrededor del antiguo parque de los señores, y hacer descender el agua del monte Taburno, mientras Renneguin-Sualen, por el contrario, tuvo que hacerla subir del rio á la montaña, merced á la máquina de Marly.

Cárlos III comenzó el palacio de Caserta hácia 1752. Fernando, que subió al trono en 1759, lo continuó, no habiéndolo aun terminado á principios de octubre de 1798, época en la cual nos encontramos.

De las habitaciones del palacio apenas si estaban amuebladas las dos terceras partes, es decir, las de la reina, príncipes y princesas.

Pero hacia ocho días que Caserta encerraba tesoros que valia la pena viniesen á admirarlos de las cuatro partes del mundo los aficionados á la pintura, á la escultura y aun á la misma historia natural.

Fernando acababa de trasladar de Roma y de depositar allí, en el ínterin que los salones del palacio de Capodimonte estuviesen dispuestos para recibirla, la herencia artística de su abuelo Pablo III, el Papa que excomulgó á Enrique VIII, que firmó con Carlos V y Venecia una liga contra los turcos y que hizo continuar la edificación de San Pedro, encargándosela á Miguel Angel.

Pero al mismo tiempo que llegaban de Roma las obras maestras del cincel griego y del pincel de la Edad Media, otra expedición, que preocupaba de bien distinta manera la curiosidad de Su Majestad el rey de las Dos Sicilias, habia venido de Inglaterra.

Era ante todo un museo etnológico coleccionado en las islas Sandwich por la expedición que siguió á aquella en que perdió la vida el capitán Cook, y diez y ocho canguros, machos y hembras, traídos de Nueva Zelanda y para los cuales Fernando hizo preparar, en medio del parque de Caserta, un magnífico cercado con jaulas para hospedar á estos interesantes cuadrúpedos, — si es que pueden llamarse cuadrúpedos á marsúpiales diformes, que tienen las patas de atrás tan largas, que les permiten dar saltos de veinte piés, y muñones por patas delanteras. Justamente acababan de sacarlos de las jaulas y de lanzarlos al cercado, con gran contentamiento de Fernando, que gozaba viéndoles dar saltos enormes, espantados por los ladridos de Júpiter, cuando vinieron á anunciarle la llegada de Mr. Andrés Backer.

— Está bien, está bien, dijo el rey ; voy á enseñarle lo que nunca ha visto y que no podría comprar con todos sus millones.

El rey tenia por costumbre sentarse á la mesa á las cuatro ; pero para tener tiempo suficiente de hablar con el jóven banquero, lo habia citado para las dos. Un lacayo condujo á Andrés Backer hácia el sitio del parque donde estaba el domicilio de los canguros.

Distinguiendo el rey de léjos al jóven, dió algunos pasos para salir á su encuentro. No conocia, ni al padre ni al hijo, sino como á los primeros banqueros de Nápoles, y el título de banqueros del rey que habian obtenido, solo les habia puesto en contacto con los intendentes y el ministro de Hacienda de S. M., pero nunca con S. M. misma.

Corradina, que hasta entónces se habia ocupado del empréstito, dió los primeros pasos y propuso al rey, para poner á los banqueros mas blandos, halagar su orgullo dando á cualquiera de ellos la cruz de San Jorge.

Dicha cruz habia sido naturalmente ofrecida al principal de la casa, es decir, á Simon Backer ; pero éste, hombre sencillo, habia deferido este honor á su hijo, proponiendo fundar en su nombre una encomienda de cincuenta mil libras, fundacion que no se obtiene sino por favor especial del rey. La proposicion habia sido aceptada, de manera que su hijo, á cuyo porvenir podia ser útil esta distincion, sobre todo para aproximar, con ocasion de un matrimonio, la aristocracia del dinero á la de sangre azul, era quien habia sido nombrado comendador en su lugar.

Ya hemos visto que el jóven Andrés Backer tenia airoso continente, que se le citaba entre los jóvenes elegantes de Nápoles, y ya hemos podido notar por algu-

nas palabras cambiadas entre él y Luisa San Felice, que era á la vez hombre de educacion y de talento. De modo que muchas damas napolitanas no sentian por él la misma indiferencia que nuestra heroína; y muchas madres de familia no hubieran sentido que el jóven banquero, buen mozo, rico y elegante les hubiera hecho, con respecto á sus hijas, la misma proposicion que Andrés Backer habia hecho al caballero, á propósito de su pupila.

Acercóse Backer al rey con mucha mesura y respeto, aunque con bastante ménos timidez que se habia acercado á la San Felice una hora antes.

Despues de los saludos de costumbre, esperó á que el rey le dirigiese la palabra.

El rey le miró de piés á cabeza y empezó por hacer un leve gesto.

Cierto es que Andrés Backer no tenia patillas ni bigotes, pero en cambio tampoco llevaba empolvada la coleta, adorno y apéndice sin los cuales, en el ánimo del rey, no podia haber hombre que tuviese buen sentido.

Pero como al rey le importaba embolsarse los veinte y cinco millones, y le daba poco cuidado, despues de todo, que el que á prestárselos iba tuviese ó no empolvada la cabeza y una coleta en la nuca, con tal que se los prestara, devolvió graciosamente su saludo al jóven banquero, conservando sus manos cruzadas atrás.

— Y bien, señor Backer, ¿ cómo va nuestro negocio ?

— S. M. me permitirá le pregunte de qué negocio quiere hablar, replicó el banquero.

— Del de los veinte y cinco millones.

— Yo creía, señor, que mi padre habia tenido el honor de responder al ministro de Hacienda de V. M., que era cosa arreglada.

— O que se arreglaria.

— Nada de eso, señor, arreglada. Los deseos del rey son órdenes para nosotros.

— De modo que venís á anunciarme....

— Que S. M. puede considerar la cosa como hecha. Mañana empezarán en nuestra caja los desembolsos de las diferentes casas á que mi padre ha hecho partícipes en el empréstito.

— ¿Y qué parte toma personalmente en el empréstito la casa de Backer ?

— Ocho millones, que están desde ahora á la disposición de V. M.

— ¿A mi disposición ?

— Sí, señor.

— ¿Y cuándo ?

— Mañana ó esta misma noche, si V. M. lo desea. S. M. puede mandar por ellos con un simple recibo de su ministro de Hacienda.

— ¿Y el mio no serviría lo mismo ? preguntó el rey.

— Mejor todavía, señor. Pero yo no esperaba que el rey hiciese á nuestra casa el honor de enviarle un recibo escrito de su mano.

— Sí por cierto, y lo daré con mucho gusto... De manera que esta noche...

— Esta noche, si V. M. lo desea ; pero en tal caso, como la caja se cierra á las seis de la tarde, sería necesario que V. M. me permitiera enviar un recado á mi padre.

— Como no me desagradaría, querido señor Backer, que se ignorase que he tomado ese dinero, atendiendo á que lo destino á una sorpresa, tendría mucho gusto en que me lo trajeran esta noche á palacio.

— Así se hará, señor. Solo que es menester avisar á mi padre, como he tenido el honor de decir á V. M.

— ¿Quereis volver á palacio para escribir ? le preguntó el rey.

— Lo que yo no quisiera sobre todo, señor, sería estorbar al rey en su paseo. Bástanme dos palabras escritas con lápiz, que entregaré á mi lacayo para que las lleve en posta á mi padre.

— Hay un medio mas sencillo, dijo el rey, y es mandar vuestro coche.

— Es cierto.... El cochero mudará en llegando los caballos y volverá á buscarme.

— Es inútil; yo vuelvo á Nápoles á las siete de la noche y os llevaré.

— ¡ Señor ! ¡ tanto honor para un pobre banquero ! dijo el jóven inclinándose.

— ¡ Cáspita ! llamais pobre banquero al hombre que me descuenta en una semana una letra de veinte y cinco millones, y que del dia á la noche pone ocho á mi disposicion. Yo soy rey, rey de las Dos Sicilias, al ménos segun dicen, y os confieso que si tuviera que pagaros mañana ocho millones os pediria un plazo.

Andrés Backer sacó un libro de memoria del bolsillo, arrancó una hoja, escribió con lápiz algunas líneas, y volviéndose hácia el rey, le dijo :

— ¿ Me permite S. M. que dé una orden á este hombre ?

Y señaló al lacayo que le habia acompañado hasta la presencia del rey, y que se habia apartado un poco, aguardando el permiso para volverse al palacio.

— Dádsela, dádsela, vive Dios, dijo el rey.

— Amigo mio, dijo Andrés Backer al lacayo. Dad este papel á mi cochero, y decidle que vaya inmediatamente á Nápoles y lo entregue á mi padre. Es inútil que vuelva ; S. M. me hace el honor de llevarme en su carroza.

Y al decir estas palabras se inclinó respetuosamente ánte el rey.

— Si ese muchacho se empolvase la cabeza y llevara

coleta, dijo Fernando, no habria en Nápoles duque ni marqués que le aventajase. En fin, no se puede tener todo.

Y hablando alto, continuó :

— Venid, venid, señor Backer, que voy á enseñaros unos animales que de seguro no habeis visto nunca.

Backer obedeció al rey y echó á andar junto á él, aunque teniendo cuidado de ir un poco atrás.

Condújolo el rey á la cerca donde estaban los animales que, segun él creia, debian ser desconocidos para el banquero.

— ¡Calle! dijo este, ¡son canguros!

— ¿Los conoceis? exclamó el rey.

— ¡Oh, señor! dijo Andrés, he matado centenares.

— ¿Habeis matado centenares de canguros?

— Sí, señor.

— ¿Dónde?

— En Australia.

— ¿Habeis estado en Australia?

— No hace mas que tres años que volví.

— ¿Y qué diablos habeis ido á hacer á Australia?

— Mi padre, que no tiene mas hijo que yo, es muy bueno para mí. Despues de haberme mandado desde la edad de doce hasta la de quince años á la universidad de Jena, me envió desde los quince á los diez y ocho á concluir mi educacion en Inglaterra; y en cuanto manifesté el deseo de hacer un viaje al rededor del mundo, consintió sin dificultad. El capitán Flinders iba á emprender su primer viaje de circunvalacion, y yo obtuve del gobierno inglés el permiso de partir con él. Nuestro viaje duró tres años, y en él fué cuando, descubriendo en la costa meridional de Nueva Holanda unas islas desconocidas, dióles el nombre de islas de los Canguros, á causa de la enorme cantidad de ellos que encontró. No tienen

do otra cosa que hacer mas que cazar, me despachaba á mi gusto, y todos los dias mandaba á bordo lo bastante para dar á cada marinero una racion de carne fresca. Flinders hizo despues con Bass un segundo viaje, y parece que acaban de descubrir un estrecho que separa del continente la tierra de Van-Diemen.

— ¡La tierra de Van-Diemen, del continente! ¡un estrecho! ¡Ah, ah! dijo el rey, que ignoraba de qué tierras hablaba el banquero y que apenas sabia lo que es un continente. De modo que conoceis esos animales. ¡Y yo que creía enseñaros algo nuevo!

— Y en efecto, algo nuevo es, y muy nuevo; no solo en Nápoles, sino en toda Europa; y bajo el punto de vista de la curiosidad, creo que solo Nápoles y Lóndres conocen estos.

— De modo que Hamilton no me ha engañado diciéndome que el canguro es un animal muy raro.

— Y tan raro, señor. Os ha dicho la verdad.

Entónces ya no siento mis papiros.

— ¿Los ha cambiado V. M. por papiros? exclamó Andrés Backer.

— Sí, á fé mia: habian encontrado en Herculano veinte y cinco ó treinta rollos de papel carbonizado, que se apresuraron á presentarme como la cosa mas preciosa de la tierra. Hamilton los vió aquí, y como es aficionado á todas esas antiguallas, y me habia hablado de los canguros, y yo le habia manifestado el deseo de aclimatarlos en mis bosques, me preguntó si queria dar al Museo de Lóndres tantos rollos de papiros como canguros me daria el jardin zoológico de aquella ciudad; y yo le dije: «Mandad traer vuestros canguros lo mas pronto posible.» Anteayer me anunció la llegada de mis diez y ocho canguros y yo le he dado sus diez y ocho papiros.

— Sir William no ha hecho mal negocio, dijo sonrién-

do Backer. Ahora falta saber si allá saben desenrollarlos y descifrarlos como aquí.

— ¿Desenrollar el qué?

— Los papiros.

— ¿Y eso se desenrolla?

— Sin duda, señor ; y así es como han encontrado muchos manuscritos preciosos que se creían perdidos. Acaso encontrarán algún día el panegírico de Virgilio por Tácito, su discurso contra el procónsul Mario Prisco y sus poesías que nos faltan. ¿Quién sabe si se encontrarán entre los papiros cuyo valor ignorábais, señor, y que habeis dado á sir William?

— ¡Diablo! ¡diablo! ¡diablo! ¿Y decís que seria una pérdida, señor Backer?

— Irreparable, señor.

— ¡Irreparable!

— ¡Con tal que se reproduzcan mis canguros, ya que tan caros me cuestan! ¿Qué os parece, señor Backer?

— Lo dudo mucho, señor.

— ¡Diablo! Verdad es que por su museo polinesio, que es muy curioso, como vais á ver, le he dado solamente unas cuantas vasijas de barro rotas. Venid á ver el museo polinesio de sir William Hamilton ; venid.

Dirigióse el rey hácia el palacio, seguido de Backer.

El museo de sir William Hamilton no causó á Andrés mas admiracion que sus canguros. En su viaje con Flinders, habia tocado Backer en las islas Sandwich, y gracias al vocabulario polinesio recopilado por él durante su estancia en el archipiélago de Hawai, pudo, no solo designar al rey el uso de cada arma, el objeto de cada instrumento, sino hasta decirle los nombres que se daban á aquellas armas en el país.

Backer se informó de cuales eran las vasijas de barro rotas que el rey habia dado en cambio de aquellas curio-

sidades, y el rey le enseñó cinco ó seis magníficos vasos griegos hallados en las exploraciones de Santa Agata-dei-Goti, nobles y preciosos despojos de una civilización perdida, y que hubiesen bastado para enriquecer los mejores museos. Efectivamente, había algunos rotos; pero sabido es con qué facilidad y arte se componen estas obras maestras de forma y de pintura, y cuán preciosas las hacen las huellas que les ha impreso la pesada mano del tiempo, puesto que ellas prueban su antigüedad y su paso aventurero al través de los siglos.

Backer lanzó un suspiro de artista; hubiera dado cien mil francos por aquellos cacharros viejos y rotos, como los llamaba Fernando, y no hubiese dado diez ducados por las mazas, arcos y flechas recogidos en el reino de su majestad Kamehameha I, quien salvaje como era, no hubiera obrado peor en circunstancias semejantes que su cofrade europeo Fernando I.

El rey, un tanto contrariado al ver la poca admiración que su huésped había manifestado por los canguros australianos y por el museo polinesio, esperaba desquitarse ante sus estatuas y cuadros. Allí el joven banquero manifestó admiración, pero no estrañeza. Gran aficionado á las nobles artes, había visitado, en sus frecuentes viajes á Roma el museo Farnesio; de suerte que fué él quien hizo al rey los honores de su espléndido patrimonio.

Entre los cuadros, señalóle como obras maestras del Ticiano la Danae recibiendo la lluvia de oro, y el magnífico retrato de Felipe II, de aquel rey que no había reído jamás, y que, herido por la mano de Dios, sin duda en castigo de las víctimas humanas que había sacrificado, murió de aquella horrible é inmundada enfermedad pedicular de que había muerto Sila y de que debía morir Fernando II, de Nápoles que aun no había nacido. Ojeó con él el oficio de la Virgen, de Julio Clovio, obra

maestra de la estampería del siglo xvi, que fué trasportada hace siete ú ocho años del palacio borbónico al palacio real, y que ha desaparecido, como desaparecen en Nápoles tantas cosas preciosas, que ni aun tienen por excusa de su desaparicion ese amor frenético é indomable que hizo de Cardillac un asesino y del marqués Campana un depositario infiel. Por último, Andrés Backer deslumbró al rey, que creyendo seria una especie de Turcaret ignorante y vanidoso, acababa de descubrir en él, un amante de las artes instruido y cortés.

Resultó de todo esto que, como Fernando era en el fondo un príncipe de buen sentido y de mucho ingenio, en lugar de querer mal al jóven banquero, porque era hombre instruido, miéntras que él, rey de las Dos Sicilias, no era, segun él mismo decia, mas que un asno, presentóle á la reina, á Acton, á sir William, á Emma Lyonna, no ya con los equívocos miramientos tributados al hombre de dinero, sino con esa urbana proteccion que los príncipes inteligentes conceden siempre á los hombres de ingenio y de esmerada educacion.

Esta presentacion fué para Andrés Backer nueva ocasion de descubrir raros conocimientos : habló aleman con la reina, inglés con sir William y lady Hamilton y francés con Acton ; pero en medio de todo guardó tal modestia y mesura, que al montar en la carroza para llevarle á Nápoles, el rey le dijo :

— Señor Backer, aunque hubiéseis conservado vuestro coche, no por eso habria dejado de llevaros en el mio, aunque no hubiera sido mas que por tener el gusto de oiros.

Mas adelante veremos que el rey se habia aficionado grandemente aquel dia de Andrés Backer ; y por nuestro relato se verá despues con qué implacable venganza probó á este desgraciado jóven, víctima de su adhesion

á la causa real, la sinceridad de la amistad que le habia inspirado.

## IV

## EL HOMBRE PROPONE.

No bien hubo partido el rey, llevándose consigo á Andrés Backer, cuando la reina Carolina, que hasta entonces no habia podido hablar al capitan general Acton, llegado justamente en el momento de ponerse á la mesa, levantóse, le hizo señal de que la siguiera, encargó á Emma y á sir William que hiciesen los honores del salon, si llegaban algunos convidados ántes de su vuelta, y pasó á su gabinete.

Acton entró tras ella.

La reina se sentó é hizo seña á Acton de que se sentase.

— ¿Qué tenemos? le preguntó ella.

— V. M. me interroga probablemente á propósito de la carta, replicó Acton.

— ¡Claro está! ¿No recibisteis dos billetes míos en que os suplicaba hiciérais la prueba? Me siento rodeada de puñales y de conspiraciones y me urge ver claro en este asunto.

— Como prometí á V. M., conseguí quitar la sangre.

— La cuestion no está en eso. Lo necesario es saber si una vez lavada la sangre quedaba lo escrito... Decidme si ha quedado.

— Lo bastante para que pueda leerse con un lente de aumento.

— ¿Y lo habeis leído?

— Sí, señora.

— ¿Tan difícil era la operacion que habeis necesitado tanto tiempo?

— Me atravesaría á hacer observar á V. M. que no era eso solo lo que tenia que hacer : y además confieso que á causa de la importancia que dábaís al resultado de la operacion, he tanteado mucho , haciendo cinco ó seis ensayos diferentes. Hasta ayer solamente, pensando que la sangre humana contenia, en condiciones normales, de sesenta y cinco á setenta partes de agua y que solo se cuajaba por la volatilizacion de ésta, no se me ocurrió la idea de esponer la carta á la accion del vapor, á fin de dar á la sangre cuajada la cantidad de agua suficiente para liquidarse, y entóncees, empapando la sangre en un pañuelo de batista y vertiendo agua sobre la carta inclinada, obtuve un resultado tal que lo hubiera puesto al instante á la vista de V. M., si no supiera que, al contrario de las demás mujeres, los medios os preocupan tanto como el resultado, porque no desconoceis ninguna ciencia.

Sonrióse la reina, halagada en su amor propio por la alabanza, y dijo :

— Veamos el resultado.

Acton dió á Carolina la carta que de ella recibió la noche del 22 al 23 de setiembre para que lavase la sangre que la cubria.

La sangre habia desaparecido en efecto ; pero en los sitios que ocupara, la tinta era apénas perceptible.

— Es imposible leerla.

— No es imposible, señora, respondió Acton. Con un lente de aumento y un poco de imaginacion, V. M. verá como recomponemos toda la carta.

— ¿Teneis un lente ?

— Hélo aquí.

— Dádmelo.

En cuanto la reina tuvo el lente, procuró leer ligando las palabras entre sí ; pero pronto se cansó de su infruc-

tuoso trabajo. No obstante, gracias al lente, concluyó por leer con alguna dificultad las siguientes líneas que le presentaron el contenido de la carta en su conjunto :

« Querido Nicolino :

» Escusa á tu pobre amiga si no ha podido acudir á la cita, en la que tanta felicidad se prometia ; no ha sido culpa mia, te lo juro. Solo despues de nuestra entrevista me advirtió la reina que debia estar dispuesta á ir con las otras damas á recibir al almirante Nelson. Le harán fiestas magnificas ; la reina quiere mostrarse á él en toda su gloria, y me ha hecho el honor de decirme que yo era uno de los rayos con que contaba para deslumbrar al vencedor del Nilo. Lo que tendrá menos mérito con él que con otro porque no tiene mas que un ojo. No tengas celos. Yo preferiré siempre Acis á Polifemo.

» Pasado mañana, una palabra mia te indicará el dia en que seré libre.

» Tu amante y fiel,

» E.

» 21 de setiembre de 1798. »

— ¡ Hum ! dijo la reina despues de leer la carta. ¿ Sabéis, general, que todo esto no nos saca de dudas, y que parece que la persona que ha escrito la carta adivinó que debia leerla algun extraño ? ¡ Ah, ah ! la dama es mujer precavida.

— V. M. sabe que si puede dirigirse algun cargo á las damas de la corte no es el de una gran inocencia ; pero el autor de esta carta no ha tomado bastantes precauciones, y esta misma noche sabremos á qué atenernos.

— ¿ De qué manera ?

— V. M. ha tenido la bondad de invitar para esta noche á todas las damas de la corte cuyos nombres de bautismo empiezan con la letra E., y que han tenido el ho-

nor de formar parte del cortejo que os ha acompañado en el recibimiento del almirante Nelson.

— En efecto: y son siete.

— Decidme quiénes son, si gustais.

— La princesa Cariati, que se llama *Emilia*; la condesa de San Marcos, que se llama *Eleonora*; la marquesa de San Clemente, que se llama *Elena*; la duquesa de Tércmoli, que se llama *Elisabeta*; la duquesa de Tursi, que se llama *Elisa*; la marquesa de Altavilla, que se llama *Eufrasia*, y la condesa de Policastro, que se llama *Eugenia*. No cuento á lady Hamilton, que se llama *Emma*, porque no es persona capaz de mezclarse en semejantes enredos. Por lo tanto, tenemos que habérmolas con siete comprometidas.

— Si; pero entre las siete, replicó Acton riendo, hay dos que no están ya en edad de firmar sus cartas con simples iniciales.

— Es verdad, quedan cinco. ¿Y despues?

— Es bien sencillo, señora, y no sé cómo V. M. se toma la molestia de escuchar el resto de mi plan.

— ¿Qué quereis, mi querido Acton? hay dias en que parece que soy verdaderamente estúpida, y hoy es uno de ellos.

— V. M. tiene ganas de dirigirme la injuria que se ha hecho á sí misma.

— Es verdad; porque me impacientais con vuestros circunloquios.

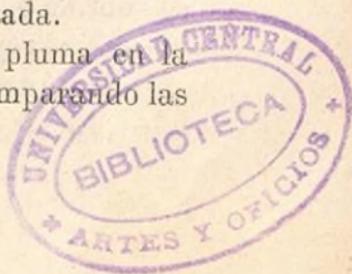
— ¡Ay, señora, por algo se es diplomático!

— Acabemos.

— En dos palabras.

— Decidlas pues, dijo la reina impacientada.

— Invente V. M. un medio de poner la pluma en la mano de cada una de esas señoras, y comparando las letras...



— Teneis razon, dijo la reina, poniendo su mano sobre la de Acton; conociendo la querida, pronto darémos con el amante. Entremos.

Y esto diciendo se levantó.

— Con permiso de V. M., os pediré diez minutos de audiencia todavía.

— ¿Para cosas importantes?

— De la mayor gravedad.

— Decid, dijo la reina volviéndo á sentarse.

— La noche en que V. M. me mandó esta carta, ¿se acuerda de haber visto á las tres de la mañana luz en la cámara del rey?

— Sí, puesto que le escribí.

— ¿Sabe V. M. con quién hablaba el rey tan tarde?

— Con el cardenal Ruffo, segun me dijo mi ugier.

— Ahora bien, despues de su conversacion con el cardenal Ruffo, el rey despachó un correo.

— En efecto, oí el galope de un caballo, que pasaba por los pórticos. ¿Quién era el correo?

— Ferrari, su hombre de confianza.

— ¿Cómo lo sabeis?

— Mi palafrenero inglés Tom, que duerme en la cuadra, vió á las tres de la mañana á Ferrari, en traje de camino, entrar en la cuadra, ensillar él mismo un caballo y partir. Así me lo dijo al dia siguiente teniéndome el estribo.

— ¡Y bien!

— Y bien, señora, yo me he preguntado á quién podia enviar S. M. un correo despues de su conversacion con el cardenal, y he pensado que no podia ser á otro que á su sobrino el emperador de Austria.

— ¿Y el rey ha podido hacer eso sin decírmelo?

— No el rey, sino el cardenal.

— ¡Ah! dijo la reina frunciendo el entrecejo: ni yo

soy Ana de Austria, ni Ruffo el cardenal de Richelieu.  
¡Que mire lo que hace!

— Yo he creído que la cosa era grave.

— ¿Estáis seguro de que Ferrari ha ido á Viena?

— No estaba muy seguro; pero pronto me he convencido. Mandé á Tom al camino para saber si Ferrari habia tomado la posta.

— ¿Y la habia tomado?

— En Cápua, donde dejó su caballo, diciendo que tuviesen cuidado de él, que era del rey, y que lo tomaria á la vuelta, es decir, el 3 de octubre por la noche ó el 4 por la mañana.

— Once ó doce dias.

— Justamente el tiempo que se necesita para ir á Viena y volver.

— ¿Y qué habeis resuelto despues de tantos descubrimientos?

— Advertir á V. M. ante todo, como acabo de hacerlo; y despues me parece que para nuestros planes de guerra, — ¿porque supongo que V. M. estará siempre por la guerra?...

— Siempre. Se formará una coalicion para arrojar á los franceses de Italia. Una vez arrojados, mi sobrino el emperador de Austria se apoderará, no solo de las provincias que poseia ántes del tratado de Campoformio, sino tambien de la Romanía. En esta clase de guerras, cada uno conserva lo que ha tomado, ó devuelve lo ménos que puede. Apoderémonos ántes que nadie de los Estados romanos, y en dejando Roma al Papa, porque no podemos guardarla, impondremos por el resto nuestras condiciones.

— Puesto que la reina está siempre dispuesta á la guerra, no será malo que sepa lo que el rey, ménos dispuesto á luchar que V. M., ha escrito, por consejo del

cardenal Ruffo, al emperador de Austria, y lo que este le ha contestado.

— ¿Sabeis una cosa, general?

— ¿Cuál?

— Que no debemos esperar ninguna condescendencia por parte de Ferrari; es hombre enteramente adicto al rey, y que suponen incorruptible.

*Felipe!* — ¡Bueno! Decia Felipe, padre de Alejandro, que no habia fortaleza inespugnable si podia entrar en ella una acémila cargada de oro. Verémos en cuánto tasa Ferrari su incorruptibilidad.

— Y si Ferrari rehusa, por grande que sea la suma que se le ofrezca, y dice al rey que la reina y su ministro han intentado seducirlo, ¿qué pensará el rey, que cada dia es mas desconfiado?

— V. M. sabe que, en mi opinion, el rey lo ha sido siempre; mas creo que hay un medio de que no figuremos en la trama ni V. M. ni yo.

— ¿Qué medio?

— Encargar de hacer las proposiciones á sir William. Si Ferrari es hombre que se deja comprar lo mismo aceptará el dinero en que se aprecie de sir William que de nosotros; tanto mas cuanto que sir William, como embajador de Inglaterra, tiene el pretexto de informar á su gobierno sobre las verdaderas disposiciones del emperador de Austria. Si acepta, en lo cual no corre riesgo alguno, porque solo se le pide que lea la carta y la vuelva á cerrar, entónces todo irá bien; y si es bastante enemigo de sus intereses para negarse, sir Hamilton le dará un centenar de luisas para que guarde el secreto; y por último, en caso de que se niegue á esto y revele el secreto al rey, sir William echará todo lo que la tentativa tiene de... ¿cómo diré yo?.. de aventurada, sobre la grande amistad que profesa á su hermano de leche el rey

Jorge. Supongamos que el rey no se dá por contento con esta excusa. El embajador le preguntará, bajo palabra, si en iguales circunstancias no hubiera él hecho otro tanto. El rey soltará la carcajada y no dará su palabra de honor. En suma, el rey necesita demasiado á sir William Hamilton, en la posicion en que se encuentra, para guardarle rencor por mucho tiempo.

— ¿Y creéis que sir William consentirá?

— Yo le hablaré, y si no basta, V. M. podrá hacer que le hable su esposa.

— ¿Y no teméis que Ferrari pase sin que nos lo advierta?

— Nada mas sencillo que evitar este temor, y solo he esperado para hacerlo el consentimiento de V. M., pues nada quiero hacer sin su orden.

— Hablad.

— Ferrari volverá esta noche ó mañana por la mañana á la casa de postas de Cápua, donde dejó su caballo. Yo enviaré allá mi secretario, con encargo de que diga á Ferrari que el rey está en Caserta, y que espera los despachos. Nosotros nos quedaremos aquí esta noche y todo el dia de mañana. En lugar de pasar por delante del palacio, Ferrari entrará, preguntará por S. M. y se encontrará con sir William.

— Todo eso puede salir bien, como puede salir mal, dijo la reina pensativa.

— Ya es mucho, señora, combatir con armas iguales, y mas aun cuando, siendo mujer y reina, se tiene de su parte la fortuna.

— Teneis razon, Acton. Enviad vuestro secretario á Cápua, y preparad á sir William Hamilton.

Así diciendo, la reina movió su cabeza, que aun era hermosa, como si quisiera sacudir las mil preocupaciones que sobre ella pesaban, y entró en el salon con ligero paso y con la sonrisa en los labios.

## V

## EL ACRÓSTICO.

Muchas personas habian llegado ya, y entre ellas las siete señoras cuyos nombres empezaban con E. Los hombres eran el almirante Nelson y dos de sus oficiales, á por mejor decir, dos amigos suyos, los capitanes Troubridg y Ball. El primero era un hombre simpático, de agudo ingenio y buen humor; el segundo, grave y estirado, como un verdadero breton de la Gran Bretaña.

Eran los otros convidados el elegante duque de Roca Romana, hermano de Nicolino Caracciolo, que estaba léjos de sospechar, —hablamos de Nicolino,—que un ministro y una reina se tomaban tanto trabajo en aquel momento para descubrir su alegre é indolente persona; el duque de Avalos, mas comunmente conocido con el nombre de marqués del Vasto; el duque de la Salandra, gran montero del rey, á quien veremos mas tarde tratar de apoderarse del mando que Mack dejó escapar de sus manos; el principe Pignatelli, á quien el rey debia dejar al huir la pesada carga de vicario general, y algunos otros, descendientes muy descendidos de las mas nobles familias napolitanas y españolas.

Todos esperaban la llegada de la reina, y se inclinaron respetuosamente al verla.

Dos cosas preocupaban á Carolina aquella noche: realzar á Emma Lyonna para que enamorase mas que nunca al almirante inglés, y descubrir por su letra á la autora del billete, atendiendo á que, cuando se supiera quién lo habia escrito, no seria difícil saber á quien iba dirigido.

Solamente los que asistian á aquellas intimas y em-

briagadoras reuniones de la reina de Nápoles, reuniones de que Emma Lyonna era á un tiempo el gran encanto y el principal adorno, han podido referir á sus contemporáneos hasta qué punto de entusiasmo y de delirio la moderna Armida arrastraba á sus auditores y espectadores. Si sus mágicas posturas, si su pantomima voluptuosa habian ejercido sobre los frios temperamentos del Norte el influjo que hemos dicho, ¿hasta qué punto no debian electrizar las volcánicas imaginaciones del Mediodia, apasionadas del canto, de la música y de la poesía, y que sabian de memoria Cimarosa y Metastasio. Por nuestra parte, conocimos é interrogamos en nuestros primeros viajes á Nápoles y Sicilia á ancianos que habian asistido á aquellas reuniones magnéticas y á quienes hemos visto, despues de cincuenta años, estremecerse como si fueran jóvenes, al impulso de estos ardientes recuerdos.

Emma Lyonna era hermosa, aun sin quererlo ser. Compréndase pues lo que seria aquella noche en que queria serlo, tanto por la reina como por Nelson; en medio de todos aquellos elegantes trajes de fines del siglo XVIII, que las córtes de Austria y de las Dos Sicilias, se obstinaban en usar como una protesta contra la revolucion francesa. En lugar de los polvos con que se cubrian aquellos altos peinados ridiculamente empingorotados en la coronilla; en lugar de aquellos trajes cortos y ceñidos, capaces de ahogar la gracia de la misma Tersicore; en lugar del encendido arrebol que trasformaba á las mujeres en bacantes, Emma Lyonna, fiel á sus tradiciones de libertad y de arte, llevaba una larga túnica de casimir azul celeste, suelta en plieges que hubieran podido causar envidia á una estatua griega. Flotaban sobre sus hombros en largos bucles sus cabellos, entre cuyas agitadas ondas se entreveían los rayos de dos ru-

bíes que brillaban como los fabulosos carbunclos de la antigüedad. El cinturón, regalo de la reina, era una cadena de diamantes, que llevaba atada á la cintura como el cordón de una monja capuchina, y que le caía hasta las rodillas. Llevaba los brazos desnudos desde los hombros, y en uno de ellos llevaba dos brazaletes en forma de serpientes de diamantes, con ojos de rubíes, uno junto al hombro y el otro en la muñeca. La mano de este brazo solo brillaba por la blancura de su fino cútis y por sus afiladas uñas, rosadas y transparentes como las hojas de una rosa. La otra mano, la correspondiente al brazo que no llevaba adorno ninguno, estaba cargada de sortijas. A causa del color de las medias, sus piés, calzados de coturnos azules con lazos de oro, parecían desnudos como sus manos.

Esta deslumbradora belleza, realzada por su extraño traje, tenia algo de sobrenatural, y por lo tanto de terrible y espantoso; las mujeres se retiraban celosas de aquella resurrección del paganismo griego y los hombres se apartaban aterrados. Al que tenia la desgracia de enamorarse de aquella Vénus Astarte no le quedaba mas recurso que la posesión ó el suicidio.

De aquí resultó que á pesar de su hermosura, y justamente á causa de su fascinadora hermosura, Emma quedó aislada en el rincón de un sofá, en medio de un círculo formado en torno suyo. Nelson, único que hubiera tenido el derecho de sentarse á su lado, la devoraba con la mirada y vacilaba deslumbrado, cojido del brazo de Troubridg, preguntándose por qué misterio de amor ó por qué cálculo político se habia rendido á él, rudo marino, veterano mutilado en veinte batallas, aquel sér privilegiado que reunia todas las perfecciones.

En cuanto á ella, estaba ménos incómoda en el lecho de Apolo, en que en otro tiempo Graham la habia ex-

puesto desnuda á las curiosas miradas de todo un pueblo, que en aquel salon donde tantas miradas envidiosas y lascivas la rodeaban.

— ¡ Oh , señora ! exclamó viendo aparecer á la reina y lanzándose á su encuentro, como para implorar socorro, venid pronto á esconderme á vuestra sombra , y decid á esos señores y á esas damas que, acercándose á mí , no se corre el riesgo que al dormirse bajo el manzanillo, ó al sentarse á la sombra del bohonupas.

— ¡ Y os quejais de eso, ingrata criatura ! dijo riendo la reina ; ¿ por qué sois hermosa hasta el punto de introducir en todos los corazones el amor y los celos, de tal modo que no hay aquí nadie mas que yo que sea bastante humilde y bastante poco coqueta para atreverse á acercar su rostro al vuestro y besaros en ambas mejillas ?

Y la reina la besó, y al besarla, la dijo en voz baja estas palabras :

— Es menester que esta noche esteis seductora.

Y pasando el brazo al rededor del cuello de su favorita, la condujo al canapé, en torno del cual todos se agruparon ; los hombres para hacer la córte á Emma haciéndola á la reina, y las mujeres para hacérsela á la reina, aparentando que la hacian á Emma.

En aquel momento entró Acton, y una mirada que la reina cambió con él, bastó para indicarle que todo marchaba á medida de su deseo.

Llevóse á Emma á un rincon, y despues de hablar con ella en voz baja algun tiempo, dijo :

— Señoras , acabo de obtener de mi buena lady Hamilton que nos dé esta noche una muestra de su ingenio, es decir, que nos cante alguna balada de su país ó algun canto de la antigüedad ; que nos represente una escena de Shakespeare, y que dance el paso del chal, que hasta ahora solo por mí y ante mí ha danzado.

Al oír estas palabras, resonó en el salón un grito general de curiosidad y de alegría.

— V. M. sabe, dijo Emma, que es con una condición.

— ¿Cuál? preguntaron las señoras.

— ¿Cuál? repitieron los hombres.

— La reina, dijo Emma, acaba de llamarme la atención sobre una cosa bien singular, y es que, exceptuando el de la reina, los nombres de bautismo de las ocho señoras que estamos reunidas en este salón, empiezan por la letra E.

— ¡Y es verdad! dijeron las señoras mirándose unas á otras.

— Ahora bien, si yo hago lo que me piden, quiero que hagan lo que deseo.

— Señoras, dijo la reina, convendreis en que esto es muy justo.

— ¿Qué quereis? Hablad, milady, exclamaron muchas voces.

— Deseo, dijo Emma, conservar un precioso recuerdo de esta reunión. S. M. escribirá su nombre en un papel, y cada letra de este nombre augusto y querido, servirá de inicial á un verso escrito por una de nosotras, empezando por mí, y dedicados á la gloria de S. M. Cada una firmará su verso, bueno ó malo, y yo espero que, con la ayuda del mío, habrá mas malos que buenos; y como recuerdo de esta velada que he tenido el honor de pasar con la reina mas hermosa del mundo y con las mas nobles señoras de Nápoles y de Sicilia, guardaré para mi álbum el precioso y poético autógrafo.

— Concedido, dijo la reina, y con la mejor voluntad.

Y así diciendo, acercóse á la mesa y escribió en un papel el nombre de CAROLINA.

— Pero señora, exclamaron las damas á quienes se

obligaba á improvisar de aquella manera ; nosotras no somos poetisas.

— Invocad á Apolo, y lo sereis.

No habia medio de retroceder. Además, Emma, acercándose a la mesa, escribió junto á la primera letra del nombre de la reina, el primer verso del acróstico, y lo firmó.

Resignáronse las demás, y una tras otra escribieron un verso y lo firmaron. En cuanto la última firmó el suyo, apoderóse la reina del papel. El concurso de las ocho musas habia producido el resultado siguiente :

La reina leyó en voz alta los versos, que habian sido escritos en francés :

C'est par trop abuser de la grandeur suprême,  
*Emma Hamilton.*

Vyant le sceptre en main, au front le diadème,  
*Emilia Cariatí.*

Réunissant déjà de si riches tributs,  
*Eleonora San Marcos.*

Reine ! de vouloir qu'en un instant Phébus,  
*Elisabeta Termoli.*

Morsque le mont Vésuve est si loin du Parnasse,  
*Elisa Tursi.*

Initie au bel art de Petrarque et du Tasse  
*Eufrosia de Altavilla.*

Nos cœurs, qui n'ont jamais pour vous jusqu'à ce jour  
*Eugenia de Policastro.*

Aspiré qu'à lutter de respect et d'amour.  
*Elena San Clemente.*

— Mirad, dijo la reina, en tanto que los hombres se hacian lenguas en alabanza del acróstico y que las damas se admiraban ellas mismas de haber salido tan bien



del paso ; mirad, general Acton, qué letra tan preciosa tiene la marquesa de San Clemente.

El general Acton se acercó á una luz, apartándose al mismo tiempo del grupo como si hubiese querido volver á leer el acróstico ; comparó la letra de la carta con la del octavo verso, y, devolviendo con una sonrisa el precioso y terrible autógrafo á Carolina, dijole :

— Efectivamente, es preciosísima.

## VI

### LOS VERSOS SAFICOS.

La doble alabanza de la reina y del capitán general Acton á propósito de la letra de Elena de San Clemente, pasó sin que nadie, ni aun la que era objeto de aquella alabanza, le diese la menor importancia.

Apoderóse la reina del acróstico, prometiendo á Emma devolvérselo al día siguiente, y habiéndose roto ya esa especie de hielo que mantiene la frialdad en el principio de toda reunion, cada cual se mezcló en aquella confusion agradable que la reina sabia establecer en su trato íntimo, por el arte que tenia de hacer olvidar las molestias que impone la etiqueta.

Animóse la conversacion ; los labios no dejaron ya escapar, sino que lanzaron las palabras ; mostró la risa sus blancos dientes ; hombres y mujeres se mezclaron entre sí, cada uno fué á buscar el ingenio ó la belleza que le eran mas simpáticos, y en medio de aquel dulce murmullo, que se asemejaba al gorjeo de los pajarillos, respirábase tibia é impregnada del perfumado aliento de la juventud, aquella atmósfera, especie de filtro invisible, impalpable, embriagador, compuesto de amor, de deseos y de voluptuosidad.

En esta clase de reuniones, Carolina no solo se olvidaba de que era reina, sino á veces ni aun se acordaba de que era mujer; una especie de llama eléctrica brillaba en sus ojos, sus narices se dilataban, imitaba su seno el movimiento onduloso de las olas, su voz se tornaba ronca y desafinada, y un rugido de pantera ó de bacante que saliera de aquella hermosa boca no hubiese estrañado á nadie.

Acercóse á Emma, y poniendo sobre su desnuda espalda su mano desnuda tambien, que parecia una mano de rosado coral sobre una espalda de alabastro, le preguntó :

— Y bien, mi querida lady, ¿habeis olvidado que no os perteneceis esta noche? Nos habeis prometido milagros, y tenemos ánsia de aplaudiros.

Emma, al contrario de la reina, parecia sumerjida en una suave languidez; su cuello no tenia ya fuerza para sostener la cabeza, que se inclinaba ora sobre un hombro, ora sobre el otro, y á veces, en un espasmo de voluptuosidad, dejábase caer hácia atrás; los ojos, medio cerrados, escondian sus pupilas bajo el arco de sus largas pestañas; entreabierta la boca, dejaba ver por entre los labios de púrpura sus dientes de marfil; los negros rizos de sus cabellos resaltaban sobre la blanca mate de su pecho.

No vió, pero sintió la mano de la reina posarse sobre su espalda, y un leve temblor recorrió todo su cuerpo.

— ¿Qué quereis de mí, carísima reina? dijo lánguidamente y con un movimiento de cabeza de una gracia suprema. Pronta estoy á obedeceros. ¿Quereis la escena del balcon de Romeo? Pero ya sabeis que para representar esta escena tienen que ser dos, y yo no tengo Romeo.

— No, no, dijo la reina, nada de amor; los volverias

locos á todos, y ¿quién sabe si á mí tambien me volverias loca? No, al contrario, alguna cosa que los espante. ¡ Julieta en el balcon! de ninguna manera. El monólogo de Julieta es lo único que te permito esta noche.

— Esta bien; dadme un manton blanco, reina mia, y mandad que me dejen sitio.

Cojió la reina de un canapé un manto blanco de crespon de la China, que habia dejado allí sin duda con intencion, diólo á Emma, y con un gesto en el cual volvia á manifestarse reina, mandó que todo el mundo se echase á un lado.

En un segundo, Emma se halló aislada en medio del salon.

— Señora, es menester que os tomeis la molestia de esplicar la situacion. Esto apartará por un momento la atencion de mi persona y tengo necesidad de esta pequeña supercheria para producir el efecto que me propongo.

— Todos vosotros conoceis la crónica veronesa de los Monteesos y Capuletos, ¿no es asi? dijo la reina. Quieren casar á Julieta con el conde París, á quien no ama, en tanto que el pobre desterrado Romeo es el dueño de su corazon. Fray Laurencio, que la ha casado con su amante, le da un narcótico que la hará pasar por muerta; la depositarán en el panteon de la familia Capuleto, y allí Laurencio irá á buscarla y la conducirá á Mántua donde la aguarda Romeo. Su madre y su nodriza acaban de salir de su aposento, dejándola sola despues de haberla hecho saber que al dia siguiente, al rayar el alba, dará su mano al conde París.

Apenas hubo terminado la reina esta esposicion que habia atraido todas las miradas sobre ella, cuando un doloroso suspiro las llevó de nuevo sobre Emma Lyonna; habia tenido bastante con algunos segundos para

embozarse en el inmenso chal, de manera que no se veía nada de su primer traje. Cubriase la cabeza con ambas manos, que dejó caer lentamente, levantando al mismo tiempo y mostrando poco á poco su rostro pálido, en el que se hallaba impreso el mas profundo dolor y donde era imposible hallar ni un resto de aquella languidez suave que hemos procurado describir; todo lo contrario, era la angustia en su paroxismo, el terror en su apogeo.

Volvió lentamente sobre sí misma, como para seguir con la mirada á su madre y á su nodriza, y con voz cuyas vibraciones llegaban hasta el fondo del corazón, estendiendo el brazo como para dar al mundo un eterno adios, dijo:

« ¡Adios! El Señor sabe cuando nos volveremos á ver. Agítase el terror en mi mente con pavoroso vértigo, y la sangre se detiene helada en mis venas. ¿Por qué no las llamo para que calmen mi espanto?

» ¡Nodriza! ¡Señora!...

» ¡Cállate, pobre loca! ¿Qué tienen que hacer aquí tu madre ó tu nodriza? Sin testigos debe cumplirse el acto. ¡Ven á mí, misteriosa pócima!... Y si tú me faltases, ¿sería yo mañana del conde?...

» No: conozco un medio de librarme de este terrible anatema: puñal, postrer recurso, esperanza suprema, descansa en mi seno.

» ¡Y si esto fuese un veneno. . que el fraile hubiese puesto traidoramente en mis manos por temor de que se descubriera mi primer matrimonio! Pero no, todo el mundo le tiene por un santo varon, y además es el amigo de mi querido Romeo. ¿Qué tengo que temer?

» Pero si, encerrada en la tumba, llegase á despertarme ántes de la hora en que debe venir á librarme mi Romeo, y me hallase, envuelta en mi sudario, sola, en aquella sombría morada y en medio de los muertos... Aquel aire, que es imposible respirar, seca-

ría mi boca, mortales miasmas llenarian mi pecho, ahogándome ántes que, venciendo á la muerte, viniese mi amado á llevarme en sus brazos... ó si sobreviviese, ¡qué espectáculo se ofrecería á mis ojos! ¿No es esa bóveda el antiguo receptáculo donde duermen los despojos de mis abuelos muertos desde hace mil años? ¿Donde Tibaldo, el último de ellos tendido en su sepulcro, me aguarda lívido y frío, con la amenaza en los labios?

» Luego, cuando toquen las doce de la noche, ¡gran Dios! ¿no dicen que los huéspedes de la muerte, despiertos por la voz del bronce, se alzan chocando sus huesos en las tinieblas, para lanzarse á sus fúnebres danzas, y dan esos espantosos gritos que ahuyentan la razón del cerebro de los vivos?

» ¡Oh! ¡si yo me despertase bajo las sombrías bóvedas en esa hora en que los muertos reviven! ¡Si, arrastrándose hácia mí en el sepulcro oscuro, esos espectros me manchasen con su impuro contacto, y llevándome á los juegos que odia la luz, me volvieran insensata al salir la aurora! Al pensar en ello, siento escaparse mi razón.

» ¡Oh! ¡huye, huye! Romeo, ya veo á Tibaldo alzarse lentamente en la sombra para herirte. La espada brilla en su descarnada mano. Mostrándote con el dedo su abierta herida, quiere obligarte á que te sientes á su lado en la tumba. ¡Detente, asesino! en nombre del cielo, ¡detente!

*(Llevando el pomo á sus labios.)*

» ¡Romeo, por tí bebe tu Julieta! »

Y haciendo la acción de beber el narcótico, dió algunos pasos vacilante y cayó sobre la alfombra, donde permaneció inerte y sin movimiento.

La ilusión fué tan grande que, olvidando que lo que acababa de pasar no era mas que un juego; Nelson, el rudo marino, mas familiarizado con las tempestades del Océano, que con los fingimientos del arte, lanzó un grito, se abalanzó á Emma, y con su brazo único, la levantó del suelo como si fuera un niño.

Obtuvo una recompensa: la primera sonrisa de Emma,

al abrir los ojos, fué para él. Comprendiendo entónces su error, retiróse confuso á un rincon de la sala.

Sucedióle la reina, y todos rodearon á la finjida Julieta.

Nunca la magia del arte habia llegado á este punto. Aunque espresados en lengua extranjera, ninguno de los sentimientos que habian agitado el corazón de la amada de Romeo habian pasado desapercibidos para los espectadores.

Las emociones producidas por este espectáculo, de que la noble reunion, completamente agena á la poesía del Norte, no tenia la menor idea, tardaron mucho tiempo en calmarse. Al silencio del estupor siguieron los aplausos del entusiasmo; vinieron luego los elogios y las lisonjas y los cumplimientos que tan dulcemente acarician el amor propio de los artistas. Emma, nacida para brillar en la escena literaria, pero empujada por su irresistible fortuna á la escena política, manifestaba á cada ocasion la actriz ardiente y apasionada, dispuesta á trasportar á la vida real esas creaciones de la vida ficticia que se llaman Julieta, lady Macbeth ó Cleopatra. Entónces daba á su sueño desvanecido todos los suspiros de su corazón, y se preguntaba si los triunfos dramáticos de mistress Siddons y de mademoiselle Raucourt no valian mas que las apoteosis reales de lady Hamilton. Sentia entónces, en medio de las alabanzas de los circunstantes, de los aplausos de los espectadores, de las caricias de la reina misma, una profunda tristeza, y, si dejaba correr su imaginacion, caía en una de esas melancolías que en ella eran nuevas seducciones; pero la reina pensando con razon que tales melancolías no estaban exentas de penas y hasta de remordimientos, la empujaba hácia algun nuevo triunfo, cuya embriaguez le hiciera apartar la vista del pasado para no mirar mas que el porvenir.

Tomándola por el brazo y sacudiéndola con violencia como se hace con un sonámbulo para despertarle del sueño magnético, la dijo :

— Vamos, basta de melancolía. Ya sabes que eso no me gusta. ¡Canta y baila! Ya te lo he dicho; esta noche no te perteneces, eres nuestra. Canta y danza.

— Con el permiso de V. M., respondió Emma, voy á cantar. Nunca represento esta escena, sin que me quede durante algun tiempo un temblor nervioso que me quita las fuerzas; pero este temblor mismo es favorable para mi voz. ¿Qué pieza quiere V. M. que cante?

— Cántales algo de ese manuscrito de Safo que acaba de encontrarse en Herculano. ¿No me has dicho que has compuesto la música para muchas de esas poesías?

— Solo para una, señora; pero....

— ¿Pero qué? preguntó la reina.

— Esa música, compuesta para nosotros solamente, es un himno estraño, dijo Emma en voz baja.

— ¿No se titula, *A la mujer amada*?

Emma sonrió y miró á la reina con una singular expresion de lascivia.

— Justamente, dijo la reina, cántalo; yo lo quiero.

Dejando á Emma aturdida por el acento con que habia pronunciado: *yo lo quiero*, la reina llamó al duque de Roca Romana, que aseguraban haber sido el objeto de uno de sus tiernos y pasajeros caprichos, á los que la Semíramis del Mediodia estaba tan sujeta como la Semíramis del Norte, y haciéndole sentar junto á ella en el mismo sofá, comenzó con él una conversacion, que aunque en voz baja, parecia muy animada.

Lanzó Emma una mirada á la reina, salió rápidamente del salon, y un instante despues volvió á entrar coronada de laurel, con un manto encarnado sobre los hombros, y sobre el torneado brazo aquella lira de Lesbos

que ninguna mujer se ha atrevido á tocar desde que la musa de Mitilene la dejó caer de sus manos al precipitarse de lo alto de la roca de Leucada.

Un grito de sorpresa se escapó de todos los labios; apénas la reconocian. Ya no era la dulce y poética Julieta. De su ardiente pupila brotaba una llama mas devoradora que la que la vengadora Vénus encendió en los ojos de Fedra: adelantóse con paso rápido en que habia algo de varonil, esparciendo en torno suyo un misterioso perfume. Todos los impuros deseos de la antigüedad, el de Mirra por su padre, el de Pasifae por el toro de Creta parecian haber impreso en su rostro su impúdico fuego; era la sublevada vírgen del amor, sublime en su culpable rebelion. Detúvose ante la reina, dejóse caer en un sillón y con una pasion que hizo sonar las cuerdas de la lira como si fueran de acero, cantó con estridente acento, las siguientes estrofas: (1)

« Feliz quien junto á tí suspira, oyendo el eco melodioso de tu voz! Feliz, quien aspira el dulcísimo néctar de tu sonrisa, envidia de los dioses!

» Cuando te veo, mi labio enmudece, sécase mi lengua y en vano quiero hablar. Laten mis sienes al impulso de la fiebre; abrasa todos mis sentidos un fuego devorador.

» Mas pálida que la débil flor seca en un dia por el abrasado aliento del Leon, tiemblo, suspiro, desfallezco y muero, de amor y de deseos.»

Con la última vibracion de sus cuerdas, la lira se deslizó de la falda de la poetisa, cayendo sobre la alfombra; y Emma dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sillón.

La reina, que desde la segunda estrofa se habia separado de Roca Romana, levantóse antes que Emma con-

(1) *Quintana en sus poemas hizo la traducción.*

cluyese el último verso, y acercándose á ella, la levantó en sus brazos sin dar tiempo á que su cabeza inerte se doblara sobre el hombro cual si estuviera desmayada.

Esta vez la concurrencia quedó un instante sin saber si debía aplaudir; pero el pudor fué pronto vencido en un combate en que toda idea moral debía sucumbir bajo la ardiente exaltacion de los sentidos. Hombres y mujeres rodearon á Emma, disputándose una mirada, una palabra suya, ó el privilegio de tocar su mano, sus cabellos ó sus vestidos. Nelson estaba allí como los otros, temblando mas que los otros, porque estaba mas enamorado; la reina tomó la corona de laurel de la cabeza de Emma y la puso en la de Nelson.

Este se la quitó, como si le hubiera quemado las sienes, y la apretó contra su corazon.

En aquel momento la reina sintió una mano en la suya: volvióse y vió á Acton.

— Venid sin perder un instante, la dijo. Dios hace por nosotros mas de lo que podíamos esperar.

— Señoras, dijo la reina, me ausento por algunos instantes. Mientras vuelvo, queda Emma en mi lugar; ella es la reina. Os dejo, en lugar del poder, el genio y la belleza.

Y añadió al oido de Nelson:

— Decidla que dance por vos el paso del chal que debía danzar por mí, ella lo hará.

Seguida de Acton, la reina salió del salon dejando á Emma embriagada de orgullo y á Nelson loco de amor.

## VII.

## DIOS DISPONE.

La reina siguió á Acton ; comprendiendo que debia pasar algo grave para que el general se hubiera atrevido á llamarla tan imperativamente fuera del salon.

Llegados al corredor, la reina quiso interrogarle ; pero él se contentó con responder :

— ¡ Por Dios, señora, venid pronto ! no tenemos un momento que perder ; dentro de algunos minutos lo sabreis todo.

Entraron en la botica del palacio por una escalerilla de servicio. En aquella botica era donde los médicos y los cirujanos del rey, Vairo, Troja y Cottugno se surtian de las medicinas necesarias para hacer las primeras curas á los enfermos ó heridos, para que eran llamados á palacio.

La reina adivinó el sitio adonde la conducia Acton.

— ¿ Ha sucedido algo á alguno de mis hijos ? preguntó.

— No señora, tranquilizáos, dijo Acton ; y, si tenemos alguna prueba que hacer podremos hacerla, al ménos, *in aniua vili.*

Acton abrió la puerta ; la reina entró y echó una rápida ojeada por el aposento.

Un hombre desmayado estaba tendido sobre un lecho.

La reina se acercó con mas curiosidad que miedo, y al verle exclamó :

— ¡ Ferrari !

Luego volviéndose hácia Acton,

— ¿ Está muerto ? le preguntó con el tono con que hubiese podido decir : « ¿ le habeis asesinado ? »

— No, señora, respondió Acton, solo está desmayado. Miróle la reina ; su mirada pedia una esplicacion.

— Señora, dijo Acton, es la cosa mas natural del mundo. Envié, conforme habiamos convenido, á mi secretario para advertir al maestro de postas de Cápua que dijese al correo Ferrari á su paso por aquel punto, que el rey le aguardaba en Caserta ; se lo dijo, Ferrari no se detuvo mas que el tiempo necesario para mudar de caballo ; solo que al llegar á la puerta principal del palacio, interceptada por los carruajes de nuestros cortesanos, ha tirado demasiado de las riendas, el caballo ha caido de manos arrojando al ginete, que ha ido á dar con la cabeza contra una piedra, le han levantado sin sentido y yo le he hecho trasladar aquí diciendo que no era necesario ir á buscar médico, que yo mismo le cuidaria.

— Entónces, dijo la reina adivinando el pensamiento de Acton, ya no es necesario seducirle ni comprar su silencio ; no tenemos que temer que hable, y con tal que siga desmayado el tiempo suficiente para que podamos abrir la carta, leerla y volverla á cerrar, es todo lo que se necesita ; solo que, ya comprendéis, Acton, es menester que no se despierte miéntras estemos en la operacion.

— Ya he precavido este caso ántes de la llegada de V. M.

— ¿Y cómo ?

— He hecho tomar á ese desgraciado veinte gotas de láudano de Sydenham.

— Veinte gotas,..... dijo la reina. ¿Y creéis que será bastante para un hombre acostumbrado al vino y á los licores fuertes como debe ser este correo ?

— Quizás tendreis razon, señora, y podemos darle diez gotas mas ?

Y echando diez gotas de un licor amarillento en

una cucharilla, las introdujo en la boca del enfermo.

— ¿Y creéis, preguntó la reina, que mediante ese narcótico, no recobraré los sentidos?

— No los recobraré lo bastante para darse cuenta de lo que pase en torno suyo.

— Pero yo no le veo saco de viaje, dijo la reina.

— Como es el hombre de confianza del rey, dijo Acton, el rey no usa con él de las precauciones ordinarias; y cuando se trata de un simple despacho, lo lleva y trae la respuesta en un bolsillo de cuero que usa en el interior de su chaqueta.

— Veamos, dijo la reina sin vacilar.

Acton abrió la chaqueta, metió la mano en el bolsillo de cuero y sacó de él una carta sellada con el sello particular del emperador de Austria, es decir, con una cabeza de Marco Aurelio, como Acton lo habia previsto.

— Todo va bien, dijo Acton.

La reina quiso tomarle la carta de las manos para abrirla.

— ¡Oh! no, no, dijo Acton, así no.

Y colocando la carta á cierta altura por encima de la bujía, vióse pronto el sello ablandarse poco á poco y levantarse por último uno de los cuatro ángulos.

La reina se pasó la mano por la frente.

— ¿Qué contendrá esa carta? dijo con ansiedad.

Acton sacó la carta del sobre, é inclinándose, la presentó á la reina.

La reina la abrió y leyó en voz alta :

« Palacio de Schœubrunn, 28 de setiembre de 1798.

« Escelentísimo hermano, primo y tío, aliado y confederado.

« Contesto á Vuestra Majestad de mi propia mano, como ella me ha escrito de la suya.

«Mi opinion, de acuerdo con la del consejo áulico, es que no debemos empezar la guerra contra la Francia hasta que hayamos reunido todas las probabilidades de triunfo, y una de las probabilidades con que me es permitido contar, es la cooperacion de los 40,000 hombres de tropas rusas mandadas por el feld-mariscal Souvorow, á quien pienso dar el mando en jefe de nuestros ejércitos; pero estos 40,000 hombres no estarán aquí hasta últimos de marzo. Contemporizad pues, mi escelentísimo hermano, primo y tío, retardad por todos los medios posibles el rompimiento de las hostilidades; yo creo que Francia no tiene mas deseos que nosotros de hacer la guerra; aprovechad sus disposiciones pacíficas; dad cualquiera razon, mala ó buena, de lo que ha sucedido, y el mes de abril entraremos en campaña con todos nuestros recursos.

«Entre tanto, y no teniendo la presente otro objeto, ruego á Dios, queridísimo hermano, primo y tío, aliado y confederado, que os haya en su santa y digna guarda.

« FRANCISCO. »

— Hé aquí una cosa bien distinta de la que esperábamos.

— No yo, señora, replicó Acton; yo no he creído nunca que S. M. el emperador, entrase en campaña ántes de la primavera próxima.

— ¿Qué harémos?

— Aguardo la órden de V. M.

— Ya conoceis, general, las razones que tengo para querer una guerra inmediata.

— ¿V. M. toma sobre sí la responsabilidad?

— ¿Qué responsabilidad quereis que tome con una carta semejante?

— La carta del emperador será lo que nosotros queramos que sea.

— ¿Qué quereis decir?

— El papel es un agente pasivo y se le hace decir lo que se quiere; toda la cuestion consiste en calcular si vale mas hacer la guerra en seguida á dejarla para mas adelante, atacar ó aguardar á que nos ataquen.

— No hay discusion posible sobre este punto, me parece; conocemos el estado en que se halla el ejército francés, que en este momento no podria resistirnos, y si le dejamos tiempo de organizarse, somos nosotros los que no le resistirémos.

— ¿Y con esa carta creéis imposible que el rey se ponga en campaña?

— ¡El! se dará por muy contento con hallar un pretexto cualquiera para no moverse de Nápoles.

— Entónces, señora, no conozco mas que un medio, dijo Acton con resolucion.

— ¿Cuál?

— Hacer decir á la carta lo contrario de lo que dice.

La reina asió á Acton por el brazo.

— ¿Es posible? preguntó mirándole fijamente.

— Nada mas fácil.

— Esplicádmelo... ¡Aguardad!

— ¿Qué?

— ¿No habeis oido quejarse á ese hombre?

— ¡Qué importa!

— Incorpórase en el lecho.

— Para volver á caer, ya lo estáis viendo.

Y en efecto, el desgraciado Ferrari volvió á caer en el lecho lanzando un gemido.

— ¿Deciais?... replicó la reina.

— Digo que el papel es espeso, sin color y escrito por una sola llana.

— ¿Y bien?

— Y bien, por medio de un ácido, se puede borrar lo escrito no dejando de mano del emperador mas que las tres últimas líneas y la firma, y sustituir la recomendación de no empezar las hostilidades hasta el mes de abril con la de romperlas sin tardanza.

— Es muy grave lo que me proponeis, general.

— Ya he dicho que solo á la reina correspondia tomar sobre sí semejante responsabilidad.

La reina reflexionó un momento; una arruga se dibujó en su frente, sus cejas se fruncieron, crispáronse sus manos.

— Pues bien, dijo, la tomo.

Acton la miró.

— Os he dicho que la tomaba. ¡Manos á la obra!

Acercóse Acton al lecho del herido, le tomó el pulso, y volviéndose á la reina, le dijo:

— En dos horas no volverá en sí.

— ¿Necesitais alguna cosa? preguntó la reina viendo á Acton mirar en torno suyo.

— Quisiera un hornillo encendido y una plancha.

— ¿Saben en palacio que estáis aquí al lado del herido?

— Sí.

— Entónces llamad y pedid lo que necesitais.

— ¿Pero no saben tambien que V. M. está aquí?

— Es verdad, dijo la reina.

Y se escondió detrás del cortinaje de la ventana.

Acton llamó; no fué un criado el que se presentó, sino su secretario.

— ¡Ah! ¿sois vos, Dick? dijo Acton.

— Sí, monseñor; he pensado que Vuestra Escelencia necesitaba cosas que un criado no podria proporcionarle.

— Habeis tenido razon. Traedme ánte todo, y lo mas pronto posible, un hornillo, carbon encendido y una plancha.

— ¿No necesitais otra cosa, monseñor?

— Nada mas, por ahora; pero como no os alejaréis de aquí, probablemente servireis para algo.

Salió el jóven para ejecutar las órdenes que acababa de recibir, y Acton cerró la puerta con llave.

— ¿Teneis confianza en ese jóven? le preguntó la reina.

— Como en mí mismo, señora.

— ¿Cómo se llama?

— Ricardo Menden.

— Sin embargo, le habeis llamado Dick.

— Ya sabe V. M. que esa es la abreviacion de Ricardo.

— ¡Es verdad!

Cinco minutos despues oyéronse pasos en la escalera,

— Es Ricardo, dijo Acton; es inútil que V. M. se esconda; y además lo necesitaremos ahora mismo.

— ¿Para qué?

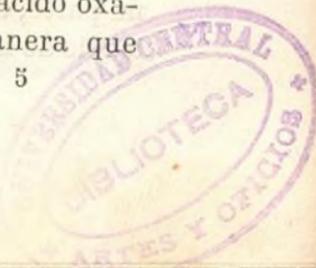
— Para escribir la carta. Ni V. M. ni yo podemos escribirla, porque el rey conoceria nuestra letra; así pues será preciso que él la escriba.

— Es justo.

Sentóse la reina dando la espalda á la puerta.

El jóven entró con los tres objetos pedidos, que colocó junto á la chimenea, y luego salió sin haber notado, al parecer, que habia en el aposento una persona que no estaba cuando él entró la primera vez.

Acton cerró de nuevo la puerta, despues de salir el jóven, llevó el hornillo junto á la chimenea y puso la plancha encima; despues, abriendo el armario que contenia el botiquin, sacó de él una botellita de ácido oxálico, cortó las barbas de una pluma de manera que



pudiesen servirles para estender el licor sobre el papel, dobló la carta para preservar las tres últimas líneas y la firma imperial del contacto del líquido, vertió el ácido sobre la carta y le estendió con las barbas de la pluma.

La reina observaba la operacion con una curiosidad que no estaba exenta de inquietud; mas con gran satisfaccion, vió la tinta, bajo la accion del líquido, palidecer primero, luego blanquear y por último desaparecer.

Acton sacó su pañuelo del bolsillo, y plegándolo en muchos dobleces secó con él la carta.

Terminada esta operacion, el papel quedó completamente blanco. Acton tomó la plancha, estendió la carta encima de un cuaderno de papel y la planchó como se plancha un lienzo.

— Ahora, dijo, mientras que se seca el papel, redactemos la respuesta de S. M. el emperador de Austria.

La reina fué la que dictó esta respuesta. Héla aquí textualmente:

Schœnbrünn, 28 de setiembre de 1798.

«Mi escelentísimo hermano, primo, tío y confederado :

«Nada podia serme mas agradable que la carta que me escribís y en la cual me prometeis someteros en un todo á mi opinion. Por las noticias que llegan de Roma sé que el ejército francés se halla completamente abatido; otro tanto le sucede al de la alta Italia.

«Encargaos pues del uno, escelentísimo hermano, primo y tío, aliado y confederado, que yo me encargaré del otro. No bien sepa que estais en Roma, cuando por mi parte, entraré en campaña con 140,000 hombres; vos teneis de la vuestra 60,000, yo aguardo 40,000 rusos; es

mas de lo que se necesita para que el próximo tratado de paz, en lugar de llamarse el tratado de Campo Formio, se llame el tratado de Paris.

— ¿No es esto? preguntó la reina.

— ¡Escelente! dijo Acton.

— Entónces, no hay que hacer mas que copiar este borrador.

Cercioróse Acton de que el papel estaba perfectamente seco, hizo desaparecer por medio de la plancha el pliegue preservador, fué de nuevo á la puerta y llamó á Dick.

Como él lo habia previsto, el jóven se mantenía al alcance de la voz.

— Héme aquí, monseñor, dijo.

— Venid á esta mesa, dijo Acton, y copiad este borrador sobre esta carta disimulando ligeramente vuestro carácter de letra.

El jóven se sentó á la mesa que se le indicaba sin hacer ni una pregunta, sin demostrar la menor estrañeza; tomó la pluma, como si se tratase de la cosa mas sencilla, ejecutó la órden y se levantó aguardando nuevas instrucciones.

Acton examinó el papel á la luz de las bugías: nada indicaba la traicion que acababa de cometerse. Volvió á meter la carta en el sobre, colocó sobre la llama la cera, que se ablandó de nuevo; dejó caer sobre esta primera capa, á fin de borrar toda huella de fractura, una segunda capa de cera, y aplicó encima el sello que habia mandado hacer en fac-simile sobre el del emperador.

Despues de hecho esto, volvió á meter el despacho en el bolsillo de cuero, abotonó la chaqueta y, tomando una luz, examinó por primera vez la herida.

Habia contusion violenta en la cabeza, la piel estaba

hendida en una longitud de dos pulgadas; pero no habia ninguna lesion grave de los huesos del cráneo.

— Dick, dijo Acton á su secretario, escuchad bien mis advertencias; hé aquí lo que teneis que hacer....

El jóven se inclinó.

— Mandareis á buscar un médico á Santa María. Miéntras viene, que no será ántes de una hora, hareis tomar á este hombre, cucharada á cucharada, un cocimiento de café verde hervido; lo que quepa en un vaso, poco mas ó ménos.

— Sí, Escelencia.

— El médico creerá que son las sales que le dará á oler ó el éter con que le frotará las sienes, lo que le hará volver en sí; dejadle en esta creencia. Despues de hecha la primera cura, el herido, segun lo permita el estado de sus fuerzas, seguirá su camino á pié ó en carruaje.

— Muy bien, Escelencia.

— El herido, continuó Acton, marcando con intencion cada una de sus palabras, fué recojido, despues de su caida, por los empleados del palacio, llevado por orden vuestra á la botica, cuidado por vos y por el médico; no ha visto á la reina ni á mí, ni la reina ni yo le hemos visto. ¿ Lo entendeis ?

— Muy bien, Escelencia.

— Y ahora, dijo Acton volviéndose á la reina, podeis dejar ir las cosas por sí mismas y volver sin inquietud al salon; todo se ejecutará como está mandado.

La reina echó una mirada al secretario, y notó en él ese aire inteligente y resuelto de los hombres destinados á hacer fortuna. Luego, cuando la puerta se hubo cerrado, dijo á Acton :

— ¡ Teneis un hombre inapreciable, general !

— No es mio, señora; es vuestro, como todo cuanto yo poseo, respondió Acton.

É inclinándose dejó pasar á la reina delante de él.

Cuando la reina entró en el salon, Emma Lyonna, envuelta en un manton de cachemira encarnado con franjas de oro, se dejaba caer sobre un canapé en medio de las alabanzas y de los aplausos frenéticos de los espectadores, con todo el abandono de una bailarina de teatro que acaba de obtener su mas brillante triunfo. Y en efecto, jamás bailarina de San Carlos produjo en el público semejante embriaguez. El círculo en medio del cual habia empezado la danza, estrechóse poco á poco y por una atraccion insensible fué acercándose á ella; de modo que llegó un momento en que, estando cada cual ávido de verla, de tocarla, de respirar el perfume que de ella emanaba, faltóle no solo espacio sino hasta aire, y gritando con voz ahogada. « Paso, paso! » fué, en un espasmo voluptuoso, á caer sobre el canapé donde la reina la encontraba.

A la vista de la reina, la muchedumbre abrió paso para dejarla llegar hasta su favorita.

Los aplausos y las alabanzas redoblaron; todos sabian que alabar la gracia, el talento, la magia de Emma, era el modo mas seguro de hacer la córte á Carolina.

— Por lo que veo, por lo que oigo, dijo Carolina, me parece que Emma os ha cumplido su palabra. Ahora es preciso dejarla descansar; además, es ya la una de la madrugada, y Caserta, — os doy gracias por haberlo olvidado, — está á muchas millas de Nápoles.

Todo el mundo comprendió que aquella era una despedida en toda regla, y que efectivamente habia llegado la hora de retirarse. Los placeres de la velada se resumieron en una postrera y suprema admiracion; la reina dió su mano á besar á tres ó cuatro de los mas favorecidos, — el príncipe de Maliterno y el duque de

Rocca Romana fueron de este número. — Retuvo á Nelson y á sus dos amigos, á quienes tenia que decir algunas palabras en secreto, y llamando á la marquesa de San Clemente, la dijo :

— Mi querida Elena, estais de servicio á mi lado pasado mañana.

— Mañana querrá decir V. M. ; pues, conforme nos lo ha hecho notar, es ya la una de la madrugada ; me importa demasiado ese honor para que permita que se retrarde un dia.

— Voy pues á contrariaros , querida Elena , dijo la reina con una sonrisa cuya espresion hubiera sido difícil definir ; pero imaginaos que la condesa de San Marcos me pide el permiso , con vuestro consentimiento se entiende, de ocupar vuestro puesto, suplicándoos que ocupéis el suyo : tiene no sé qué asunto importante que evacuar la semana próxima. ¿No teneis ningun inconveniente en aceptar este cambio ?

— Ninguno, señora, á no ser el de retardar un dia la dicha de haceros la córte.

— Pues bien , es asunto arreglado ; mañana quedais en plena libertad, querida marquesa.

— Lo aprovecharé quizás para ir al campo con el marqués de San Clemente.

— Perfectamente, dijo la reina ; hé ahí una vida ejemplar.

— Y saludó á la marquesa, que fué la última en hacerle la reverencia y salir.

La reina se encontró entónces sola con Acton, Emma, los dos oficiales ingleses y Nelson.

— Mi querido lord, dijo á Nelson, tengo motivos para creer que mañana ó pasado el rey recibirá de Viena noticias á la medida de nuestro deseo respecto á la guerra ; porque supongo que seguireis siendo de opi-

nion que mientras mas pronto se entre en campaña, será mejor.

— No solo soy de esa opinion, señora, sino que desde el momento que sea adoptada, estoy dispuesto á prestaros el socorro de la flota inglesa.

— Le aprovecharemos, milord ; pero no es eso lo que tengo que preguntaros por el momento.

— Mande la reina, que pronto estoy á obedecer.

— Yo sé, milord, la confianza que el rey tiene en vos ; mañana, por muy favorable á la guerra que sea la respuesta de Viena, vacilará aun ; una carta de vuestra Señoría en el mismo sentido que la del emperador acabaria de decidirle.

— ¿ Debo dirigirla al rey, señora ?

— No, conozco á mi augusto esposo, y sé que tiene una repugnancia invencible á seguir los consejos que se le dan directamente ; preferiria pues que viniese en una carta confidencial escrita á lady Hamilton. Escribid colectivamente á ella y á sir William : á ella, como á la mejor amiga que yo tengo, y á sir William, como el mejor amigo que tiene el rey ; viniendo la cosa por doble conducto, tendrá mas influencia.

— V. M. sabe, dijo Nelson, que no soy diplomático ni hombre político ; mi carta será la de un marino que dice franca, rudamente lo que piensa, y nada mas.

— No pido otra cosa, milord. Además, os ireis con el capitan general, y hablareis en el camino ; como mañana por la mañana se decidirá algo indudablemente, venid á comer á palacio ; el baron Mack vendrá tambien, y podreis combinar vuestros planes.

Nelson se inclinó.

— Será una comida semi-diplomática, continuó la reina ; Emma y sir William serán de los nuestros. Trátase de empujar y apurar al rey ; yo misma volveria á Nápo-

les esta noche, si mi pobre Emma no estuviese cansada. Por lo demás, debeis saber, querido almirante, añadió la reina bajando la voz, que por vos y solo por vos ha hecho ella todas las cosas admirables que habeis visto y oido.

Luego añadió mas bajo todavía :

— Ella se negaba obstinadamente ; pero yo la dije que estaba segura de que os arrebataria, y toda su obstinacion desapareció ante aquella esperanza.

— ¡ Oh, señora, por favor ! dijo Emma.

— Vamos, no os ruboricéis y tended vuestra hermosa mano á nuestro héroe ; yo le daría la mia con mucho gusto, pero estoy segura de que prefiere la vuestra ; la mia será para estos señores.

Y en efecto, tendió ambas manos á los oficiales, que besaron cada uno una, en tanto que Nelson, asiendo la de Emma con mas pasion tal vez de lo que permitia la etiqueta real, la llevaba á sus labios.

— ¿ Es cierto lo que ha dicho la reina, le preguntó en voz baja ; que por mí habeis accedido á recitar versos, á cantar y á danzar ese paso que ha estado á punto de volverme loco de celos ?

Emma le miró como ella sabia mirar cuando queria quitar á sus amantes el poco juicio que les quedada ; luego con una espresion de voz mas embriagadora aun que sus ojos, le dijo :

— ¡ Y el ingrato lo pregunta !

— La carroza de Su Escelencia el capitan general está dispuesta, dijo un lacayo.

— Señores, dijo Acton, cuando gustéis.

Nelson y los dos señores saludaron.

— ¿ No tiene V. M. órdenes particulares que darme ? dijo Acton á la reina en el momento en que se alejaban.

— Si por cierto, contestó la reina ; á las nueve de esta

noche los tres inquisidores de Estado estarán en la Cámara oscura.

Acton saludó y salió; aguardábanle ya en la antecámara los dos oficiales.

— ¡Gracias á Dios! dijo la reina rodeando con sus brazos el cuello de Emma y besándola con la impetuosidad que empleaba en todas sus acciones. ¡Creí que nunca nos quedaríamos solas!

## VIII

### EL PESEBRE DEL REY FERNANDO.

El título de este capítulo debe parecer poco ménos que ininteligible á nuestros lectores; comencemos pues por darles una esplicacion.

Una de las mas grandes solemnidades de Nápoles, una de las mas celebradas, es la pascua de Navidad — *Natale* — como allí se la llama. Con tres meses de anticipacion, las familias mas pobres se privan de todo para hacer algunos ahorros, parte de los cuales va á la lotería, con la esperanza de ganar un buen premio y poder pasar alegremente la santa noche, y lo restante se reserva para el caso en que la madona de la lotería, — porque en Nápoles hay madonas para todo, — para el caso en que la madona de la lotería se muestre inflexible.

Los que no consiguen hacer ahorros, llevan al Monte de piedad sus joyas, sus miserables vestidos y hasta los colchones de sus camas.

Los que no tienen joyas, ni colchones ni vestidos que empeñar, roban.

Se ha notado que habia siempre en Nápoles recrudescencia de robos durante el mes de diciembre.

Cada familia napolitana, por pobre que sea, debe tener en la cena de la noche de Navidad, lo ménos tres platos de pescado.

El primer día de Pascua, una tercera parte de la población de Nápoles está enferma de indigestion, y treinta mil personas se tienen que sangrar.

Los napolitanos se sangran á cada paso; se sangran porque han tenido calor, porque han tenido frio, porque ha soplado el *sirocco*, porque ha hecho *tramontana*. Yo tengo un criadito de once años de edad, que de diez francos que le doy todos los meses, pone siete á la lotería, da una renta de dos cuartos diarios á un fraile que le proporciona hace tres años números de que hasta ahora no ha salido ninguno, y guarda los treinta y seis cuartos restantes para hacerse sangrar.

De tiempo en tiempo, entra en mi gabinete y me dice gravemente:

— Señor, necesito sangrarme.

Y se hace sangrar, como si un lancetazo en la vena fuese la cosa mas recreativa del mundo.

A cada cincuenta pasos, se encuentran en Nápoles, y sobre todo en la época á que nos referimos, barberías, cuyos dueños, *salassatori*, como en los tiempos de Figaro, tienen la navaja en una mano y la lanceta en la otra.

Perdónesenos la digresion, pero la sangría es un rasgo de las costumbres napolitanas que no podíamos pasar en silencio.

Volvamos á la pascua de Navidad, y sobre todo, á lo que íbamos á decir á propósito de Nápoles.

Ibamos á decir que una de las grandes diversiones de Nápoles, al acercarse la *Natale*, diversion que entre los napolitanos de viejo cuño ha persistido hasta nuestros días, era la composicion de los pesebres ó nacimientos.

En 1798, habia pocas casas principales de Nápoles que

no tuviesen su pesebre, ora un pesebre en miniatura para diversion de los niños, ora un gigantesco pesebre para edificacion de las personas mayores.

El rey Fernando era famoso entre todos por su manera de hacer el pesebre; y en la sala mas espaciosa del palacio real habia hecho construir un teatro tan grande como el Teatro Francés de Paris para instalar en él su pesebre.

Era una de las diversiones en que el príncipe de San Nicandro habia ocupado su activa juventud y por la cual habia conservado la aficion, ó por mejor decir, el fanatismo en su edad madura.

En las casas particulares se hacian, y aun se hace hoy, servir los mismos objetos de que se componen los pesebres en todas las fiestas de Navidad; la única diferencia consistia en su disposicion. Pero en el palacio del rey no sucedia así; despues de haber permanecido un mes ó dos espuesto á la admiracion de los espectadores, el real pesebre era desmantelado, y de los objetos que le componian el rey hacia regalos á sus favoritos, que recibian estos dones como una preciosa muestra del favor real.

Los pesebres particulares costaban, segun las fortunas, de quinientos á diez mil y aun quince mil francos; el del rey Fernando, por el concurso de los pintores, de los escultores, de los arquitectos y de los maquinistas que empleaba, costaba hasta dos ó trescientos mil francos.

Con seis meses de anticipacion ocupábase el rey de la obra y consagraba á su pesebre todo el tiempo que no dedicaba á la caza ó á la pesca.

El pesebre de 1798 debia ser de los mas hermosos, y el rey llevaba ya gastadas en él sumas considerables, aunque no estaba aun completamente terminado. Hé aquí por qué, el dia anterior, hallándose escaso de dinero, á causa de los gastos hechos para los preparativos

de la guerra, habia demostrado cierto apresuramiento infantil, cualidad notable de su carácter, en el ingreso de la parte que la casa Backer é hijo tomaba por su cuenta en la negociacion de la letra de cambio de veinte y cinco millones.

Los ocho millones, pesados y contados en la misma noche, habian sido trasportados, como Andrés Backer prometiera, de los sótanos de su casa á los del palacio real.

Y Fernando, alegre y radiante, sin temor de que en adelante le faltase dinero, habia mandado llamar á su amigo el cardenal Ruffo, primero para enseñarle su pesebre y preguntarle lo que le parecia, y despues para aguardar á su lado la vuelta del correo Antonio Ferrari que, puntual como era, hubiese debido llegar á Nápoles durante la noche, y, no habiendo llegado no podia faltar aquella mañana.

Mientras tanto, entreteníase hablando de los méritos de san Efraso con nuestro antiguo conocido fray Pacífico, á quien su popularidad, siempre creciente, sobre todo desde que dos jacobinos habian sido sacrificados á aquella popularidad, valia el honor insigne de ocupar un puesto en el pesebre del rey Fernando.

En su consecuencia, fray Pacífico y su asno Jacobino, en un rincon de la parte del salon que habia de servir de patio despues de la apertura del pesebre, estaban delante de un escultor que los modelaba en barro para tallarlos despues en madera.

Dentro de poco diremos el puesto que les estaba destinado en la gran composicion que vamos á desenvolver á la vista de nuestros lectores.

Hemos dicho ya que el pesebre del rey estaba fabricado sobre un teatro tan grande como el Teatro Francés, es decir que tenia de treinta y cuatro á treinta y seis piés

de anchura por cuarenta á cuarenta y cinco de fondo, dividido en cinco planos ó términos.

Toda la escena estaba ocupada por objetos diversos que representaban los principales hechos de la vida de Jesús, desde su nacimiento en el pesebre, que ocupaba el primer plano, hasta su crucifixion en el Calvario, que ocupaba el último.

Un camino iba serpenteando por todo el teatro y parecia conducir de Belen al Gólgota.

El primero y mas importante de todos estos asuntos que se presentaban á la vista era, como ya hemos dicho, el nacimiento de Cristo en la gruta de Belen.

La gruta estaba dividida en dos compartimentos : en el mayor estaba la Virgen con el Niño Jesús, que tenia en sus brazos ó mas bien en su falda ; á su derecha se hallaba el asno, que rebuznaba, y á su izquierda el buey, que lamia la mano que le alargaba el Niño Jesús.

En el compartimento mas pequeño estaba san José orando.

Encima del gran compartimento estaban escritas estas palabras :

GRUTA TOMADA DEL NATURAL EN BELEN Y EN LA CUAL PARIÓ LA  
VÍRGEN.

Encima del otro habia estas :

CUEVA A DONDE SE RETIRÓ SAN JOSÉ DURANTE EL PARTO.

Estaba la Virgen ricamente vestida de brocado de oro; tenia en la cabeza una diadema de diamantes, pendientes y brazaletes de esmeralda, un cinturon de piedras preciosas y sortijas en todos los dedos.

El Niño Jesús tenia alrededor de la cabeza una hoja de oro que representaba la aureola.

En el compartimento de la Virgen y del Niño Jesús se

hallaba el tronco de una palmera que atravesaba la bóveda é iba á estender sus alas al aire libre : era la palmera de la leyenda, que, seca hacia mucho tiempo, habia recobrado sus hojas y sus frutos en el momento en que la Virgen, en uno de los dolores del parto, se habia asido á ella y la habia oprimido entre sus brazos.

Arrodillados á la puerta del establo estaban los tres reyes magos que traian joyas, vasos preciosos y magnificas telas al Niño divino. Joyas, vasos y telas eran reales y verdaderas, sacadas del tesoro de la corona ó del Museo Borbónico; los reyes magos tenian al cuello la condecoracion de san Gennaro, y un gran número de lacayos formaban su comitiva, conduciendo por la brida seis caballos uncidos á una magnífica carroza.

Esta gruta, con sus personajes de tamaño semi-natural, se hallaba á la izquierda del espectador.

A la derecha estaban los tres pastores guiados por la estrella; dos de ellos llevaban cada uno un carnero atado con lazos de cinta, y el tercero tenia en brazos un cordero al que su madre seguia balando.

Mas allá de los pastores, en el segundo plano, estaba la huida á Egipto : la Virgen montada en un asno, con el Niño Jesús en brazos, iba seguida de San José, mientras que por encima de ella cuatro ángeles suspendidos en el aire la preservaban de los ardores del sol estendiendo sobre su cabeza un manto de terciopelo azul con franjas de oro.

El grupo destinado á hacer juego con la huida á Egipto debia componerse de fray Pacífico y de su asno, representados *al natural*, como la gruta de Belen; y para que el parecido fuese perfecto y el hombre y el animal pudiesen ser conocidos á primera vista, el rey habia mandado llamar al hermano cuestor á su palacio relevándolo del cargo de pedir en los dias que durasen las

sesiones de escultura. Tres habian pasados ya de esta manera, con gran satisfaccion de fray Pacífico y de Jacobino, quienes en sus sueños de ambicion mas exajerados no hubiesen aspirado nunca al honor de hallarse cara á cara con el rey.

De modo que fray Pacífico tenia que contenerse para no gritar: «¡Viva el rey!» y Jacobino, que veia rebuznar á su colega el del pesebre, se afirmaba sobre sus cuatro patas para no hacer otro tanto.

Los demas asuntos eran: Jesús enseñando á los doctores, el episodio de la Samaritana, la pesca milagrosa, Jesús andando sobre las aguas y sosteniendo al poco crédulo San Pedro, el grupo de Jesús y de la mujer adúltera, grupo en el cual se echaba de ver que, fuese por casualidad ó por malicia cínica del rey Fernando, la pecadora á quien perdona Cristo tenia los cabellos rubios como la reina y el labio inferior saliente de las princesas austriacas.

Ocupaba el cuarto plano la comida en casa de Marta, comida durante la cual fué Magdalena á derramar perfumes en los piés de Cristo y á enjugarlos con sus cabellos, y la entrada triunfal de Nuestro Señor en Jerusalem el domingo de Ramos. Guardaban la puerta de la ciudad guardias de corps con uniformes de gala que presentaban las armas á Jesús. Jerusalem ofrecia además de esto la particularidad de hallarse fortificada segun el sistema del ingeniero Vauban y defendida por cañones; lo que, como es sabido, no impidió que cayese en poder de Tito.

Por la otra puerta de Jerusalem veíase salir á Jesús, con la cruz á cuestas, rodeado de guardias y de pueblo, marchando al Calvario, cuyas estaciones estaban marcadas por cruces.

El Gólgota terminaba la perspectiva á la izquierda del

espectador y la izquierda del pesebre representaba el valle de Josafat con los muertos saliendo de las tumbas en actitudes de esperanza ó de terror, aguardando el juicio final á que los convocaba la trompeta del ángel que se cernia sobre sus cabezas.

En los intervalos y en el camino que conducia serpenteando de la gruta al calvario, se veian grupos que en nada tenian relacion con la arqueología, *pantalons* que bailaban, *paglietti*, que disputaban, *lazzaroni* que se burlaban y por último polichinelas, que comian macarrones con la fruicion propia de los napolitanos, para quienes el macarron representa la ambrosía antigua, que sienten al tragar este alimento descendido del olimpo á la tierra.

Ningun terreno se habia desperdiciado en las superficies planas. Sin inquietarse del nacimiento de Jesús los segadores recogian la cosecha, miéntras que en la pendiente los viñadores vendimiaban ó los pastores apacentaban sus rebaños.

Y todos estos personajes, que llegaban á cerca de trescientos, estaban ejecutados por hábiles artistas y eran de tamaño proporcionado al sitio que ocupaban, de suerte que contribuian á que pareciese inmensa la perspectiva.

El rey estaba de vena: miéntras echaba una mirada sobre su pesebre, puesto bajo la direccion del maquinista del teatro de San Carlos, para la colocacion de los personajes, escuchaba la leyenda del *beccaño*, que cada dia tomaba proporciones mas formidables en boca de fray Pacifico. En efecto, el degollador de los machos cabríos, despues de verse atacado por un jacobino, despues por dos y luego por tres, concluyó por no contar ya el número de sus adversarios, y si se le daba crédito habia sido atacado como Falstaff por todo un ejército.

Fray Pacífico fué interrumpido en su relato por la llegada del cardenal Ruffo, á quien el rey habia mandado llamar.

Fernando recibió muy bien al cardenal, quien reconociendo al fraile y sabiendo de qué abominable crimen habia sido causa si no agente, se apartó de él so pretexto de admirar el pesebre del rey.

La imágen de fray Pacífico estaba concluida. Además de tres cargas de pescado, de legumbres, de frutas, de carne y de vino que habia sacado de palacio y con las cuales volvió Jacobino medio deslomado al monasterio, mandó el rey que le contaran cien ducados por cada sesion de las empleadas para sacar su retrato, á título de limosna, y lo despachó pidiéndole su bendición; y en tanto que el fraile, bendecidor digno del bendecido, con el corazon rebosando de orgullo se alejaba sobre su burro, el rey se acercó al cardenal Ruffo.

— Ahora bien, eminentísimo señor, le dijo, ya estamos en el 4 de octubre y sin noticias de Viena. Contra su costumbre Ferrari tarda ya cinco ó seis horas; por esto os he mandado llamar, convencido de que no puede tardar, y pensando, como egoista que soy, que me divertiré en vuestra compañía, en tanto que me aburriría estando solo.

— Y habeis hecho tanto mejor, señor, respondió Ruffo, cuanto que al cruzar el patio he visto conducir á la cuadra un caballo cubierto de espuma y de sudor y un hombre á quien otros sostenian por los brazos. Este hombre subia penosamente la escalera de vuestro aposento; y en sus grandes botas y en sus calzones de gamuza he creído reconocer al pobre diablo que esperais; acaso le ha sucedido alguna desgracia.

En aquel momento apareció en el dintel de la puerta un lacayo, y dijo :

— Señor, el correo Antonio Ferrari ha llegado y espera en vuestro gabinete que V. M. se digne recibir los despachos que trae.

— Eminentísimo, hé aquí la respuesta que esperábamos.

Y sin tomarse la pena de averiguar si Ferrari estaba herido, Fernando subió rápidamente una escalerilla secreta y se instaló con Ruffo en su gabinete antes que el correo, que á causa de la herida que habia recibido, subia lentamente y se veia obligado á detenerse á cada diez pasos.

Al cabo de algunos segundos abrióse la puerta del gabinete y entró Antonio Ferrari, sostenido por dos hombres, pálido y con la cabeza envuelta en una venda ensangrentada.

## IX

### PONCIO PILATOS.

Al ver al rey, Ferrari apartó los dos hombres que le sostenian, y como si la presencia de su amo bastase para volverle las fuerzas, dió solo tres pasos adelante, y mientras que los dos hombres se retiraban y cerraban la puerta tras ellos, él sacó del bolsillo el despacho y le presentó al rey levantando la mano izquierda á la altura de la frente para hacerle el saludo militar.

— ¡ Bueno! dijo el rey tomando el despacho; ¡ imbecil!

— Señor, respondió Ferrari, V. M. sabe que no hay en todas las cuadras del reino caballo capaz de desmontarme; es mi caballo y no yo el que se ha dejado caer, y cuando el caballo cae, preciso es, se-

ñor, que el ginete, aunque sea el rey, caiga tambien.

— ¿Y dónde te ha sucedido eso? preguntó Fernando.

— En el patio del palacio de Caserta, señor.

— ¿Y qué diablos ibas tú á hacer en el patio del palacio de Caserta?

— El maestro de postas de Cápua me habia dicho que el rey estaba en el palacio.

— Es verdad que estaba, gruñó el rey; pero salí de allí á las siete.

— Señor, dijo el cardenal viendo palidecer y tambalearse á Ferrari, si V. M. quiere continuar el interrogatorio debe permitir á este hombre que se siente, sino se desmayará.

— Está bien, dijo el rey. Siéntate, ¡ animal!

El cardenal acercó un sillón y ya era tiempo: Ferrar cayó en él desvanecido.

Sorprendió al rey el trabajo que se tomaba el cardenal por asistir á su correo, y llamándole á parte, le dijo:

— ¿Habeis entendido lo que ha dicho, cardenal?

— Sí, señor.

— ¡ Justamente en Caserta, repitió el rey!

Y dirigiéndose á Ferrari, añadió:

— ¿Y cómo ha sucedido eso?

— Habia tertulia en el aposento de la reina, señor, respondió el correo. El patio estaba lleno de coches; volví riendas bruscamente y no sostuve bastante al caballo que cayó é hizo que me rompiese la cabeza contra un poste.

— ¡ Hum! dijo el rey.

Y revolvia entre sus manos la carta que acababa de recibir sin atreverse á abrirla.

— ¿Y es del emperador esta carta? preguntó al correo.

— Sí, señor, he llegado dos horas mas tarde de lo que

debía, porque el emperador estaba en Schœnbrunn.

— Veamos lo que me escribe mi sobrino. Venid, cardenal.

— Permitid señor que dé antes un vaso de agua á este hombre y un pomo de esencias, á ménos que V.M. no le permita retirarse, en cuyo caso llamaré á los hombres que lo han conducido aquí para que le acompañen....

— No, no, eminentísimo, ya veis que aun no le he interrogado.

En aquel momento oyeron arañar á la puerta del gabinete que daba á la alcoba y los ahullidos de un perro.

Era Júpiter que habia conocido á Ferrari y que deseaba verlo, mas inquieto por su amigo que Fernando por su servidor.

Tambien Ferrari le conoció y alargó maquinalmente el brazo hácia la puerta.

— ¡Quieres callarte, Júpiter, gritó Fernando. dando una patada en el suelo.

Ferrari dejó caer el brazo.

— Señor, dijo Ruffo ¿no permitireis, que dos amigos, despues de haberse dicho adios al separarse, se saluden al volver?

Y pensando que Júpiter le serviría al correo de vaso de agua y de esencias, aprovechó la coyuntura de hallarse el rey absorto en la lectura del despacho, para ir á abrir á Júpiter la puerta de la alcoba.

Este, como si hubiese adivinado que debía el favor que habia recibido á una distraccion de su amo, deslizóse arrastrando la cola y pasando lo mas léjos posible del rey en direccion á Ferrari; y dando vueltas alrededor del herido, ocultóse detrás de su silla, alargando su cabeza acariciadora por entre la pierna y la mano del que le habia criado.

— ¡Cardenal, querido cardenal! dijo el rey.

— Héme aquí, señor, respondió Su Eminencia.

— Leed.

Y luego, dirigiéndose al correo, miéntras que el cardenal tomaba la carta y la leía, preguntóle :

— ¿Es el emperador mismo quien ha escrito esta carta?

— No lo sé, señor, respondió el correo ; pero es él quien me la ha entregado.

— ¿Y puesto que él mismo te la ha entregado, nadie la habrá visto?

— Puedo jurarlo, señor.

— ¿No te has separado de ella?

— Estaba en mi bolsillo cuando me desmayé, y en el bolsillo la he encontrado al recobrar los sentidos.

— ¿Luego te has desmayado?

— No ha sido culpa mia ; el golpe ha sido violentísimo, señor.

— ¿Y qué hicieron de tí cuando te desmayaste?

— Me llevaron á la botica.

— ¿Quién?

— M. Richard.

— ¿Quién es M. Richard? Yo no le conozco.

— El secretario de M. Acton.

— ¿Quién te ha curado?

— El médico de Santa María.

— ¿Y nadie mas?

— No he visto mas que á él y á M. Richard, señor.

Ruffo se acercó al rey.

— ¿Ha leído V. M. ? dijo.

— ¡Pardiez ! dijo el rey ¿Y vos?

— Yo tambien.

— ¿Qué os parece?

— Me parece, señor, que la carta es formal ; que las noticias que el emperador recibe de Roma son las mismas que las nuestras ; dice á V. M. que se encargue del

ejército del general Championet, que él se encargará del de Jubert.

— Si, replicó el rey, y añade que tan luego como yo esté en Roma, él pasará la frontera con ciento cuarenta mil hombres.

— El aviso es positivo.

— El cuerpo de la carta, replicó Fernando con desconfianza, no es de mano del emperador.

— No ; pero la salutacion y la firma son autógrafas ; quizás S. M. I. estaba bastante seguro de su secretario para confiarle el secreto.

Tomó el rey la carta de manos de Ruffo, y la volvió y revolvió en diversos sentidos.

— ¿ Quereis enseñarme el sello, señor ?

— ¡ Oh ! dijo el rey, en cuanto al sello no hay nada que decir : es justamente el busto del emperador Marco Antonio.

— Marco Aurelio, quiere decir V. M.

— Marco Antonio y Marco Aurelio, murmuró el rey, ¿ no es lo mismo ?

— No completamente, señor, replicó Ruffo sonriendo ; pero la cuestion no es esa : el sobrescrito es de mano del emperador, la firma es de mano del emperador ; en conciencia, señor, no podeis pedir mas. ¿ Tiene V. M. otras preguntas que hacer á ese correo ?

— No, que vaya á curarse.

Y le volvió la espalda.

— ¡ Hé aquí por quién van los hombres á matarse ! murmuró Ruffo cojiendo el cordon de la campanilla.

Al sonido del timbre, el lacayo de servicio entró.

— Llamad á los dos lacayos que han traído á Ferrari, dijo el cardenal.

— ¡ Oh ! gracias, Eminencia ; he recobrado fuerzas y podré ir solo hasta mi habitacion.

Efectivamente, Ferrari se levantó, saludó al rey y encaminóse hácia la puerta, seguido de Júpiter.

— ¡Aquí, Júpiter! dijo el rey.

Júpiter se paró; obedeciendo á medias, acompañó á Ferrari con los ojos hasta que este llegó á la antecámara, y dando un quejido, fué á acostarse bajo la mesa del rey.

— ¡Y bien, idiota! ¿qué haces ahí? preguntó Fernando al lacayo, que permanecía en pié en la puerta.

— Señor, respondió este estremeciéndose, Su Escelencia sir William Hamilton, embajador de Inglaterra, pregunta si V. M. tendrá á bien hacerle el honor de recibirle.

— ¡Pardiez! ya sabes que le recibo siempre.

El lacayo salió.

— ¿Debo retirarme, señor? preguntó el cardenal.

— No, al contrario, quedaos; la solemnidad con que se me ha pedido esta audiencia, indica una comunicacion oficial, y no me disgustará consultaros sobre ella.

Abrióse la puerta.

— ¡Su Escelencia el embajador de Inglaterra! dijo el criado sin presentarse.

— ¡Zitto! dijo el rey mostrando al cardenal la carta del emperador y metiéndosela en el bolsillo.

El cardenal hizo un gesto que correspondia á esta respuesta: «Señor, el encargo era inútil.»

Sir William Hamilton entró.

Saludó primero al rey y despues al cardenal.

— Sed bien venido, sir William, dijo el rey; yo os creia en Caserta.

— Allí estaba en efecto, señor; pero la reina nos ha hecho el honor de traernos, á lady Hamilton y á mí en su carroza.

— ¡Ah! ¿la reina está de vuelta?

— Sí, señor.

— ¿Hace mucho que habeis llegado?

— En este mismo momento, y, teniendo una comunicacion que hacer á V. M.....

El rey miró á Ruffo guiñando el ojo.

— ¿Secreta? preguntó.

— Segun, señor, replicó sir William.

— Supongo que será relativa á la guerra, dijo el rey.

— Justamente, señor, relativa á la guerra.

— En este caso, podeis hablar delante de Su Eminencia; precisamente hablábamos de ese asunto en el momento en que os han anunciado.

El cardenal y sir William se saludaron, lo que no hacian nunca cuando podian evitarlo.

— Y bien, dijo sir William reanudando la conversacion, su señoría lord Nelson fué ayer á pasar la velada en Caserta, y al partir, nos dejó á lady Hamilton y á mí una carta que creo de mi deber comunicar á V. M.

— ¿Está escrita en inglés?

— Lord Nelson no habla otra lengua; pero si V. M. lo desea, yo tendré el honor de traducírsela en italiano.

— Leed, sir William, dijo el rey; escuchamos.

Y en efecto, para justificar el plural que habia empleado, el rey hizo seña á Ruffo de que escuchase.

Hé aquí el texto mismo de la carta que sir William traducia del inglés al italiano para el rey, y que nosotros traducimos al español para nuestros lectores.

## A LADY HAMILTON

Nápoles, 3 de octubre de 1798.

Mi querida señora :

« El interés que vos y sir William Hamilton habeis siempre manifestado á Sus Majestades sicilianas, está, desde hace diez años, grabado en mi corazon, y puedo asegurar que en cuantas ocasiones se me han presentado,— y no son pocas,— nunca he dejado de manifestar mi sincera simpatía por la felicidad de este reino.

» Esta adhesion, querida señora, hace que no pueda ver indiferente lo que ha pasado y pasa en el reino de las Dos Sicilias, ni las desgracias que, segun lo que veo sin ser diplomático, amenazan estenderse sobre toda esta leal nacion, y eso, por seguir la peor de todas las políticas, la de la contemporizacion.

» Desde mi llegada á estos mares, es decir, desde el mes de mayo último, he visto en el pueblo siciliano un pueblo adicto á su soberano, que detesta terriblemente á los franceses y sus principios.

» Mi permanencia en Nápoles ha confirmado mi opinion, pues desde el primero al último dia he visto á los napolitanos dispuestos á guerrear contra los franceses, que, como es sabido, organizan un ejército de bandoleros para saquear el país y derribar la monarquía.

» Y en efecto, ¿ no ha sido siempre la política de Francia, engañar los gobiernos con falsas seguridades para destruirlos despues? Y como ya he asegurado, ¿ no se sabe que Nápoles es sobre todo el país que quieren entregar al pillaje? Sabiendo esto, pero sabiendo tambien que Su Majestad Siciliana tiene un poderoso ejército, dispuesto, segun me aseguran, á marchar sobre un

país que le abre los brazos, con la ventaja de llevar la guerra al exterior, en lugar de esperarla á pié firme, me admiro de que este ejército no esté en marcha hace un mes.

» Confío en que la oportuna llegada del general Mack decidirá al gobierno á aprovechar el momento mas favorable que la Providencia le ha concedido ; porque, si ataca ó espera á ser atacado en su casa, en lugar de llevar la guerra al exterior, no se necesita ser profeta para predecir que estos reinos se perderán y que la monarquía será destruida. Ahora bien, si desgraciadamente el gobierno napolitano persiste en su miserable y ruinoso sistema de contemporizacion, os recomendaré, amigos míos, que tengais dispuestos vuestros objetos preciosos y vuestras personas para embarcarse al primer anuncio de invasion. Es deber mio atender á vuestra seguridad y tambien ( aunque sienta pensar que puede ser necesario ) á la de la amable reina de Nápoles y á la de su familia. Bien que lo mejor seria, que las palabras del gran William Pitt, conde de Chatam, entrasen en la cabeza de los ministros de esa nacion.

» Las mas audaces son siempre las resoluciones mas seguras.

» Tal es el sincero deseo del que se ofrece,

» Querida señora,

» Vuestro muy humilde y adicto admirador y amigo.

» HORACIO NELSON. »

— ¿ Eso es todo ? preguntó el rey.

— Señor, respondió sir William, hay una posdata.

— Veamos la posdata ; á ménos que....

E hizo un movimiento, que aparentemente queria decir : « A ménos que la posdata no sea para lady Hamilton

sola. » Sir William se apresuró á continuar la lectura.

« Os suplico que recibais esta carta como una prueba, para sir William Hamilton, á quien escribo con todo el respeto que le es debido, de la firme é inalterable opinion de un almirante inglés, deseoso de probar su fidelidad á su soberano, haciendo cuanto pueda por el honor de Sus Majestades Sicilianas y de su reino. »

— ¿ Está todo esta vez ? preguntó el rey.

— Sí señor, respondió sir William.

— Esta carta merece que se medite sobre ella, añadió el rey.

— Encierra los consejos de un verdadero amigo, señor, respondió sir William.

— Creo, querido sir William, que lord Nelson ha prometido ser algo mas que un amigo para nosotros : ser un verdadero aliado.

— Y cumplirá su promesa... Miéntas lord Nelson y su escuadra estén en el mar Tirreno y en el de Sicilia, V. M. no debe temer que sus costas sean insultadas por la presencia de un solo buque francés ; pero él cree que dentro de seis semanas ó dos meses, lo mandarán á otra parte : hé aquí porque seria bueno no perder tiempo.

— En verdad parece que se han puesto de acuerdo, dijo el rey en voz baja al cardenal.

— Si así fuera , respondió este por lo bajo tambien, tanto mejor.

— Francamente , cardenal, ¿ cuál es vuestra opinion sobre esta guerra ?

— Creo, señor, que si el emperador de Austria cumple la promesa que os ha hecho, y Nelson guarda escrupulosamente vuestras costas, valdria mas acometer á los franceses que esperar que os atacaren y sorprendieran.

— Eso quiere decir, cardenal, que estais por la guerra.

— Creo que en el estado en que V. M. se encuentra, lo peor es esperar.

— ¿Quiere Nelson la guerra? preguntó el rey á sir William.

— La aconseja al ménos con el ardor de una sincera é inalterable adhesion.

— ¿Y vos la quereis tambien? continuó el rey dirigiéndose á sir William.

— Como embajador de Inglaterra, responderé que diciendo sí secundo los deseos de mi *gracioso* soberano.

— Cardenal, dijo el rey señalando con el dedo una palangana, hacedme el favor de echar agua en esa palangana y dárme la.

Obedeció el cardenal sin hacer la menor observacion.

El rey se remangó los puños de la camisa y se lavó las manos estregándolas, con fuerza.

— ¿Veis lo que hago, sir William? dijo.

— Lo veo, señor, respondió el embajador, pero no lo comprendo muy bien.

— Pues bien, voy á esplicároslo, dijo el rey: hago como Pilatos; me lavo las manos.

## X

### LOS INQUISIDORES DE ESTADO.

El capitan general Acton no habia olvidado lo que aquella mañana le habia dicho la reina, y convocó los inquisidores de Estado en la cámara oscura.

Las nueve era la hora de la cita; mas por mostrar su celo y por temor, cada uno quiso llegar el primero; de modo que á las ocho ya estaban los tres reunidos.

Aquellos tres hombres, cuyos nombres son todavía execrados en Nápoles, y que el historiador debe escribir en las tablas de acero de la posteridad, al lado de los de Laffemas y Jeffreys, se llamaban el príncipe Castelcicala, Guidovaldi y Vanni.

El príncipe Castelcicala, primero en grandeza, y por consecuencia primero en baldon, era embajador en Lóndres, cuando la reina, necesitando un testafarro entre las primeras familias de Nápoles, para sus venganzas públicas y privadas, le hizo abandonar su embajada. Necesitaba un gran señor, dispuesto á sacrificarlo todo á su ambicion, y pronto á beber toda clase de humillaciones con tal que en el fondo del vaso encontrase oro y favores. Él aceptó pensando que algunas veces se ganaba mas bajando que subiendo; y habiendo calculado lo que podia esperar del agradecimiento de una reina el hombre que se pone al servicio de sus ódios, el príncipe se hizo esbirro, el embajador espía.

Guidovaldi no bajó ni subió aceptando la mision que le ofrecian: juez inícuo, magistrado prevaricador, quedó el mismo hombre sin conciencia que fué siempre. La diferencia estaba en que, en lugar de ser un simple juez, se veia honrado con el favor real y operaba orillar en mas dilatada esfera.

Por temidos y odiados que fuesen los inquisidores, aun lo era mas el fiscal Vanni; este no tenia semejante en la especie humana, y si el porvenir le guardaba uno con quien se le pudiese comparar en el siciliano Speciale, entónces era desconocido. ¿Y Fouquier Tinville? direis. No; es preciso ser justo con todos hasta con los Fouquier Tinville. Este era el acusador del comité de salud pública. Como á un sacrificador, le presentaban la víctima y le decian: ¡mata! Pero él no iba á buscarla; él no era como Vanni, espía, para descubrirla, esbirro,

para prenderla y juez para condenarla. «¿Qué me reprochais? gritaba Fouquier Tinville á sus jueces que le acusaban de haber hecho cortar tres mil cabezas: ¿acaso yo soy un hombre? Yo soy un hacha. Si me acusais, es preciso acusar tambien la cuchilla de la guillotina.» No; el equivalente de Vanni es preciso buscarlo entre las fieras. Él tenia algo de lobo y de hiena; no solo en lo moral, sino en lo físico. Saltaba de improviso como el primero, cuando tenia que agarrar la presa, tenia la marcha silenciosa y oblicua de la segunda, cuando tenia que acercarse á ella. Era mas bien grande que pequeño; su mirada era sombría y reconcentrada; tenia el rostro de color de ceniza, y como el terrible Cárlos de Anjou, de quien Villani nos ha dejado un magnífico retrato, no reia nunca y dormia poco.

La primera vez que ocupó su puesto en la junta, de que habia sido nombrado fiscal, entró en la sala de sesiones con el semblante descompuesto y desfigurado por el terror. ¿Era falso ó verdadero? Llevaba los anteojos levantados sobre la frente; tropezó en todos los muebles, incluso la mesa, y llegó á sus compañeros gritando:

— ¡Señores, señores, hace dos meses que no duermo viendo los peligros á que está espuesto *mi rey*!

Y como siempre decia *mi rey*, el presidente de la junta, impacientándose, le dijo á su turno:

— ¡Vuestro rey! ¿qué quereis decir con esas palabras que ocultan el orgullo bajo la apariencia del celo? ¿Por qué no decís sencillamente como nosotros, *nuestro rey*?

Responderemos por Vanni, que no respondió.

— El que bajo un gobierno despreciable y despótico dice: *mi rey*, debe necesariamente ser preferido al que solo dice: *nuestro rey*.

Como ya hemos dicho, gracias á Vanni, los calabozos se llenaron de supuestos culpables, y en ellos estaban

privados de aire, de luz y de pan. Una vez encerrados en aquellas sepulturas, los infelices no solamente ignoraban cuándo saldrían, sino cuándo serían juzgados. Vanni, supremo director del dolor público, cesaba de ocuparse de sus víctimas en cuanto las tenía encerradas, para no pensarse mas que de los que aun no habia podido atrapar.

Si una madre, una esposa, una hermana ó una amante, acudian á pedir gracia para lo que mas amaban, no alcanzaban mas que empeorar sus causas. Si acudian al rey, no solo era inútilmente, era además peligroso, porque del rey Vanni apelaba á la reina; y es sabido que si el rey perdonaba alguna vez, la reina no perdonaba jamás.

Lo que hacia mas temible á Vanni, era que al contrario de Guidoaldi, pasaba por juez íntegro, aunque inflexible. Reunia á una ambicion sin limites una crueldad, desmedida, y para mayor desgracia de la humanidad era un entusiasta. El asunto que le ocupaba siempre le parecia inmenso, porque lo miraba por el microscopio de su inteligencia. Tales hombres son peligrosos no solo para los que han de juzgar, sino que son tambien funestos para los que los hacen jueces, porque no siendo capaces de satisfacer su ambicion con acciones verdaderamente grandes, dan una importancia ficticia á sus mezquinas acciones, únicas que están en su mano producir.

Habia granjeado la reputacion de juez severo, aunque inflexible, con su conducta en el asunto del príncipe Tarsia. Este señor habia administrado la fábrica de seda de San Lucio, antes que el cardenal Ruffo. En este nombramiento hubo dos errores: el del rey en nombrar al príncipe para tal puesto, y en el príncipe al aceptarlo. Incapaz de manejar un asunto de contabilidad como de cometer un fraude, honrado aunque no sabien-

do rodearse de personas honradas, se encontró, al cabo de algunos años de la administracion del príncipe, un déficit de cien mil escudos, que Vanni se encargó de liquidar.

No habia nada mas fácil que esta liquidacion. El príncipe poseia una fortuna de un millon de ducados, y ofreció pagar; pero si pagaba no habia escándalo, y todas las ventajas que Vanni esperaba del asunto se desvanecian. En dos horas todo podia arreglarse y cobrarse el déficit sin que sufriera gran merma la fortuna del príncipe; mas el asunto de la liquidacion, gracias al liquidador, duró diez años, el déficit no se cubrió y el príncipe perdió su fortuna y su reputacion.

En cambio Vanni adquirió un nombre que le valió el sangriento honor de formar parte de la junta de Estado formada en 1796.

Una vez nombrado, Vanni se puso á gritar á diestro y siniestro que no garantizaba la seguridad de sus augustos soberanos si no le dejaban encarcelar, solo en Nápoles, veinte mil jacobinos.

Cada vez que veia á la reina, se le acercaba, ora por uno de los saltos que lo asemejaban á los lobos, ora con la marcha oblicua que habia aprendido de las hienas, y la decia:

— ¡ Señora ¡ tengo el hilo de una conjuracion ! ¡ Señora, estoy siguiendo las huellas de un nuevo complot !

Y Carolina, que se creia rodeada de complots y conjuraciones, le respondia :

— ¡ Adelante, adelante, Vanni ! servid bien á vuestra reina y sereis recompensado.

Aquel terror *blanco* duró mas de tres años : al cabo de ellos la indignacion pública subió como una marea de equinoccio, y fué á llamar á las puertas de las prisiones en que tantos inocentes yacian encerrados, sin que al

cabo de tres años de sumario sus procesos hubiesen arrojado nada contra ellos ; aunque los sumarios estaban hechos por jueces que mas parecian hienas que hombres. Vanni entónces recurrió como última esperanza á la tortura.

Pero á Vanni no le bastaba el tormento ordinario ; porque las tradiciones que se remontaban á la edad media, desde cuya época habia caido en desuso, decian que los ánimos valerosos y los cuerpos robustos lo habian soportado. No : Vanni reclamó el tormento extraordinario, que los antiguos legisladores autorizaban solo contra delitos de lesa Majestad ; y pedia que los gefes de la conjuracion el caballero Médici, el duque de Canzano, el abad Monticelli y siete ú ocho mas sufrieran el tormento que él llamaba *tormenti spietati come sopra cadaveri*, lo que quiere decir : tormentos semejantes á los que se podrian hacer padecer á los cadáveres.

Sublevóse la conciencia de los jueces, y aunque Guidobaldi y Castelcicala aceptasen la tortura propuesta por Vanni, el tribunal la rechazó por los votos de todos sus miembros, ménos los de dos.

Esta unanimidad fué la salvacion de los presos y la caida de Vanni.

Los presos fueron puestos en libertad y la junta disuelta por el disgusto público.

Entónces fué cuando la reina le tendió la mano, le hizo dar el título de marqués y con aquellos tres hombres maldecidos por la opinion pública, formó su tribunal, su inquisicion privada, que juzgaba en la soledad y heria en las tinieblas, no con el hacha del verdugo, sino con el puñal del esbirro.

Hemos visto en el desempeño de sus funciones á Pascual de Simone ; ahora veremos á Guidobaldi, Castelcicala y Vanni.

Los tres inquisidores de Estado estaban reunidos en la Cámara oscura ; estaban sentados, inquietos y sombríos al rededor de la mesa cubierta con tapete verde, iluminada por la lámpara de bronce. La pantalla dejaba en la oscuridad sus fisonomías, de modo que no se hubiera conocido de uno á otro lado de la mesa, si no hubiesen sabido quiénes eran.

El mensaje de la reina los turbaba : ¿ habia descubierto alguna trama un espía mas hábil que ellos ?

Cada uno de ellos revolvia en su cerebro su inquietud, sin manifestarla á sus compañeros, esperando con ansiedad que se abriese la puerta que daba á las habitaciones de palacio y entrase la reina.

De tiempo en tiempo, cada uno echaba una rápida y sombría mirada hácia el rincon mas oscuro de la cámara.

En aquel rincon, casi perdido en la oscuridad, estaba en pié el esbirro Pascual de Simone.

Tal vez sabia él mas que ellos ; porque mejor que ellos conocia los secretos de la reina , y aunque le daban sus órdenes, no se hubiesen atrevido á preguntarle nada.

La gravedad del asunto se revelaba por su presencia.

Para los mismos inquisidores de Estado, Pascual de Simone era mas terrible que maese Donato.

Maese Donato era el verdugo público y con diploma; Pascual de Simone era el verdugo secreto y misterioso. Uno era el ejecutor de la ley, otro el del capricho real.

Los mismos inquisidores, que lo miraban como fatídica sombra , envuelto en las tinieblas que envolvian la cámara, no podian considerarse seguros de su puñal, porque sabian y podian revelar mas de lo que á los reyes les conviene, para que no se deshiciesen de ellos el dia en que no creyesen necesarios sus servicios.

Al dar la última campanada de las diez, entró en la cámara Carolina.

Los tres inquisidores se levantaron simultáneamente, la saludaron y se adelantaron hácia la reina. Esta traía varias cosas ocultas bajo su chal de cachemira encarnado, que llevaba sobre los hombros mas como capa que como chal. Pascual de Simone no se movió. El perfil rígido del esbirro quedó fijo junto al muro, como una figura de retablo.

La reina tomó la palabra sin dejar tiempo á los inquisidores de Estado para ofrecerla sus homenajes.

— Esta vez, señor Vanni, dijo la reina, no sois vos quien tiene los hilos de una trama, ni quien sigue la pista á una conjuración; soy yo; pero mas feliz que vos, que habeis encontrado los culpables, sin pruebas de sus delitos, os traigo las pruebas y con ellas los medios de encontrar los culpables.

— No es, sin embargo, señora, el celo lo que nos falta, dijo Vanni.

— Ya lo creo, replicó la reina, pues muchos os acusan de tener demasiado.

— Nunca es demasiado cuando se trata de servir á V. M., dijo el príncipe de Castelcicala.

— ¡Nunca! repitió como un eco Guidovaldi.

Durante este corto diálogo, la reina se habia aproximado á la mesa, y echando el chal á la espalda, puso sobre ella un par de pistolas y una carta, que aun estaba manchada de sangre.

Los tres inquisidores la miraron llenos de sorpresa.

— Sentáos, dijo la reina. Marqués Vanni, tomad una pluma y escribid las instrucciones que voy á daros.

Los tres hombres se sentaron, y la reina en pié con el puño cerrado sobre la mesa, envuelta en su manto en-

carnado como una emperatriz romana, dictó las siguientes palabras :

— En la noche del 22 al 23 de setiembre último, se reunieron seis hombres en las ruinas del castillo de la reina Juana ; esperaban al séptimo, enviado de Roma por el general Championnet. El enviado de Championnet habia dejado su caballo en Puzzolo ; habia tomado una barca, y, á pesar de la tempestad que amenazaba y que no tardó en descargar, se adelantó por mar en la direccion del palacio arruinado, donde lo esperaban. En el momento en que la barca iba á tocar tierra, se sumerjió y los dos pescadores que la conducian perecieron ; el mensajero se salvó á nado. Los otros seis y él estuvieron reunidos en conferencia hasta despues de las doce y media. El mensajero salió el primero y se dirigió al rio de Chiaña. Los otros seis hombres dejaron las ruinas ; tres subieron el Posilipo , y los otros descendieron en una barca á lo largo de la costa, en la direccion del castillo del Huevo. Poco antes de llegar á la fuente del Leon, el mensajero fué asesinado.....

— ¡ Asesinado, exclamó Vanni ! ¿ y por quién ?

— Eso no os importa, respondió la reina con tono seco. No tenemos que perseguir á sus asesinos.

Vanni vió que habia equivocado el camino y calló.

— Antes de sucumbir mató dos hombres con estas pistolas, é hirió otros dos con el sable que encontrareis en aquel armario, y así diciendo, la reina les indicó el lugar en que quince dias antes habia guardado el sable y la capa. Podeis ver el sable, que es de fábrica francesa ; pero estas pistolas son de las reales fábricas de Nápoles, y están marcadas con una N primera letra del nombre de bautismo de su dueño.....

Ni con su aliento interrumpieron aquellos tres hombres á la reina ; hubiérase dicho que eran de mármol.

— Os he dicho, continuó, que el sable era de fábrica francesa; pero en lugar del uniforme francés que el hombre llevaba, y que al saltar en tierra estaba calado por la lluvia y el mar, al salir de las ruinas llevaba una hopalanda de terciopelo verde, que le había prestado uno de los seis conjurados. El conjurado que le prestó la hopalanda, olvidó en un bolsillo una carta de mujer y de amor, dirigida á un jóven llamado Nicolino. Las iniciales N. N. incuistradas en las pistolas, prueban que pertenecen á la misma persona á quien iba dirigida la carta, que debió prestárselas con la hopalanda.

— Esta carta, dijo Castelcicala, despues de examinarla con esmero, no tiene por toda firma mas que una E.

— Esta carta, dijo la reina, es de la marquesa Elena de San Clemente.

Los tres inquisidores se miraron.

— ¿Creo que es una de las damas de honor de V. M. ? preguntó Guidovaldi.

— Una de mis damas de honor, sí señor, dijo la reina con cierta entonacion, como si quisiera negar su calidad de *dama de honor* á la marquesa. Ahora bien, como los amantes están aun en la luna de miel, segun parece, he dado licencia á la marquesa de San Clemente, que estaba de servicio, y que será mañana reemplazada por la condesa de San Marco. Escuchad bien esto, añadió la reina.

Los tres inquisidores se acercaron á Carolina, inclinándose sobre la mesa, en torno del círculo de luz proyectado por la lámpara, de modo que sus cabezas, que hasta entónces habian estado en la sombra, se encontraron de repente iluminadas.

— Escuchad bien esto, repitió Carolina; es probable que la marquesa de San Clemente, *mi dama de honor*, como la llamis, señor Guidovaldi, no dirá á su marido que yo la he dado licencia, y consagrará el dia de ma-

ñana á su querido Nicolino. ¿Supongo que comprendéis lo demás?

Los tres hombres interrogaron á la reina con la mirada: no habian comprendido.

Carolina continuó.

— Es bien sencillo, sin embargo, Pascual de Simone rodea el palacio de la marquesa. Si sale la si-guen disimuladamente hasta el sitio de la cita; reconocen á Nicolino; pero dejan á los amantes estar juntos todo el tiempo que quieran. La marquesa saldrá probablemente la primera, y cuando Nicolino salga lo arrestan sin hacerle mal. La cabeza del que se atreva á tocarlo mas que para prenderlo, añadió la reina, alzando la voz y frunciendo las cejas, me responde de él! La gente de Simone lo prenderá vivo y lo conducirá al castillo de San Telmo, recomendándolo particularmente al gobernador, que escojerá para él uno de los calabozos mas seguros. Si consiente en nombrar los cómplices, todo irá bien: si se niega, Vanni se hará cargo de él; y no tendréis un tribunal estúpido que os impida aplicarle el tormento, *como si fuese un cadáver*. ¿Os parece esto claro, señores? ¿Soy yo un buen perdiguero cuando me propongo descubrir las conspiraciones?

— Cuanto hace la reina lleva la marca del genio, dijo Vanni inclinándose; ¿tiene V. M. otras órdenes que darnos?

— Ninguna, replicó la reina. Lo que el marqués de Vanni acaba de escribir os servirá á los tres de regla. Despues del primer interrogatorio me daréis cuenta. Tomad como pruebas de conviccion la capa, las pistolas, el sable y la carta, y que Dios os guarde.

La reina saludó con la mano á los tres inquisidores: estos se inclinaron profundamente y salieron sin volver la espalda á la reina.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Carolina hizo un signo á Pascuale; el esbirro se acercó hasta el otro lado de la mesa.

— ¿Has comprendido? le dijo la reina arrojando sobre la mesa una bolsa llena de oro.

— Sí, Majestad, respondió el esbirro tomando la bolsa y dándola las gracias con un saludo.

— Mañana vendrás á la misma hora para darme cuenta de lo que ha pasado.

Al dia siguiente á la misma hora, la reina oyó de boca de Pascuale, que el amante de la marquesa de San Clemente, sorprendido de improvisó habia sido arrestado, sin resistencia, y conducido al castillo de San Telmo, á las tres y media de la tarde.

Tambien supo que el preso era Nicolino Caracciolo, hermano del duque de Rocca Romana y sobrino del almirante.

— ¡ Ah! murmuró la reina, si tuviésemos la fortuna de que tambien el almirante estuviera!

## XI

### LA PARTIDA.

Quince dias despues de los sucesos que hemos referido en el precedente capítulo, en una de esas mañanas en que el otoño de Nápoles rivaliza con la primavera de los otros países, la poblacion, no solo de Nápoles, sino de los pueblos y aldeas vecinas se amontonaba en torno del palacio real, llenando por una parte la bajada del Gigante, y por la otra la calle de Toledo, y enfrente de la gran entrada del palacio, todas las calles que conducian á su grandiosa plaza, llamada hoy del *Plebiscito*.

Un cordon de soldados impedia al pueblo pasar adelante.

Los oficiales que los mandaban estaban cubiertos de cintas y condecoraciones de todos los países; sus uniformes brillaban como un ascua de oro; sobre sus sombreros de tres picos flotaban los penachos de plumas que tanto gustan á los pueblos meridionales. Lanzábanse de uno á otro extremo de la plaza, so pretexto de llevar órdenes, pero en realidad para lucir sus uniformes y mostrar su agilidad en el manejo del caballo. Todas las ventanas y balcones estaban adornados con las banderas blancas de Nápoles y encarnadas de Inglaterra, y llenas de mujeres que, agitando sus blancos pañuelos, gritaban : « ¡ Viva el rey ! ¡ viva Inglaterra ! viva Nelson ! ¡ mueran los franceses ! » Aquellos gritos, que empezaban en el fondo de la calle, subian de ventana en ventana, como las serpientes de luz que en los fuegos artificiales llevan el incendio hasta los últimos pisos, yendo á extinguirse en los terrados cubiertos de espectadores.

Todo el estado mayor galopaba en la plaza, el pueblo se agolpaba en las calles, las damas agitaban sus pañuelos y los espectadores coronaban los terrados. Todos esperaban al rey Fernando, que iba á ponerse á la cabeza de su ejército para marchar en persona contra los franceses.

Ocho dias hacia que se habia declarado la guerra; los curas predicaban en las iglesias; los frailes tronaban en plazas y encrucijadas, subidos en los guardacantones; las proclamas del rey cubrian todas las esquinas, y todas decian que el rey habia hecho lo posible para conservar la amistad con los franceses; pero que la ocupacion de Roma habia ultrajado el honor napolitano; que él no podia tolerar la invasion de los Estados del papa, á quien amaba como antiguo aliado y respetaba como cabeza

visible de la Iglesia ; por todo lo cual marchaba al frente de su ejército para restituir Roma á su legitimo soberano.

Dirigiéndose luego al pueblo, añadía :

« Si hubiera podido obtener este resultado por cualquier otro medio , no hubiera vacilado en emplearlo. ¿Mas qué esperanza de éxito hubiéramos tenido despues de tantos funestos ejemplos que ya conoceis? Lleno de confianza en la bondad del Dios de los ejércitos, que guiará mis pasos y dirigirá mis operaciones , parto al frente de los bravos defensores de la patria , y voy con la mayor alegría á arrostrar todos los peligros, por amor á mis compatriotas, mis hermanos y mis hijos , pues como tales os he considerado siempre. Sed fieles á Dios, y obedeced á mi muy amada esposa, á quien he encargado del gobierno durante mi ausencia. Os recomiendo que la respeteis y la querais como á una madre. Tambien os dejo á mis hijos, á quienes debeis amar lo mismo que á mí. Suceda lo que quiera, acordáos de que sois napolitanos, que para ser valiente basta quererlo ; que mas vale morir gloriosamente por la causa de Dios y de la patria, que vivir en la opresion. Derrame el cielo sobre vosotros sus bendiciones. ¡ Tal es el deseo del que guardará por vosotros, miéntras viva, los tiernos sentimientos de un soberano y de un padre. »

Era la primera vez que el rey se dirigia á su pueblo, hablando de su amor paternal , apelando á su valor, y confiándole su mujer y sus hijos. Desde la batalla de Velletri, ganada en 1744 por los españoles sobre los alemanes, y que aseguró el trono á Cárlos III, los napolitanos no habian oido tronar el cañon mas que en las grandes fiestas, lo que no impedia que se creyesen los primeros soldados del mundo.

En cuanto á Fernando, nunca habia tenido ocasion de

poner á prueba su valor ni su génio militar, por lo cual nadie podia acusarle de incapacidad ni de flaqueza. Solo él sabia qué pensar de sus cualidades y se habia explicado delante de Mack, como ya hemos visto, con su acostumbrado cinismo.

El acto de dirigirse á su pueblo para justificarse ante él, bien ó mal, de la necesidad en que se hallaba de llevarlo á la muerte contra un enemigo tan peligroso como los franceses, era ya un progreso político harto notable.

Verdad es que, además del ayuda del Austria, de la cual no dudaba despues de la carta que acababa de recibir, contaba con una division piemontesa. Un despacho particular habia sido escrito por el príncipe Belmonte al caballero Priocca, ministro del rey de Cerdeña, documento que vamos á reproducir y que nos pareceria apócrifo si no lo tuviéramos á la vista; hasta tal punto se violan en él tanto la moral divina como la humana y los derechos de las naciones.

Hélo aquí :

« Señor caballero :

» Sabemos que en el consejo de S. M. el rey de Cerdeña, muchos ministros circunspectos, por no decir tímidos, tiemblan á la idea del perjurio y del asesinato, como si el último tratado de alianza entre Francia y Cerdeña fuera un acto político digno de ser respetado. ¿No lo dictó la fuerza opresiva del vencedor? ¿No fué aceptado bajo el imperio de la necesidad? Semejantes tratados, no son mas que la injusticia que el mas fuerte impone al oprimido, quien violándolos, no hace mas que librarse de ellos en la primera ocasion que le ofrece la fortuna.

» ¡Cómo! en presencia de vuestro rey, prisionero en su propia capital, rodeado de bayonetas enemigas, ¿os creeriais perjuros, si no guardábais las promesas arrancadas por la necesidad y desaprobadas por la concien-

cia? ¿Y llamariais asesinato al esterminio de vuestros tiranos? ¿La debilidad de los oprimidos no podrá esperar nunca un legítimo socorro contra la fuerza que sobre ellos pesa?

» Llenos de confianza y de seguridad en la paz, los batallones franceses se hallan diseminados por el Piamonte. Escitad el patriotismo del pueblo hasta el entusiasmo y el furor, de suerte que todo piamontés aspire al honor de esterminar un enemigo de la patria. Estos asesinatos parciales aprovecharán mas á los piamonteses, que victorias alcanzadas en el campo de batalla, y nunca la justa posteridad dará nombre de traicion á los actos enérgicos de todo un pueblo, que pasa sobre el cadáver de sus opresores para reconquistar su libertad. Nuestros bravos napolitanos, á las órdenes del general Mack, serán los primeros en dar el grito de muerte contra el enemigo de tronos y pueblos; y acaso estarán ya en marcha cuando recibais esta carta.»

Todas estas escitaciones habian producido en el pueblo napolitano, tan fácil de arrastrar á los extremos, un entusiasmo delirante. Aquel rey que, como Godofredo de Bouillon, emprendia la guerra santa, aquel campeon de la Iglesia, que volaba al socorro de los altares destruidos, de la religion profanada, dando ejemplo á la cristiandad, era el idolo de Nápoles; y el que se hubiera atrevido á presentarse en medio de aquella multitud vestido con un pantalon ó cubierto á lo Tito, se hubiera supuesto á perder la vida. Por esto, todos los que pudieran ser sospechosos de jacobinismo, es decir, de partidarios del progreso y de la instruccion, y que considerasen á Francia como iniciadora de los pueblos en la civilizacion moderna se habian guardado bien de salir de sus casas aquel dia.

Y sin embargo, por bien dispuesta que estuviese, aque-

lla multitud empezaba ya á impacientarse, porque era la misma que injuria á San Gennaro cuando tarda en hacer su milagro. El rey debia presentarse á las nueve, y ya habian dado las diez y media en los relojes de todas las iglesias de Nápoles sin que S. M., que no tenia la costumbre de hacerse esperar, se hubiese presentado. A las citas de caza siempre llegaba el primero; y lo mismo le sucedia en el teatro, aunque sabia muy bien que no se levantaria el telon hasta que él llegase. En cuanto á comer su macarron, diversion que él sabia esperaba el público con impaciencia, nunca dejaba de hacerlo en el tiempo que el relój de San Cárlos necesitaba para tocar las diez. ¿En qué consistia la poca prisa que se daba para satisfacer los deseos de un pueblo á quien prodigaba tanto cariño en sus procemas? El caso era que el rey acometia una aventura mucho mas peligrosa que las de correr el ciervo ó el javalí ó asistir en San Cárlos á la representacion de dos actos de ópera y tres de baile. El rey jugaba una partida á un juego que le era desconocido y para el cual presentia su incapacidad; por eso no se daba prisa á levantar las cartas.

Por último, los tambores redoblaron, las cuatro músicas dispuestas en los ángulos de la plaza tocaron á un tiempo la marcha real, los balcones de palacio se abrieron y ocupó el de enmedio la reina, con el principe real, la princesa de Calabria, los príncipes y princesas de la real familia, sir William y lady Hamilton, Nelson, Troubridge y Ball, y los siete ministros. Los otros balcones fueron ocupados por las damas de honor, gentiles hombres, chambelanes de servicio y todos los que, de cerca ó de léjos, pertenecian á la córte. Al mismo tiempo, saludado por los frenéticos gritos y vivas del pueblo, el rey apareció á caballo en la gran puerta de palacio, escoltado por los príncipes de Sajonia y de Filipsthal, por su

ayudante de campo de confianza, el marqués de Malaspina, á quien ya vimos cerca de él en la galera capitana, y por su amigo particular el duque de Ascoli, sin cuya compañía habia declarado el rey que no queria marchar; en lo que consintió el duque con gusto, aunque no tenia grado alguno en el ejército.

Ganaba el rey á caballo parte de las ventajas que perdía á pié. Solo el duque de Rocca Romana podia disputarle el título de primer ginete del reino, y aunque se encorbaba un poco, mostraba mucha mas gracia en este ejercicio que en ningun otro.

Sin embargo, aun antes de salir del portal, fuese casualidad ó presagio, el caballo del rey, habitualmente seguro y manso, dió un salto de costado, que hubiera desazonado á cualquiera otro ginete, y resistiéndose á entrar en la plaza, se encabritó á punto de caer hácia atrás; pero el rey tendió la mano, le clavó las espuelas en los hijares, y el bruto, de un solo brinco entró en la plaza, como si hubiera salvado para ello un obstáculo imaginario.

— ¡Mal augurio! dijo el duque de Ascoli al marqués de Malaspina; un romano se volveria á su casa.

El rey, que tenia demasiadas preocupaciones momentáneas, y que no pensaba en las antiguas, que además no conocia, con la sonrisa en los labios y ufano de mostrar su habilidad á tantos espectadores, lanzóse en medio del círculo que habian formado los generales para recibirlo. Vestia un uniforme de mariscal austriaco, cubierto de bordados y cordones, y sobre su tricornio flotaba un penacho rival, por lo grande y lo blanco, del que su abuelo Enrique IV llevaba en Ivry, y que su ejército debia seguir, no como el del vencedor de Mayenne, por el camino del honor y de la gloria, sino por el de la derrota y la vergüenza.



Ya hemos dicho que á la vista del rey las aclamaciones y los vivos resonaron como una tempestad. El rey, orgulloso de su triunfo, y lleno por el momento, de confianza en sí mismo, volvió su caballo para dar frente al palacio, y saludó á la reina quitándose el sombrero.

Entonces todos los balcones de palacio se animaron á su turno; resonaron los vivos; volaron al aire los pañuelos; los niños tendieron los brazos hácia el rey; uniéndose á esta demostracion la de la multitud, convirtiéndose en universal, y para que nada le faltase, se empavesaron los buques que habia en el puerto y se repitieron las salvas de artillería.

Por la cuesta del arsenal subieron al mismo tiempo con guerrero estrépito veinte y cinco piezas de artillería, destinadas al cuerpo de ejército del centro, á cuyo frente debian ponerse el rey y Mack. Detrás subia el tesoro del ejército encerrado en carruajes de hierro. En aquel momento la iglesia de San Fernando daba las once.

Era la hora de la partida, ó para hablar mas propiamente, una hora despues, porque la señalada habian sido las diez.

El rey quiso concluir con un golpe teatral.

— ¡Hijos míos! gritó estendiendo los brazos hácia el balcon donde estaban con las princesas sus hijos mas jóvenes Leopoldo y Alberto: el primero, de nueve años, que despues fué el príncipe de Salerno, favorito de la reina y el segundo el favorito del rey, que tenia diez años y cuyos dias estaban ya contados.

Los niños, oyéndose llamar por su padre, desaparecieron del balcon, bajaron corriendo la escalera y fueron por entre los caballos, que llenaban la plaza, á arrojarse en brazos del rey, que les levantó del suelo abrazándolos.

Despues los enseñó al pueblo, diciendo en alta voz :

— Os los recomiendo, amigos míos; despues de la reina es lo que mas amo en el mundo.

Devolvió los niños á sus ayos, desenvainó la espada con el mismo gesto que le pareció tan ridículo cuando Mack sacó la suya, y añadió :

— ¡ Y yo voy á vencer ó morir por vosotros !

Al oír estas palabras, la emocion llegó á su colmo : las princesas lloraron ; la reina llevó el pañuelo á los ojos ; el duque de Calabria levantó las manos al cielo, como si pidiera á Dios la bendicion para su padre ; los ayos tomaron en brazos á los príncipes y se los llevaron, á pesar suyo ; y la multitud dió vivas y vertió lágrimas al mismo tiempo.

El efecto que el rey buscaba estaba producido ; prolongar la escena era perderlo ; las trompetas dieron la señal y el ejército se puso en marcha. Un pequeño cuerpo de caballería estacionado en el *Largo* de San Fernando, formó la cabeza de la columna ; el rey marchó detrás respondiendo á los gritos de ¡ Viva Fernando IV ! ¡ Viva Pio VI ! ¡ Mueran los franceses !

Mack y todo el estado mayor siguieron al rey, y tras él marchó todo el formidable tren de que hemos hablado, cerrando la marcha otro cuerpo de caballería.

Antes de salir de la plaza de palacio, volvióse el rey por última vez para saludar á la reina y decir « adios » á sus hijos.

Despues entró en la calle de Toledo y siguió por el *Largo Mercatello*, Puerto de Alba y el *Largo* de la Piña hasta salir al camino de Cápua, donde el ejército debia hacer su primer alto, miéntras el rey daba el último adios en Caserta á su mujer, á sus hijos y á sus canguros. Pero lo que el rey sentia mas al abandonar á Nápoles era su pesebre ó nacimiento que dejaba sin concluir.

Fuera de la ciudad esperaba al rey un coche, en el

que entró con el duque de Ascoli, el general Mack y el marqués de Malaspina, y fueron á Caserta, donde debia reunírseles dos horas despues la reina, la familia real y los íntimos de la córte para permanecer juntos hasta el dia siguiente, en el que debian entrar realmente en campaña.

## XII

### ALGUNAS PAGINAS DE HISTORIA.

Aunque no sea nuestra intencion hacernos el historiador de esta campaña, menester será que sigamos al rey Fernando en su marcha triunfal, al ménos hasta Roma, y narremos los sucesos mas importantes de esta marcha.

El ejército del rey de las dos Sicilias habia tomado de antemano posiciones acantonándose. Estaba dividido en tres cuerpos: 22,000 hombres acampaban en San Germano, 16,000 en los Abruzos, 8,000 en la llanura de Sessa, sin contar 6,000 hombres en Gaeta, dispuestos á ponerse en marcha, como retaguardia, á los primeros pasos que los tres cuerpos dieran hácia adelante, y otros 8,000 prontos á darse á la vela para Liorna, á las órdenes del general Naselli. El primer cuerpo debia marchar á las órdenes del rey en persona, el segundo á las del general Micheroux y el tercero á las del general de Damas.

Ya hemos dicho que Mack conducia el primer cuerpo.

Eran pues cincuenta y dos mil hombres, sin contar los de Nasselli, los que marchaban contra Championnet y sus nueve ó diez mil hombres.

Despues de tres ó cuatro dias pasados en el campamento de San Germano, durante los cuales la reina y Emma Lyonna, vestidas ambas de amazonas y montan-

do fogosos caballos, para mostrar su destreza, revistaron el primer cuerpo del ejército y exaltaron su entusiasmo, regalando buenas palabras y graciosas sonrisas á los oficiales y paga doble y racion de vino á los soldados, separáronse augurando la victoria; y miéntras que la reina, Emma Lyonna, William Hamilton, Horacio Nelson y los embajadores y los barones invitados á aquellas marciales fiestas volvian á Caserta, el ejército, dada la señal, se puso en marcha en el mismo dia y hora por tres puntos diferentes.

Hemos visto las órdenes dadas por el general Macdonald en nombre del general Championnet, el dia en que introdujimos á nuestros lectores en el palacio Corsini, haciéndoles presenciar la llegada del embajador francés y del conde de Ruvo. Nuestros lectores deben recordar que estas órdenes eran de abandonar todas las posiciones al acercarse los napolitanos; así pues no les sorprenderá ver, ante el rey Fernando, emprender la retirada todo el ejército francés.

El general Micheroux, que formaba el ala derecha con diez mil soldados, atravesó el Tronto, arrolló la escasa guarnicion francesa de Ascoli, y por la via Emilia, tomó la direccion de Porto de Fermo. El general Damas, que formaba el ala izquierda, siguió la via Apia, y el rey, que conducia el centro, partió de San Germano y, conforme lo habia decidido Mack en su plan de campaña, marchó por el camino de Ceperano y Frosinone.

El cuerpo de ejército del rey llegó á Ceperano á las nueve de la mañana, y el rey se apeó para almorzar en casa del síndico. Concluido el almuerzo, el general Mack, á quien el rey concedia el honor de sentar á su mesa desde que salieron de San Germano, le pidió permiso para llamar á su ayudante de campo el comandante Ulrico Riescach.

Era este un jóven austriaco, de veinte y seis á veinte y ocho años, y persona de escelente educacion, que hablaba el francés como su lengua nativa y llevaba con elegancia el uniforme. Entró en el comedor y saludó respetuosamente primero al rey y despues al general.

— Señor, dijo Mack, es cosa acostumbrada en la guerra, y sobre todo entre personas bien educadas, advertir al enemigo á quien se va á atacar; creo por lo tanto de mi deber anunciar al general republicano que vamos á atravesar la frontera.

— ¿Decís que es costumbre de la guerra? preguntó el rey.

— Sí señor.

— Entónces, avisarle, general, avisarle.

— Además, advirtiéndole que marchamos contra él con fuerzas imponentes, tal vez abandonará sus posiciones.

— ¡ Ah ! eso sí que seria una galanteria de su parte.

— ¿ V. M. me da pues su permiso ?

— ¡ Yo lo creo, pardiez ! sí lo permito.

Mack volvió la silla, apoyó el codo en la mesa, y dijo al comandante Ulrico :

— Sentáos y escribid.

Obedeció el comandante y tomo la pluma.

— Escribid, añadió Mack, con la mejor letra posible, porque puede suceder que el general republicano á quien nos dirigimos no sepa leer de corrido. Esos señores no son muy sabios, generalmente hablando, continuó Mack; y no quiero que, si se obstina en no retirarse, pueda decir que no me ha comprendido.

— Creo que Vuestra Escelencia no tiene que temer con respecto á eso, replicó el jóven, si esta carta se dirige al general Championnet; porque he oido decir que es uno de los hombres mas letrados del ejército

francés. No obstante, estoy dispuesto á ejecutar las órdenes de Vuestra Escelencia.

— Es lo mejor que podeis hacer, replicó Mack picado de la observacion del jóven y haciéndole una señal imperativa.

El comandante se dispuso á escribir.

— ¿Me permite V. M. redactar la carta? preguntó Mack al rey.

— Cierto que sí, replicó el rey; pues si yo mismo escribiera á vuestro general ciudadano, por letrado que sea no tendria poco trabajo en comprenderme.

— Escribid, dijo Mack.

Y dictó la carta ó ultimatum siguiente, que ningun historiador ha publicado y que reproducimos de la copia oficial mandada á la reina; como nuestros lectores verán, es un modelo de impertinencia y de orgullo. —

« Señor general: os declaro que el ejército siciliano, que tengo el honor de mandar bajo las órdenes del rey en persona, acaba de atravesar la frontera para tomar posesion de los Estados romanos, revolucionados y usurpados despues de la paz de Campo Formio, revolucion y usurpacion que no han sido reconocidas por S. M. siciliana ni por su augusto aliado el emperador de Austria. Pido pues que sin la menor dilacion hagais volver á la república cisalpina las tropas francesas que se encuentran en los Estados romanos, y que evacueis del mismo modo las plazas fuertes que ocupais. Los generales comandantes de las diversas columnas del ejército de S. M. siciliana tienen órdenes perentorias de no romper las hostilidades en los puntos de que las tropas francesas se retiren ante mi intimacion; pero emplearán la fuerza en el caso de resistencia.

» Os declaro, además, ciudadano general, que consi-

deraré como un acto de hostilidad la entrada de las tropas francesas en el gran ducado de Toscana. Espero me contestaréis sin dilacion, y os suplico que me enviéis de vuelta al comandante Reiscach, portador de la presente, cuatro horas despues de recibirla. La respuesta deberá ser positiva y categórica. En cuanto á la demanda de evacuar los Estados romanos y de no poner el pié en los del gran duque de Toscana, sabed que una respuesta negativa será considerada como una declaracion de guerra por nuestra parte, y S. M. siciliana sabrá sostener con las armas en la mano las justas demandas que yo os dirijo en su nombre.

» Tengo el honor, etc. »

— He concluido, mi general, dijo el comandante.

— ¿ Tiene el rey alguna observacion que hacer ? preguntó Mack á Fernando.

— ¿ No sois vos el que firma ? dijo el rey.

— Sin duda, señor.

— Pues bien, ¿ entónces ?...

Y concluyó el sentido de su frase encojiéndose de hombros, como si dijera : « Haced lo que mejor os parezca. »

— Además, dijo Mack, nosotros, hombres de título y de raza, no debemos hablar de otro modo á esos republicanos *sin calzones*.

Y diciendo esto, tomó la pluma de manos del comandante, firmó, y devolviósela, añadiendo :

— Ahora poned la direccion.

— ¿ Quereis dictarla como el resto de la carta, mi general ? preguntó el comandante.

— ¿ Ahora salimos con que no sabeis poner un sobrescrito ?

— No sé si debo poner *Señor general* ó *ciudadano general*.

— Poned *ciudadano*, dijo Mack. ¿Por qué dar á esas gentes otro título que el que toman?

El jóven escribió el sobre, cerró la carta y se levantó.

— Ahora, comandante, dijo Mack, montad á caballo y llevad esta carta lo mas pronto posible al general francés. Le concedo, como veis, cuatro horas para tomar una resolucion. Esperad este tiempo, pero ni un momento mas. En cuanto á nosotros, continuaremos la marcha, y es probable que á la vuelta nos encontreis entre Anagni y Valmonte.

El jóven se inclinó ante el general, saludó respetuosamente al rey, y partió á cumplir la orden.

Las avanzadas francesas que encontró en Frosinone lo detuvieron; pero cuando dijo quién era al general Duhesme, que dirigia la retirada en aquel puesto, y le enseñó el despacho que debia entregar á Championnet, el general dió orden de que le dejaran pasar. El mensajero continuó su camino, sin encontrar obstáculo hasta Roma, donde llegó á las nueve y media de la mañana.

En la puerta de San Juan volvieron á detenerle; pero mostrando el despacho de que era portador al oficial de guardia, éste lo hizo acompañar por un soldado al palacio del general.

Acababa Championnet de dar un paseo por las murallas, ó por mejor decir, alrededor de las murallas, con su ayuda de campo Thiebaut, quien, despues de Salvato, era el oficial que mas queria, y con el general de ingenieros Eblé, llegado dos dias antes. En la puerta del palacio Corsini encontró un campesino que le aguardaba, y que por su traje parecia procedente de la antigua provincia de Samnium.

Apeóse el general, y se le acercó, comprendiendo á primera vista que era á él á quien buscaba. Thiebaut quiso detener á Championnet, pues los asesinatos

de Basseville y de Duphot estaban todavía presentes en su memoria ; pero el general apartó á su ayudante y adelantóse hácia el campesino.

— ¿ De dónde vienes ? le preguntó.

— Del Mediodia, contestó el samnita.

— ¿ Traes contraseña ?

— *Nápoles y Roma.*

— ¿ Tu mensaje es verbal ó escrito ?

— Escrito.

Y le presentó una carta.

— ¿ Siempre de la misma persona ?

— No lo sé.

— ¿ Esperas respuesta ?

— No.

Championnet abrió la carta, que llevaba la fecha de cinco dias antes, y leyó :

« Sigue la mejoría ; el herido se levantó ayer por vez primera, y dió algunas vueltas por la habitacion, apoyado en el brazo de la *hermana de caridad*. Como no cometa alguna imprudencia grave, puede responderse de su vida. »

— ¡ Ah ! ¡ bravo ! exclamó Championnet.

Y volviendo á la carta, continuó :

« Han hecho traicion á uno de los nuestros ; créese que está encerrado en el fuerte de San Telmo, pero sí hay que temer por su persona, nada debemos temer por nosotros : porque es un muchacho de corazon que ántes se dejaria hacer trizas que decir una sola palabra.

» Dícese que el rey y el ejército salieron ayer de San Germano ; el ejército se compone de 52,000 hombres, 30,000 de los cuales van á las órdenes del rey ; 12,000 á las de Micheroux, y 10,000 á las de Damas, sin contar 8,000 que salen de Gaeta conducidos por el general Na-

selli y escoltados por Nelson y una parte de la escuadra inglesa, para desembarcar en Toscana.

El ejército lleva consigo un parque de cien cañones y está abundantemente provisto de todo.

Libertad, igualdad y fraternidad.

» P. D. — La contraseña del próximo mensajero será *San Angelo* y *San Telmo*. »

Championnet buscó con la vista al campesino, pero habia desaparecido. Entónces, alargando la carta al general Eblé, y haciéndole seña de entrar en palacio, le dijo:

— Tomad, Eblé, leed esto; hay ahí como se dice entre nosotros, para tragar á dos carrillos.

Luego añadió dirigiéndose á su ayudante de campo:

— Lo principal es que nuestro amigo Salvato Palmieri mejora de dia en dia; y el que me escribe, que me parece es un médico, me responde ahora de su vida. Por lo demás, me parece que están bien organizados en aquella tierra: esta es la tercera carta que recibo por mensajeros diferentes; cada cual muda de contraseña y no aguarda respuesta alguna.

Volviéndose entónces al general Eblé, preguntóle:

— Y bien, Eblé, ¿ qué decis á esto?

— Digo, respondió entrando en la sala que ya conocemos por haber visto en ella á Championnet discutiendo con Maldonald sobre la grandeza y la decadencia de los romanos, digo que cincuenta y dos mil soldados y cien cañones es un bonito número. Y vos, ¿ cuántos cañones teneis?

— Nueve.

— ¿ Y hombres?

— Once ó doce mil, y todavía el Directorio escoje jus-

tamente el momento actual para pedirnos tres mil á fin de reforzar la guarnicion de Corfou.

— Pero, mi general, dijo Thiebaut, yo creo que en las circunstancias en que nos encontramos, y que el Directorio ignora, podeis negaros á obedecer semejante órden.

— ¡Pse! dijo Championnet. ¿No creéis, Eblé, que, en una posicion buena, fortificada por vos, nueve ó diez mil franceses podrán hacer frente á cincuenta y dos mil napolitanos, sobre todo, mandados por el general baron Mack?

— ¡Oh! general, dijo riendo Eblé, yo sé que nada os es imposible; y además, conozco mejor que vos á los napolitanos.

— ¿Y dónde los habeis conocido? Medio siglo hace que, excepto en Tolon, y vos no estábais allí, no se han oido sus cañones.

— Cuando yo no era mas que teniente, replicó Eblé, hace doce años, fui á Nápoles con Augereau, que no era mas que sarjento, acompañando al señor baron de Salis.

— ¿Y qué diablos ibais á hacer á Nápoles?

— Ibamos, por órden de la reina y de sir Acton á organizar el ejército á la francesa.

— Mala noticia me dais, Eblé; si tengo que haberme las con un ejército organizado por vos y por Augereau, las cosas no irán tan fácilmente como yo creia. El príncipe Eugenio decia, al saber que un ejército iba contra él y en la incertidumbre del general que lo mandaba: « Si es Villeroy, le *batiré*; si es Beaufort, nos *batirémos*; si es Catinat, me *batirò*. » Yo podria decir otro tanto.

— ¡Oh! tranquilizaos. Yo no sé qué disputa surgió entónces entre el baron de Salis y la reina; pero el hecho fué que despues de un mes de estancia, nos pusieron á la puerta, reemplazándonos con instructores austriacos.

— ¿Pero permanecisteis en Nápoles durante un mes?

— Un mes ó seis semanas, no me acuerdo bien.

— Entónces estoy tranquilo, y comprendo por qué el Directorio os manda aquí, suponiendo que no habreis perdido vuestro tiempo.

— No, en verdad; porque lo pasé estudiando la ciudad y sus alrededores.

— No me atrevo á asegurar que eso pueda sernos útil; pero, ¿quién sabe?

— Entre tanto, Thiebaut, continuó el general, como el enemigo puede estar aquí en tres ó cuatro días, y no entra en mi plan oponerme á su marcha, dad órden que se dispare el cañonazo de alarma en el castillo de San Angelo, que toquen generala y que la guarnicion se reuna en la plaza del Pueblo á las órdenes del general Mathieu Maurice.

— Allá voy, mi general.

El ayudante salió sin mostrar la menor estrañeza y con la obediencia que caracteriza á los oficiales destinados al mando; pero volvió á entrar al momento.

— ¿Qué hay? le preguntó Championnet.

— Mi general, un ayudante del general Mack solicita veros, diciendo que trae para vos un despacho importante.

— Que entre, dijo Championnet, que entre. Nunca se debe hacer esperar á los amigos, y á los enemigos mucho ménos.

El comandante entró á tiempo de oir las últimas palabras del general, y sonriendo, saludó con gracia y cortesania. Thiebaut trasmitia al mismo tiempo al oficial de servicio las tres órdenes que acababa de darle Championnet.

— A vuestros amigos, dijo el recién llegado, les ha ido siempre muy bien con vuestras máximas, general, y

muy mal á vuestros enemigos. Tratadme , pues , como amigo.

Championnet se adelantó , y tendiéndole la mano , le dijo :

— Bajo mi techo , caballero , no hay enemigos , sino huéspedes ; sed pues bien venido , siquiera me trajéreis la guerra bajo los pliegues de vuestra capa.

El jóven saludó de nuevo y entregó al general en jefe el despacho de Mack.

— Si no es la guerra , dijo , es algo que se le parece mucho.

Championnet abrió la carta y leyóla sin que un solo movimiento de su rostro revelase la impresion que le producía . En cuanto al mensajero , sabiendo lo que el despacho contenía , puesto que él lo había escrito , y no aprobando ni su forma ni su fondo , seguía con ansiedad la mirada del general , mientras este recorría una á una las líneas del despacho . Llegado á la última , Championnet sonrió y metióse el despacho en el bolsillo .

— Caballero , dijo dirigiéndose al jóven mensajero , el honorable general Mack me dice que debéis pasar cuatro horas conmigo , por lo cual le doy las gracias , y os advierto que no os perdono ni un minuto .

Y diciendo esto sacó su reloj .

— Son las diez y cuarto de la mañana ; á las dos y cuarto de la tarde estaréis libre . Thiebaut , dijo á su ayudante que acababa de entrar , despues de trasmitir las órdenes de su general , este caballero nos hace el honor de comer con nosotros .

— General , balbuceó el comandante admirado , y mas que admirado confuso al ver la finura con que trataban á un hombre portador de carta tan poco fina ; en verdad no sé...

— ¿ Si debéis aceptar el almuerzo de unos pobres dia-

blos que carecen de todo, cuando dejais la mesa real suntuosamente servida? dijo Championnet riendo. Aceptad, comandante, aceptad. Nadie muere, aunque sea Alcibiades en persona, por haber comido, una vez por casualidad, el negro pisto de Licurgo.

— Dejad entónces, replicó el ayudante del general Mack, que os dé doblemente las gracias por la invitacion y por las circunstancias en que la haceis. Tal vez voy á participar de la comida de un espartano; pero solo un francés podria tener la cortesía de ofrecérmela.

— General, dijo Thiebaut volviendo, el almuerzo está servido.

### XIII

#### LA DIPLOMACIA DEL GENERAL CHAMPIONNET.

Championnet invitó al comandante Ulrico á entrar el primero en el comedor y le designó su puesto entre el del general Eblé y el suyo. Sin ser el de un sibarita, el almuerzo no era tampoco el de un espartano, sino un término medio entre ambos; y gracias á la bodega de Su Santidad Pio VI, los vinos eran inmejorables.

En el momento en que se sentaban á la mesa se oyó un cañonazo y despues otros dos.

El comandante se estremeció al oir el primero, escuchó el segundo y pareció indiferente al tercero.

Y no preguntó nada.

— ¿Habeis oido, comandante? dijo Championnet viendo que su huésped guardaba silencio.

— He oido, general, pero os confieso que no lo entiendo.

— Es el cañonazo de alarma.

Casi al mismo tiempo empezó á oirse el toque de generala.

— ¿Son tambores? preguntó sonriendo el oficial austriaco.

— Es la generala.

— Me lo figuraba.

— ¡Diablo! ya comprenderéis que despues de la carta que me ha hecho el honor de escribirme el general Mack..... Supongo que conoceis su contenido.

— Soy yo quien la ha escrito.

— Teneis una hermosa letra, comandante.

— Pero es el general Mack quien la ha dictado.

— Tiene muy buen estilo.

— ¿Pero en qué consiste?.... continuó el jóven, oyendo tronar el cañon y tocar la generala, ¿son brujos vuestras cajas y cañones, que han adivinado el objeto de mi visita?

— A nuestros cañones, sobre todo, les haria bastante falta el serlo, porque, como sabeis, no son mas que nueve, y no sé yo como podrán responder á los saludos de los ciento que acompañan á vuestro rey. ¿Otra costilla, comandante?

— Con mucho gusto, general.

— No, mis cañones no se disparan por sí solos, ni mis tambores suenan sin que nadie los toque; yo habia dado órdenes antes de tener el honor de veros.

— Entonces, ¿estábais advertido de nuestra marcha?

— ¡Oh! yo tengo un demonio familiar como Sócrates; yo sabia que el rey y el general Mack habian salido, hace seis dias, es decir el lúnes último, de San Germano con 30,000 hombres; Micheroux, de Aguila, con 12,000, y Damas, de Sessa, con 10,000; sin contar el general Naselli y sus 8,000 hombres, que, escoltados por el ilustre almirante Nelson, deben desembarcar en este mo-

mento en Liorna, con objeto de cortarnos la retirada á Toscana. ¡Oh! el general Mack es un gran estrategista; toda Europa lo sabe. Ahora bien, ya comprenderéis, como yo no tengo en junto mas que 12,000 hombres, de los cuales me pide 3,000 el Directorio para reforzar la guarnicion de Corfou..... Y á propósito, Thiebaut, dijo Championnet, ¿habeis dado la órden de que esos 3,000 hombres marchen á Ancona para embarcarse allí?

—No, mi general, respondió Thiebaut, pues sabiendo, como vos mismo habeis dicho, que no teníamos mas que 12,000 hombres, he vacilado en disminuir mas vuestras fuerzas con esos 3,000 hombres.

— ¡Bueno! dijo sonriendo con su serenidad ordinaria el general Championnet, habeis olvidado, Thiebaut, que los espartanos no eran mas que trescientos; siempre sobra gente para morir. Dad la órden, mi querido Thiebaut, y que partan al instante.

Thiebaut se levantó y salió.

—Tomad un alon de este pollo, comandante, dijo Championnet; no comeis nada. Escipion, que es á un mismo tiempo mi intendente, mi ayuda de cámara y mi cocinero, creerá que no os gustan sus guisados, y se va á morir de pena.

El jóven que, en efecto, se habia interrumpido para escuchar al general, siguió comiendo, pero manifiestamente turbado de aquella gran serenidad de Championnet, que empezaba á tomar por un lazo.

—Eblé, continuó el general, en seguida que concluyamos de almorzar y miéntras que pasamos con el mayor Riescach la revista de la guarnicion de Roma, os adelantareis y os mantendréis en disposicion de cortar el puente de Tivoli sobre el Teverone y el puente de Borghetto sobre el Tiber, en el momento en que las tropas francesas hayan atravesado ambos rios.

— Sí, general, dijo simplemente Eblé.

El jóven comandante miró á Championnet.

— Un vaso de este vino de Albano, comandante, dijo Championnet; es de la bodega de Su Santidad, y los aficionados lo celebran mucho.

— ¿Entonces, general, dijo Rieseach bebiendo el vino á sorbos, nos abandonais Roma?

— Sois un hombre de guerra harto experimentado, querido comandante, respondió Championnet, para no saber que en 1799 y bajo el gobierno del ciudadano Barras, no se defiende una ciudad fortificada en 274 por el emperador Aureliano. Si el general Mack viniese á mi encuentro con las flechas de los Partos, las hondas de los Baleares, ó aunque fuera con aquellas famosas cabezas de carnero de Antonio, que tenían setenta y cinco piés de largo, yo me aventuraria; pero contra los cien cañones del general Mack, seria una locura.

Thiebaut entró de nuevo.

— Vuestras órdenes están cumplidas, general, dijo.

Championnet le dió las gracias.

— Sin embargo, continuó el general Championnet, no abandono á Roma completamente; no, Thiebaut se encerrará con quinientos hombres en San Angelo. ¿Qué te parece, Thiebaut?

— Si vos lo mandais, muy bien.

— Y no os rendiréis bajo ningun pretexto.

— Estad tranquilo.

— Vos mismo escojeréis la gente; y no dejaréis de encontrar quinientos hombres que sabrán morir por el honor de la Francia.

— De seguro que no será difícil.

— Hoy mismo partirémos.

— Disimulad, comandante, si me ocupo así en vuestra presencia de nuestros asuntillos; pero vos sois del oficio

y sabéis lo que es esto.—Hoy partimos, Thiebaut, y solo os pido que os sostengais veinte dias, al cabo de los cuales estaré yo de vuelta.

—¡Ah! no os preocupeis por eso, general; lo mismo da que tardeis veinte que treinta.

—Solo necesito veinte, y os doy mi palabra de honor que no cumplirán sin que venga á libertaros. Eblé, continuó el general, vos os reuniréis conmigo en Civita-Castellana; la posicion es buena, y en ella me concentraré. Sin embargo, no será malo hacer algunas obras avanzadas. — Vos continuais dispensándome, ¿no es verdad, mi querido comandante?

— General, os repetiré lo que os decia hace poco mi colega Thiebaut, estad tranquilo.

— Ya lo veis, soy de los que juegan á cartas vistas. Vos teneis sesenta mil hombres, cien cañones y tantas municiones, que no sabéis donde meterlas, mientras que yo, si no me manda Joubert los tres mil hombres que le he pedido no tengo mas que nueve mil soldados, nueve cañones con quince mil balas y dos millones de cartuchos de fusil. Ya comprendéis que con semejante inferioridad, es preciso tomar precauciones.

Y como miéntras lo escuchaba, el comandante olvidaba su café, el general le dijo :

—Bebed el café caliente, comandante. Escipion cifra su amor propio en el café, y encarga que se tome hirviendo.

— En efecto, es excelente, respondió el comandante.

— Entónces apurad vuestra taza, mijóven amigo, y si gustais, montarémos á caballo y pasarémos revista á la guarnicion, y Thiebaut escojerá sus quinientos hombres.

Acabó su taza el comandante Riescach, levantóse, y significó, inclinándose, que estaba pronto á marchar.

Escipion se adelantó, y dijo :

— Parece que nos vamos, mí general.

— Sí, mi querido Escipion, ya sabes que en nuestro diablo de oficio nunca se está seguro de nada.

— Entónces, mi general, es preciso hacer los baules, embalar los libros y enrollar mapas y planos.

— Nada de eso, deja cada cosa como está, que ya la encontraremos á la vuelta. — Mi querido comandante, continuó Championnet colgándose el sable, creo que el general Mack hará bien en alojarse en este palacio. Aquí encontrará una buena biblioteca y escelentes planos. Recomendadle mis libros y mis mapas, que estimo en mucho, y que le presto, como este palacio, poniéndolos bajo vuestra salvaguardia. Este alojamiento será para él tanto mas cómodo cuanto que enfrente, como veis, está el inmenso palacio Farnesio, donde probablemente se alojará el rey. De ventana á ventana podrá éste telegrafear con su general en jefe.

— Si el general habita este palacio, respondió el jóven, puedo responderos de que le será sagrado cuanto os ha pertenecido.

— Escipion, dijo el general, pon un uniforme y seis camisas en la maleta, y colócala á la grupa del caballo. En cuanto concluya la revista, emprendemos la marcha.

Cinco minutos despues, las órdenes de Championnet estaban ejecutadas, y cuatro ó cinco caballos esperaban sus ginetes en la puerta del palacio Corsini. El jóven comandante buscó entre ellos el suyo; pero no lo vió. El palafrenero del general le presentó otro de refresco, con sus pistolas en las pistoleras. Ulrico dirigió á Championnet una mirada interrogadora.

— Vuestro caballo está cansado, dijo el general; dadle el tiempo de descansar, que ya lo encontraréis mas fresco en la plaza del Pueblo.

El comandante saludó como para dar las gracias, y montó á caballo. Eblé y Thiebaut hicieron otro tanto, y

una pequeña escolta, entre cuyos valientes descollaba nuestro antiguo amigo el sargento Martín, siguió al general. Escipion, á quien retenian los cuidados domésticos, debia alcanzarlos despues.

El palacio Corsini, en el que, y sea dicho de paso, murió Cristina de Suecia, está situado á la orilla derecha del Tiber; estendiendo la mano se toca desde él, al otro lado de la via Lúngara, el gracioso edificio de la Farnesina, inmortalizado por Rafael.

El general y su acompañamiento subieron por la orilla derecha del Tiber la via Lúngara; el mayor Ulrico iba á un lado del general, y Eblé al otro, y Thiebaut, un poco detrás, servia de lazo de union entre el grupo principal y la escolta.

Marcharon silenciosos algunos pasos, hasta que Championnet tomó la palabra.

— Lo que hay de maravilloso, dijo, en esta tierra romana es que por todas partes se marcha sobre la historia antigua ó la de la edad media. Mirad, añadió estendiendo la mano en la direccion opuesta al Tiber, sobre aquella colina está San Onofre, donde murió el Tasso. Murió arrebatado por la fiebre en el momento en que Clemente VIII le llamaba á Roma para coronarlo solemnemente. Diez años despues, el mismo papa encerraba allí, á nuestra derecha, en la prision de Sabella, á la famosa Beatriz Cenci. En la orilla derecha del Tiber, en frente de San Angelo, os mostraré los restos de la prision de Tordinone, donde estaban encerrados sus hermanos. Por misericordia particular de Su Santidad solo fué condenada á que le cortaran la cabeza; miéntras su hermano Santiago fué, ántes de ser conducido al cadalso, al pié del cual debia encontrarse con su hermana, paseado por toda la ciudad en la misma carreta que el verdugo, quien durante esta carrera le arrancaba la

carne del pecho con tenazas, y todo por vengar la muerte de un infame que habia asesinado á dos de sus hijos, violado á su hija, y que no pudo escapar á la justicia sino cubriendo á sus jueces con una lluvia de oro. Clemente VIII acarició por un momento la idea de perdonar á la familia Cenci, cuyo único crimen consistía en haber desempeñado el oficio de verdugo ; pero desgraciadamente para Beatriz, en aquel tiempo el príncipe de Santa Cruz mató á su madre, especie de Mesalina que deshonoraba con sus lacayunos amores el nombre paternal. Espantado el Papa al ver mas moralidad en los hijos que en los padres, mas justicia en los asesinos que en los jueces, quiso poner remedio cortando la cabeza en el mismo cadalso á Beatriz, sus dos hermanos y su suegra. Desde aquí podéis ver, al otro lado del Tiber, la plaza de la ejecucion. La tradicion pretende que Clemente VIII la presencié desde una ventana del castillo de San Angelo, al que subió por esta larga galería cubierta que veis á la izquierda, y que fué construida por Alejandro VII, para tener en caso de sitio ó de revolucion, medio de abandonar el Vaticano y de refugiarse en el castillo. El mismo se sirvió de ella mas de una vez para visitar los cardenales que encerraba en la tumba de Adriano, á los que mandaba estrangular despues de haberles forzado á hacer testamento en su favor.

— Sois un admirable cicerone , general, y siento no poder pasar en vuestra compañía cuatro dias en lugar de cuatro horas.

— Cuatro dias seria bien poco para este maravilloso país. Despues de cuatro dias pediriais cuatro meses, y despues de cuatro meses cuatro años. Toda la vida de un hombre no bastaria para formar la lista de los recuerdos que encierra la antigua ciudad, con tanta razon llamada eterna.

Las reflexiones que asaltaban la mente de Championnet estinguieron la voz en sus labios, y ninguno se atrevió á interrumpir su silencio, en medio del cual marcharon desde el puente triunfal hasta el de San Angelo, que atravesaron para pasar á la orilla derecha del rio.

En medio del puente, sin embargo, aun á riesgo de ser indiscreto, dijo el jóven al general:

— ¿No es la tumba de Adriano esta que dejamos detrás?

Championnet miró en torno suyo como quien sale de un sueño.

— Si, respondió, y este puente fué sin duda construido para conducir á ella. En ese monumento debe encerrarse Thiebaut y no será el primer sitio que haya sostenido. Hé aquí la plaza donde fueron decapitados Beatriz y su familia. Volviendo á la izquierda podríamos marchar sobre el sitio donde estuvo el Tardinone, y en esta plazuela á donde entramos ahora está la posada del *Oso* con la misma muestra que tenia cuando Montaigne se alojó en ella, aquel gran escéptico que tomó por divisa estas tres palabras: *¿qué sé yo?* Era la última palabra del genio humano despues de seis mil años. Dentro de otros seis mil tal vez vendrá otro escéptico que dirá: *¿puede ser!*

— ¿Y vos qué decis, general?

— Yo digo que es el último de los gobiernos el que permite que en el centro mismo de esta ciudad se formen desiertos como el que veis á vuestra izquierda. Mirad, todos esos pantanos donde imperan las fiebres malignas, durante ocho meses del año, pertenecen al rey á quien servís; es la herencia de Farnesio. Pablo III estaba bien léjos de pensar, al legar estos inmensos terrenos á su hijo el duque de Parma, que le legaba la fiebre. Decid á vuestro rey Fernando que seria obra

digna, no solo de un heredero piadoso, sino de un cristiano, el secar esos pantanos y ponerlos en cultivo, que de seguro le recompensarian con abundantes cosechas. Un puente construido aquí bastaría en tal caso para reemplazar en estos sitios la muerte con la vida. Mas para esto seria necesario un gobierno que se ocupase del bienestar del pueblo. Se necesitaria realizar lo que vos venís á combatir, á pesar de ser hombre inteligente é instruido : se necesitaria la libertad. Ella vendrá algun dia, y no temporal y accidentalmente como la que ahora traemos, sino hija inmortal del progreso y del tiempo. Mirad entre tanto, mayor, esta callejuela á lo largo de esta iglesia, que es la de San Gerónimo. De esta callejuela salieron una noche á las dos cuatro hombres á pié y uno á caballo ; el último llevaba atravesado en la grupa de su montura un cadáver, cuyos piés colgaban de un lado y la cabeza del otro.

» — ¿No veis nada ? preguntó el ginete :

» Dos miraron por la parte del castillo y otros dos por la de la plaza del Pueblo.

» -- Nada vemos, respondieron.

» Entonces, el caballero se adelantó hasta la orilla del rio, volvió su caballo de manera que la grupa diera sobre el borde de la tierra, y dos hombres tomaron el cadáver, uno por los piés, otro por la cabeza ; lo balancearon y lo lanzaron en medio de la corriente.

» Al sentir el ruido del cuerpo muerto que caía en el agua, el ginete se volvió preguntando :

» — ¿ Estamos listos ?

» — Sí, señor, respondieron los de á pié.

» El caballero se volvió.

» — ¿ Qué es lo que flota en el agua ? preguntó.

» — Señor, respondió uno de sus hombres, es la capa.

» Uno de ellos, cogió piedras y corrió á lo largo del

rio, arrojándolas sobre la capa, hasta que desapareció.

» — Todo va bien, dijo entónces el ginete.

» Y así diciendo dió á los de á pié un bolsillo, sacó su caballo á galope y desapareció. »

El muerto era el duque de Candia ; el ginete, César Borgia. Celoso de su hermana Lucrecia, César acababa de asesinar á su hermano.... Por fortuna, añadió Championnet, ya hemos llegado. La casualidad, vengadora de los reyes y del papado, os guardaba esta historia para la última, y como veis, no es la ménos curiosa.

Y en efecto, el grupo que hemos seguido desde el palacio Corsini hasta la estremidad de Ripetta, desembocaba en la plaza del Pueblo, donde ya estaba formada en batalla la guarnicion de Roma.

Componiase de tres mil hombres; dos tercios franceses y uno polaco.

Al ver al general todos gritaron á una voz :

— ¡ Viva la República !

El general se adelantó hasta el centro de la línea, é hizo seña de que queria hablar.

-- Amigos míos, dijo, me veo obligado á abandonar Roma ; pero aunque me ausente no la abandonaré. El coronel Thiebaut queda en el fuerte de San Angelo con quinientos hombres, y le he dado palabra de volver dentro de veinte dias, ¿ os comprometéis conmigo ?

— Si, si, sí ; gritaron tres mil voces.

— ¿ Palabra de honor ? dijo el general.

— ¡ Palabra de honor ! respondieron todos.

— Ahora, continuó Championnet, escojed vuestros quinientos hombres, dispuestos á sepultarse en las ruinas de San Angelo, ántes que rendirse.

— ¡ Todos, todos ! todos estamos prontos ! gritaron los soldados.

— Sargentos, gritó Championnet, salid de las filas y escojed diez hombres por compañía.

En diez minutos, cuatrocientos ochenta hombres estaban escogidos y formados aparte.

— Amigos, les dijo el general, os voy á confiar las banderas de los dos regimientos ; nosotros volverémos á buscarlas : y mandó á los abanderados que pasaran á las filas de la guarnicion de San Angelo.

Los abanderados obedecieron en medio de los gritos frenéticos de « ¡ Viva Championnet, viva la República ! »

— Coronel Thiebaut, continuó Championnet, jurad y haced jurar á vuestros hombres, que moriréis antes que rendiros.

Todos los brazos se estendieron y todas las voces gritaron.

— ¡ Lo juramos !

Championnet se acercó á su ayudante.

— Abrazadme, Thiebaut, le dijo ; si tuviera un hijo, solo á él daría la gloriosa mision que os confio.

El general y su ayudante se abrazaron, en medio de las aclamaciones y de los vivas de la guarnicion.

Las dos sonaron en la iglesia de Santa María del Pueblo.

— Comandante Riescach, dijo Championnet al jóven mensajero, las cuatro horas han pasado, y aunque lo sienta, ya no tengo el derecho de reteneros.

El comandante miró hácia el lado de Ripetta.

— ¿ Esperais algo ? le preguntó el general.

— General, estoy montado en uno de vuestros caballos.

— Hacedme el honor de aceptarlo, como recuerdo de los cortos momentos que hemos pasado juntos.

— No aceptarlo, general, seria mostrarme ménos cortés que vos. Os doy gracias, desde lo mas profundo de mi alma.

Y así diciendo, se inclinó y llevó la mano al corazón.

— ¿Y qué debo decir al general Mack?

— Lo que habeis visto y oído ; y añadiréis que el día que salí de Paris y me despedí del Directorio, el ciudadano Barras me puso la mano sobre el hombro y me dijo : «Si se declara la guerra, en recompensa de vuestros servicios, seréis el primer general que reciba de la República la misión de destronar un rey.»

— ¿Y qué habeis respondido?....

— «Los deseos de la República se verán satisfechos, contad con mi palabra.» Y como á mi palabra no he faltado nunca, decid al rey Fernando que se asegure bien.

— Se lo diré, señor, respondió el jóven comandante, porque con un jefe como vos y soldados como esos, todo es posible. Y entre tanto, general, dignáos indicarme el camino.

— Sargento Martín, dijo Championnet, tomad cuatro hombres, conducid á Monsieur el comandante Riescach, hasta la puerta de San Juan, y venid á alcanzarnos al camino de la Storta.

Los dos enemigos se saludaron por última vez ; el comandante, guiado por el sargento y escoltado por cuatro dragones, salió al trote por la vía Babuino. El coronel Thiebaut y sus quinientos hombres subieron á San Angelo por Ripetta, y el resto de la guarnición y Championnet, al frente con su Estado mayor, salieron de Roma, al son de cajas y clarines, por la puerta del Pueblo.

## XIV

## FERNANDO EN ROMA.

Como habia previsto Mack , su enviado lo alcanzó un poco mas abajo de Valmontone.

El general no comprendió del todo lo que le refirió el comandante si no que los franceses habian evacuado Roma. Corrió al alojamiento del rey y le anunció que en cuanto oyeron su intimacion los franceses se apresuraron á retirarse, y que por consecuencia él entraria en Roma al dia siguiente, y en una semana estaria en plena posesion de los Estados romanos.

El rey mandó que se hiciese una marcha doble , y aquella misma noche durmió en Valmontone.

Al dia siguiente á medio dia, hicieron alto en Albano. Desde la colina descubrian Roma, y la vista se estendia hasta Ostia; pero fué imposible que entrase el ejército en Roma el mismo dia, por lo cual se convino en que acamparian aquella noche; y que al dia siguiente, á las nueve de la mañana, el rey haria su entrada triunfal por la puerta de San Juan , é iria directamente á San Carlos para oir la misa solemne en accion de gracias.

En efecto, el ejército se puso en marcha á las tres. Mack iba al frente, á caballo y el rey con el duque de Ascoli en un coche, rodeado del Estado mayor particular de S. M.

A las siete hicieron alto á dos leguas de Roma y el rey cenó bajo una magnífica tienda en compañía del duque de Ascoli, del general Mack , del marqués de Malaspina y de los mas favorecidos, de entre la pequeña córte que le habia seguido.

Durante la cena les anunciaron la llegada de una diputacion del pueblo romano.

La diputacion se componia de dos cardenales que no se habian adherido al gobierno republicano, de las autoridades derribadas por este gobierno, y de algunos otros mártires de los que salen siempre al encuentro de las reacciones.

La comision venia á recibir las órdenes del rey para la ceremonia del dia siguiente.

El rey estaba radiante. Él tambien, como César y Pompeyo iba á entrar triunfante en Roma.

No era pues tan dificil la victoria como le pareció al principio.

¡Qué efecto deberia producir la relacion de sus triunfos en Caserta, en el muelle, en el Mercado Viejo y en Marinella, y que estarian orgullosos los lazaronis al saber que su rey habia triunfado!

¡Él habia, pues, vencido, y sin disparar un cañonazo, á aquella terrible república francesa, hasta entónces invencible! Indudablemente el general Mack, que se lo habia anunciado, era un grande hombre.

El rey creyó que la cosa valia la pena de ser anunciada á su esposa. y despues de preparar todo lo necesario para el siguiente dia, y de despedir á los comisionados, la escribió la siguiente carta.

« Querida mia:

» Todo sale á medida de nuestros deseos: en ménos de cinco dias he llegado á las puertas de Roma, donde haré mañana mi entrada triunfal. Todos huyen ánte nuestros ejércitos victoriosos, y mañana por la noche, desde el palacio Farnesio, escribiré al Santo Padre, que puede venir si gusta á celebrar con nosotros la pascua de Navidad.

» ¡Ah! si yo pudiera trasportar aquí mi pesebre y enseñarlo á todo el mundo!

» El mensajero que os envio con estas buenas noticias es mi correo Ferrari. Permitidle en recompensa que coma con el pobre Júpiter, que debe aburrirse mucho sin mí. Respondedme por la misma via, tranquilizándome sobre el estado de vuestra querida salud y la de mis amados hijos, á quienes, gracias á vos y á nuestro ilustre general Mack, espero legar un trono no solo próspero, sino glorioso.

» Las fatigas de la campaña no han sido tan grandes como yo temia. Verdad es que hasta ahora he podido hacer casi todas mis jornadas en coche, y no montar á caballo mas que por mi gusto.

» Solo un punto negro queda aun en el horizonte! el general republicano ha dejado en Roma quinientos hombres en el castillo de San Angelo; ¿con qué objeto? no puedo adivinarlo; pero despues de todo no me preocupa mucho, por que mi ilustre amigo el general Mack me asegura que se rendirán á la primera intimacion. Hasta la vista, querida mia, sea que vengais, para que la fiesta sea completa, á celebrar en Roma la Navidad con nosotros, ó que pacificándose todo y restablecida Su Santidad en su trono, vuelva yo gloriosamente á mis Estados.

» Recibid, querida esposa mia, para compartirlos con mis amados hijos, los abrazos de vuestro tierno esposo y padre :

» FERNANDO. »

P. D. — « Espero que no habrá sucedido nada malo á mis canguros, y que los encontraré tan buenos como los dejé. A propósito, presentad mis mas afectuosos recuerdos á Sir William y á lady Hamilton; en cuanto al héroe del Nilo aun debe estar en Liorna. Donde quiera que esté dadle parte de mis triunfos. »

Muchò tiempo hacia que Fernando no habia escrito una carta tan larga ; su estusiasmo esplica su prolijidad. Leyóla, y quedó satisfecho, aunque sintió no haber pensado en sir William y lady Hamilton, sino despues de hablar de los canguros ; mas no creyó conveniente desperdiciar carta tan bien escrita por tan poca cosa. Cerróla, llamó á Ferrari, quien completamente repuesto de su caida, llegó, segun su costumbre, calzado con las botas de montar, y prometió que la carta estaria en manos de la reina ántes de las cinco de la tarde del dia siguiente.

Despues de esto, el rey jugó su partida de *whist* con el duque de Ascoli, el marqués de Malaspina y el duque de Circello. Ganó Su Magestad mil ducados, se acostó radiante de alegría y soñó que hacia su entrada triunfal, no ya en Roma, sino en Paris, y que, con el manto real llevado por los cinco directores, entraba en las Tullerías, desiertas desde el 10 de agosto, llevando una corona de laurel en la cabeza, como César, y sosteniendo, como Cárlo-Magno, el globo en una mano y la espada en la otra.

El dia vino á disipar las ilusiones de la noche ; pero lo que de ellas quedó bastaba para satisfacer el amor propio de un hombre á quien los deseos de ser conquistador no le entraron hasta la edad de cincuenta años.

No entraba en Paris, pero entraba en Roma.

La entrada fué espléndida ; el rey Fernando, á caballo, vestido con su uniforme de feld-mariscal austriaco lleno de bordados, llevando al cuello y en el pecho todas sus órdenes personales y todas las de su familia, fué recibido en la puerta de San Juan, primero por el antiguo senado que, acompañado de los magistrados del municipio, le presentó de rodillas las llaves de Roma en una bandeja de plata. Al rededor de los senadores y de los magistrados del municipio estaban todos los car-

denales que habian permanecido fieles á Pio VI. Desde allí debia el rey seguir, por una carrera sembrada de flores, hasta la iglesia de San Carlos á oír el *Te Deum*, y despues al palacio Farnesio.

En el momento en que el rey tomaba las llaves de Roma comenzaron los cánticos. Cien jóvenes vestidas de blanco abrian la marcha, sembrando el camino de rosas. Apenas vaciaban sus canastillas, les daban otras llenas de hojas. Detrás de las jóvenes iban los niños de coro, andando de espaldas, mirando al rey y balanceando sus incensarios. La poblacion de Roma y de los alrededores se agolpaba á los lados de esta vistosa procesion.

Una admirable música militar tocaba las piezas mas alegres de Cimarosa, Pergoleso y Paesiello. El rey marchaba solo en el aislamiento emblemático de la magestad soberana. Detrás del rey iba Mack y todo el Estado mayor, seguido de veinte mil infantes y diez mil caballos vestidos de gala, de magnífico aspecto y marchando con admirable marcialidad. Cincuenta piezas de artillería recientemente fundidas cerraban la marcha. El sol de una hermosa mañana de noviembre iluminaba aquel magnifico cortejo.

El clero de San Juan de Letran salió á recibir al rey fuera de la puerta de su famosa iglesia, donde fué recibido é incensado ántes de apearse. Cuando concluyeron los cantos, apeóse el rey y subió á pié la *escala santa*; escalinata sagrada traída de Jerusalem á Roma y que habia pertenecido á la casa de Pilatos. Jesús habia subido por ella al Pretorio con los piés desnudos y ensangrentados, y á los fieles solo les está permitido subirla de rodillas.

Besó el rey el primer escalon ántes de subir, y cuando sus labios lo tocaron, las músicas sonaron de nuevo, y

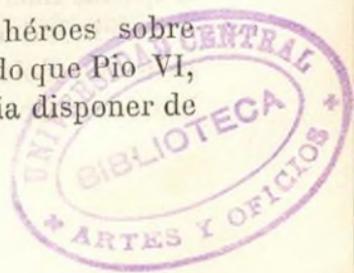
cien mil voces atronaron el aire con una inmensa aclamacion.

Despues de orar de rodillas, se levantó, se persignó, montó á caballo y atravesó la plaza de San Juan, siguió la larga calle de San Juan de Letran, casi toda compuesta de monasterios, y el famoso cuartel de las Carenas hasta llegar á la plaza de Trajano, desde donde, formando un ángulo recto, pasó al Corso y llegó á la iglesia de San Cárlos, donde fué recibido por todo el clero bajo su puerta gigantesca, y oyó el *Te Deum*. Concluido éste, volvió á montar á caballo, y acompañado del mismo cortejo continuó bajando el Corso hasta la plaza del Pueblo, y siguiendo el curso del Tíber en sentido inverso al que tomó Championnet para salir de Roma, entró en la via de la Scroffa, donde está San Luis de los Franceses; atravesó la gran plaza Novona, y en pocos instantes se encontró junto al palacio Braschi, desde donde llegó por el campo de las Flores al palacio Farnesio, objeto de su carrera y término de su entrada triunfal.

Todo el Estado mayor pudo entrar en aquel magnífico patio, obra maestra de los arquitectos mas grandes que han existido, Sangallo, Vignolas y Miguel Angel. Por honor y por defensa, colocaron en la puerta cuatro piezas de artillería, y el rey encontró servida al entrar en el palacio una comida de doscientos cubiertos.

Podria decirse que Roma entera se habia dado cita en la plaza del palacio Farnesio. A pesar de los centinelas, el pueblo invadió el patio, escaleras y antesalas gritando : ¡ Viva el rey ! Tres veces tuvo S. M. que dejar la mesa y asomarse á la ventana para satisfacer el entusiasmo de la gente.

Loco de alegría, creíase rival de los héroes sobre cuyas huellas acababa de pasar, y olvidando que Pío VI, estando en poder de los franceses no podia disponer de



su persona, con la cabeza trastornada por el vino y el corazón rebosando de orgullo, escribió la siguiente carta :

*A Su Santidad el Papa Pio VI, primer vicario de Nuestro Señor Jesucristo.*

« Príncipe de los apóstoles y rey de reyes :

» Vuestra Santidad sabrá, sin duda con la mayor satisfacción, que con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo y bajo la augusta protección del bienaventurado San Genaro, hoy mismo entré con mi ejército, sin resistencia y triunfante, en la capital del mundo cristiano. Los franceses han huido espantados á la vista de la cruz y del brillo de mis armas. Vuestra Santidad puede pues volver á tomar su suprema y paternal omnipotencia, que yo guardaré con mi ejército. Abandonad vuestra modesta residencia de la Cartuja, y sobre las alas de los querubines, como nuestra Santa Virgen de Loreto, venid y descendad en el Vaticano, para purificarlo con vuestra sagrada presencia. Vuestra Santidad podrá celebrar en San Pedro el oficio divino el día del Nacimiento del Salvador. »

Por la noche recorrió el rey en carretela descubierta, en medio de los gritos de ¡ viva el rey Fernando ! ¡ viva el papa Pio VI ! las principales calles de Roma y las plazas de Novona, España y Venecia. Detúvose un momento en el teatro Argentino, donde debían cantar unas coplas hechas en honor suyo, y para ver á Roma iluminada, trepó las mas altas cuestas del monte Pincio.

La ciudad estaba iluminada *à giorno*, de uno á otro extremo. Solo un monumento, sobre el que flotaba la bandera tricolor, semejante á una solemne protesta y á

una amenaza de Francia contra la ocupacion de Roma, se alzaba sombrío entre tantas luces y silencioso entre tantos clamores.

Era el castillo de San Angelo.

Su masa sombría y silenciosa tenia algo de formidable y espantoso. El único grito que de cuarto en cuarto de hora salia de sus muros era el de : ¡ centinela, alerta ! y la única luz que se veia brillar al través de sus troneras era la de la mecha de los artilleros que estaban en pié al lado de los cañones.

## XV

### HABLA EL CASTILLO DE SAN ANGELO.

Al pasar por la plaza del Pueblo, para subir al Pincio, el rey vió una notable parte de la poblacion, compuesta de niños y mujeres, danzar en torno de una hoguera que se elevaba en medio de la plaza : á la vista del principe, los bailarines se detuvieron para gritar : « ¡ Viva el rey Fernando ! ¡ Viva Pio VI. »

El rey se detuvo tambien, preguntó lo que hacian aquellas buenas gentes y qué significaba aquel fuego á que se calentaban.

Respondiéronle que aquel fuego era de una hoguera hecha con el árbol de la Libertad plantado diez y ocho meses ántes por los cónsules de la república romana.

Aquel entusiasmo por los buenos principios conmovió tanto á Fernando, que sacando del bolsillo un puñado de monedas, las arrojó en medio de la muchedumbre gritando :

— ¡ Brabo ! ¡ amigos míos, divertíos !

Las mujeres y los niños se abalanzaron sobre los carlinos, los ducados y columnarios del rey Fernando, resultando de aquí una espantosa pelea en que las mujeres pegaban á los niños, y los niños arañaban á las mujeres; en que hubo, en fin, muchos gritos, muchos llantos y poco daño.

En la plaza Navona vió otra hoguera.

Hizo la misma pregunta y recibió igual contestacion.

El rey echó mano, no ya á su bolsa, sino á la del duque de Ascoli, tomó un segundo puñado de monedas, y como están allí mezclados hombres y mujeres, las echó á los bailarines y á las bailarinas.

Hemos dicho que, además de mujeres y niños, habia hombres; el sexo fuerte se creyó con derechos mas positivos que el débil sobre el dinero, pero los maridos y amantes de las mujeres aporreadas, echaron mano á sus cuchillos, y hubo que llevar al hospital uno de los bailarines.

Repitióse la escena en la plaza de Colonna, solamente que allí concluyó gloriosamente para la moral pública. En el momento en que los cuchillos iban á entrar en danza pasó un ciudadano embozado en su capa y con el chapeo calado; ladróle un perro, y un muchacho gritó: «¡Al jacobino!» Jacobino dijiste. Los combatientes volvieron su saña contra él, y á pesar de sus protestas, el embozado fué arrojado á la hoguera, en la que pereció miserablemente, en medio de los alaridos y befa del populacho.

De repente á uno de los quemadores ocurrióle una idea luminosa. Los árboles de la Libertad que se derribaban y quemaban no habian nacido solos, habian sido plantados, y los plantadores eran mas culpables que los pobres árboles, que tal vez habian tenido que dejarse plantar contra su voluntad; por consiguiente, en lugar

de castigar inocentes, debian buscar á los verdaderos culpables.

¿Quién los habia plantado?

Los dos cónsules de la República romana. Mattei de Balmontone y Zaccalone de Piperno.

Estos dos nombres eran reverenciados y bendecidos por la poblacion, á la cual, como magistrados y verdaderos liberales, habian consagrado su tiempo, su inteligencia y su fortuna; pero en dias de reaccion, el pueblo perdona mas fácilmente á los que le han perseguido que á sus servidores, y con frecuencia sus primeros servidores son sus primeras víctimas. «Las revoluciones, ha dicho Verniaug, son como Saturno, devoran á sus hijos.»

Un hombre á quien Zaccalone habia obligado á enviar su hijo á la escuela, jóven romano, defensor de la libertad individual, propuso que se colgaran de un árbol á los dos cónsules. Aceptóse por aclamacion, y reservando un árbol de la Libertad para que sirviera de horca, ya no les faltó mas que echar mano á los cónsules.

Pensaron en el álamo de la plaza de la Rotonda, que aun no estaba derribado, y como los dos magistrados vivian cerca, consideraron esta proximidad como providencial.

Corrierron á sus casas; pero felizmente los dos magistrados se habian puesto en salvo, apreciando en su justo valor el agradecimiento que debian esperar del pueblo, á cuya emancipacion habian contribuido.

Pero un hojalatero, cuya tienda estaba junto á la casa de Mattei, y á quien este habia prestado cien escudos para impedir que quebrara y un herbolario, á quien Zaccalone enviara su propio médico para asistir á su mujer en una fiebre maligna, declararon que sabian poco mas ó menos donde se habian refugiado los culpables, y se ofrecieron á entregarlos.

La oferta fué recibida con entusiasmo, y para no desperdiciar el tiempo, la multitud empezó á saquear las casas de los dos ausentes y á arrojar los muebles por las ventanas. Entre estos habia en ambas casas un reló de bronce dorado con la siguiente inscripcion, que probaba que ambos procedian del mismo origen :

*A los cónsules de la República romana, los israelitas agradecidos.*

Y en efecto, los dos cónsules habian publicado un decreto por el cual los judíos se declaraban hombres libres y, como los demás, en el pleno ejercicio de los derechos de ciudadanos.

Este descubrimiento hizo pensar á la plebe en los desgraciados judíos, de los que probablemente no se hubieran acordado si ellos no cometieran el error de ser agradecidos.

El grito de ¡ al Ghetto ! ¡ al Ghetto ! resonó, y todos se precipitaron hácia el barrio de los judíos.

Cuando la publicacion del decreto por el cual la república romana les concedia el derecho de ciudadanos, los desgraciados judíos se apresuraron á destruir las barreras que los separaban de la sociedad y esparciéronse por la ciudad, estableciendo tiendas y almacenes ; pero en cuanto se marchó Championnet, viéndose sin protectores, se refugiaron de nuevo en su barrio, á cuya entrada pusieron las verjas que ántes derribaron, no para separarse del mundo, sino para oponer un obstáculo á sus enemigos.

Hubo pues, no resistencia voluntaria á la muchedumbre, sino oposicion material á su invasion.

Entónces, aquella misma turba, siempre fecunda en medios espeditivos é ingeniosos, tuvo la idea de echar

por encima de las barreras del Ghetto hachones encendidos en la hoguera cercana.

Los hachones se sucedieron con rapidez; luego los perfeccionadores — que en todas partes hay — los hicieron mas grandes y los cargaron mas de trementina. Pronto el Ghetto presentó el aspecto de una ciudad bombardeada, y al cabo de media hora, los sitiadores tuvieron la satisfaccion de ver en muchos lugares las llamas de cinco ó seis incendios.

Al cabo de una hora de sitio, el Ghetto estaba todo incendiado.

Entónces abriéronse las puertas por sí mismas, y aquella infortunada poblacion, sorprendida en medio del sueño; hombres, mujeres, niños medio desnudos, lanzando gritos de espanto, precipitóse por las puertas como un torrente que rompe sus diques, y se dispersaron, ó mas bien trataron de dispersarse por la ciudad.

Era allí donde la muchedumbre los aguardaba; cada cual se apoderó de un judío y se divirtió con él cruelmente; agotóse el repertorio de los tormentos con aquellos infelices: unos fueron obligados á andar descalzos sobre ascuas llevando un cerdo en sus brazos; los otros fueron colgados por debajo de los sobacos, entre dos perros colgados tambien por las patas de detrás, y que, rabiosos de dolor y de cólera, los acribillaban á mordiscos; otros, en fin, desnudos hasta la cintura y con un gato atado á la espalda, fueron paseados por la ciudad y azotados con correas como Cristo; solo que las correas caian á un mismo tiempo sobre el hombre y el animal, y con dientes y uñas, el animal despedazaba al hombre; por último, los ménos desdichados fueron arrojados al Tiber y ahogados pura y simplemente.

Estas diversiones duraron no solo toda aquella noche,

sino los dos dias siguientes, y tan variadas fueron, que el rey acabó por preguntar qué eran aquellos hombres á quienes se martirizaba tanto.

Contestáronle que eran judíos que habian tenido la impudencia de considerarse, despues del decreto de la República, hombres como los otros, y que, en consecuencia, habian admitido cristianos en sus casas, comprado propiedades, salido del Ghetto, se habian instalado en la ciudad, habian vendido libros, se habian hecho asistir por médicos católicos y enterrado sus muertos con cirios.

Al rey Fernando le costó trabajo creer tan atroces delitos; pero al cabo presentaron ante sus ojos el decreto de la República, que devolvía á los judíos los derechos de ciudadanos, y tuvo que resignarse á creer.

Preguntó quienes eran los hombres bastante dejados de la mano de Dios para haber dado semejante decreto, y nombráronle los cónsules Mattei y Zaccalone.

— Hé ahí á los hombres que seria menester castigar, mas bien que los que ellos han emancipado, exclamó el rey, con su rudo buen sentido, hasta en sus preocupaciones.

Respondiéronle que ya habian pensado en ello, y que se buscaba á los culpables, que dos ciudadanos se habian comprometido á entregar.

— Está bien, dijo el rey: si los entregan se darán á cada uno cien ducados, y se ahorcará á los cónsules.

Esparcióse la noticia de la generosidad del rey, y dobló el entusiasmo. La multitud se preguntó lo que podría ofrecer á rey tan bueno y que secundaba tan bien sus deseos. Despues de deliberar sobre tan grave asunto resolvieron que, puesto que el rey se encargaba de ahorcar á los cónsules por las manos de un verdugo de profesion y en horcas reales, ellos derribarian el último

árbol de la libertati, cuya conservacion ya no tenia objeto, lo quemarian y llevarian al rey el carbon para que tuviese el gusto de calentarse con carbon revolucionario.

Lleváronle un carro cargado, y él les dió mil ducados.

Parecióle tan buena la idea que mandó dos tizones de los mas grandes á la reina, acompañados de la siguiente carta.

« Mi querida esposa ,

» Ya sabeis mi feliz entrada en Roma, sin que se me presentara el menor obstáculo en la marcha; los franceses se han desvanecido como el humo. Verdad es que han quedado en San Angelo quinientos jacobinos; pero permanecen tan tranquilos, que me parece que solo aspiran á que no se acuerden de ellos.

» Mack sale mañana con 25,000 hombres en busca de los franceses: en el camino se le incorporará el ejército de Micheroux, con lo cual reunirá de treinta á cuarenta mil soldados, y no presentará la batalla al enemigo sino con la seguridad de aplastarlo.

» Aquí estamos en continuas fiestas. ¿Creeríais que esos miserables jacobinos habian emancipado los judíos? Hace tres dias que el pueblo romano los caza en las calles ni mas ni ménos que hago yo con los venados en el bosque de Persano, y con los jabalies en el de Asproni. Pero me prometen algo mejor todavía; parece que están seguros de dar con los dos cónsules de la supuesta república romana. He ofrecido quinientos ducados por la cabeza de cada uno, y creo que será un buen ejemplo el ahorcarlos, y en tal caso se ahorcarán ante el castillo de San Angelo, para ofrecer á la guarnicion, que debe aburrirse, alguna distraccion.

» Os mando para que los queméis la noche buena dos

gordos tizones, á que ha quedado reducido el árbol de la libertad de la plaza de la Rotonda; calentáos bien con ellos, vos y todos los niños, y pensad miétras tanto en vuestro esposo y padre que os ama.

» Mañana publico un edicto para poner un poco de orden entre esos judíos, y encerrarlos en el Ghetto, sometiénolos á una prudente disciplina. Os mandaré copia del edicto en cuanto se publique.

» Anunciad á Nápoles los favores de que me colma la bondad divina: haced cantar un *Te Deum* por nuestro arzobispo Caperezurlo, que sospecho está contaminado de jacobinismo. El *Te Deum* será su castigo. Mandad á Vanni que termine el proceso de ese condenado de Nicolino Caracciolo.

» Os tendré al corriente de los prósperos sucesos de nuestro ilustre general Mack segun los vaya sabiendo.

» Conserváos buena y creed en la eterna y sincera amistad de vuestro discípulo y esposo,

» FERNANDO B. »

« Posdata. — Presentad mis respetos á esas señoras. Aunque un poco ridículas esas buenas princesas no son ménos por eso las augustas hijas del rey Luis XV. Autorizad á Airola á que dé una paguilla á los siete corsos que les han servido de guardias de corps, y que les fueron recomendados por el conde de Narbona, que ha sido, segun creo, uno de los últimos ministros de vuestra querida hermana Maria Antonieta. Esto les gustará y no nos comprometerá en nada. »

En efecto, al siguiente dia Fernando publicaba el edicto sobre los judíos, que era el restablecimiento de la ley abolida por los *supuestos* cónsules del *supuesto* gobierno republicano.

Nuestra conciencia de historiadores verídicos no nos

permite cambiar ni una sílaba á este decreto que es todavía la ley vijente en Roma.

ARTÍCULO PRIMERO. Ningun judío residente en Roma ó en los Estados romanos, podrá alojar ni alimentar á los cristianos, ni recibirlos á su servicio bajo pena de ser castigado segun los decretos pontificios.

ARTÍCULO 2º Todos los israelitas deberán vender en el plazo de tres meses todos sus bienes muebles é inmuebles; si no lo hacen, se venderán en pública subasta.

ARTÍCULO 3º Ningun judío podrá vivir en Roma ni en los Estados pontificios sin autorizacion del gobierno. En caso de contravencion serán encerrados en sus *ghettos* respectivos.

ARTÍCULO 4º Ningun israelita podrá pasar la noche fuera de su *ghetto*.

ARTÍCULO 5º Ningun israelita podrá tener relacion de amistad con ningun cristiano.

ARTÍCULO 6º Los judíos no podrán comerciar en ornamentos sagrados, ni en libros de ninguna clase, bajo pena de cien escudos de multa y siete años de prision.

ARTÍCULO 7º Todo médico católico llamado por un judío empezará por convertirlo, y si el enfermo se niega, lo abandonará. Y el médico que obre de otra manera se espondrá á los rigores del Santo Oficio.

ARTÍCULO 8º Al enterrar sus muertos, los judíos no podrán hacer ninguna ceremonia ni servirse de hachones, bajo pena de confiscacion. »

Al dia siguiente de la promulgación de este decreto, Mack se despidió del rey, dejando cinco mil hombres para guardar á Roma, y salió por la puerta del Pueblo, con objeto de perseguir á Championnet y combatirlo en cualquier parte que se hallase.

En el momento mismo en que su retaguardia se ponía

en marcha, una cabalgata entraba en Roma por el estremo opuesto, es decir, por la puerta de San Juan.

Cuatro gendarmes napolitanos á caballo precedian á dos hombres atados uno á otro por los brazos. Aquellos dos hombres llevaban gorros de algodón blanco y vestian esas hopalandas de color incierto que llevan los enfermos en los hospitales; iban montados sobre dos asnos en pelo, y cada uno era conducido por un hombre del pueblo que, armado de un gran garrote, amenazaba é insultaba á los prisioneros.

Aquellos prisioneros eran los dos cónsules de la república romana, Mattei y Zaccalone, y los dos hombres del pueblo que conducian los asnos eran el hojalatero y el herbolario que habian prometido entregarlos.

Como vemos cumplan su palabra.

Los malaventurados fugitivos, creyendo hallarse en seguridad en un hospital que Mattei habia fundado en Valmonte, su ciudad natal, habianse refugiado en él, y, para mejor ocultarse, se habian vestido el uniforme de los enfermos. Denunciados por un enfermero, que debia su destino á Mattei, habian sido presos y los llevaban á Roma para ser juzgados.

Apénas entraron por la puerta de San Juan fueron reconocidos, y la muchedumbre, con ese instinto fatal que la lleva á destruir lo que ha levantado, y á vilipendiar lo que ha glorificado, empezó por insultar á los presos, por tirarles barro, y luego piedras, gritando: ¡Mueran! y procurando realizar sus amenazas. Preciso fué que los cuatro gendarmes napolitanos dijesen categóricamente á la multitud que los cónsules volvian á Roma para ser ahorcados al dia siguiente, en presencia del rey y ánte el castillo de San Angelo, para mayor vergüenza de la guarnicion francesa, para que no los asesinaran. Esta promesa los tranquilizó; pero conti-

nuaron gritando en torno de los presos y arrojándoles barro y piedras.

Aquellos dos hombres esperaban silenciosos y tristes, pero resignados y tranquilos el trágico fin que les preparaban sus enemigos. Sabían que todo había concluido para ellos y que no podían escapar de las garras del leon popular, sino para caer en las del tigre real.

Inclinaban la cabeza y esperaban.

Un poeta de circunstancias, poetas que nunca faltan, ni en los triunfos ni en las derrotas, había improvisado los cuatro versos siguientes, que distribuyó con profusión y que el populacho cantaba al son de una música improvisada como la poesía.

*Largo ó romano popolo! all'asinino ingresso  
Qual fecero non Cesare, non Scipione istesso.  
Di questo democratico e augusto onore e degno  
Chi rese un dì da console d'impì tiranni il regno.*

Los presos atravesaron de este modo las tres cuartas partes de Roma hasta la cárcel nueva, donde fueron puestos en capilla.

Numerosa turba de gentes se agolpó á la puerta de la cárcel, y hubiera entrado por fuerza, si no la hubieran asegurado que los presos morirían ahorcados al siguiente día.

Las esquinas de la ciudad se llenaron de carteles anunciando la ejecucion para las doce.

Esta promesa hizo pasar una buena noche á los romanos.

A las siete de la mañana levantaban el patíbulo en la plaza del castillo de San Angelo, justamente enfrente de la via Papal.

Aquel era el sitio ordinario de las ejecuciones públi-

cas, y para mayor comodidad de aquellas fúnebres fiestas la casa del verdugo estaba á pocos pasos de distancia.

En 1848 fué destruida la casa del verdugo cuando Roma proclamó la república, república que debía durar ménos que la de 1798.

Al mismo tiempo que los carpinteros de la muerte fabricaban el patíbulo y levantaban las horcas en medio de las chanzonetas del pueblo, que tiene siempre ingenio que gastar en estas ocasiones, adornábase un balcon de ricos brocados, y este trabajo tenia el privilegio de dividir, con el del patíbulo, la atencion de la multitud; en efecto, aquel balcon era el palco desde donde el rey debía asistir á la representacion.

Un inmenso concurso de pueblo llegaba de las dos estremidades opuestas de Roma por la orilla izquierda del Tiber, viniendo de la plaza del Pueblo y del Transtevero, miéntras que, por la gran calle Papal y por todas las callejuelas adyacentes, los otros barrios vomitaban sus poblaciones en la plaza de San Angelo que pronto se halló atestada de tal modo, que hubo que poner una guardia en torno del patíbulo para que los carpinteros pudiesen continuar su trabajo.

Unicamente la orilla derecha estaba desierta; la terrible fortaleza, que es en Roma lo que la Bastilla fué en Paris y San Telmo en Nápoles, aunque silenciosa y en apariencia inhabitada, inspiraba sin embargo bastante terror para que nadie se atreviera á pasar el puente que á ella conduce ni á acercarse á sus murallas. La bandera tricolor que la dominaba parecia decir á aquel populacho, ébrio de sangre: «Cuidado con lo que haces, que la Francia está aquí.»

Mas como no se veía un solo soldado en las murallas, y las ventanas estaban cerradas, se acostumbraron á

aquella amenaza silenciosa, como los niños se acostumbran á la presencia de un leon dormido.

A las once de la mañana salian los condenados de su prision montado cada uno en un asno, con una cuerda al cuello, cuya punta llevaba un criado del verdugo que marchaba delante. El verdugo abria la marcha. Las hermandades de los penitentes, ó de la paz y caridad, los rodeaban, y todo el pueblo los seguia. De esta manera los condujeron á la iglesia de San Juan, y ante la puerta les hicieron echar pié á tierra, y descalzos y de rodillas, pedir perdon.

El rey se dirigió del palacio Farnesio á la plaza de la ejecucion, y pasó por la via Julia en el momento en que los ayudantes del verdugo obligaban á los condenados, tirándoles de las cuerdas, á ponerse de rodillas. En otros tiempos la presencia del rey hubiera bastado para perdonar á los reos, pero todo habia cambiado, en aquel caso, la presencia del rey aseguraba la ejecucion.

La multitud se abrió para dejar pasar al rey, el cual mirando al soslayo y con inquietud al castillo de San Angelo, dejó escapar un gesto de impaciencia al ver la bandera francesa. Apeóse en medio de las aclamaciones del pueblo, apareció en el balcon y saludó á la multitud.

Un momento despues, los gritos del pueblo anunciaron la llegada de los prisioneros. Estos iban precedidos y seguidos de un destacamento de gendarmes napolitanos á caballo, los cuales juntándose á los que ya los esperaban en la plaza, hicieron retroceder al pueblo para dejar campo libre á las operaciones del verdugo y sus ayudantes.

El silencio y la soledad del castillo de San Angelo habian tranquilizado á todo el mundo y ya no se pensaba en él. Algunos romanos, mas valientes que los otros, se

aproximaron al puente solitario é insultaron la fortaleza con los mismos gestos y ademanes con que los napolitanos insultan el Vesubio. Esto hizo reir mucho al rey Fernando, que recordó sus buenos *lazzaroni* del muelle, probándole que los romanos tenían casi tanta chispa como aquellos.

A las doce ménos cinco minutos el fúnebre cortejo desembocó en la plazoleta; los condenados parecian abrumados de cansancio, pero estaban tranquilos y resignados.

Al pié del patíbulo les hicieron apearse, desatóronles la cuerda que llevaban al cuello y fueron á amarrarla en la horca.

Los hermanos de la paz y caridad los rodearon exhortándolos á la muerte y haciéndoles besar un crucifijo.

Al besarlo, dijo Mattei :

— ¡Oh, Cristo! Tú sabes que muero inocente, y como tú, por la salvacion y la libertad de los hombres.

Zaccalone dijo :

— ¡Oh, Cristo! Tú eres testigo de que perdono á este pueblo como tú perdonaste á tus verdugos.

Los espectadores mas inmediatos oyeron estas palabras que fueron escarnecidas.

Despues se oyó una voz que dijo :

— ¡Orad por las almas de los que van á morir!

Era la voz del hermano mayor de la Paz y Caridad.

Todos se arrodillaron y rezaron una Ave María, hasta el rey en su balcon, y el verdugo y sus ayudantes sobre el patíbulo.

Y hubo un momento de silencio solemne y profundo.

Un cañonazo resonó de improviso; el patíbulo cayó derribado por una bala sobre el verdugo y sus ayudantes; la puerta del castillo de San Angelo se abrió y cien granaderos tambor batiente y bayoneta calada, atravesaron á la carrera el puente, y en medio de los gritos de

terror de la multitud y del « sálvese el que pueda » de los gendarmes, de la admiracion y del terror de todos, se apoderaron de los dos condenados y los llevaron al castillo de San Angelo, cuya puerta se cerró tras ellos, antes de que pueblo, verdugos, hermanos, gendarmes y el rey mismo hubiesen vuelto de su estupor.

El castillo no habia dicho mas que una palabra; pero como acaba de verse, la dijo á tiempo y produjo su efecto.

Los romanos se vieron pues obligados á pasarse sin horca aquel dia, y á desquitarse con los judíos.

El rey Fernando, triste y mohino, volvió al palacio Farnesio. Aquel era el primer contratiempo con que tropezaba desde su entrada en campaña, y desgraciadamente para él no debia ser él último.

## XVI

### DONDE REAPARECE NANNO.

La carta dirigida por el rey Fernando á la reina habia producido el efecto que él esperaba. La noticia del triunfo de las armas reales se habia esparcido con la rapidez del rayo desde Mergellina al puente de la Magdalena, y desde la Cartuja de San Martin al muelle. De Nápoles se habia enviado por los medios mas espeditos, á todo el reino; se habian mandado correos á la Calabria y ligeros bajeles á las islas Lipariotas y á Sicilia, y esperando que mensajeros y *corridori* llegasen á sus destinos, se siguieron las instrucciones del vencedor. El ruido de las trescientas campanas de Nápoles lanzadas á vuelo anunciaba los *Te Deum*, y las salvas de la arti-

llería de todos los fuertes entonaban con sus lenguas de bronce alabanzas al Dios de los ejércitos.

El estruendo de campanas y cañones resonaba en todas las casas de Nápoles, y según las opiniones de los habitantes, despertaban en ellos la alegría ó el pesar. En efecto, todos los que pertenecían al partido liberal veían con pena el triunfo de Fernando sobre los franceses, porque no era el triunfo de un pueblo sobre otro pueblo, sino de un principio sobre otro principio. La idea francesa, á los ojos de los liberales de Nápoles, representaba la humanidad, el amor del bien público, el progreso, las luces y la libertad, en tanto que la idea napolitana era para ellos sinónimo de barbarie, egoísmo, inmoralidad, oscurantismo y tiranía.

Estos, sintiéndose moralmente vencidos, se habían encerrado en sus casas, comprendiendo que no había para ellos seguridad si se mostraban en público, al recordar la terrible muerte del duque de la Torre y de su hermano. No solo lloraban por Roma, donde su rey iba á restablecer el poder pontificio, sino por Nápoles, donde el triunfo de Fernando iba á restablecer el despotismo y las ideas retrógradas sobre las ruinas de las ideas revolucionarias.

En cuanto á los absolutistas, y el número era grande en Nápoles, puesto que se componía de todos los que vivían de la corte ó dependían de ella y del pueblo; pescadores, mozos de cordel y *lazzaroni*, todos estaban embriagados de júbilo. Corrían las calles gritando: ¡Viva Fernando VI! ¡Viva Pio VI! ¡Mueran los franceses! ¡Mueran los jacobinos!» Y en medio de ellos, gritando más que los otros, iba fray Pacífico, conduciendo al convento su burro Jacobino, que apenas podía tenerse bajo el peso de sus enormes canastos rebosando de toda clase de comestibles y que rebuznaba con todas sus fuerzas al com-

pás de su amo, quien en sus chocarrerías poco áticas pretendia que su compañero de colecta deploraba la derrota de sus congénéricos los jacobinos.

Estas burlas hacian reir á los lazzaronis, que no eran muy escrupulosos en la eleccion de sus sarcasmos.

Por léjos del centro de la ciudad que estuviera la que fué casa de Palmier, ó mas bien la de la duquesa Fusco, que lindaba con ella, el estruendo de campanas y cañones habia penetrado y hecho estremecerse á Salvato, como se estremece un caballo de batalla al sonido de la trompeta.

Como lo supo el general Championnet, por el último billete anónimo que recibió y que procedia del digno doctor Cirillo, el herido, sin estar completamente curado iba mucho mejor. Empezó por levantarse del lecho, con permiso del doctor, y ayudado por Luisa y su doncella, recostarse en un sillón: despues, apoyándose en el brazo de Luisa, habia dado algunas vueltas por la habitacion, y por último, un dia que en ausencia de su ama, Giovannina se ofreció á ayudarle á dar uno de estos paseos, él la dió gracias y rehusó, paseándose sin la ayuda de nadie. Giovanina no dijo ni una palabra, pero se fué á su cuarto y lloró amargamente. Era claro que Salvato no queria recibir de la criada los cuidados que viniendo de la señora le hacian tan dichoso, y aunque comprendia muy bien que entre su señora y ella no podia haber duda posible para un hombre distinguido, no por eso dejó de sentir uno de esos profundos dolores, sobre los cuales no solo no puede nada la razon sino que los hace mas amargos todavía.

Cuando vió al través de las vidrieras pasar á su ama mas veloz que un ave hácia la alcoba del enfermo, apretó los dientes y lanzó un gemido que parecia una amenaza, y del mismo modo que, con esa inclinacion sensual

de las mujeres meridionales hácia la perfeccion física habia amado al jóven sin quererlo, ahora odiaba á su ama instintivamente y en cierto modo á su pesar.

— ¡Oh! murmuró entre dientes, él se curará algun dia; el dia que esté curado se marchará, y entónces será ella la que padecerá á su turno.

Y gracias á este mal pensamiento, la risa volvió á sus lábios y las lágrimas se secaron en sus ojos.

Cada vez que iba el doctor Cirillo — y sus visitas eran cada vez mas raras, — Giovanina observaba en su rostro la espresion de alegría que le daba la mejoría siempre creciente de la salud del herido, y á cada visita, deseaba y temia á un tiempo que el médico anunciase el término de la convalescencia.

La víspera del dia en que sonaron á un mismo tiempo campanas y cañones, el doctor Cirillo, despues de haber escuchado con aire satisfecho la respiracion de Salvato, despues de haberle golpeado varias veces en el pecho, habia dicho estas palabras, que resonaron en dos corazones, ó mejor dicho en tres:

— Vamos, vamos, en diez ó doce dias, nuestro enfermo podrá montar á caballo é ir á hacer una visita al general Championnet.

Giovanina notó que á estas palabras dos gruesas lágrimas se asomaron á los párpados de Luisa, que tuvo que hacer un grande esfuerzo para contenerlas, y que el jóven se puso muy pálido. En cuanto á ella, sintió mas vivo que nunca el doble sentimiento de alegría y de dolor, que mas de una vez habia experimentado.

Bajo pretexto de acompañar á Cirillo, Luisa salió con él; Giovanina siguiólos con la vista hasta que hubieron desaparecido, y luego fué á la ventana, que era su habitual observatorio. Cinco minutos despues, vió al doctor salir del jardin, y como la jóven no

volvía inmediatamente á la habitacion del herido, dijo para sí :

— ¡ Ah ! ahora llora.

Al cabo de diez minutos, Luisa entró : Giovanina notó que sus ojos estaban enrojecidos, á pesar del agua con que acababa de humedecerlos, y murmuró :

— ¡ Ha llorado !

Salvato no habia llorado ; las lágrimas parecian desconocidas á aquella fisonomía de bronce ; solamente cuando Luisa salió, escondió la cabeza entre sus manos, y permaneció tan inmóvil y probablemente tan indiferente á cuanto le rodeaba como si se hubiese convertido en estatua.

Al entrar Luisa, y aun antes de que hubiese entrado, esto es, al ruido de sus pasos, alzó la cabeza y sonrió ; de suerte que como siempre, lo primero que vió la jóven al entrar en el aposento, fué la sonrisa del hombre á quien amaba.

La sonrisa es el sol del alma, y su menor rayo basta á secar ese rocío del corazon que se llama llanto.

Luisa fué derecha al jóven, le tendió las dos manos y contestando á su sonrisa con otra sonrisa, le dijo :

— ¡ Oh ! ¡ qué dichosa soy sabiendo que estais completamente fuera de peligro !

Al dia siguiente Luisa estaba al lado de Salvato cuando empezó el repique de campanas y las salvas de artillería, á la una de la tarde ; la reina no habia recibido el despacho de su augusto esposo hasta las once de la mañana y habia necesitado dos horas para preparar esta alegre manifestación.

Salvato, al oír aquel doble ruido, estremeciése, segun hemos dicho, púsose de pié con las cejas fruncidas y las narices abiertas como si hubiera olido ya la pólvora, no de los regocijos públicos, sino de los campos de batalla,

y preguntó mirando alternativamente á Luisa y á su doncella :

— ¿Qué es eso ?

Las dos mujeres hicieron al mismo tiempo un gesto análogo, que significaba que ellas no podían responder á la pregunta de Salvato.

— Ve á enterarte, Giovanina, dijo la San Felice, será probablemente alguna fiesta que hemos olvidado.

Giovanina salió.

— ¿Qué fiesta ? preguntó Salvato interrogando á Luisa con la mirada.

— ¿A cómo estamos hoy ? preguntó la jóven.

— ¡ Oh ! dijo Salvato sonriendo, hace mucho tiempo que yo no cuento ya los días.

Y añadió dando un suspiro :

— Voy á empezar hoy.

Luisa alargó la mano hácia un calendario.

— Efectivamente, dijo, hoy es domingo de Adviento.

— ¿Es costumbre en Nápoles, dijo Salvato, tirar cañonazos para celebrar la venida de Nuestro Señor ? Si fuese la Navidad, sería mas probable.

Giovanina entró.

— ¿Y bien ? dijo Luisa.

— Señora, respondió Giovanina, Miguel está ahí.

— ¿Y qué dice ?

— ¡ Oh ! ¡ cosas muy estrañas, señora ! dice... Pero mas vale que la señora lo sepa de su boca, y la señora hará lo que mas le plazca de las noticias de Miguel.

— Vuelvo, amigo mio, dijo la San Felice á Salvato ; voy á ver yo misma lo que dice nuestro loco.

Salvato respondió con una señal de cabeza y una sonrisa, y Luisa salió.

Giovanina aguardaba que el jóven la dirigiera algunas preguntas ; pero este, una vez fuera la San Felice, cerró

los ojos y cayó de nuevo en su inmovilidad y en su mutismo habituales.

Luisa halló aguardándola en el comedor á su hermano de leche, con el rostro radiante de alegría, vestido de gala y el sombrero todo lleno de cintas.

— ¡Victoria! exclamó al ver á Luisa, ¡victoria, hermanita! nuestro gran rey Fernando ha entrado en Roma, el general Mack triunfa en todas partes, los franceses están esterminados, quémanse á los judíos y se ahorca á los jacobinos. ¡*Eviva la Madonnal*... Y bien, ¿qué te pasa?

Esta pregunta era motivada por la palidez de Luisa, á quien faltaban las fuerzas al oír esta noticia y se dejaba caer en un sillón.

En efecto, ella no comprendía mas que una cosa: que los franceses vencedores, Salvato podia permanecer á su lado y aun aguardarlos en Nápoles; pero que, vencidos los franceses, Salvato debia dejarlo todo para ir á participar de los reveses de sus hermanos de armas.

— Te pregunto lo que tienes, dijo Miguel.

— Nada, amigo mio; pero esa noticia tan sorprendente y tan inesperada... ¿Estás seguro de lo que me has dicho, Miguel?

— ¿No oyes las campanas? ¿no oyes los cañonazos?

— Sí, ya oigo.

Y murmuró á media voz:

— ¡Y él tambien, por desgracia!

— Calla, dijo Miguel, si lo dudas, aquí tienes al caballero San Felice que te lo confirmará; él, que es de la córte, debe saber las noticias.

— ¡Mi marido! exclamó Luisa; ¡esta no es la hora en que acostumbra venir!

Y volvió vivamente la cabeza hácia el jardín.

Efectivamente, era el caballero que volvia una hora

ántes que de costumbre. Sin duda alguna, para que ocurriese tal novedad, era necesario que hubiese tenido lugar un grande acontecimiento.

— ¡ Pronto, pronto! Miguel, exclamó Luisa, ve al aposento del herido; pero no le digas ni una palabra de lo que me acabas de decir, y cuida de que Giovanina se calle tambien, ¿comprendes?

— Sí, ya comprendo que esto le apesadumbraría, ¡ pobre jóven! ¿pero y si me interroga sobre las campanas y los cañonazos?

— Le dirás que es con motivo de la fiesta de Adviento. Anda.

Miguel desapareció en el corredor, cuyas puertas volvió á cerrar Luisa trás él. Ya era tiempo: la cabeza del caballero aparecia en aquel momento por lo alto de la escalinata.

Salióle Luisa al encuentro con la sonrisa en los labios, pero palpitante el corazon.

— ¡ Ah! ¡ á fé mia! dijo entrando, hé aquí una noticia que yo estaba léjos de esperar; ¡ héroe el rey Fernando! Juzgad ahora por las apariencias. ¡ Los franceses en retirada! ¡ Abandonada Roma por el general Championnet! y, por desgracia, muertes, ejecuciones, como si la victoria no pudiera conservarse pura. No es así como la comprendian los griegos; llamábanla *Nicé*; hacianla hija de la Fuerza y del Valor, poníanla al lado de *Témis* y detrás de *Júpiter*. Verdad es que los romanos no le daban una balanza por atributo, á ménos que no fuese para pesar el oro de los vencidos. *Væ victis!* decian ellos, y yo digo: *Væ victoribus!* siempre que los vencedores unian la horea á los trofeos de sus armas. Mal conquistador hubiera sido yo, pobre Luisa, y prefiero entrar en mi casa, donde todo me sonrie, que en una ciudad que llora.

— ¿Pero es verdad lo que han dicho, amigo mio? preguntó Luisa no atreviéndose á creerlo.

— Es noticia oficial, querida Luisa. La sé de boca de Su Alteza el duque de Calabria, y me ha mandado venir á vestirme para asistir á un gran banquete que da con tan fausto motivo.

— ¿Y vais á ir? exclamó la San Felice con mas celo del que hubiera querido.

— ¡Ah! Dios mio, exclamó el caballero, estoy obligado á asistir á una comida de sabios, donde nos ocuparemos de hacer inscripciones latinas y de buscar alegorías para la vuelta del rey. Le harán fiestas magnificas, hija mia, á las que te será bien difícil, y sea dicho de paso, no asistir. Cuando el príncipe fué á anunciarme esta noticia á la biblioteca, estaba tan léjos de esperarla, que por poco no caigo de la escalera, lo que hubiera sido poco político, porque hubiera probado que dudaba del genio militar de su padre. En fin, héme aquí, pobre amiga mia; tan turbado, que ni siquiera sé si cerré detrás de mí la puerta del jardin. Me ayudarás á vestirme, ¿no es verdad? Dame todo lo que se necesita para vestirme dignamente en esta ocasion... ¡Comidas académicas! ¡Cómo voy á aburrirme con todos esos deletreadores de griego y masticadores de latin! Volveré tan pronto como pueda; pero no será ántes de las diez ó las once de la noche. ¡Dios mio! ¡qué bestia voy á parecerles, y ellos á mí, qué pedantes? Vamos ven, Luisita mia, son las dos y la comida es á las tres. ¡Mas qué estás mirando?

Y el caballero hizo un movimiento para descubrir lo que atraia las miradas de su mujer por el lado del jardin.

— Nada, amigo mio, dijo Luisa empujándolo hácia su alcoba, tienes razon, si no te apresuras, no llegarás á tiempo.



Lo que atraía las miradas de Luisa era la puerta del jardín que su marido no había cerrado, y que se abría lentamente dando paso á la bruja Nanno, á quien nadie había visto despues que dejó la casa, cuando prestó los primeros socorros al herido, pasando la noche junto á él. Adelantóse con su paso sibilítico, subió los escalones que precedían á la puerta y apareció en la del comedor, y como si hubiera sabido que solo encontraria á Luisa, entró sin vacilar, atravesó la estancia sin ruido y sin detenerse á hablar á Luisa, que la miraba pálida y temblando, como si fuera un fantasma, desapareció por el corredor que conducía á la alcoba de Salvato, poniendo un dedo en sus labios en señal de silencio.

Luisa enjugó con su pañuelo el sudor que inundaba su frente, y para librarse con mas seguridad de aquella aparicion que miraba como fantástica, se arrojó al aposentode su marido y cerró la puerta tras ella.

## XVII

### AQUILES EN CASA DE DEIDAMIA.

No había sido difícil para Miguel seguir las instrucciones que le había dado Luisa; pues el jóven oficial, despues de haberle hecho una señal amistosa con la cabeza, no le había dirigido la palabra.

Miguel y Giovanina se habían retirado junto á una ventana y hablaban con mucha animacion, aunque en voz baja. El lazzaroni acababa de explicar á Giovanina los sucesos que apénas había tenido tiempo de indicarle, y ella comprendía instintivamente que debían ejercer grande influencia en la suerte de Salvato y de Luisa y por consiguiente en la suya.

En cuanto á Salvato, aunque no podia conocer los pormenores del suceso, veía claramente por la alegría que reinaba en Nápoles que algo malo habia pasado á los franceses; pero le parecia que su Luisa queria ocultarle algo, y no era delicado que él preguntase á sus criados lo que ella no queria decirle; si habia en ello un secreto él procuraria saberlo de boca de la que amaba.

Mientras Nina y Miguel hablaban, y pensaba el enfermo, la puerta se abrió; mas como Salvato no reconociera los pasos de la San Felice, no abrió los ojos para ver quién era.

El lazzaroni y la doncella que no tenian los motivos de Salvato para absorberse en sus propios pensamientos, volviéronse hácia la puerta y lanzaron un grito de sorpresa.

Era Nanno quien habia entrado.

Salvato se volvió al oír el doble grito, y reconociendo á la bruja, á pesar del estado de desvanecimiento en que se hallaba, la alargó la mano.

— Buenos dias, madre, la dijo, te agradezco que vengas á verme; temia tenerme que marchar de Nápoles sin darte gracias.

Nanno meneó la cabeza.

— No es á un enfermo á quien vengo á ver, respondió la bruja, no es él quien tiene necesidad de mi ciencia, y tampoco son las gracias lo que vengo á buscar, porque no habiendo hecho mas que cumplir con el deber de buena montañesa, que conoce las virtudes de las plantas, no tengo por qué recibir gracias. Vengo á decir al enfermo, cuya herida está ya cerrada: escucha una relacion de los antiguos tiempos, que desde hace tres mil años las madres repiten á sus hijos, temiendo que se adormezcan en un cobarde reposo, cuando la patria está en peligro.

Las miradas del jóven brillaron, presintiendo que el

pensamiento de aquella mujer estaba en comunicacion con el suyo.

La bruja apoyó la mano izquierda en el respaldo del sillón de Salvato, cubrió con la derecha la mitad de su frente y de sus ojos, y pareció como que buscaba en el fondo de su memoria alguna leyenda tiempo hacia olvidada.

Miguel y Giovanina, ignorando lo que iban á escuchar, miraban á Nanno con admiracion, casi con miedo, Salvato la devoraba con los ojos, porque, como ya hemos dicho, adivinaba que las palabras que iban á salir de su boca, iluminarian con un relámpago la oscuridad en que habian sumergido sus ideas el eco de las campanas y de las salvas de artilleria.

Nanno se echó atrás el manto, y con entonacion lenta y acompasada, que no era canto ni recitado, comenzó la siguiente leyenda :

—

» Hé aquí lo que las águilas de Troya han contado á los buitres de Albania :

» Cuando la vida de los dioses se mezclaba con la de los hombres, hubo una union entre una diosa de la mar llamada Tétis y un rey de Tesalia llamado Peleo.

—

» Neptuno y Júpiter habian querido tomarla por esposa ; pero al saber que naceria de ella un hijo mas grande que su padre, cediéronla al hijo de Eage.

—

» Tétis tuvo de su esposo muchos hijos, y los arrojaba al fuego en cuanto nacian, para probar si eran mortales ; todos perecieron uno tras otro.

—

» Por último tuvo uno á quien llamaron Aquiles ; su

madre iba ya á arrojarlo al fuego como los otros, cuando Peleo se lo arrebató de las manos y obtuvo de ella, que en lugar de matarlo, lo bañara en la Estigia, lo cual, si no le hacia inmortal, lo haria invulnerable.

---

» Tétis obtuvo de Pluton que la permitiese bajar una sola vez á los infiernos para bañar su hijo en la laguna Estigia : arrodillóse á la orilla , cojió á su hijo por un pié y lo metió en el agua.

---

» De manera que el niño fué invulnerable de todas las partes de su cuerpo, ménos del talon por donde su madre lo habia tenido suspenso ; y esto fué causa de que consultara al oráculo.

---

» El oráculo le respondió que su hijo adquiriria gloria inmortal en el sitio de una gran ciudad ; pero que en medio de su triunfo encontraria la muerte.

---

» Entónces, bajo el nombre de Pirra, su madre le condujo á la córte del rey de Ciro, y con vestidos de mujer, lo mezcló entre las hijas del rey. El niño llegó á cumplir quince años sin saber que era hombre.... »

Pero cuando la albanesa llegó á este punto de su reacion el jóven oficial la interrumpió diciendo :

— Ya sé tu historia, Nanno ; me haces el honor de compararme con Aquiles y de comparar á Luisa con Deidamia ; pero puedes estar tranquila ; no tendrás necesidad, como Ulises , de enseñarme una espada para recordarme que soy hombre. Se están batiendo, ¿ no es verdad ? continuó el jóven con la mirada encendida ; y esas salvas de artillería anuncian alguna victoria de los

napolitanos sobre los franceses : ¿Dónde se baten?

— Las campanas y los cañones anuncian que el rey Fernando ha entrado en Roma y que los degüellos han comenzado.

— Gracias, dijo Salvato tomándole la mano; pero, ¿qué interés tienes en darme esa noticia, tú, calabresa, vasalla del rey Fernando?

Nanno se enderezó á toda su altura y dijo :

— Yo no soy calabresa, soy hija de la Albania, y los albaneses han abandonado su patria por no ser vasallos de nadie, y ni obedecen ni obedecerán nunca mas que á los descendientes del gran Scanderbeg. Todo pueblo que se levanta en nombre de la libertad es su hermano, y Nanno reza la *panagria* por los franceses que vienen en nombre de la libertad.

— Está bien, respondió Salvato, cuya resolucion estaba ya tomada.

Despues, dirigiéndose á Miguel y á Nina, que silenciosos miraban la escena, añadió :

— ¿Sabia Luisa esas noticias cuando le pregunté la causa de la salva y del repique de campanas?

— No, respondió Giovanina:

— Soy yo quien se las ha anunciado, añadió Miguel.

— ¿Y qué hace, por qué no está aqui? preguntó el jóven.

— A causa de todos esos sucesos, el caballero ha vuelto mas pronto que de costumbre, y sin duda mi hermana no puede dejarlo.

— Tanto mejor, dijo Salvato, así tendremos tiempo para prepararlo todo.

— ¡Dios mio, señor Salvato! exclamó Giovanina, ¿pensais dejarnos?

— Esta noche, Nina.

— ¿Y vuestra herida?

— ¿No ha dicho Nanno que está cicatrizada?

— Pero el doctor ha dicho que no lo estaria completamente hasta dentro de diez dias.

— El doctor lo dijo ayer, pero no lo diria hoy.

Y volviéndose hácia el jóven lazzaroni, añadió :

— Amigo Miguel, estás dispuesto á servirme, ¿no es verdad?

— ¡ Ah ! bien sabeis que amo cuanto ama Luisa.

Giovanina se estremeció.

— ¿ Crees pues que me ama ? dijo con viveza Salvato saliendo de su habitual reserva.

— Preguntádselo á Giovanina, respondió el lazzaroni.

Salvato se volvió hácia la jóven, pero esta no le dió tiempo para interrogarla :

— Los secretos de mi ama, dijo palideciendo, no son los míos ; y además, la señora me llama.

En efecto, el nombre de Nina resonaba en el corredor.

Nina salió apresuradamente.

Salvato la siguió con la vista experimentando una sorpresa llena de inquietud ; mas como si no fuese aquel el momento mas apropósito para detenerse en las sospechas que cruzaban por su mente :

— Ven aquí, Miguel, dijo ; en esta bolsa hay cien luises ; necesito para esta noche á las nueve un caballo del país, de los que pueden hacer jornadas de veinte leguas.

— Lo tendreis, señor Salvato.

— Un traje de aldeano.

— Tambien lo tendreis.

— Y á fé mia, Miguel, añadió el jóven riendo, tambien necesito el mejor sable que puedas encontrar. Escójele á tu gusto y para tu mano, porque será tu sable de coronel.

— ¡Ah! señor Salvato, exclamó Miguel radiante de gozo, ¿os acordais de vuestra promesa?

— Son las tres, y no tenemos tiempo que perder. A las nueve estarás con el caballo en la callejuela que hay á espaldas de la casa, al pié de la ventana.

— Convenido, dijo el lazzaroni.

Acercóse despues á Nanno :

— Dime, Nanno, continuó Miguel, puesto que te quedas sola con él, ¿no podrias arreglar las cosas de manera que conjurases el peligro que amenaza á mi pobre hermana?

— A eso vengo, respondió Nanno.

— Entónces eres una buena mujer, á fé mia. En cuanto á mí, continuó el lazzaroni con cierta melancolía, ya sabes, Nanno, que si es absolutamente necesario para que mi hermana sea feliz hacer la parte del diablo, deja el cabo de mi cuerda en manos de nostramo Donato, y no te ocupes mas que de ella. De Posilipo al puente de la Magdalena hay tantos Migueles, que no se sabe qué hacer con ellos; y locos, para vender y revender, y eso sin contar los de Aversa. Pero en todo el universo no hay mas que una Luisa San Felice. — Señor Salvato, vuestra comision se hará, y bien hecha, estad tranquilo.

Y así diciendo se marchó.

El jóven quedó solo con Nanno.

— Nanno, dijo, muchas veces he oido hablar de los sombríos vaticinios que has hecho á Luisa. ¿Qué hay de verdad en todo esto?

— Jóven, ya sabes que los decretos del cielo nunca se anuncian tan claros que podamos sustraernos á ellos; pero la prediccion de los astros, confirmada por las líneas de la mano, amenazan á la que amas con una muerte sangrienta, y me ha sido revelado terminantemente que el amor que siente por tí causará su muerte.

— ¿Su amor por mí ó mi amor por ella? preguntó Salvato.

— Su amor por tí; y por esto, las leyes del honor, como francés, y las de la humanidad, como amante, te mandan dejarla para no volverla á ver. Separaos para siempre, y acaso esta separacion conjurará la suerte.

Y Nanno, echándose el capuchon sobre el rostro, sin hacer caso de las preguntas ni de las súplicas del jóven, se dirigió á la puerta donde encontró á Luisa que la preguntó:

— ¿Te vas, Nanno?

— ¿Y por qué no, si mi mision está cumplida?

— ¿Y no puedo saber á qué has venido? preguntó Luisa.

— Aquel te lo dirá, replicó Nanno señalándole al jóven con el dedo.

Y se alejó con el mismo paso silencioso y grave con que habia entrado.

Luisa, como fascinada por una vision fantástica, la siguió con la vista, hasta que desapareció por la puerta del jardin, que cerró tras ella.

Quedó Luisa inmóvil, con la vista fija en la puerta por donde habia desaparecido la bruja. Hubiérase dicho que como la ninfa Dafne, tenia los piés pegados á la tierra.

— Luisa, murmuró Salvato con su mas dulce voz.

Estremecióse la jóven. El encanto habia desaparecido. Volvióse hácia el que la llamaba, y al ver sus ojos brillando con un fuego que no era el de la fiebre ni el del amor, ni el del entusiasmo, esclamó:

— ¡Ah! ¡desgraciada de mí, todo lo sabeis!

— Sí, querida Luisa.

— ¡Para eso ha venido Nanno!

— Sí, para eso.

— Y.... — la jóven hizo un esfuerzo. — ¿Cuándo os marchais?

— Habia resuelto irme esta noche á las nueve ; pero no os habia visto todavía.....

— ¿Y ahora que me habeis visto?

— Cuando vos querais.

— Sois bueno y dulce como un niño, Salvato ; ¡ vos el terrible guerrero ! Partireis esta noche, á la hora que habeis resuelto.

Salvato la miró sorprendido.

— ¿Habeis podido creer, continuó la jóven, que os querria tan mal y que me tendria en tan poco, que pudiera aconsejaros nada contrario á vuestro honor? Vuestra marcha me arrancará muchas lágrimas, Salvato, y seré desgraciada cuando no pueda veros ; porque esta alma desconocida que habeis infundido en mí, os la llevaréis, y Dios solo puede saber la tristeza y la soledad que reinarán en mi corazon.... ¡ Oh, pobre alcoba desierta ! exclamó mirando en torno suyo, miéntras dos gruesas lágrimas corrian por sus mejillas, sin alterar la profunda suavidad de su voz, ¡ cuántas veces vendré durante la noche á buscar los sueños en vez de la realidad ! Todos estos objetos comunes me serán queridos y los poetizará vuestra ausencia. Este lecho en que habeis sufrido, este sillón en que he velado junto á vos, este vaso en que habeis bebido, esa mesa en que os habeis apoyado, esa cortina que apartábais para que llegase hasta vos un rayo de sol, todo me hablará de vos, amigo mio, en tanto que á vos nada os hablará de mí.

— Excepto mi corazon, Luisa, en que está grabada vuestra imágen.

— Si eso es así, Salvato, sois ménos desgraciado que yo, pues continuaréis viéndome ; vos sabeis las horas de que puedo disponer, y que os consagraba ; vereisme entrar en esta alcoba y salir á las mismas horas en que entraba y salia cuando estábais vos. Ni un solo dia, ni un

solo instante de los que hemos pasado en esta alcoba, se borrar  de vuestra memoria, en tanto que yo,  d nde os buscar ? En los campos de batalla, en medio del fuego y del humo, entre los heridos y los muertos...  Oh! escribidme, escribidme, Salvato, añadió la jóven exhalandos un grito de dolor.

—  Podr  hacerlo? preguntó el jóven.

—  Qui n os lo impedirá?

—  Y si se estrav a una de mis cartas y la encuentran?

— Seria en efecto una gran desgracia, respondió Luisa, pero no para mí, sino para él.

—  Para él!  qui n? No os comprendo.

— No me comprendeis, ni podeis comprenderme, porque ignorais el  ngel que tengo por marido. El seria desgraciado si no me creyera feliz.  Oh! estad tranquilo, yo velará por su felicidad.

—  Y si yo escribiera   otra dirección,   la duquesa Fusco,     Nina?

— Es inútil, amigo mio; y luego eso seria un engaño:   y porqué engaar, cuando no hay necesidad absoluta de hacerlo? No, me escribir is: «A Luisa San Felice, en Margellina, casa del Palmier.»

—  Pero y si una de mis cartas cae en poder de vuestro marido?

— Si está cerrada, me la dar  sin abrirla, y si está abierta, me la dar  sin leerla.

—  Pero y si la leyese? dijo Salvato admirado de aquella obstinada confianza.

—  Me dir ais acaso en esas cartas otra cosa que lo que diria un tierno hermano   una hermana querida?

— Yo os dir  que os amo.

— Si no me dec is mas que eso, Salvato, os compadecer  y me compadecer    mí misma.

— Entónces, si ese hombre es tal como decís, es mas que un hombre.

— Pero habeis de pensar, amigo mio, que es un padre mas bien que un esposo. Desde la edad de cinco años, he crecido á su vista, y si me veis compasiva, instruida é inteligente, es porque él es compasivo, inteligente é instruido, pues inteligencia, benevolencia é instruccion todo se lo debo á él. Vos sois muy bueno, ¿no es verdad, Salvato? sois grande y generoso; yo os veo y os juzgo con los ojos de la mujer que ama. Pues bien, él es mejor, mas grande, mas generoso que vos, y Dios quiera que no tenga la ocasion de probároslo algun dia.

— ¡ Pero voy á tener celos de ese hombre, Luisa !

— ¡ Oh ! tenedlos en buen hora, amigo mio, si un amante puede tener celos del cariño de una hija por su padre. Os amo, Salvato, y os amo profundamente, puesto que en la hora de separarnos os lo digo yo misma y sin que vos me lo preguntéis; pues bien, si os viese á ambos corriendo un peligro igual, real, supremo, y que mi ayuda no pudiese salvar mas que á uno de vosotros dos, seria á él á quien salvaria, para ir á morir luego con vos.

— ¡ Ah, Luisa, cuán dichoso es el caballero de verse amado de esa manera !

— Y sin embargo, vos no aceptariais ese amor, Salvato, pues es el que se tiene á los séres inmateriales y superiores, pues ese amor no ha podido impedir el que yo os he dado : á él le quiero mejor que á vos, pero á vos os quiero mas que á él; aquí teneis explicado el hecho.

Y diciendo estas palabras, como si Luisa hubiera agotado todas sus fuerzas en la lucha de los dos afectos que dominaban uno su alma y otro su corazon, dejóse

caer en una silla, echó atrás la cabeza, juntó las manos, y con los ojos fijos en el cielo y la sonrisa de los bienaventurados en los labios, murmuró algunas palabras ininteligibles.

— ¿Qué haceis ? preguntó Salvato.

— Orar, respondió Luisa.

— ¿ A quién ?

— A mi ángel custodio... Arrodilláos , Salvato, y rezad conmigo.

— ¡ Estraño, muy estraño ! murmuró el jóven vencido por una fuerza superior.

Y arrodillóse.

Al cabo de algunos instantes , Luisa bajó la cabeza, Salvato levantó la suya y ambos se miraron con profunda tristeza , pero con una serenidad suprema en el corazon.

Pasaron las horas.

Las horas tristes corren con la misma rapidez, y algunas con mas rapidez que las horas felices. Ninguno de los dos amantes se prometió nada para el porvenir ; solo hablaron del pasado. Nina entró y salió ; pero ellos ni siquiera la vieron ; vivian en una especie de mundo desconocido, suspendidos entre el cielo y la tierra. Solamente á cada hora que sonaba el reló, estremecianse y exhalaban un suspiro.

A las ocho entró Nina.

— Hé aquí lo que Miguel envia, dijo.

Y puso á los piés de los dos jóvenes un paquete envuelto en una servilleta.

Era el vestido de aldeano comprado por Miguel.

Las dos mujeres salieron.

En pocos minutos Salvato se encontró vestido con el traje en que debia huir. Abrió la puerta, y al verlo, Luisa dió un grito de sorpresa. Estaba mas hermoso y

elegante todavía, si es posible, vestido de montañés que de caballero.

La última hora trascurrió como si los minutos se hubieran cambiado en segundos.

Dieron las nueve.

Luisa y Salvato contaron, uno tras de otro, los nueve golpes pavorosos del timbre, aunque sabían que eran las nueve las que daban.

Salvato miró á Luisa, que fué la primera en levantarse.

Nina entró.

La jóven estaba horriblemente pálida, tenía fruncidas las cejas, y sus labios entreabiertos dejaban ver sus dientes blancos y agudos, tan cerrados, que su voz podía apenas pasar por ellos.

— Miguel espera, dijo.

— ¡Vamos! dijo Luisa tendiendo la mano á Salvato.

— Sois noble y grande, Luisa, dijo este.

Levantóse, y á pesar de toda su energía, vaciló.

— Apoyáos en mí una vez mas, ¡ay! que será la última.

Entrando en la habitacion que daba á la callejuela, oyeron relinchar un caballo.

Miguel estaba en su puesto.

— Abre la ventana, Giovanina, dijo Luisa.

Giovanina obedeció.

Un poco mas abajo del alfeizar de la ventana, descubrieron en la oscuridad un hombre y un caballo.

La ventana se abria hasta el suelo y daba á un balconcillo.

Los dos jóvenes se acercaron. Nina, que habia abierto la ventana, los dejó pasar, y quedó tras ellos como una sombra.

Los dos amantes lloraron en la oscuridad; pero en si-

lencio, sin sollozos, por no afligirse recíprocamente.

Nina no lloraba; sus ojos estaban secos y ardientes, y la respiración silbaba en su pecho.

— Luisa, dijo Salvato con voz entrecortada; he envuelto en un papel una cadena de oro para Nina, que le daréis de mi parte.

Luisa respondió que sí con un movimiento de cabeza y un apretón de manos, pero sin hablar.

Después Salvato dijo al joven lazzaroni:

— ¡Gracias, Miguel! Mientras viva en mi corazón el recuerdo de este ángel, — y pasó su brazo alrededor del cuello de la San Felice — es decir, en tanto que mi corazón palpita, cada uno de sus movimientos me recordará los buenos amigos entre cuyas manos la dejo y á quienes la confío.

Por un movimiento convulsivo, Giovanina cojió la mano del joven, besóla y casi la mordió.

Salvato sorprendido, volvió la cabeza, pero ella ya se había echado atrás.

— Señor Salvato, dijo Miguel, tengo que daros cuenta del dinero que me habeis entregado.

— Dáselo á tu anciana madre, Miguel, y dile que ruegue á Dios y á la Madona por Luisa y por mí.

— ¡Ah, bueno! dijo Miguel, ahora lloro yo....

— ¡Hasta la vista, amigo mio! dijo Luisa. ¡Que el Señor y todos los ángeles del cielo os guarden!

— ¿Hasta la vista? murmuró Salvato. ¡Ah! ¿no sabeis pues que corremos peligro de muerte si volvemos á vernos?

Luisa no le dejó apenas concluir.

— ¡Silencio, silencio! dijo, dejemos en manos de Dios las cosas por venir; pero suceda lo que quiera, no me separaré de vos con un adios eterno.

— ¡Sea! dijo Salvato saltando por el balcón al ca-

ballo, y sin apartar sus brazos del cuello de Luisa, que se inclinó hácia él con la suavidad de un junco :. ¡ Y bien, sea, adorada de mi corazón ! ¡ Hasta la vista !

Y la última palabra, símbolo de la esperanza, se perdió entre sus lábios en un primer beso.

Salvato dió un grito de alegría y de dolor al mismo tiempo, y espoleó al caballo que saliendo al galope lo arrancó de los brazos de Luisa y se perdió en la oscuridad.

— ¡ Oh ! sí, murmuró la jóven, ¡ volverte á ver y morir !

## XVIII

### LA BATALLA.

Hemos visto á Championnet retirarse de Roma haciendo á Thiebaut y á sus quinientos compañeros el solemne juramento de volver á libertarlos antes de veinte dias.

En cuarenta y ocho horas se encontró en Civita Castellana.

Su primer cuidado fué visitar la ciudad y sus alrededores.

Puso en estado de defensa la ciudadela construida por Alejandro VII, que servia de cárcel, y colocó en posicion conveniente los diferentes cuerpos de su pequeño ejército.

Colocó á Macdonald, con siete mil hombres, en Borghetto, mandándole sacar el mejor partido posible para defenderse, de la casa de postas y de algunas casuchas que la rodean, apoyándose en Civita Castellana, que formaba el ala derecha del ejército francés. Envió al

general Lemoine con quinientos hombres á los desfiladeros de Terni, colocados á su izquierda, diciéndoles, como Leonidas á los espartanos :

« ¡ Morid matando ! »

Casabianca y Ruscaux recibieron la misma orden para los desfiladeros de Ascoli, formando la extrema izquierda. Mientras Lemoine, Casabianca y Ruscaux pudieran sostenerse, Championnet no temia ser envuelto, y mientras solo fuera atacado de frente, esperaba resistir. Y por último, envió dos correos al general Pignatelli, que organizaba la legion romana entre Civitta Ducale y Marano, con orden de ponerse en marcha en cuanto su gente estuviera dispuesta, y de reunirse al general polaco Kniasewitch, que tenia á sus órdenes el segundo y tercer batallon de la media brigada n° 30 de linea, dos escuadrones del 16° de dragones, una compañía del 19° de cazadores á caballo y tres piezas de artillería, y de marchar con él al fuego en cualquiera direccion en que lo oyeran.

El general de brigada Lahure recibió además la orden de tomar posicion en Regnano, delante de Civita Castellana, con la media brigada núm. 15, y el general Mauricio Mathieu marchó sobre Vignanello, para cortar á los napolitanos la posicion de Orte é impedirles pasar el Tiber.

Al mismo tiempo envió dos correos por el camino de Spoletar y de Foligno para acelerar la llegada de los tres mil hombres de refuerzo prometidos por Jouvvert.

Una vez tomadas estas disposiciones, esperó á pié firme al enemigo, cuyos movimientos podia observar desde lo alto de su posicion de Civita Castellana, donde se habia quedado con una reserva de mil hombres, para dirigirse con ella á donde fuese necesario.

Afortunadamente, en lugar de perseguir sin descanso á Championnet, con su numerosa y magnífica caballería, Mack perdió tres dias en Roma y otros tantos en reunir sus cuarenta mil hombres para marchar sobre Civita Castellana.

Mack dividió su ejército en cinco columnas y se puso en marcha.

Segun los estrategistas, Mack debió hacer lo siguiente :

Llamar por Perugia la division del general Naselli, conducida y escoltada á Liorna por Nelson, llevar las principales fuerzas de su ejército á la izquierda del Tiber y acampar en Terni, y por último, atacar con fuerzas seis veces mayores las de Macdonald, quien, cojido entre los ocho mil hombres de Naselli y treinta ó treinta y cinco mil que Mack debia llevar á sus inmediatas órdenes, no hubiera podido resistir. Por el contrario, diseminó sus fuerzas dividiéndolas en cinco columnas y dejó libre el camino de Perugia.

Verdad es que las poblaciones inmediatas, escitadas por las proclamas del rey, se habian sublevado y que por todos partes estaban prontas á secundar los movimientos de Mack.

Este se adelantó precedido de una proclama ridicula, á fuerza de ser bárbara. Championnet habia dejado en los hospitales de Roma trescientos enfermos recomendándolos al honor y á la humanidad del general enemigo ; pero advertido Mack por el rey de la manera con que la guarnicion de San Angelo habia salvado la vida á los dos cónsules, redactó un manifiesto en el cual declaraba á Championnet que si se atrevia á defenderse, la vida de los trescientos enfermos dejados en Roma responderia de los soldados que perdiera en el combate, entregándolos á la *justa indignacion* del pueblo romano,

lo que equivalia á decir que serian descuartizados por el populacho trasteverino.

La vispera de la aparicion de los napolitanos ante las avanzadas francesas, esta proclama llegó á manos de Macdonald.

Aquella alma leal se exasperó al leerla. Tomó la pluma y escribió al general Mack :

« Señor general,

« He recibido el manifiesto ; ¡ tened cuidado ! los republicanos no son asesinos ; pero os declaro que la muerte violenta de un solo enfermo de los hospitales romanos será la condenacion á muerte de todo el ejército napolitano, y mandaré á mis soldados que no den cuartel.

« En una hora, será conocida vuestra proclama de todo el ejército, y vuestras amenazas producirán una excitacion y un horror que solo podrá sobrepujar el desprecio que inspira el que las hace.

« MACDONALD. »

Macdonald distribuyó una docena de aquellas proclamas é hizo que los jefes las leyeran á sus soldados, y él corrió á galope á Civita Castellana para comunicarla á Championnet y pedirle instrucciones.

Encontró al general sobre el magnífico puente del rio Maggiore, con el anteojo en la mano, examinando las inmediaciones y dictando notas que su secretario escribia sobre un plano militar.

Al ver llegar á Macdonald á galope, pálido y agitado, el general le dijo :

— Al veros de léjos, pensé que me traiais noticia del enemigo ; pero veo que me he equivocado, pues si así fuera, no vendriais triste y agitado.

— Sin embargo las traigo. ¡ Vedlas !  
Y le entregó el manifiesto.  
Championnet lo leyó sin cólera ni sorpresa, contentándose con encojerse de hombros.

— ¿ No conociais, dijo, al hombre con quien tenemos que habérmolas ? ¿ Y qué habeis respondido ?

— He dado lo primero orden de leer el manifiesto á todo el ejército.

— Bien hecho ; bueno es que el soldado conozca á su enemigo, y mejor aun, que le desprecie. ¿ Y qué habeis contestado al general Mack ?

— Que cada prisionero napolitano responderá de los enfermos franceses que hay en Roma.

— En ese caso habeis hecho mal.

— ¿ Mal ?

Championnet miró á Macdonald con infinita dulzura, y añadió poniéndole la mano sobre el hombro :

— Amigo, no es con sangrientas represalias como los republicanos deben responder á sus enemigos. Los reyes están mas que dispuestos á calumniarnos ; no les demos ni aun el pretexto de censurarnos. Volveos, y leed á vuestra gente la orden del dia que voy á daros, y dictó á su secretario lo siguiente :

« Orden del dia del general Championnet la vispera de la batalla de Civita Castellana.

— Así se llamará, dijo Championnet á Macdonald interrumpiéndose, la batalla que ganareis mañana.

Y continuó dictando :

« Todo soldado napolitano que caiga prisionero será tratado con la humanidad y dulzura propias de los republicanos con los enemigos vencidos.

« Todo soldado que maltrate á un prisionero desarmado será castigado severamente.

« Los generales son responsables de la ejecucion de estas dos órdenes... »

Iba Championnet á tomar el lápiz para firmar la orden, cuando un cazador á caballo, cubierto de lodo y herido en la frente, apareció al otro lado del puente, y corriendo hácia Championnet, le dijo :

— Mi general, los napolitanos han sorprendido una avanzada de cincuenta hombres en Baccano, y los han degollado á todos en el cuerpo de guardia, y para que ningun herido se salve, han pegado fuego á la casa, que se ha desplomado sobre nosotros, en medio de los insultos de los realistas y de los gritos de alegria de la poblacion.

— Y bien, general, ¿qué pensais de la conducta de nuestros enemigos? dijo Macdonald triunfante.

— Que hará resaltar mejor la nuestra.

Y firmó.

Y como Macdonald parecia desaprobar esta moderacion, Championnet continuó diciendo :

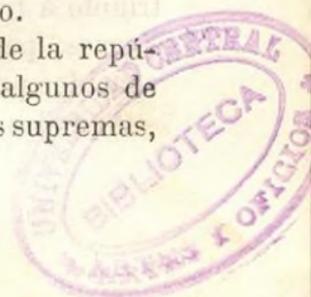
— Creedme, así es como la civilizacion debe responder á la barbarie. Id, Macdonald, os lo suplico como amigo, mandad publicar al instante esta orden del dia, y si fuese necesario, os lo mandaria como jefe.

Macdonald quedó un momento suspenso é indeciso; pero abrazando de repente á Championnet, le dijo :

— Dios estará con nosotros mañana, mi querido general, porque sois á un tiempo la justicia, el valor y la bondad.

Así diciendo, montó á caballo y corrió á formar su gente en batalla, para leerles la orden del dia de Championnet que produjo trasportes de entusiasmo.

Aquellos eran los últimos dias hermosos de la república; nuestros soldados conservaban aun algunos de los grandes sentimientos humanitarios, brisas supremas,



debilitados soplos del viento revolucionario de 1789, que debían despues confundirse en admiracion y adhesion hácia un hombre; no perdieron su grandeza, pero no fueron tan buenos.

Championnet envió inmediatamente correos á Lemoine y á Casabianca para anunciarles que serian probablemente atacados al dia siguiente y ordenarles que si el enemigo forzaba los desfiladeros que ellos debían defender, le enviasen correos al instante para que él pudiera tomar sus medidas. Lahure por su parte recibió aviso de lo que habia pasado en Baccano por el mismo cazador que escapó de la matanza y que ensangrentado aun del combate de la víspera, solicitaba ser uno de los primeros en el del dia siguiente, para vengar á sus camaradas y vengarse á sí mismo.

A las tres de la tarde bajó Championnet á Civita Castellana y empezó por visitar las avanzadas del general Lahure, y despues la division de Macdonald; mezclóse con los soldados recordándoles que eran los hombres de Arcola y de Rivoli acostumbrados á luchar uno contra tres, y por lo tanto que combatir uno contra cuatro no debía intimidarles.

Despues comentó la órden del dia y el manifiesto del general Mack. Dijoles que el soldado republicano, propagador de las ideas revolucionarias, es un apóstol armado, y que los soldados del despotismo solo eran mercenarios sin convicciones. Preguntóles si amaban la patria y si consideraban la libertad como el objeto de los esfuerzos de toda nacion inteligente, y si con esta doble conviccion, que habia estado á punto de dar el triunfo á trescientos espartanos contra los ejércitos de Xerxes, pensaban que diez mil franceses pudieran ser vencidos por cuarenta mil napolitanos.

Aquellos soldados eran dignos de su general, y se con-

tentaron con preguntarle sonriendo si no les faltarian municiones.

Y como Championnet les asegurase que no,  
— Todo saldrá bien, respondieron.

Aquella noche mandó Championnet distribuir media botella de vino y media libra de carne por plaza y buen pan, que él mismo vió cocer en Civita Castellana. Aquella era una cena de sibaritas, para hombres que carecieron de todo durante tres meses, y de paga durante seis.

Despues recomendó no solo á los jefes, sino á los soldados, la mayor vigilancia.

Por la noche encendieron grandes hogueras en los campamentos, y las músicas tocaron la Marsellesa y el Canto de partida.

Los habitantes de las aldeas inmediatas miraban sorprendidos aquellos hombres que iban á combatir y á morir probablemente al siguiente dia, y que se preparaban al combate y á la muerte con cántos y fiestas. Aun para aquellos que no lo comprendian el espectáculo era grande.

La noche pasó sin alarma; pero al salir el sol vieron al ejército napolitano adelantarse en tres columnas, y la cuarta, que marchaba sobre Terni sin ser vista, podia adivinarse en la nube de polvo que levantaba en el horizonte. La quinta columna, que salió la noche ántes de Baccano para Ascoli, no podia verse.

Las tres columnas que habian quedado á las órdenes de Mack ascendian á treinta mil hombres poco mas ó menos; seis mil debian atacar nuestras avanzadas en el ala izquierda: cuatro mil debian ocupar la aldea de Vignanello, que dominaba todo el campo de batalla, y por último, la masa mas formidable, la que se componia de veinte mil hombres, y que estaba mandada por Mack

en persona, debía atacar á Macdonald y á sus siete mil hombres.

Championnet habia escalonado sus reservas en las rampas de la montaña en cuya cumbre estaba él mismo con el anteojo en la mano.

Sus ayudantes de órdenes le rodeaban, prontos á llevarlas donde fuese necesario.

El brigadier Lahure sufrió el primer fuego.

Habia colocado su linea fuera del pueblo cuyas casas hizo aspillar. Los soldados que lo atacaban eran los mismos que el dia anterior asesinaron los prisioneros en Baccano. Mack les habia hecho beber sangre como se hace con los tigres para volverlos mas bravos y feroces.

Acometieron vigorosamente; pero para los franceses las tradiciones de las tropas napolitanas eran tales que no podian asustar á nuestros soldados. Lahure, con un millar de hombres rechazó el primer ataque con gran sorpresa de los napolitanos que volvieron á la carga para ser de nuevo rechazados. Viendo esto el caballero Micheroux, que los mandaba, hizo aproximarse la artilleria contra las primeras casas donde estaban emboscados nuestros tiradores, y las casas se hundieron dejando á los defensores sin abrigo. Esto produjo un momento de confusion, de que se aprovechó el enemigo para lanzar una columna de tres mil hombres sobre la aldea y apoderarse de ella.

Detrás del pueblo reunió Lahure y rehizo su pequeña columna en una hondonada del terreno; de modo que al salir de la aldea los napolitanos fueron recibidos con un fuego tan violento, que les obligó á retroceder.

Micheroux entónces mandó atacar á los franceses en tres columnas, una de tres mil hombres, que atravesó la calle principal, y dos de á quinientos que rodearon esta.

Lahure esperó valerosamente al enemigo en las trincheras naturales en que se habia emboscado, y no permitió á los soldados que hicieran fuego sino á boca de jarro ; pero las columnas napolitanas eran tan profundas, que siguieron adelantando, porque las últimas filas empujaban á las primeras. Lahure vió que iban á forzar su línea, y mandó formar el cuadro para retirarse en buen órden sobre Civita Castellana.

La maniobra se ejecutó como en una parada. Formáronse tres batallones en cuadro bajo el fuego de los napolitanos, y sostuvieron muchas cargas brillantes de la caballería enemiga.

Desde lo alto de su roca miraba Championnet esta magnífica defensa. Vió á Lahure batirse en retirada hasta el puente de Civita Castellana ; pero tambien observó que los napolitanos, al perseguirlo, se habian desorganizado mucho, y envió un ayudante al valiente Lahure, diciéndole que tomase la ofensiva y que le enviaba quinientos hombres de refuerzo. Lahure hizo correr esta noticia en las filas, que fué recibida á los gritos de ¡ Viva la República ! y viendo llegar á la carrera el refuerzo prometido, se lanzaron á la bayoneta con tal impetuosidad sobre los napolitanos, que estos, que no esperaban el ataque y que se creian vencedores, empezaron por sorprenderse y concluyeron por echar á correr. Lahure los persiguió haciéndoles quinientos prisioneros y matándoles mas de setecientos : tomóles dos banderas y las cuatro piezas de artillería con que habian demolido las casas de Regnano, donde volvió á ocupar su primera posicion.

Entretanto, el jefe de la tercera columna, que formaba el ala derecha, y que se habia apoderado de Vignanello, viendo llegar al general Mattieu con una columna dos tercios inferior á la suya, mandó á su gente que se

adelantara fuera de la aldea , que colocara una batería de cuatro piezas y atacara á los franceses. Ejecutóse la orden ; pero Mattieu dió tal impulso á sus tropas que, aunque fatigadas por la forzada marcha del dia precedente, rechazó al enemigo y lo atacó á su turno, obligándole á refugiarse en Vignanello con tal prisa y confusion, que la batería no tuvo tiempo mas que de hacer una descarga, y cañones y furgones quedaron en poder de unos cincuenta ginetes que formaban toda la caballería de Mattieu. Este se sirvió de las piezas contra la aldea , cuyos habitantes habian tomado parte por los napolitanos, y les mandó á decir que si estos no la evacuaban, la destruiria.

Espantados con la amenaza , los napolitanos salieron de la aldea y fueron perseguidos á la bayoneta hasta Borghetto.

Tuvieron quinientos muertos, otros tantos prisioneros y perdieron una bandera y cuatro cañones.

El ataque del centro era mas grave ; Mack lo dirigió al frente de treinta mil hombres.

La vanguardia de Maedonald , colocada entre Otricoli y Cantalupo , estaba mandada por el general Duhesme, que habia pasado recientemente del ejército del Rhin al de Italia. Sabida es la rivalidad que existia entre el ejército del Rhin y el de Italia , orgulloso de haber peleado á las órdenes de Bonaparte y de haber alcanzado victorias mas brillantes que su rival. Duhesme quiso probar á los soldados del Tesino y del Mincio que era digno de mandarlos ; en vez de aguardar el ataque, dió orden á dos batallones del 15º de ligeros y del 44º de línea que cargasen á la carrera la columna que se adelantaba contra ellos ; hizo maniobrar sobre el flanco derecho del enemigo dos piezas de artillería ligera, púsose él mismo á la cabeza de tres escuadrones del 49º de cazadores á

caballo, y atacó al enemigo en el momento en que este creia atacarle. Viendo aquella columnilla perdida y casi sumergida en las olas del ejército napolitano, Macdonald mandó á dos mil hombres que sostuviesen la vanguardia; aquellos dos mil hombres se lanzaron á paso de carga y acabaron de poner en desorden la primera columna que se replegó sobre la segunda, compuesta de diez á doce mil hombres.

En su movimiento retrógrado, la columna napolitana habia abandonado dos cañones que acababa de poner en batería, y que no habian llegado á disparar, seis cajas de municiones, dos banderas y seiscientos prisioneros. Quinientos ó seiscientos napolitanos, muertos ó heridos, quedaron en el espacio vacío que se formó entre el punto desde donde la vanguardia francesa habia salido y el que á la sazón ocupaba; pero este espacio no permaneció mucho tiempo vacío; pues Duhesme y sus hombres, obligados á retirarse delante de la segunda columna, inquietados en sus flancos por los restos de la vanguardia que se habia rehecho, y por nubes de aldeanos que peleaban como tiradores, retrocedian paso á paso, pero al fin retrocedian.

Macdonald envió un ayudante á Duhesme, para decirle que volviese á su primera posicion, hiciese alto, formase su tropa por batallones en cuadro y recibiese al enemigo á la bayoneta. Al mismo tiempo dió orden á una batería de cuatro piezas, colocada en un pequeño promontorio, que empezase el fuego, y él mismo, con el resto de su tropa, es decir, con cinco mil hombres pocas ó ménos, divididos en dos columnas de ataque, pasando á derecha é izquierda del batallon de Duhesme, cargó como un simple coronel.

Championnet, dominando el inmenso campo de batalla, olvidaba su propia responsabilidad para seguir á

Macdonald, á quien amaba como á un hermano. Veíale, general y soldado á un mismo tiempo, mandar y combatir con aquella calma, que era el carácter distintivo del valor de Macdonald, y á la vista de este peligro, sentia oprimirsele el corazon sin poderlo dominar. Hubiese querido estar detrás de él para gritarle que se detuviera, y á pesar suyo se veia obligado á admirar y aplaudir aquella intrepidez. Championnet estaba ya á punto de enviarle un ayudante para mandarle que se retirara, cuando vió que Macdonald empezaba á operar aquella evolucion. Al mismo tiempo, para facilitarla, Duhesme volvía á formarse en columna y daba tan vigoroso empuje al centro de los napolitanos, que los obligaba á retroceder.

Desembarazado Macdonald, formaba su tropa en cuadro por batallones, y parecia divertirse en esperar á cincuenta pasos las cargas de la caballería napolitana, y amontonar por los dos puntos por donde era atacado los cadáveres y los caballos. Duhesme se habia formado tambien en cuadros, y el campo de batalla ofrecia el aspecto de treinta mil hombres sitiando seis reductos vivientes, que se componian de mil doscientos hombres cada uno y que vomitaban torrentes de fuego.

Viendo Mack que tenia que habérselas con un enemigo imposible de arrollar, resolvió utilizar su numerosa artillería, y mandó establecer, en dos puntos que dominaban el campo de batalla, dos baterías de veinte piezas cada una, cuyos fuegos cruzados batian diagonalmente los cuadros, en tanto que otras diez piezas atacaban de frente el de Duhesme, que formaba el centro, con objeto de abrirlo y lanzar por él una formidable columna que tenia prevenida para cortar en dos el centro del ejército republicano.

Championnet veia con inquietud el combate conver-

tirse en una batalla contra la cual no podrian nada el valor ni el génio ; sondeaba con la mirada las profundas masas de Mack que ondulaban en el horizonte , cuando de repente, dirigiendo la vista á su izquierda, vió por el lado de Rieti brillar armas en medio de un torbellino de polvo que se adelantaba rápidamente ; creyó que era un nuevo refuerzo que le llegaba á Mack, ó quizás las tropas que el dia anterior él habia enviado á Ascoli, cuando volviéndose para preguntar á uno de sus ayudantes de órdenes llamado Villeneuve y famoso por su excelente vista, apercibió por el lado opuesto, es decir, por el camino de Viterbo, un segundo cuerpo que le pareció todavía mas considerable que el primero y que se encaminaba hácia el campo de batalla con igual diligencia. Hubiérase dicho que aquellos dos cuerpos, cualesquiera que fuesen, se habian dado la consigna para llegar cada cual por su lado á la misma hora, casi al mismo minuto, para tomar parte en la misma batalla.

¿Seria quizás el cuerpo del general Naselli que llegaba de Florencia, resultando ser Mack un general mas hábil de lo que se hubiera creído?

De repente el ayudante Villeneuve lanzó un grito de alegría, y tendiendo las manos hácia las nubes de polvo que levantaba en el camino de Viterbo, entre Ronciglione y Monteroso, aquella numerosa tropa, exclamó :

— ¡ General, la bandera tricolor !

— ¡ Ah ! dijo Championnet, son los nuestros ; Jouvvert me ha cumplido su palabra.

Y luego, volviendo los ojos hácia la otra tropa que llegaba de Rieti, añadió :

— ¡ Oh ! ¡ diablo, esta seria demasiada fortuna !

Los ojos de todos los que rodeaban al general se volvieron hácia el punto que este designaba con el dedo, y un solo grito se escapó de todos los labios.

- ¡ La bandera tricolor ! ¡ la bandera tricolor !  
 — ¡ Es Pignatelli y la legion romana, son Kniasewitch y sus polacos, sus dragones y sus cazadores de á caballo ! ¡ es la victoria en fin !

Entónces el general republicano, con ademan de maravillosa grandeza, tendiendo el brazo hácia Roma, exclamó :

— Rey Fernando, ahora puedes, como Ricardo II, ofrecer tu corona por un caballo.

## XIX

### LA VICTORIA.

Championnet, volviéndose hácia el ayudante Villeneuve, le dijo :

- ¿ Veis desde aquí á Macdonald ?  
 — No solamente le veo, general, sino que le admiro.  
 — Y haceis bien. Es un hermoso estudio para los jóvenes. Hé ahí cómo hay que ser en el fuego.  
 — Vos sois un maestro, general, dijo Villeneuve.  
 — Pues bien, id á donde está él, decidle que se mantenga firme media hora mas, y la jornada es nuestra.  
 — ¿ Sin mas explicacion ?

— No, solo añadireis, que tan luego como vea manifestarse entre los napolitanos cierto desórden, cuya causa no podrá comprender, se forme de nuevo en columna de ataque y se lance á la carga. Estos dos señores os seguirán, continuó Championnet, dirigiéndose á dos jóvenes oficiales que aguardaban con impaciencia sus órdenes, y en caso deque os sucediera alguna desgracia, ellos os suplirán ; en caso contrario, uno de ellos irá á la columna de Duhesme y el otro á los cuadros de la izquier-

da, á dar la misma órden, añadiendo solamente : « El general responde de todo. »

Los tres oficiales, orgullosos de haber merecido la eleccion del general, salieron á galope para desempeñar su comision. Siguiólos Championnet con la vista, y los vió llegar por en medio del fuego al término de su carrera.

— ¡ Valiente juventud ! murmuró, con hombres como estos bien torpe seria el que se dejase vencer.

Entre tanto las dos divisiones republicanas adelantaban rápidamente con la caballería á la cabeza de las columnas, sin que nada anunciase su proximidad á los napolitanos, sobre los que no tardarian en caer de improviso.

De repente, sobre los dos flancos del ejército realista, las trompetas de los republicanos tocaban la carga, y como dos taludes, la caballería de las dos divisiones derribaba cuanto se oponia á su paso, penetrando en la masa compacta de los enemigos y abriendo en medio de ella un camino á la infantería, mientras tres piezas ligeras la ametrallaban.

Sucedió lo que Championnet habia previsto ; no sabiendo los napolitanos de donde venian aquellos adversarios que parecian caer del cielo, empezaron á desbandarse. Macdonald y Duhesme reconocian en la vacilacion del enemigo y en lo amortiguado de sus fuegos que pasaba en sus filas algo extraordinario é imprevisto, que podia ser lo que Championnet habia indicado, y que aquel era el momento de ejecutar sus instrucciones. En consecuencia de esto, Macdonald y Duhesme deshicieron sus cuadros, y los otros jefes hicieron lo mismo, convirtiéndose en columnas que se soldaron unas á otras como los anillos de tres inmensas serpientes : el terrible paso de carga resonó, bajáronse las amenazadoras ba-



yonetas, atronaron el aire los gritos de ¡ Viva la República ! y ante la irresistible furia francesa, los napolitanos se retiraron.

— ¡ Amigos, exclamó Championnet dirigiéndose á los quinientos ó seiscientos hombres que formaban su reserva, no se diga que nuestros hermanos vencen á nuestra vista, sin que tomemos parte en la victoria. ¡ Adelante !

Y seguido de aquellos valientes, él tambien fué á abrir su brecha en la muralla humana.

En medio de aquel inmenso desórden estuvo á punto de suceder una gran desgracia. Despues de haber arrollado cada cual por su parte á los napolitanos, como la cuña divide la madera del árbol que abre, los dragones de Kellermann y los polacos de Kniasewitch, que venian de Rieti, encontráronse y se creyeron enemigos : los dragones alzaron los sables, los polacos enristraron las lanzas, cuando repentinamente dos jóvenes se precipitaron en el espacio que separaba á los combatientes, exclamando á un tiempo :

— ¡ Viva la República !

Y se abrazaron estrechamente.

Eran Hector Caraffa, de la parte de Kellermann, y Salvato Palmieri, de la de Kniasewitch, que venia de Nápoles para reunirse á su general, y que se encontró en el camino con los polacos y la legion romana. Los dos, despues de un largo reposo, guiados por su valor y por su odio, se habian puesto en las primeras filas, y luchando con igual ardor, como segadores que partiendo de las opuestas estremidades de su campo de trigo, se encuentran en medio de él, así se encontraron en medio del ejército napolitano, reconociéndose á tiempo para impedir que vinieran á las manos polacos y franceses.

Si por la esposicion que hemos hecho de ellos, se ha podido formar una idea exacta del carácter de estos dos

jóvenes, se comprenderá cuán pura y profunda era su alegría, despues de dos meses de separacion, al abrazarse en medio del mágico grito de diez mil voces que repetian ¡ Victoria ! ¡ victoria !

En efecto, la victoria era completa ; las tres columnas de Duhesme y Macdonald, como las de Kellermann y Kniasewitch, penetraron hasta el corazon del ejército napolitano derribando cuanto se oponia á su paso. Championnet llegó á tiempo para acabar la derrota, que fué terrible, insensata, inaudita. Treinta mil napolitanos vencidos, dispersos, huian en todas direcciones ante doce mil franceses vencedores, que habian combinado todos sus movimientos con implacable sangre fria, para destruir de un solo golpe un enemigo tres veces mas fuerte que ellos.

Los jefes se reunieron en medio de aquel espantoso derrumbamiento de muertos, moribundos, heridos, de cañones abandonados, furgones entreabiertos, armas esparcidas por el suelo, y prisioneros rindiéndose por miles. Championnet estrechó en sus brazos á Salvato y á Hector, y los nombró generales de brigada sobre el campo de batalla, dejándoles, en union de Macdonald y Duhesme, los honores de una victoria que él habia dirigido. Dió un apretón de manos á Kellermann, á Kniasewitch y Pignatelli, diciéndoles que por ellos estaba Roma salvada; pero que no era bastante salvar á Roma, que habia que conquistar Nápoles, y que por lo tanto no se debia dar ningun reposo á los napolitanos, sino por el contrario, perseguirlos obstinadamente, y cortar, si posible era, los desfiladeros de los Abruzzos al rey de Nápoles y á su ejército.

En consecuencia del plan que acababa de esponer á sus tenientes, Championnet dió orden á los cuerpos ménos fatigados de ponerse en marcha y perseguir ó adelantar,

si era posible, al enemigo. Salvato y Hector se ofrecieron á servir de guías á los cuerpos que debian invadir el reino de Nápoles. Championnet aceptó. Mattieu y Duhesme recibieron el mando de las dos vanguardias, que debian avanzar, una por Albano y Terracina, y la otra por Tagliacozzo y Sara, llevando á sus órdenes á Kniasewitch y Pignatelli, Lemaire, Rusca y Casabianca. Championnet y Kellermann, reuniendo los diferentes cuerpos esparcidos, debian reunirse al paso con Lahure y Regnano, y entrar en Roma para restablecer el gobierno republicano, y siguiendo despues lo mas rápidamente posible sus vanguardias, dirigirse sobre Nápoles.

Este consejo se celebró á caballo, al aire libre y en medio de la sangre. Despues se ocuparon en recoger los trofeos de la victoria.

Tres mil muertos y otros tantos heridos cubrian el campo. Cinco mil prisioneros fueron conducidos á Civita Castellana; recojieron ocho mil fusiles, treinta cañones, sesenta cajas de municiones con sus caballos, justificando así la prediccion de Championnet de que con dos millones de cartuchos á diez mil franceses no le faltarian nunca cañones, y para completar la fiesta, en medio de todos los despojos del enemigo, se encontró Championnet con dos carros cargados de oro.

Era el tesoro del ejército realista, que ascendia á siete millones de francos.

Una parte de las letras giradas por sir Guillermo sobre el banco de Inglaterra, endosadas por Nelson y descontadas por los Backer, sirvieron para pagar los sueldos atrasados del ejército de la República.

Cada soldado recibió cien francos, lo que ascendió á un millon doscientos mil. La parte de los muertos se repartió á los vivos. Cada cabo recibió ciento veinte fran-

cos, cada sargento ciento cincuenta, cada subteniente cuatrocientos, cada teniente seiscientos, cada capitán mil, cada coronel mil quinientos, cada general de brigada dos mil quinientos, y los generales de division á cuatro mil.

La distribucion se hizo aquella misma noche á la luz de las antorchas por el pagador del ejército, que no se habia visto con tanto dinero desde la entrada en campaña de 1792.

Un millon quinientos mil francos se reservaron para comprar uniformes y zapatos al ejército, y cerca de cuatro millones que quedaban se mandaron á Francia.

En la carta dirigida al Directorio por Championnet anunciándole la victoria y los nombres de los que se habian distinguido, daba cuenta de los tres millones y medio de que habia dispuesto, y pedia á los señores directores que le autorizasen á tomar para sí cuatro mil francos, como habia dado á los otros generales, porque él no habia querido tomar nada para sí.

Aquella fué noche de fiesta. Los heridos ahogaban en el pecho sus lamentos por no entristecer á sus compañeros de armas. Los muertos fueron olvidados. ¡ No podrian darse por contentos con morir en un dia de victoria!

El rey seguia en Roma, y habia vuelto á tomar sus costumbres de Nápoles. El mismo dia de la batalla fué con una escolta de trescientos hombres á la caza de jabali á Cornetto, y como no habia podido reunir en Roma una buena trahilla, hizo venir la suya de Nápoles por la posta.

La noche antes habia recibido un despacho de Mack, fechado en Baccano, á las dos de la tarde, que decia así:

» Señor,

» Tengo el honor de anunciar á V. M. que he atacado la vanguardia francesa que despues de una vigorosa resistencia ha sido destruida. El enemigo ha perdido cincuenta hombres, en tanto que la divina Providencia ha permitido que solo tengamos dos heridos y un muerto.

» Me aseguran que Championnet tiene la audacia de esperarme en Civita Castellana : mañana temprano me pondré en marcha, y si no se retira , lo aplastaré. A las ocho de la mañana V. M. oirá mi cañon, ó por mejor decir , el suyo, y podrá decir : « ¡La danza ha comenzado ! »

» Esta noche se pone en marcha un cuerpo de cuatro mil hombres, para forzar los desfiladeros de Ascoli, y al romper el dia otro de la misma fuerza , forzará los de Terni y cojerá al enemigo por detrás, mientras yo lo ataco de frente.

» Mañana, si Dios quiere, V. M. recibirá buenas noticias de Civita Castellana, y si va al teatro, podrá anunciar, en un entreacto , que los franceses han evacuado los Estados romanos.

» Tengo el honor de ser con el mayor respeto,

» de V. M., etc.

» **BARON MACK.** »

Esta carta fué muy agradable para el rey ; la recibió á los postres y la leyó en voz alta ; despues jugó y ganó cien ducados al marqués de Malaspina, lo que le alegró mucho, porque sabia que el marqués era pobre. Luego se acostó y pasó la noche en un sueño. A las seis y media de la mañana se levantó y se fué á cazar á Cornet-

to, donde llegó á las diez, y oyendo el cañoneo, dijo :  
— Mack aplasta á Championnet ; la danza ha empezado.

Cazó y mató con su real mano tres javalíes ; volvióse muy contento ; pero al pasar por el castillo de San Angelo, la vista de la bandera tricolor le hizo fruncir el gesto. Recompensó y regaló á su escolta ; y anunció que honraria con su presencia el teatro Argentino, donde representaban *El Matrimonio secreto*, de Cimarosa, y un baile de circunstancias, titulado : *La entrada de Alejandro en Babilonia*.

Ya se comprende que el rey Fernando era Alejandro.

Comió el rey con buen apetito rodeado de sus familiares el de Ascoli, Malaspina, el de Salahandra, el gran montero, á quien habia hecho venir de Nápoles con sus perros, su escudero mayor, el principe de Migliano, sus dos gentiles hombres de cámara, y por último, su confesor monseñor Rossi, arzobispo de Niconia, que todas las mañanas le decia una misa rezada y cada ocho dias le daba la absolucion.

A las ocho, S. M. fué en coche al teatro Argentina, iluminado à *giorno*, donde le habian preparado un magnifico palco con una mesa servida en el salon que le precedia, á fin de que en el entreacto de la ópera al baile, pudiera comer su *macaroni* como hacia en Nápoles ; y como habia corrido la voz de que se añadiría este espectáculo al anunciado en los carteles, el teatro reboaba de gente.

Al entrar el rey en el palco fué saludado con los mas vivos aplausos.

S. M. habia tenido cuidado de advertir que le enviaran al teatro los correos que llegaran del general Mack, y el administrador del teatro estaba prevenido y vestido de gala para salir á la escena y anunciar que los fran-

ceses habian evacuado los estados romanos, tan pronto como se le avisara.

El rey escuchó la obra maestra de Cimarosa con una distraccion que no podia ocultar; siempre fué poco ase- quible á los encantos de la música; pero aquella noche lo era mucho ménos. Los cañonazos de la mañana reso- naban en su oido, y mas atencion prestaba á los rumo- res del corredor que al canto y á la música de la escena.

Cayó el telon en medio de generales aplausos, y lla- maron á la escena al soprano Velutti, que, aunque tenia cuarenta años y estaba muy arrugado, representaba toda- via perfectamente los papeles de enamorada: adelan- tóse modestamente con el abanico en la mano y los ojos bajos, como si se ruborizase por el aplauso que recibia, é hizo sus tres reverencias al público. Entre tanto, dos lacayos con magnificas libreas entraron en el palco real con una mesa en que estaba servida la cena: entre dos candelabros, en cada uno de los cuales ardian veinte bujías, se alzaba un gigantesco plato de macarrones, cubierto de una apetitosa salsa de tomate.

Habiale llegado al rey el turno de dar su represen- tacion.

Adelantóse S. M. al antepecho del palco, y con su acostumbrada pantomima, anunció al público romano que iba á tener el honor de verle comer su macarrón á la manera de los polichenelas.

Menos expansivo que el napolitano, el público de Roma acojió este anuncio mímico con bastante frialdad; pero el rey hizo á los espectadores una seña que queria decir: « No sabeis lo que vais á ver; cuando lo hayais visto, quedaréis estupefactos.»

Y volviéndose, dijo al duque de Ascoli:

— Paréceme que hay intriga en el patio.

— En ese caso será solo un enemigo mas á quien ha-

brá de vencer V. M., respondió el cortesano, y eso no debe inquietarle.

El rey dió gracias á su amigo con una sonrisa, tomó el plato de macarrones en una mano, adelantóse al antepecho del palco, operó con la otra mano la mezcla de la salsa de tomate y de la pasta, abrió una desmesurada boca y, cojiendo los macarrones con aquella mano que desdeñaba el tenedor, levantóla en alto, echó atrás la cabeza y empezó á introducir en su garganta una verdadera cascada de macarrones.

Al ver esto los romanos, tan graves y que habian conservado de la dignidad real una idea tan alta, se echaron á reir. No era un rey lo que tenian ante sus ojos, era Pasquin Marforio, era un payaso, ménos que eso, era el bufon Osque Polichinela.

Animado con las risas, que tomó por aplausos, el rey habia tragado ya la mitad de los macarrones que habia en la fuente, y se disponia á engullir el resto, empezando á tragar la tercera cascada, cuando de repente se abrió la puerta del palco con un estruendo tan fuera de todas las reglas de la etiqueta, que, girando sobre los talones, con la boca abierta y la mano levantada al aire, se volvió para ver quién era el malaconsejado que tenia la avilantez de interrumpirlo en medio de su importantísima ocupacion.

Aquel audaz malaconsejado no era sino Mack en persona; pero tan pálido, espantado y cubierto de polvo, que sin preguntarle qué noticias le traia, el rey dejó caer la fuente de los macarrones, limpióse las manos con el pañuelo, y le dijo :

— ¿Es que?...

— En efecto, señor... respondió Mack.

Se habian comprendido.

El rey se lanzó fuera del palco, y cerró la puertatras si.

— Señor, le dijo el general, he abandonado el campo de batalla para decir á V. M. que no tiene un instante que perder.

— ¿Para qué? preguntó el rey.

— Para salir de Roma.

— ¡De Roma!

— Si no, correis el riesgo de que los franceses estén antes que nosotros en el desfiladero de los Abruzzos.

— ¡Los franceses ántes que yo en los Abruzzos! ¡Mal haya San Gennaro! ¡Ascoli! ¡Ascoli!

El duque entró en el salon.

— Dí á los otros que se queden en el palco hasta el fin de la funcion; importa que los vean para que no sospechen nada. Y tú sígueme.

El duque de Ascoli trasmitió la órden á los cortesanos, que estaban inquietos al ver lo que pasaba, pero léjos aun de sospechar la verdad. Ascoli salió detrás del rey, que iba á escape por el pasadizo gritando :

— ¡Ascoli! ¡Ascoli! ¿No vienes, imbécil? ¿No has oido que el ilustre Mack dice que no hay un instante que perder, si no queremos que esos hijos de... franceses estén antes que nosotros en Sora?

## XX

### LA VUELTA.

Mack habia temido con razon la rapidez de los movimientos del ejército francés : en la noche que siguió á la batalla, las dos vanguardias, guiadas, una por Salvato Palmieri y la otra por Hector Caraffa, habian tomado ya el camino de Civita Ducale con la esperanza de llegar, una á Sora por Tagliacozzo y Capistrello, y la otra á

Ceprano por Tivoli, Palestrina, Valmontone y Forentina, y de cerrar así á los napolitanos el desfiladero de los Abruzzos.

En cuanto á Championnet, una vez terminados sus asuntos en Roma, debia tomar el camino de Velletri y de Terracina por las lagunas Pontinas.

Al rayar el dia, despues de haber comunicado á Le-moine y Casabianca noticias de la victoria de la vispera y haberles mandado marchar sobre Civita Ducale para reunirse con el cuerpo de ejército de Macdonal y de Duhesme y tomar con ellos el camino de Nápoles, el general en jefe partió con seis mil caballos para entrar en Roma; anduvo veinte y cinco millas en un dia, acampó en Storta, y al siguiente dia á las ocho de la mañana se presentó en la puerta del Pueblo, entró en Roma al ruido de las salvas de artillería que disparaba el castillo de San Angelo, siguió la orilla izquierda del Tiber y llegó al palacio Corsini, donde, conforme le habia prometido el baron de Riescach, encontró cada cosa en el mismo puesto que la habia dejado.

En el mismo dia mandó fijar en las esquinas de la capital la siguiente proclama:

« Romanos,

» Os habia prometido estar de vuelta en Roma antes de veinte dias; os cumplo mi palabra, pues vuelvo á los diez y siete.

» El ejército del déspota napolitano ha osado presentar batalla al ejército francés.

» Un solo combate ha bastado para esterminarlo, y desde lo alto de vuestros baluartes, podeis ver los restos de ese ejército huir hácia Nápoles, donde los precederán nuestras legiones victoriosas.

» Tres mil muertos y cinco mil heridos yacian ayer sobre el campo de batalla de Civita Castellana: los

muerdos tendrán la honrosa sepultura del soldado muerto en el campo de batalla, es decir, el campo de batalla mismo; los heridos serán tratados como hermanos; ¡acaso no lo son todos los hombres á los ojos del Eterno que los ha creado!

» Los trofeos de nuestra victoria son cinco mil prisioneros, ocho banderas, cuarenta y dos piezas de artillería, ocho mil fusiles, todas las municiones, todos los bagajes, todos los efectos del campamento, y por último, el tesoro del ejército napolitano.

» El rey de Nápoles ha emprendido la fuga en direccion de su capital, donde entrará cubierto de vergüenza, acompañado de las maldiciones de su pueblo y del desprecio del mundo.

» Una vez mas el Dios de los ejércitos ha bendecido nuestra causa. — ¡ Viva la República !

» CHAMPIONNET. »

El mismo dia, el gobierno republicano quedó restablecido en Roma; los dos cónsules Mattei y Zaccalone, que tan milagrosamente escaparon á la muerte, habian recobrado sus puestos, y en el sitio que ocupara el sepulcro de Duphot, destruido, para vergüenza de la humanidad, por la poblacion romana, levantóse un sarcófago donde, á falta de sus nobles restos echados á los perros, inscribióse su glorioso nombre.

Conforme lo habia dicho Championnet, el rey de Nápoles habia huido; pero como ciertas partes de este extraño carácter quedarian desconocidas á nuestros lectores, si, como Championnet en su proclama, nos contentásemos con indicar este hecho, les pedirémos permiso para acompañarle en su fuga.

En la puerta del teatro Argentina, Fernando habia

hallado su carruaje y se habia lanzado dentro con Mack, gritando á Ascoli que subiese tras ellos.

Mack se habia colocado respetuosamente en el asiento de delante.

— Colocaos en el fondo, general, le dijo el rey no pudiendo renunciar á sus costumbres burlonas y no pensando que se burlaba de sí mismo. Me parece que tendréis aun mucho camino que andar hácia atrás para que empecéis ántes que sea absolutamente necesario.

Mack suspiró y se sentó junto al rey.

El duque de Ascoli se sentó al vidrio.

Detuviéronse en el palacio Farnesio. Un correo acababa de llegar de Viena trayendo un despacho del emperador, que el rey se apresuró á leer :

« Mi muy querido hermano, tio, primo, cuñado, aliado y confederado,

» Dejadme felicitaros sinceramente por los prósperos sucesos de vuestras armas y vuestra triunfal entrada en Roma. »

El rey no leyó mas.

— ¡ Ah, bueno ! dijo, hé aquí uno que llega á tiempo.

Metióse el despacho en el bolsillo.

Mirando en torno suyo, dijo despues :

— ¿ Dónde está el correo que ha traido esta carta ?

— Héme aquí, señor.

— ¿ Eres tú, amigo mio ? Toma por tu trabajo, dijo el rey dándole un bolsillo.

— ¿ Me hará V. M. el honor de darme una respuesta para mi augusto soberano ?

— Ciertamente ; solo que te la daré verbal, porque no tengo tiempo de escribirla. ¿ No es verdad, Mack, que no tengo tiempo ?

Mack bajó la cabeza.

— Poco importa, dijo el correo, puedo responder á V. M. de mi memoria.

— ¿De modo que estás bien seguro de repetir á tu augusto soberano lo que voy á decirte?

— Sin cambiar una sílaba.

— Pues bien, dile de mi parte... ¿entiendes bien? de mi parte...

— Entiendo, señor.

— Dile que su hermano, primo, tío, cuñado, aliado y confederado es un borrico.

El correo se echó atrás espantado.

— No cambies ni una sílaba, repitió el rey, y habrás dicho la mayor verdad que jamás salió de tu boca.

El correo se retiró estupefacto.

— Y ahora, dijo el rey, supuesto que ya he dicho al emperador de Austria cuanto tenia que decirle, partamos.

— Me atreveré á advertir á V. M., dijo Mack, que no es prudente atravesar la llanura de Roma en carruaje.

— ¿Y cómo quereis que la atraviese, á pié?

— A caballo.

— ¿A caballo? ¿y por qué?

— Porque en carruaje V. M. se verá obligado á seguir el camino real, mientras que á caballo, en caso necesario, podrá V. M. tomar el atajo. Siendo excelente jinete y montado en un buen caballo, V. M. no tendrá que temer los malos encuentros.

— ¡Ah! ¡malora! exclamó el rey, ¿con que puedo temer aun los encuentros?

— No es probable; pero debo decir á V. M. que esos infames jacobinos se han atrevido á jurar que si el rey caia en sus manos...

— ¿Qué?...

— Lo ahorcarian de un farol, si era en una ciudad, ó del primer árbol que hallasen, si era en el campo.

— ¡ Huyamos, Ascoli, huyamos !.... ¿ Qué haceis vosotros ahí, holgazanes ? ¡ Dos caballos , dos caballos ! Los mejores. Sin embargo, no podemos ir hasta Nápoles á caballo.

— En Albano, dijo Mack, podreis tomar una silla de posta cualquiera.

— Teneis razon. ¡ Un par de botas ! Yo no puedo correr la posta con medias de seda. ¡ Un par de botas ! ¿ Oyes, imbécil ?

Un lacayo corrió á la escalera y volvió á poco con un par de botas de montar.

Fernando se puso las botas dentro del carruaje, sin inquietarse por su amigo Ascoli, como si no existiera en el mundo.

En el momento en que acababa de ponerse su segunda bota trajeron los caballos.

— ¡ A caballo, Ascoli, á caballo ! ¿ Qué haces en un rincon del coche ? ¡ Creo, Dios me perdone, que te has dormido !

— Diez hombres de escolta, gritó Mack, y una capa para S. M.

— Si, dijo el rey, montando á caballo ; diez hombres de escolta y una capa para mí.

Trajéronle una capa en que se embozó,

Mack montó á caballo.

— Como no estaré tranquilo hasta que S. M. esté fuera de Roma, le pido permiso de acompañarle hasta la puerta de San Juan.

— ¿ Creeis que tenga algo que temer en la ciudad, general ?

— Supongamos... lo que no debe suponerse.

— ¡ Diablos ! dijo el rey, no importa ; supongamos siempre.

— Supongamos que Championnet haya tenido tiempo

de advertir al comandante del castillo de San Angelo, y que los jacobinos guarden las puertas.

— ¡ Es posible, exclamó el rey, es posible ! partamos.

— Partamos, dijo Mack

— ¿ A dónde vais, general ?

— Os conduzco, señor, á la única puerta de la ciudad por la cual nadie sospechará que vais á salir, por ser la opuesta al camino de Nápoles ; os conduzco á la puerta del Pueblo, que es además la mas próxima. Una vez fuera de Roma, rodearemos el recinto, y en un cuarto de hora estaremos en la puerta de San Juan.

— Preciso es que esos pícaros franceses sean unos demonios bien astutos para haber derrotado á un mozo tan listo como vos.

Hablando de esta manera, llegaron á la estremidad de Ripetta.

El rey detuvo el caballo de Mack por la brida.

— General, dijo, ¿ qué gente es esa que entra por la puerta del Pueblo ?

— Si hubieran tenido tiempo de correr diez leguas en cinco horas, diria que son los soldados de V. M. que huyen.

— Ellos son, general, ellos son. ¡ Ay ! vos no conoceis á esos nenes ; cuando se trata de escapar tienen alas en los talones.

El rey no se equivocaba ; eran los primeros fugitivos que habian corrido mas de dos leguas por hora.

El rey se embozó hasta los ojos y pasó por en medio de ellos sin ser conocido.

Una vez fuera de la ciudad, siguieron por la derecha el recinto de Aureliano, hasta llegar á la puerta de San Juan, en la que el rey habia recibido diez y seis dias ántes con tanta pompa las llaves de Roma.

— Ahora, dijo Mack, hé aquí el camino, señor ; den-

tro de una hora estareis en Albano fuera de todo peligro.

— ¿ Me abandonais, general ?

— Señor, mi deber era pensar en el rey ántes que en nada ; ahora debo pensar en el ejército.

— Andad, y haced lo que podais ; pero suceda lo que quiera, deseo recordeis que no soy yo quien he querido la guerra, ni quien os ha hecho dejar vuestros negocios en Viena, si es que teníais alguno, para llevaros á Nápoles.

— ¡ Ay ! es verdad, señor, y estoy pronto á declarar que es la reina quien lo ha hecho todo. Y ahora, que Dios guarde á V. M.

Mack saludó al rey y sacó al galope el caballo, volviéndose á Roma por donde habian venido.

— Y tú, dijo el rey por lo bajo clavando los acicates en el vientre de su caballo y lanzándolo al galope por el camino de Albano ; y tú, á quien el diablo lleve, imbecil.

Ya ve el lector por estas palabras, que desde la reunion del consejo de Estado el rey no habia cambiado de opinion respecto á su general en jefe.

Los dos ginetes corrian tanto, que los diez hombres de la escolta quedaron bien pronto atrás, y Fernando tenia tanta confianza en sus vasallos, que suponiendo pudiese correr algun peligro en el camino, creíase mas seguro solo que en su compañía. Los diez soldados por su parte, viendo que no los esperaban, volvieron grupas, de modo que cuando el rey y su compañero subian la cuesta de Albano, su escolta debia entrar en Roma.

En todo el camino no se le quitó al rey el miedo de encima. La campiña de Roma, de noche sobre todo, mas que ningun otro país, presenta aspectos fantásticos

con sus acueductos derruidos que parecen hileras de gigantes marchando en las tinieblas, sus tumbas, que se alzan á derecha é izquierda del camino y sus misteriosos rumores, que parecen lamentos de las sombras que las han habitado.

A cada momento acercaba el rey su caballo al de su compañero, y recogiendo las riendas, para estar dispuesto á saltar un foso, le preguntaba: «¿ Ves, Ascoli? ¿ Oyes, Ascoli? » Y Ascoli, mas tranquilo que el rey, porque era mas valiente, le respondia: « No veo ni oigo nada, señor. » Y Fernando, con su acostumbrado cinismo, añadía:

— Decía yo á Mack que no estaba seguro de ser valiente; pero ahora ya estoy seguro de que no lo soy.

De esta manera llegaron á Albano. Los dos fugitivos no emplearon mas que una hora en el viaje.

Era media noche y todas las puertas estaban cerradas, inclusa la de la casa de postas.

El duque de Ascoli la conoció por la inscripcion escrita encima de la puerta, bajó del caballo y llamó á grandes golpes.

El maestro de postas que estaba acostado hacia tres horas, fué, como de costumbre, á abrir de mal humor y gruñendo; pero Ascoli pronunció estas palabras mágicas que hacen abrir todas las puertas:

— Perded cuidado, se os pagará bien.

El rostro del maestro de postas se tranquilizó inmediatamente.

— ¿ En qué puedo servir á Sus Escelencias? preguntó.

— Un coche, tres caballos de posta y un postillon, dijo el rey.

— Sus Escelencias van á tener todo eso en un cuarto de hora, dijo el huésped.

Y luego, como empezaba á caer una lluvia fria, añadió :

— Sus Escelencias entrarán entre tanto en mi aposento, ¿ no es verdad ?

— Sí, sí, dijo el rey, que tenia su plan, tienes razon. Un cuarto, un cuarto inmediatamente.

— ¿ Y qué debo hacer de los caballos de Sus Escelencias ?

— Mételes en la cuadra ; vendrán á buscarlos de mi parte, de parte del duque de Ascoli, ¿ entiendes ?

— Sí, Escelencia.

El duque de Ascoli miró al rey.

— Yo sé lo que me digo, añadió Fernando ; vamos, y no perdamos tiempo.

El huésped los condujo á un aposento donde encendió dos velas.

— Es que no tengo mas que un cabriolé, dijo.

— Vaya por el cabriolé, si es fuerte.

— ¡ Que si es ! con él podria irse hasta el infierno.

— Yo no voy mas que hasta la mitad del camino, de manera que todo nos sale á pedir de boca.

— ¿ Entónces Sus Escelencias me compran mi cabriolé ?

— No ; pero te dejan sus dos caballos, que valen mil quinientos ducados, imbécil.

— ¿ Con que los caballos son para mí ?

— Si no viene nadie á reclamártelos. Si te los reclaman, te pagarán el cabriolé ; pero vamos, despacha.

— En seguida, Escelencia.

Y el huésped, que acababa de ver al rey sin capa y todo cubierto de condecoraciones, se retiró de espaldas y saludando hasta el suelo.

— ¡ Bueno ! dijo el duque de Ascoli, vamos á ser bien servidos ; las condecoraciones de V. M. han hecho su efecto.

- ¿Lo crees, Ascoli?
- Ya lo ha visto V. M. ; poco ha faltado para que nuestro hombre saliera á cuatro patas.
- Y bien, mi querido Ascoli, dijo el rey con la voz mas cariñosa que pudo , ¿sabes lo que vas á hacer?
- ¿Yo, señor?
- Pero no, dijo el rey, quizás tú no querrás...
- ¡ Señor ! dijo Ascoli gravemente , yo querré todo lo que quiera V. M.
- ¡ Oh ! ya sé que me eres adicto, ya sé que eres mi único amigo, ya sé que eres el solo hombre á quien pueda pedir semejante cosa.
- ¿ Es difícil ?
- Tan difícil, que si tú estuvieses en mi lugar y yo en el tuyo, no sé si haria por tí lo que voy á pedirte que hagas por mí.
- ¡ Ah , señor ! esa no es una razon , respondió Ascoli con una lijera sonrisa.
- Creo que dudas de mi amistad, dijo el rey, y haces mal.
- Lo que importa en este momento, señor, replicó el duque con suprema dignidad, es que V. M. no dude de la mia.
- ¡ Oh ! cuando me hayas dado esta prueba, no dudaré de nada, te lo aseguro.
- ¿Qué prueba es esa, señor? Observe V. M. que pierde mucho tiempo en una cosa que probablemente será muy sencilla.
- Muy sencilla, muy sencilla, murmuró el rey ; en fin, ¿sabes tú con lo que se han atrevido á amenazarme esos bandoleros de jacobinos?
- Sí, con ahorcar á V. M. si cae en sus manos.
- Pues bien, mi querido amigo, pues bien, mi querido Ascoli, trátase de que cambies de traje conmigo.

— Sí, dijo el duque, para que si los jacobinos nos cojen...

— Ya comprendes: si nos cojen, creyendo que tú eres el rey, se ocuparán solo de tí; yo, entre tanto, me escurriré y entónces daráste á conocer, y sin haber corrido un gran peligro, tendrás la gloria de salvar á tu soberano. ¿Comprendes?

— No se trata del peligro mas ó ménos grande que yo pueda correr, señor; trátase de prestar un servicio á V. M.

Y el duque, quitándose la casaca y presentándola al rey, se contentó con decir:

— La vuestra, señor.

El rey, á pesar de su profundo egoismo, sintióse conmovido de tanta abnegacion; echó los brazos al cuello del duque y le oprimió contra su pecho. Luego, quitándose su propia casaca, ayudó al duque á ponérsela con la presteza y agilidad de un ayuda de cámara experimentado, abotonándosela de arriba á abajo, á pesar de los esfuerzos que el duque hacia para impedirlo.

— ¡Así! dijo el rey; ahora los cordones.

Y empezó por ponerle al cuello el de San Jorje Constantiniense.

— ¿No eres tú comendador de San Jorje? preguntó el rey.

— Sí, señor, pero sin encomienda. V. M. me habia prometido fundar una para mí y para mis descendientes.

— La fundo, Ascoli la fundo con una renta de cuatro mil ducados, ¿lo oyes?

— Gracias, señor.

— No te olvides de hacerme pensar en ello; porque yo seria capaz de olvidarlo.

— Sí, dijo el duque con un leve sentimiento de amargura, V. M. es muy distraido, ya lo sé.



— ¡ Chiton ! no hablemos de mis defectos en las actuales circunstancias ; eso no seria generoso. ¿ Pero al ménos tendrás el cordon de María Teresa ?

— No, señor, no tengo ese honor.

— Yo haré que mi cuñado te lo dé, pierde cuidado. ¿ De modo , pobre Ascoli , que no tienes mas que San Gennaro ?

— Tengo San Gennaro lo mismo que María Teresa, señor.

— ¿ No tienes San Gennaro ?

— No, señor.

— ¿ No tienes San Gennaro ? ¡ Cáspita ! eso es una ver-güenza. Te lo doy, Ascoli ; te lo doy con la placa que tienes en el pecho ; la has ganado bien. ¡ Qué bien te sienta la casaca ! diríase que la han hecho para tí.

— ¿ Ha observado bien V. M. que la placa es de diamantes ?

— Sí, á fé.

— ¿ Y que vale quizás seis mil ducados ?

— Yo quisiera que valiese diez mil.

El rey vistió á su vez la casaca del duque y se la abrochó apresuradamente.

— Es particular, dijo, lo bien que me hallo en tu casaca, Ascoli ; yo no sé por qué, pero la otra me ahogaba. ¡ Ah !...

Y el rey respiró con toda su fuerza.

En aquel momento oyéronse los pasos del maestro de postas, que se acercaba á la habitacion.

El rey cojió la capa y se dispuso á echarla sobre los hombros del duque.

— ¿ Qué hace V. M. ? exclamó Ascoli.

— Os pongo la capa, señor.

— Pero yo no permitiré nunca que V. M...

— Sí que lo permitirás ¡ pardiez !

— Sin embargo, señor...

— ¡ Silencio !

El maestro de postas entró.

— Los caballos están enganchados al coche de Sus Escelencias, dijo.

Al decir esto sorprendióse, pareciéndole que se había obrado entre los dos personajes un cambio de que no acertaba á darse cuenta, y que la casaca bordada y las condecoraciones habian cambiado de dueño.

Durante este tiempo el rey arreglaba el embozo de la capa de Ascoli.

— Su Escelencia, dijo el rey, para no ser molestado en el camino, quisiera pagar las postas hasta Terracina.

— Nada más fácil, dijo el maestro de postas; tenemos ocho postas y cuarto; á dos francos cada caballo, hacen trece ducados; dos caballos de refuerzo á dos francos, un ducado; — en todo catorce ducados.

— ¿ Cuánto pagan Sus Escelencias á los postillones?

— Un ducado, si andan bien; solo que á los postillones no les pagamos adelantado, en atencion á que no andarian si les pagase.

— Con un ducado de agujetas, dijo el maestro de postas inclinándose ante Ascoli, Vuestra Escelencia andará como el rey.

— Justamente, exclamó Fernando, Su Escelencia quiere andar como el rey.

— Pero me parece, dijo el maestro de postas, dirigiéndose siempre al de Ascoli, que si Su Escelencia lleva tanta prisa, podria enviarse un correo delante para mandar que preparen los caballos.

— ¡ Enviadlo, enviadlo! exclamó el rey. Su Escelencia no piensa en eso. Un ducado para el correo, medio ducado para el caballo, son cuatro ducados de más para el caballo; catorce y cuatro, diez y ocho ducados, aquí

teneis veinte. La diferencia será por la molestia que hemos causado en vuestra casa.

Y el rey metiendo la mano en el bolsillo del chaleco de Ascoli, pagó con el dinero del duque, riéndose de la partida que le jugaba.

El huésped tomó una vela y alumbró á Ascoli, en tanto que Fernando, con la mayor solicitud, le decia :

— Tenga cuidado Vuestra Escelencia, aquí hay un mal paso ; tenga Vuestra Escelencia cuidado, aquí falta un escalon á la escalera ; Vuestra Escelencia tenga cuidado, que hay un madero en el camino.

Al llegar al carruaje, Ascoli, por costumbre sin duda, se apartó á un lado, para que el rey subiese primero.

— ¡ Jamás, Jamás ! exclamó el rey inclinándose y quitándose el sombrero. Despues de Vuestra Escelencia.

Ascoli subió primero y quiso tomar la izquierda.

— La derecha, Escelencia, la derecha, dijo el rey ; es demasiado honor para mí montar en el mismo coche que Vuestra Escelencia.

Y subiendo despues del duque, el rey se colocó á su izquierda.

Un postillon montando de un salto á caballo, lanzó el carruaje al galope por el camino de Velletri.

— Todo está pagado hasta Terracina, escepto el postillon y el correo, gritó el maestro de postas.

— Y Su Escelencia, dijo el rey, paga agujetas dobles.

A esta seductora promesa, el postillon hizo crujir su látigo, y el cabriolé partió al galope, pasando por delante de las sombras que se veian moviéndose á ambos lados del camino con estraordinaria velocidad.

Estas sombras inquietaban al rey.

— Amigo, preguntó al postillon, ¿ qué gentes son esas que llevan el mismo camino que nosotros y que corren como desesperados ?

— Escelencia, respondió el postillon, parece que hoy ha habido una batalla entre los napolitanos y los franceses, y que los napolitanos han sido derrotados; esos son fugitivos.

— Por vida mia, dijo el rey á Ascoli, yo creia que éramos los primeros, y nos han adelantado. ¡ Eso es humillante; y qué piernas tienen esos mozos! Postillon, seis francos de agujetas, si los adelantais.

## XXI

## LAS INQUIETUDES DE NELSON.

Miéntas que en el camino de Albano á Velletri el rey Fernando apostaba á correr con sus súbditos, la reina Carolina, que no conocia aun mas que los triunfos de su augusto esposo, hacia cantar el *Te Deum* en todas las iglesias, y canciones en todos los teatros. Toda capital, Paris, Viena, Lóndres, Berlin, tiene sus poetas de circunstancias; pero, digámoslo para gloria de las musas italianas, ningun país, en cuanto á la lisonja rimada, puede competir con Nápoles. Parecia que desde la partida del rey y sobre todo desde su triunfo, su verdadera vocacion se habia revelado de repente á dos ó tres mil poetas. Aquella era una lluvia de odas, de cantatas, de sonetos, de acrósticos, de cuartetos, de dísticos que amenazaba convertirse en diluvio. Las cosas habian llegado al punto de que considerando inútil ocupar al poeta oficial de la córte, el señor Vacca, en un trabajo á que tantos otros parecian haberse consagrado, la reina le habia mandado ir á Caserta, dándole el encargo de escojer entre las dos ó trescientas composiciones poéticas que llegaban diariamente de todos los barrios

de Nápoles, las diez ó doce elucubraciones que merecieran ser leídas en el teatro. Solo que, por una justa decision de S. M., habiendo comprendido que es mas fatigoso leer diez ó doce mil versos al dia que hacer ciento y aun cincuenta, habiase doblado el sueldo del señor Vacca por todo el tiempo que durase aquella re-  
 crudescencia de poesia.

El dia 9 de diciembre de 1798 habia hecho época en medio de las laboriosas jornadas que le precedieran. El señor Vacca habia despachado un total de novecientas composiciones diferentes. Una cantata, que puso inmediatamente en música el maestro Cimarosa, cuatro sonetos, tres acrósticos, un cuarteto y dos disticos fueron considerados dignos de leerse en el teatro del palacio de Caserta, donde hubo aquella misma noche representacion extraordinaria, poniéndose en escena los *Horacios*, de Domingo Cimarosa, y uno de los trescientos bailes que se han compuesto en Italia con el título de *Los jardines de Armida*.

Acabábase de cantar la cantata, de declamar las dos odas, de leer los cuatro sonetos, los tres acrósticos, el cuarteto y los dos disticos de que se componia la provision poética de la funcion, cuando se anunció que acababa de llegar un correo, trayendo á la reina una carta que contenia noticias del *teatro de la guerra*, y iba á comunicarse al público.

Hubo aplausos, pidióse con insistencia la lectura de la carta, y el sabio caballero Ubalde, que se hallaba dispuesto á disipar, al primer silbido de su varilla de acero, los mónstruos que guardan las cercanías del palacio de Armida, fué el encargado de dar á conocer al entusiasmado público el contenido del real billete.

Acercóse cubierto de su armadura, llevando sobre el casco un penacho encarnado y blanco, colores naciona-

les del reino de las Dos Sicilias ; saludó tres veces, besó respetuosamente la firma, y luego, en alta é inteligible voz, leyó la carta siguiente :

« Mi querida esposa :

« Esta mañana he estado á cazar en Corneto, donde se habian preparado para mí escavaciones de tumbas etruscas, que suponen remontan á la mas remota antigüedad, lo que hubiera sido una gran fiesta para sir William, si no hubiera tenido la pereza de quedarse en Nápoles ; pero como yo tengo en Cumas, en Santa Agata dei Goti y en Nola, tumbas mucho mas viejas que esas tumbas etruscas, dejé á mis sabios escavar á sus anchas y me fui derecho á la caza.

« En todo el tiempo que duró esta caza, mucho mas fatigosa y ménos abundante que mis cazas de Persano ó de Astroni, puesto que no he matado mas que tres jabalíes, uno de los cuales, que me ha destripado tres de mis mejores perros, pesaba en cambio, mas de doscientos rottoli, hemos oido cañonazos por la parte de Cívita Castellana : era Mack que se entretenia en derrotar á los franceses en el punto preciso en que nos habia anunciado que los derrotaría ; lo que hace, como veis, un grandísimo honor á su ciencia estratégica. A las tres y media, hora en que dejé de cazar para volver á Roma, el ruido del cañon no habia cesado todavía ; parece que los franceses se defienden ; pero eso no debe inquietarnos, puesto que ellos no son mas que ocho mil y Mack tiene cuarenta mil soldados.

« Os escribo, mi querida esposa y señora, ántes de sentarme á la mesa. No me aguardaban hasta las siete y he llegado á las seis y media, lo que hace que, aunque el hambre me devora, no he hallado la comida

lista y tengo forzosamente que esperar; pero ya veis que utilizo agradablemente esta media hora escribiéndooos.

«Después de comer iré al teatro Argentina, donde oiré *El Matrimonio secreto* y veré un baile, compuesto en mi honor, titulado: *La entrada de Alejandro en Babilonia*. Escuso deciros, á vos que sois la instruccion en persona, que es una alusion delicada á mi entrada en Roma. Si este baile es tal como me aseguran, enviaré á Nápoles al que lo ha compuesto, para que lo ponga en el teatro de San Carlos.

«Aguardo esta noche misma la noticia de una gran victoria; os enviaré un correo inmediatamente que la reciba.

» Con esto, y no teniendo otra cosa que deciros sino que os deseo á vos y á nuestros queridos niños una salud semejante á la mia, ruego a Dios que os haya en su santa guarda.

« FERNANDO B. »

Como se ve, la parte importante de la carta desaparece completamente bajo la parte secundaria; hablábase en ella mucho mas de la caza de los jabalies que habia hecho el rey, que de la batalla que habia dado Mack. Luis XIV, en su orgullo autocrático, es el primero que ha dicho: *El Estado soy yo*; pero esta máxima, aun antes de que fuese materializada por Luis XIV, era ya, como después lo ha sido, la de todas las monarquias despóticas.

A pesar de su barniz de egoismo, la carta de Fernando produjo el efecto que la reina esperaba, y nadie fué bastante osado en su oposicion, para no participar de la esperanza de Su Magestad, en cuanto al resultado de la batalla.

Concluido el baile, apagadas las luces y los convidados en camino para volver á sus hogares, la reina entró en su aposento seguida de sus amigos de confianza, que debian cenar con ella y pasar la velada en su compañía. Entre estos, como puede suponerse, contábanse las damas de honor de servicio, Emma, sir William, lord Nelson, el príncipe de Castelcicala y las princesas Victoria y Adelaida. Con estas venia Mr. Boccheciampe, perteneciente á la nobleza de Córcega, y Mr. de Césare, gefes de los corsos que componian la guardia de honor de las princesas. Aquella noche de Césare, que solo contaba veinte y tres años y que era un buen mozo, habia añadido á su traje todo lo que cabia en su calidad de teniente, para lucir su airoso talle en palacio.

Sin embargo, su linda figura y su aire distinguido no fueron la causa del grito que se escapó á la reina al verlo y que fué repetido por Emma, Acton, sir William y por casi todos los convidados.

La causa de aquel grito era la sorpresa causada en todos por la extraordinaria semejanza que habia entre Juan Bautista de Césare y el príncipe Francisco, duque de Calabria.

De Césare, que nunca habia visto al heredero del trono, y que ignoraba el favor que debia á la casualidad de parecerse al hijo de un rey, turbóse al ver el ruidoso efecto que su entrada producía y con el cual no habia contado; pero salió del atolladero diciendo que el príncipe le perdonaria la audacia involuntaria de parecersele, y en cuanto á la reina, como todos los vasallos eran sus hijos, no debia querer mal á los que, además de darles su corazón, se parecian á sus hijos.

Sentáronse á la mesa, y la cena fué alegre. Encontrándose en un sitio y una sociedad que les recorda-

ba Versalles, las viejas princesas olvidaron poco á poco la pérdida de su hermana : uno de los privilegios del luto cortesano está en no ser negro, sino violeta, y en que no dura mas que tres semanas.

Lo que daba mas alegría á la reunion era la conviccion general de que, segun las noticias enviadas por el rey, á aquella hora debian estar derrotados los franceses. Los que no participaban completamente de esta conviccion hacian lo posible por aparentarlo.

Solo Nelson, á pesar de los ardientes flúidos de que lo nundaba la mirada de Emma, parecia preocupado, y no tomaba parte en el coro de esperanzas con que los cortesanos acariciaban el odio y el orgullo de la reina. Carolina acabó por observar esta preocupacion, y como no podia atribuirle á los rigores de Emma, concluyó por preguntarle la causa de su reserva.

— ¿ V. M. desea saber los pensamientos que me preocupan ? preguntó Nelson ; pues bien, aunque mi franqueza desagrade á la reina, la diré que estoy inquieto.

— ¡ Inquieto ! ¿ y por qué ?

— Porque lo estoy siempre que se anda á cañonazos.

— Milord, dijo la reina, me parece que olvidais de qué parte están vuestras simpatías en los que ahora se disparan.

— Justamente, señora, porque recuerdo la carta á que aludís, redobra mi inquietud, y si sucediera alguna desgracia á V. M. se trocariá en remordimiento.

— ¿ Por qué la escribisteis ?

— Porque me afirmásteis, señora, que vuestro yerno el emperador de Austria entraria en campaña al mismo tiempo que vos.

— ¿ Y quién os ha dicho que no lo ha hecho ó que no lo hará ?

— Si así fuera, ya sabriamos algo : un César aleman

no sale á campaña con un ejército de doscientos mil hombres, sin que tiemble algo la tierra, y si ya no lo está, no podrá estarlo hasta el mes de abril.

— ¿Pero no ha escrito al rey, preguntó Emma, asegurándole que cuando llegara á Roma, él se pondría en marcha?

— Sí, lo creo, balbuceó la reina.

— ¿Habeis visto la carta con vuestros propios ojos, señora? preguntó Nelson, fijando sus ojos grises en la reina, como si hubiera sido una mujer cualquiera.

— No; pero el rey lo ha dicho á M. Acton, dijo la reina balbuceando. Por lo demás, aun suponiendo que nos hubiéramos engañado; ó que nos hubiera engañado el emperador de Austria, ¿habríamos de desesperar por eso?

— Yo no digo precisamente que debiéramos desesperar; pero temería mucho que el ejército napolitano solo no fuese bastante fuerte para sostener el choque de los franceses.

— ¡Cómo! ¿vos creéis que los diez mil franceses de M. Championnet pueden vencer á sesenta mil napolitanos mandados por el general Mack, que pasa por ser el primer estrategista de Europa?

— Digo, señora, que toda batalla es dudosa, que la suerte de Nápoles depende de la que se ha dado ayer, y por último, digo, que si desgraciadamente Mack fuese derrotado, ántes de quince dias los franceses estarían en Nápoles.

— ¡Ay, Dios mio! ¿qué decis? murmuró la princesa Adelaida palideciendo. ¡Cómo! ¿tendríamos que volver á ponernos nuestros mantos de peregrinas? ¿Oís lo que dice milord Nelson, hermana?

— Ya lo oigo, respondió Victoria, dando un suspiro de resignacion; pero yo pongo nuestra causa en manos del Señor.

— ¡En manos del Señor, en manos del Señor! eso está muy bien dicho, religiosamente hablando; pero el Señor tiene en sus manos tantas causas como la nuestra, que debe faltarle tiempo para atender á todas.

— Milord, dijo la reina á Nelson, á cuyas palabras daba mas importancia de la que aparentaba; ¿apreciais en tan poco nuestros soldados que temeis no puedan vencer á los republicanos, batiéndose seis contra uno, miéntas que con vuestros ingleses los derrotáis con fuerzas iguales y aun inferiores?

— En el mar, sí, señora, porque el mar es nuestro elemento: nacer en una isla es nacer en un buque anclado. En el mar, un inglés vale por dos franceses, pero en tierra es otra cosa; los franceses son en tierra lo que los ingleses en la mar. Dios sabe cuánto los aborrezco. Dios sabe que les hago una guerra sin cuartel; Dios sabe, en fin, cuánto desearia que esa nacion impía, que reniega de su Dios y degüella á sus soberanos, estuviese en un navío, para irle al abordaje, aunque fuese con el pobre *Vanguardia*, mutilado y todo como está. Pero odiar á un enemigo, no debe impedir que se le haga justicia. Quien dice odio, no dice desprecio. Si despreciara á los franceses, no me tomaria el trabajo de aborrecerlos.

— ¡Vaya, querido lord! dijo Emma con aquel ademan gracioso que solo á ella era peculiar; no seais pájaro de mal agüero. Los franceses serán derrotados en tierra por el general Mack, como lo han sido en el mar por el almirante Nelson..... ¡Escuchad! oigo el chasquido de un látigo que nos anuncia noticias frescas. ¿Oís, señora? ¿Oís, milord?.... Es el correo que nos ha prometido el rey.

En efecto, poco á poco se oyeron mas cerca los chasquidos del látigo; mas pronto distinguieron que no era un caballo solo, sino un coche el que corria. Todos se le-

vantaron por un movimiento espontáneo y prestaron atención.

Acton, mas conmovido que los otros, volvióse á la reina y la dijo :

— ¿Permite V. M. que me informe?

La reina le respondió haciendo con la cabeza un signo afirmativo.

Acton salió corriendo y atravesó los aposentos por donde el correo debia venir. Pero de repente dió tres pasos atrás, como herido por una aparicion, y entró en la sala exclamando :

— ¡El rey!

## XXII

TODO SE HA PERDIDO, INCLUSO EL HONOR.

Efectivamente, á los pocos momentos entró el rey seguido del duque de Ascoli. Una vez en su palacio, y no teniendo ya nada que temer, el rey habia recobrado su rango y pasado el primero.

Hallábase S. M. en una rara disposicion de ánimo; el despecho que le inspiraba su derrota, luchaba en él con la satisfaccion de haber escapado del peligro, y sentia esa necesidad de burlarse de todo que le era natural, pero que en las circunstancias en que se hallaba era mas amarga que nunca.

Añadid á esto el malestar fisico de un hombre, mejor dicho, de un rey, que acaba de correr sesenta leguas en un mal calesin, sin encontrar que comer, en un dia frio y una lluviosa noche de diciembre.

— ¡Brrru! dijo entrando y frotándose las manos, sin parar la atención en las personas que estaban presentes.

Se está mejor aquí que en el camino de Albano; ¿qué te parece, Ascoli?

Y luego, viendo que los convidados de la reina se confundían en reverencias, añadió :

— Buenas noches, buenas noches, pláceme en extremo hallar la mesa puesta. Desde Roma no hemos encontrado un pedazo de carne que llevarnos á la boca. ¡Pan y queso, y en corta cantidad! ¡Uf! ¡qué malas son las posadas de mi reino, y cómo compadezco á los pobres diablos que tienen necesidad de ellas! ¡A la mesa, Ascoli, á la mesa! Estoy rabiando de hambre.

Y sentóse á la mesa, sin reparar en el sitio en que se colocaba, y mandó á Ascoli que se sentara junto á él.

— Señor, dijo la reina, ¿seríais tan bueno que calmáseis mi inquietud, diciéndome á qué debo la felicidad de vuestra inesperada vuelta?

— Señora, creo que vos me contásteis—de seguro que no fué San Nicandro—la historia de Francisco I, que despues de no sé qué batalla, prisionero de no sé qué emperador, escribia á su señora madre una larga carta que terminaba con esta hermosa frase: *todo se ha perdido, ménos el honor*. Pues bien, suponed que yo llego de Pavia—ahora me acuerdo del nombre de la batalla,—y que no siendo tan tonto como Francisco I para dejarme atrapar, en lugar de escribiros, vengo á deciros yo mismo.....

— ¡Todo se ha perdido ménos el honor! exclamó la reina espantada.

— ¡Ah, no señora! dijo el rey con risa sardónica; hay una pequeña diferencia: ¡*Todo se ha perdido incluso el honor!*

— ¡Ah! señor, exclamó Ascoli, avergonzado del cinismo del rey.

— Si el honor no se ha perdido, Ascoli, dijo el rey

frunciendo las cejas y apretando los dientes, es porque no habia mucho que perder. Dime sino, ¿en pos de quién corrian aquellas gentes de á pié, tan ligeras, que pagando yo ducado y medio de agujetas, apenas podiamos dejarlas atrás? En pos de la vergüenza.

Todo el mundo callaba; porque, sin saber nada, lo sospechaban todo.

Y miéntras decia esto, alargó el rey el tenedor y trinchó un faisán asado, del que hizo dos partes; puso una en su plato y dió á Ascoli la otra.

Viendo que todos, incluso la reina, estaban de pié, dijo: — Sentáos, sentáos. Cenando mal, no mejorais el estado de los asuntos.

Echóse un vaso de vino de Burdeos, y pasó la botella á Ascoli.

— ¡A la salud de Championnet! dijo. Ese sí que es un hombre de palabra: prometió á los republicanos estar en Roma antes de veinte dias, y á los diez y siete ya estaba allí. El sí que mereceria beber este excelente vino de Burdeos, miéntras que yo solo merezco del *peleon*.

— ¡Cómo, señor! ¿Qué estáis diciendo, exclamó la reina, Championnet está en Roma?

— Tan cierto como yo en Caserta. Pero me consuelo pensando que no habrá sido allí mejor recibido que yo lo soy aquí.

— Si no se os ha hecho el debido recibimiento, debéis atribuirlo á la sorpresa que nos ha causado vuestra presencia en el momento en que ménos esperábamos la dicha de veros. Apénas hace tres horas que he recibido una carta en que me anunciábais un correo, que debia traerme noticias de la batalla.

— El correo soy yo, replicó el rey, y las noticias hé-las aquí: nos han derrotado completamente. ¿Qué decís á esto, milord Nelson, vencedor de vencedores?

— Media hora ántes de que V. M. llegase manifestaba mi temor de una derrota.

— Y ninguno de nosotros queria creerlo, señor, añadió la reina.

— Lo mismo sucede á todos los profetas, y sin embargo, Nelson no es profeta en su tierra. De todos modos, él ha estado en lo cierto.

— Pero, señor, ¿y los cuarenta mil hombres con que Mack aseguraba que aplastaria á los diez mil republicanos de Championnet?

— Mack no era profeta como milord Nelson, puesto que son los diez mil republicanos de Championnet los que han aplastado á los cuarenta mil hombres de Mack. ¿Qué te parece, Ascoli, si el papa, aceptando mi invitacion se ha apresurado á ir á Roma en alas de los serafines para pasar la Pascua conmigo? Esperamos que no se habrá apresurado á aceptar mi convite. Acércame ese brazuelo de jabalí, Castelcicala, que no se aplaca un hambre de veinte y cuatro horas con medio faisán.

Y añadió volviéndose hácia la reina :

— ¿No teneis nada mas que preguntarme, señora?

— Sí, señor.

— Hablad.

— Quisiera me dijese V. M. lo que significa esta farsa.

Y así diciendo señalaba á Ascoli con el dedo.

— ¿Qué farsa?

— ¡El duque de Ascoli vestido de rey!

— ¡Ah! es verdad; y el rey vestido de duque de Ascoli. Pero antetodo, sentaos. No me agrada comer sentado, miéntras que todos estáis en pié á mi alrededor; y sobre todo Sus Altezas reales, añadió el rey leván-

tándose, volviéndose hácia las princesas y saludándolas.

— ¡ Señor ! dijo la princesa Victoria, cualesquiera que sean las circunstancias en que nos volvamos á ver, crea V. M. que somos felices en verlo sano y salvo.

— Gracias, gracias. ¿ Quién es ese teniente buen mozo que se atreve á parecerse á mi hijo ?

— Uno de los siete guardias que habeis dado á Sus Altezas reales, dijo la reina ; M. de Césare es de una buena familia corsa, señor, y además la charretera ennoblece.

— Cuando el que la lleva nó la degrada... Si Mack no me ha engañado, sobran en el ejército charreteras que deben cambiar de hombros. Servid bien á mis prietas, señor de Césare, y os guardaremos una de ellas.

Hizo el rey seña para que se sentaran, y obedecieron, aunque ninguno comió.

— Ahora, dijo Fernando á la reina, preguntad á Ascoli por qué está vestido de rey y yo de Ascoli. — Ascoli, cuéntaselo.

— No debo yo, señor, vanagloriarme del honor que me ha hecho V. M.

— A eso le llama un honor. ¡ Pobre Ascoli !... Pues yo os contaré el honor que le he hecho. Figuraos que esos miserables jacobinos habian dicho que me ahorcarían si caía en sus manos.

— Y son bien capaces de hacerlo.

— Ya lo veis, señora ; tambien vos pensais lo mismo... Como escapamos sin tener tiempo de disfrazarnos, en Albano dije á Ascoli : « Dame tu casaca y toma la mia, para que si esos canallas de jacobinos nos atrapan, crean que tú eres el rey y me dejen escapar, y cuando yo esté en salvo, les dirás que no eres el rey. » Pero el pobre Ascoli, añadió el rey soltando una carcajada, no

habia pensado en una cosa, y es que si nos hubieron cogido, no le habrian dado tiempo para explicarse, porque le habrian ahorcado reservándose el escuchar despues su explicacion.

— Sí, lo habia pensado, señor, respondió el duque.

— ¿ Lo habias pensado ?

— Sí, señor.

— ¿ Y á pesar de eso aceptastes ?

— Precisamente por eso, como ya he tenido el honor de decir á V. M., dijo Ascoli inclinándose.

Sintióse el rey conmovido al ver adhesion tan noble y sencilla. Ascoli era, entre sus cortesanos, el que ménos le habia pedido, y por consiguiente al que ménos habia pensado dar.

— Ascoli, dijo el rey, ya te he dicho y te repito que te quedarás con esa casaca tal como está, con sus cordones y sus placas, en memoria del dia en que te ofrecistes en holocausto por tu rey, y yo guardaré la tuya como recuerdo de ese dia. Si alguna vez tienes alguna gracia que pedirme ó un reproche que hacerme, ponte esa casaca y ven á buscarme.

— ¡ Bravo, señor ! exclamó de Césare; esto es lo que se llama recompensar.

— Jóven, dijo la princesa Adelaida, ¿ olvidais que te neis el honor de hablar á un rey ?

— Perdon, Altezas, nunca lo he olvidado ménos que ahora, porque nunca he visto un rey mas grande.

— ¡ Ah ! dijo Fernando, este es un jóven que promete. ¡ Ven aca ! ¿ Cómo te llamas ?

— De Césare, señor.

— De Césare, yo te digo que podrias muy bien ganar un par de charreteras arrancadas á los hombros de un cobarde, porque estoy seguro de que no te espondrías á pasar esta vergüenza. Te hago capitán. Señor

Acton, mandad que le den mañana el diploma y añadid una gratificación de mil ducados.

— V. M. me permitirá partirla con mis compañeros.

— Haz lo que quieras; pero ven á verme con las insignias de tu nuevo grado, para que pueda estar seguro de que se han cumplido mis órdenes.

El jóven se inclinó, y volvió á su puesto.

— Señor, dijo Nelson, permitidme que os felicite; esta noche habeis sido dos veces rey.

— Vaya por los dias en que me olvido de serlo si quiera una, milord, respondió el rey con un acento que participaba de la malicia y de la franqueza, mezcla que hacia tan difícil juzgar su carácter.

Y añadió volviéndose al duque:

— Veamos, Ascoli, volvamos á nuestros carneros. ¿Está hecho el trato?

— Sí, señor, y el agradecimiento es todo mio, replicó Ascoli. Solo pediré á V. M. tenga la bondad de devolverme una tabaquera de carey, que tiene el retrato de mi hija y está en un bolsillo de mi casaca, y yo os restituiré esta carta de S. M. el emperador de Austria, que V. M. puso en este bolsillo, despues de leer la primera línea.

— Es verdad, ya me acuerdo. Dámela, Ascoli.

— Héla aquí, señor.

El rey tomó la carta y la abrió maquinalmente.

— ¿Está bueno nuestro yerno? preguntó la reina con cierta inquietud.

— Así lo creo, y pronto os lo diré fijamente, puesto que Ascoli me recuerda que la recibí al montar á caballo.

— ¿Y no habeis leído mas que la primera línea? preguntó la reina.

— Nada mas; en ella me felicitaba por mi entrada

triunfal en Roma, y como el momento no era muy oportuno, pues la recibia en el momento de salir de ella poco triunfalmente, no me pareció bien perder el tiempo en leerla. Ahora es diferente, y si me lo permitís...

— Leed, señor, dijo la reina inclinándose.

El rey empezó á leer; pero á la segunda ó tercera línea, su rostro se descompuso de repente y mudó de espresion.

La reina y Acton cambiaron una mirada, y su ojos se fijaron con avidez en aquella carta que el rey continuaba leyendo con creciente agitacion.

— ¡ Ah! dijo el rey; por San Gennaro que esto es bien extraño, y á ménos que el miedo no me haya hecho perder el sentido...

— ¿ Pero qué hay, señor? preguntó la reina.

— Nada, señora, nada... S. M. el emperador me anuncia una noticia que no esperaba.

— La espresion de vuestro rostro, señor, me hace temer que sea mala.

— ¡ Mala! no os equivocais, señora. Estamos en día de malas noticias, y como dice el proverbio... bien venegas mal, si vienes solo.

En aquel momento entró un lacayo, acercóse al rey y le dijo al oido:

— Señor, la persona que V. M. me mandó buscar al apearse y que por casualidad estaba en San Lucio, espera á V. M. en su aposento.

— Está bien, respondió el rey; ya voy. Espera: infórmate si Ferrari... ¿ Era él el portador de mi último despacho?

— Sí, señor.

— Infórmate si aun está aquí.

— Sí, señor, é iba á partir cuando os ha visto llegar.

— Dile que no se mueva, porque lo necesitaré dentro de media hora.

El criado salió.

— Señora, escusadme si os dejo. Ya comprenderéis que despues de la carrera que acabo de hacer, tengo necesidad de reposo.

La reina hizo con la cabeza un signo de asentimiento.

Dirigiéndose entónces á las dos princesas, que no habian dejado de hablar en voz baja desde que vieron el mal estado de las cosas,

— Señoras, dijo, hubiera querido ofreceros una hospitalidad mas segura, y sobre todo mas durable; pero en todo caso, si os viéseis obligadas á dejar mi reino, y no quisiérais venir donde acaso tendremos que ir nosotros, yo no tendré la menor inquietud por vuestras altezas reales miéntas tengan por guardias de corps al capitán de Césaré y sus compañeros.

Y dirigiéndose á Nelson añadió :

— Milord, espero que mañana nos veremos, ó por mejor decir, hoy, ¿no es verdad? En las circunstancias en que me encuentro, necesito conocer á los amigos con quienes puedo contar, y saber hasta qué punto debo contar con ellos.

Nelson se inclinó y dijo :

— Señor, espero que V. M. no dudará de mi adhesion ni de la simpatía de mi soberano, ni del apoyo que le prestará la nacion inglesa.

Hizo el rey un signo que queria decir dos cosas á un tiempo :

— Gracias, y cuento con vuestra promesa.

Acercóse despues á Ascoli diciéndole :

— Amigo mio, no te doy las gracias, porque siendo tan sencillo lo que has hecho, segun tú supones, no merece la pena.

Y añadió volviéndose al embajador inglés :  
 — ¿Os acordais, sir Hamilton, de que en el momento de decidir esta desgraciada guerra, me lavé las manos como Pilatos.

— Me acuerdo perfectamente, señor. El cardenal Ruffo tenia la palangana en que os lavásteis.

— Ahora bien, suceda lo que quiera, nada me importa. Es cuestion de los que todo lo han hecho sin consultarme, y que cuando me han consultado no han querido escuchar mis consejos.

Y dirigiendo una mirada de reconvencion á la reina y á Acton, salió.

La reina se acercó á Acton.

— ¿Habeis oido? le dijo. Ha pronunciado el nombre de Ferrari, despues de leer la carta del emperador.

— Es verdad, señora; pero Ferrari no sabe nada. Todo se hizo miéntras él dormia.

— No importa; será prudente desembarazarnos de este hombre.

— Nos desembarazarémos.

### XXIII

DONDE SU MAJESTAD CONCLUYE POR NO ESTAR MAS ENTERADO  
 AL FIN QUE AL PRINCIPIO.

El personaje que esperaba al rey en su aposento era el cardenal Ruffo, á quien acudia en todos los casos estremos, y al que tenia lugar en aquella ocasion agregábase una complicacion inesperada que acrecentaba en el rey el deseo de consultarlo. Así es que entró en la cámara gritando :

— ¿Dónde está, dónde está?

—Héme aquí, señor, respondió el cardenal adelantándose.

—Ante todo, querido cardenal, perdonadme que os haya hecho levantar á las dos de la mañana.

—Puesto que mi vida pertenece á V. M., lo mismo son tuyas mis noches que mis dias.

—Es que debéis saber que nunca he necesitado mas la adhesion de mis amigos que en este momento.

—Y yo estoy orgulloso de que S. M. me cuente entre las personas de su confianza.

—¿No habeis sospechado lo que sucede al verme llegar de esta manera tan inesperada?

—Supongo que el general Mack se ha dejado vencer.

—Y bien de prisa; en una sola vez y de un solo golpe. Nuestros cuarenta mil napolitanos, segun parece, han entrado todos en fuego.

—¿Necesito decir á V. M. que lo esperaba?

—¿Y entónces, por qué me aconsejásteis la guerra?

—V. M. recordará que yo ponía una condicion.

—¿Cuál?

—Que el emperador de Austria marchara sobre el Mincio al mismo tiempo que V. M. sobre Roma; mas parece que el emperador no se ha movido.

—Eminentísimo, ese es otro misterio para mi.

—¿Cómo?

—¿Recordais la carta en que el emperador me decia que en cuanto estuviese yo en Roma, él entraria en campaña?

—Perfectamente; la leimos, examinamos y comentamos juntos.

—Justamente debo tenerla aquí en mi cartera particular.

—¡Y bien! señor.

—Y bien, leed esta otra carta que he recibido en Ro-

ma al poner el pié en el estribo, y que ahora acabo de leer, y si comprendeis algo, declaro no solo que sois mucho mas perspicaz que yo, lo que no es difícil, sino que sois brujo.

— Os suplico que os reserveis esa opinion, que podria comprometerme en Roma.

— Leed, leed.

El cardenal tomó la carta y leyó :

«Mi querido hermano y primo, tío y suegro, aliado y confederado.....»

— ¡ Ah! dijo el cardenal interrumpiéndose, esta es de puño y letra del emperador.

— Leed, leed, dijo el rey.

El cardenal leyó.

«Dejadme ante todo felicitaros por vuestra entrada triunfal en Roma. El Dios de los ejércitos os ha protegido y le doy gracias por su proteccion, tanto mas oportuna, cuanto que parece hay entre nosotros una mala inteligencia.....»

El cardenal miró al rey.

— Ahora vereis, Eminentísimo, todavía no habeis concluido...

El cardenal continuó :

« Decirme en la carta que me haceis el honor de escribirme anunciándome vuestras victorias, que yo no tengo por mi parte mas que hacer que cumplir mi promesa como vos habeis cumplido las vuestras, añadiendo que esta promesa consistia en mi entrada en campaña cuando vos llegáseis á Roma... »

— ¿ Os acordais, Eminentísimo, de que el emperador mi yerno habia contraido este compromiso ?

— Me parece que estaba escrito con todas sus letras en su despacho.

— Ahora vamos á verlo, dijo el rey, que acababa de

encontrar en su cartera la carta en cuestion. Ahora juzgaremos y veremos quien se equivoca ; hé aquí la carta de mi yerno ; continuad.

El cardenal continuó :

« No solamente no os he prometito eso, sino que por el contrario, os escribí diciéndoos que no entraria en campaña hasta la llegada de Sowarow y sus cuarenta mil rusos, que no se efectuará hasta el próximo abril... »

— Ya veis que uno de los dos debe estar loco.

— Uno de los tres, porque yo la he leído, como V. M.

— Entónces continuad.

El cardenal continuó su lectura :

« Estoy tanto mas seguro de lo que os digo, mi querido tio y suegro, cuanto que, segun su recomendacion, escribí la carta que tuve el honor de dirigirle, de mi puño y letra... »

— Ya lo veis ; de su puño y letra.

— Es verdad ; pero diré como V. M. que no entiendo jota.

— Ahora vereis, Eminencia, que no hay de la augusta mano de mi yerno, mas que el sobre, el encabezamiento y la salutacion.

— Me acuerdo perfectamente.

— Continudad.

El cardenal continuó :

« ... Y que, para no separarme en nada de lo que habia tenido el honor de decir á V. M., mandé á mi secretario sacar copia, que os envio, á fin de que la compareis con el original, y os convenzais de que no podia haber en mis palabras el menor equivoco que pudiera induciros á semejante error. »

El cardenal miró al rey.

— ¿Comprendeis algo? le preguntó Fernando.

— Lo mismo que vos, señor; mas permitidme que llegue hasta el fin.

— ¡Seguid, seguid! ¡ah! ¡estamos frescos, mi querido general!

« Y como tenia el honor de decir á V. M., continuó Ruffo, soy doblemente dichoso de saber que la Providencia haya bendecido vuestras armas; pues si en lugar de una victoria hubiese tenido una derrota, me hubiera sido imposible, sin faltar á los compromisos contraidos por mí con las potencias confederadas, ir á socorrerle, y me hubiera visto obligado, con gran sentimiento mio, á abandonarle á su mala suerte; lo que hubiera sido para mi corazon una desesperacion extrema que, por fortuna, la Providencia me ha evitado concediéndole la victoria... »

— Sí, la victoria, dijo el rey, ¡hermosa victoria!

« Y ahora, recibid, mi querido hermano y primo, tío y suegro... »

— ¡*Etcétera, etcétera!* interrumpió el rey. ¡Ah!... Y ahora, mi querido cardenal, veamos la copia de la pretendida carta, cuyo original afortunadamente conservo.

Esta copia estaba efectivamente inclusa en la carta.

Era la copia del despacho abierto por la reina y Acton, que le habian reemplazado por otro. Ruffo la leyó.

Y ahora que acabais de leer la supuesta copia, dijo el rey, leed el original, y veréis como dice lo contrario.

Y alargó al cardenal la carta falsificada que leyó en alta voz como habia hecho con la primera.

El cardenal se quedó pensativo despues de acabar su lectura.

— Y bien, Eminentísimo, ¿qué pensais de eso? dijo el rey.

— Que el emperador tiene razon y V. M. tambien.

— ¿Lo cual significa?...

— Que hay en todo esto, como V. M. ha dicho, algun misterio terrible, ó mas que un misterio, una traicion.

— ¡ Una traicion ! ¿ Y quién tendria interés en hacerla ?

— Eso es preguntarme el nombre de los culpables, señor, y yo no los conozco.

— ¿ Pero no seria posible conocerlos ?

— Busquémoslos ; yo no tengo inconveniente en ser el sabueso de V. M. ; y conforme Júpiter ha encontrado á Ferrari... Y á propósito de Ferrari, señor, no seria malo interrogarle.

— Esa ha sido mi primera idea ; y así le he advertido que estuviera dispuesto.

— Entónces será bueno que V. M. le haga venir.

El rey llamó ; presentóse el mismo lacayo que fué á hablarle en la mesa.

— ¡ Ferrari ! preguntó el rey.

— Aguarda en la antecámara, señor.

— Hacedle entrar.

— V. M. me ha dicho que estaba seguro de este hombre.

— Es decir, Eminencia, que os he dicho que creia estarlo.

— Pues bien, yo iré mas léjos que V. M., estoy seguro de él.

Ferrari apareció en la puerta, con botas y espuelas, dispuesto á partir.

— Ven aquí, guapo mozo, le dijo el rey.

— A la órden de V. M. ¿ Están mis despachos, señor ?

— No se trata de despachos esta noche, amigo mio, dijo el rey ; trátase solamente de responder á nuestras preguntas.

- Estoy pronto, señor.
- Interrogad, cardenal.
- Amigo mio, dijo Ruffo al correo, el rey tiene la mayor confianza en vos.
- Creo haberla merecido por quince años de buenos y leales servicios, monseñor.
- Por eso el rey os ruega que reunais todos vuestros recuerdos, y tiene á bien advertiros por mi boca que se trata de un asunto importantísimo.
- Aguardo vuestras órdenes, monseñor, dijo Ferrari.
- ¿Recordais bien todas las circunstancias de vuestro viaje á Viena? preguntó el cardenal.
- Como si ahora mismo llegara, monseñor.
- ¿Fué el emperador en persona quien os entregó la carta que traísteis al rey?
- El mismo, monseñor, y ya he tenido el honor de decírselo á V. M.
- ¿Dónde guardasteis la carta del emperador?
- En este bolsillo, dijo Ferrari abriendo la chaqueta.
- ¿Y dónde os detuvisteis?
- En ninguna parte, escepto para mudar de caballo.
- ¿Dónde habeis dormido?
- No he dormido.
- ¡Hum! dijo el cardenal; pero yo he oido decir— vos mismo lo habeis dicho— que os habia sucedido una desgracia.
- En el patio de palacio, monseñor; caí del caballo, fui á dar con la cabeza contra un poste y me desmayé.
- ¿Dónde recobrasteis los sentidos?
- En la botica.
- ¿Cuánto tiempo habeis estado sin conocimiento?
- Es fácil calcular, monseñor. Caí del caballo á eso de la una ó la una y media de la madrugada, y cuando volví á abrir los ojos, empezaba á amanecer.

—A principios de octubre amanece á eso de las cinco y media de la mañana ; ¿de modo que habeis estado desmayado cerca de cuatro horas?

—Cerca, sí, monseñor.

—¿Quién estaba á vuestro lado cuando abristeis los ojos?

—M. Richard, secretario de su escelencia el capitán general, y el cirujano de Santa María.

—¿No sospechais que hayan tocado á la carta que teniais en el bolsillo?

—Cuando me desperté, lo primero que hice fué llevar la mano al bolsillo, y la carta estaba allí. Examiné el sello y el sobre, y me parecieron intactos.

—¿Luego teniais alguna duda?

—No, monseñor, obré instintivamente.

—¿Y despues?

—Despues, monseñor, como el cirujano de Santa María me habia curado durante mi desmayo, me hicieron tomar una taza de caldo; salí y entregué la carta á S. M. Además, vos estábais allí, monseñor.

—Sí, mi querido Ferrari, y yo creo poder afirmar al rey, que en todo este asunto os habeis portado como bueno y leal servidor. Es cuanto se deseaba saber de vos ; ¿no es verdad, señor?

—Sí, respondió Fernando.

—S. M. os permite que os retireis, amigo mio, y os vayais á descansar.

—¿Me atreveré á preguntar á S. M. si he merecido en algo su desagrado?

—Al contrario, mi querido Ferrari, dijo el rey, al contrario, ahora mas que nunca eres el hombre de mi confianza.

—Es cuanto deseaba saber, señor ; pues es la única recompensa que ambiciono.

Y se retiró satisfecho de la seguridad que le daba el rey.

— ¿Y bien? preguntó Fernando.

— Y bien, señor, si ha habido sustitucion de carta ó cambio hecho en ella, ha sido durante el desmayo de ese infeliz.

— Pero, como él mismo os ha dicho, Eminentísimo, el sello y el sobre estaban intactos.

— Un molde de sello es fácil de tomar.

— ¿Habrán falsificado, la firma del emperador?

En tal caso, el que lo ha hecho es un hábil falsario.

— No ha habido necesidad de falsificar la firma del emperador, señor.

— ¿Cómo se han arreglado entónces?

— Notad, señor, que yo no os digo lo que han hecho.

— ¿Pues qué me dices?

— Digo á V. M. lo que hubieran podido hacer.

— Veamos.

— Suponed, señor, que hayan buscado ó hayan mandado hacer un sello que representase la cabeza de Marco Aurelio.

— ¿Y despues?

— Hubieran podido ablandar la cera del sello á la luz de una bugía, abrir la carta, doblarla así...

Y Ruffo la dobló efectivamente como lo habia hecho Acton.

— ¿Y para qué doblarla así? preguntó el rey.

— Para poner á cubierto el encabezamiento y la firma; luego con un ácido cualquiera han podido borrar lo escrito y en lugar de lo que habia, poner lo que hay.

— ¿Creeis que eso sea posible, Eminencia?

— Nada mas fácil, y aun diré que eso explicaria perfectamente, señor, una carta de letra desconocida entre

un encabezamiento y una salutacion de letra del emperador.

— ¡ Cardenal, cardenal ! dijo el rey despues de haber examinado la carta con atencion, sois un hombre muy hábil.

— Y ahora, ¿qué opinais que debe hacerse? preguntó el rey.

— Dejadme el resto de la noche para pensar en ello, replicó el cardenal, y mañana volveremos á hablar.

— Mi querido Ruffo, dijo el rey, no olvidéis que si no os hago primer ministro, es porque no soy dueño de hacerlo.

— Estoy tan convencido de ello, señor, que no siéndolo, guardo á V. M. el mismo agradecimiento que si lo fuese.

Y saludando al rey con su respeto acostumbrado, el cardenal salió, dejando á Su Magestad absorto de admiracion hácia él.

#### XXIV

DONDE VANNI SE ACERCA AL OBJETO QUE AMBICIONABA TANTO TIEMPO HACIA.

El lector se acordará del encargo que el rey Fernando habia hecho en una de sus cartas á la reina. Este encargo consistia en no dejar mucho tiempo en prision á Nicolino Caracciolo y dar prisa al marqués Vanni, procurador fiscal, para que instruyese lo mas pronto posible su proceso. Esperamos que el lector no se habrá engañado sobre la intencion del susodicho encargo, y no lo habrá atribuido á filantropía. ¡ No ! el rey, lo mismo que la reina, tenia sus motivos de ódio : recordaba que el ele-



gante Nicolino Caracciolo, bajando del Posilipo al golfo de Nápoles, para obsequiar á Latouche-Tréville y á sus marinos, habia sido uno de los primeros en romper la tradicion abandonando los polvos, inmolando su coleta á las nuevas ideas y dejándose crecer las patillas, y por último, que, marchando siempre de los primeros por el mal camino, habia tenido la insolencia de sustituir el pantalon al calzon corto.

Además, Nicolino, como el lector sabe, era hermano del gallardo duque de Rocca Romana, quien, con razon ó sin ella, habia pasado por ser el objeto de uno de esos numerosos y rápidos caprichos de la reina, no registrados por la historia, que desdeña semejantes nimiedades; pero mencionados por la crónica escandalosa de la córte que los ve; y como el rey no podia vengarse del duque, que se habia guardado muy bien de cambiar ni un solo boton de su traje, guardando por lo tanto las reglas mas severas de la etiqueta, no le disgustaba descargar su saña sobre el hermano menor. Además, Nicolino Caracciolo estaba manchado, para él, con el pecado original, puesto que su madre era francesa, con lo cual el infeliz era francés, tanto por la opinion como por el nacimiento.

Ya hemos visto que las sospechas del rey, aunque vagas, no carecian de fundamento, puesto que Nicolino pertenecia á la gran conjuracion que tenia por objeto llevar á Nápoles los franceses, para que con ellos entraran las luces, el progreso y la libertad.

Recuérdese ahora por qué conjunto de circunstancias inesperadas habia prestado Nicolino á Salvato armas y ropa, y cómo una carta de mujer, olvidada en un bolsillo y hallada por Pascuale, sirvió de brújula á la reina y á Acton para descubrir á quién iba dirigida y quién era el autor, y para encerrar á este en el castillo de San Telmo.

San Telmo, que ha representado un papel tan principal en todas las revoluciones de Nápoles, y al que no le faltará el suyo en esta historia, está construido en la cumbre de una colina que domina á la antigua Partenope. Primitivamente no hubo mas que una torre llamada Belforte, que Cárlos de Anjou convirtió en castillo y cuyas fortificaciones se aumentaron cuando el sitio de Nápoles por Lantrec. En 1528 le convirtió Cárlos V en una fortaleza regular. Como muchas otras fortalezas, construyóse para defensa de la ciudad y concluyó por ser su terror. Todo nuevo gobierno que desea popularizarse decreta la demolicion de San Telmo, pero se guarda muy bien de llevarla á cabo.

No era ¡gracias á Dios! pereza ni negligencia la causa de que el marqués Vanni llevase con tanta lentitud el proceso de Nicolino, no; el marqués que, como buen procurador fiscal, no pedia sino culpables y que deseaba hallarlos aun donde no los habia, estaba léjos de merecer semejante reproche; pero era un hombre de conciencia en su género el tal marqués: siete años nada ménos habia hecho durar el proceso del príncipe de Tarsia y tres el de Médicis y el de los que él llamaba sus cómplices. Esta vez tenia un culpable y pruebas de su delito, y estaba además seguro de que no podia escaparse de las tres puertas que daban paso á su prision y de los tres recintos de San Telmo. Un dia, una semana y aun un mes de mas ó de ménos, le importaba poco, estando seguro de obtener un resultado satisfactorio. Por otra parte, sabido es que pertenecia á la raza felina y que, como el gato y el tigre, se recreaba con su presa antes de devorarla.

El marqués Vanni se divertía pues jugueteando con Nicolino antes de cortarle la cabeza.

Preciso es decir, no obstante, que en el juego mortal

en que luchaba, de un lado el hombre armado de la ley, del tormento y del cadalso, y del otro el hombre sin mas armas que su valor, no ganaba siempre el que estaba mejor armado.

Después de cuatro interrogatorios sucesivos, cada uno de los cuales duró mas de dos horas, Vanni no habia adelantado gran cosa. El interrogador habia llegado á saber el nombre, calidad y estado social de Nicolino, cosa que todo el mundo sabia sin necesidad de tres semanas de sumario; pero el marqués Vanni, á pesar de su curiosidad, no pudo saber mas.

Nicolino se habia encerrado en este dilema: «ó soy culpable ó inocente; si lo primero, no soy tan tonto que haga declaraciones que me comprometan; si lo segundo, como nada sé, nada puedo confesar.» El resultado de este sistema de defensa, fué responder con preguntas á las preguntas de Vanni. Con el mayor interés le preguntaba si era casado, si su mujer era linda, si la amaba, si tenia hijos, cuántos años tenia, si tenia hermanos y hermanas, si vivia su padre, si su madre habia muerto, cuánto le daba la reina por su empleo, si su título de marqués era transferible á su hijo mayor, si creia en Dios, en el infierno y en el paraíso, fundando todas sus divagaciones en las vivas simpatías que le inspiraba el marqués, y que, segun decia, eran tan grandes como las que el marqués sentia por él, cosa que le autorizaba á hacerle preguntas parecidas á las que el marqués le hacia. De aquí resultó que al fin de cada interrogatorio el marqués estaba ménos adelantado que al empezarlo. No habiéndose atrevido á hacer constar en el proceso todas las tonterías que le decia Nicolino, vióse obligado en la última entrevista á amenazarle con que le pondria en el tormento si continuaba burlándose de la respetable diosa llamada Justicia. En efecto,

el 9 de diciembre se presentó con este piadoso objeto en el castillo de San Telmo, pocas horas despues de la llegada del rey á Caserta, llegada que era ignorada en Nápoles.

Vanni, cuyo semblante no era comunmente alegre, estaba mucho mas lúgubre aquel dia.

Iba escoltado de maese Donato, el verdugo de Nápoles, y este de dos de sus ayudantes. Y no hablamos del escribano que acompañaba constantemente á Vanni, en todas sus excursiones, como un apéndice indispensable. Su veneracion por el fiscal era tan grande, que nunca en su presencia desplegaba los labios, y Nicolino decia de él que no era un hombre en carne y hueso, sino una sombra que Vanni habia vestido de escribano, no por economizar al Estado el salario de uno real, sino para que no le faltase nunca un secretario dispuesto á escribir sus interrogatorios.

Para la gran solemnidad del tormento, Vanni habia dado orden á don Roberto Brandi, gobernador del castillo, de que renovara todos los instrumentos que el tiempo y la falta de uso habian inutilizado, pues hacia sesenta años, desde el advenimiento de don Cárlos, que no se daba tormento á nadie. Don Roberto Brandi, celoso servidor del rey, que tuvo dos años ántes el disgusto de que se le escapara Hector Caraffa, se apresuró á probar al rey su adhesion, cumpliendo las órdenes del fiscal; de suerte que cuando le anunciaron la llegada de este señor, le salió al encuentro con la sonrisa del orgullo satisfecho en los labios.

Condujo á Vanni á la sala preparada para atormentar á Nicolino, que estaba bien ageno de pensar que el Estado habia gastado setecientos ducados, de los cuales, segun costumbre, se habia embolsado la mitad el fiel gobernador del castillo, para quebrantarle los huesos.

Precedido de don Roberto y seguido del escribano, del verdugo y de sus ayudantes, bajó Vanni á aquel museo del dolor, y así como un general antes del combate examina el campo y observa los accidentes del terreno, que espera aprovechar para ganar la victoria, estudió aquella coleccion de instrumentos, salidos casi todos de los arsenales eclesiásticos. Los archivos de la inquisicion han probado que los hombres mas ascéticos son los mejores inventores de esas máquinas destinadas á desgarrar las fibras mas profundas y ocultas del corazón humano.

Todo estaba en orden y en estado de servir.

Dejando en aquella fúnebre sala, iluminada por hachones, á maese Donato y sus ayudantes, pasó á la habitacion inmediata, separada por una verja de hierro de la sala del tormento, y cubierta con una sarga negra. La luz, vista al través de esta cortina, facilitaba que se descubriera aquel terrible aparato, aunque con aspecto mas sombrío. Aquella sala era la del tribunal secreto, abandonada como el tormento hacia muchos años; el sol no entraba en ella. Sus muebles no eran muchos; una mesa cubierta de un tapete verde, sobre la cual habia candeleros de cinco mecheros cada uno, papel y plumas.

Junto á la mesa habia un sillón, y en frente el banquillo para el acusado. Al lado de esta mesa, que podia llamarse mesa de honor, habia otra mas pequeña destinada al escribano.

Detrás del sillón del juez habia un gran crucifijo de madera, que parecia salido del rudo cincel de Miguel Angel, y que así inspiraba terror al culpable como ánimo al inocente.

Una lámpara pendiente del techo iluminaba la terrible agonía del crucificado, que no parecia la de Jesús

exhalando de sus labios la palabra «perdon» sino la de Barrabás lanzando una blasfemia en su último suspiro.

Vanni elogió, despues de examinarla detenidamente, aquella lúgubre esposicion, y prometió al digno comandante que informaria á la reina del celo que habia desplegado en su servicio. Animado por el elogio de hombre tan competente, don Roberto espresó tímidamente el deseo de que la reina visitase un dia el castillo y viese la magnífica sala del tormento, mas curiosa, segun él, que el museo de Capodimonte. Pero á pesar del influjo que Vanni creia ejercer sobre Su Magestad, no se atrevió á prometer esta real gracia al digno gobernador, quien exhalando un suspiro, dióse por contento con la seguridad de que la reina sabria el trabajo que se habia tomado y el gran resultado obtenido.

— Ahora, querido comandante, dijo Vanni, subid y mandadme al prisionero, sin hierros, pero con buena escolta. Espero que la vista de esta sala le hará pensar mas cuerdamente de lo que ha pensado hasta ahora. Si deseais ver cómo se da el tormento, no teneis mas que acompañar al preso. Persona tan inteligente como vos, sin duda aprenderá algo viendo la manera como yo dirijo esta operacion.

Don Roberto se apresuró á manifestar su agradecimiento por tan señalado favor, y dijo que no lo desperdiciaria. Saludó profundamente y fué á cumplir las órdenes que habia recibido.

## XXV

## ULISES Y CIRCE.

Apénas salió el rey del comedor para ir á ver al cardenal Ruffo, cuando todos los presentes se apresuraron á marcharse á sus aposentos respectivos, como si él fuera el único lazo que los retenia.

El capitán de Césare acompañó á las princesas desesperadas al ver que despues de haber huido de Paris y Roma, arrojadas por la revolucion, tendrian probablemente que escapar de Nápoles perseguidas por el mismo enemigo.

La reina dijo á sir William que, despues de las noticias traídas por su esposo, tenia demasiada necesidad de una amiga para no retener á su lado á su querida Emma. Mandó Acton llamar á su secretario para encargarle que descubriese para qué y por quién habia entrado el rey en su cámara. Ascoli, reinstalado en sus funciones de chambelan, siguió al rey para preguntarle si lo necesitaba. El príncipe de Castelcicala pidió su coche y se apresuró á volver á Nápoles para velar por su seguridad y la de sus amigos, comprometidos por el triunfo de los jacobinos franceses, al que debia seguir naturalmente el de los jacobinos napolitanos. El embajador inglés subió á su aposento para redactar un despacho y mandarlo á su gobierno; y Nelson, con la cabeza baja y absorto en sombríos pensamientos, entró en su cámara. La reina habia tenido la delicada atencion de escojer para Emma una alcoba cercana á la del almirante, donde dormia las noches que la retenia á su lado, escepto cuando preferia admitirla en su propia cámara y lecho.

Tambien Nelson, como sir William, tenia que escribir; pero una carta, no un despacho. Nelson no mandaba en jefe en el Mediterráneo; estaba á las órdenes del conde de San Vicente, inferioridad que no le era muy sensible, porque el almirante le trataba mas como amigo que como subordinado; la reciente victoria de Aboukir le habia colocado entre las mas altas reputaciones de la marina inglesa.

Las cartas de Nelson dirigidas al conde de San Vicente y publicadas despues en Lóndres, revelan con todos sus pormenores los progresos de la insensata pasion que le inspiraba lady Hamilton, pasion que debia hacerle olvidar sus deberes como almirante y como hombre. Estas cartas, que pintan el desórden de su espíritu y la pasion de su corazon, serian su escusa ante la posteridad, si esta, que desde hace dos mil años habia condenado al amante de Cleopatra, pudiese anular sus juicios.

En cuanto entró en su habitacion, preocupado por la catástrofe que debia turbar, no solo los asuntos del reino, sino los de su córte, induciendo al almirantazgo inglés á tomar nuevas disposiciones respecto á la escuadra del Mediterráneo, se apresuró á escribir la siguiente carta:

«AL LORD ALMIRANTE CONDE DE SAN VICENTE.

«Querido milord:

«Las cosas han cambiado de aspecto desde mi última carta fechada en Liorna, y temo que S. M. Siciliana pierda uno de sus reinos, como no sean ambos.

«El general Mack, como yo temia y como creo haberlo anunciado, no es mas que un fanfarron, que ha ga-

nado su reputacion de gran general no sé donde, aunque de seguro no ha sido en los campos de batalla. Verdad es que tenia á sus órdenes un ejército que valia poca cosa, pero, ¿quién habia de pensar que sesenta mil hombres se dejarian derrotar por diez mil? Los oficiales napolitanos tenian poco que perder; pero ese poco lo han perdido.»

Aquí llegaba Nelson de su carta, y como se vé, el vencedor de Aboukir trataba asaz duramente á los vencidos de Civita Castellana, cuando oyó tras él un ruido semejante al que harian las alas de una mariposa volando de flor en flor.

Volvióse y vió á lady Hamilton.

Lanzó un grito de alegría.

Pero Emma, con encantadora sonrisa, acercó un dedo á su boca, y graciosa como la estatua del silencio feliz— ya se sabe que hay muchas clases de silencio — le hizo seña de que se callara.

Despues, acercándose á su sillón, inclinóse sobre el respaldo, y le dijo á media voz:

— Seguidme, Horacio, nuestra querida reina os espera y quiere hablaros ántes de volver á ver á su marido.

Nelson lanzó un suspiro pensando en que algunas palabras venidas de Lóndres podrian alejarlo de aquella hechicera, cuyos gestos, palabras y caricias eran nuevas cadenas que añadia á las que ya le ligaban á ella.

Levantóse penosamente, presa del vértigo que se apoderaba de él cuando, despues de un momento de ausencia, veia á aquella deslumbradora hermosura.

— Conducidme, porque ya sabeis que cuando estáis á mi lado no tengo vista mas que para vos.

Emma desató una banda de gasa que llevaba á la cabeza en forma de velo, y arrojándole una punta que él

cojió al vuelo y que lleno de agitacion llevó á sus labios, le dijo :

— Venid, mi querido Teseo ; hé aquí el hilo del laberinto, aunque debais abandonarme como á otra Ariadna. Solo os advierto que si me sucediera esa desgracia, no me dejaria consolar por otro, aunque fuese un dios.

Y diciendo esto se puso en marcha y Nelson la siguió, y aunque le hubiera conducido al infierno, la hubiera seguido.

— Aquí teneis, mi amada reina, dijo Emma, al que es mi rey y mi esclavo.

La reina estaba sentada en un sofá, en el gabinete que separaba su alcoba y la de Emma ; una mal apagada llama brillaba en sus ojos, y era la de la cólera.

— Venid, Nelson, defensor mio, dijo la reina, y sentaos junto á mí ; necesito la vista y el contacto de un héroe que me consuele de nuestra bajeza..... ¿Habeis visto, continuó sacudiendo desdeñosamente la cabeza, habeis visto á ese bufon coronado haciéndose el mensajero de su propia deshonra ? ¿ Lo habeis visto burlándose de su cobardía ? ¡ Ah ! ¡ Nelson, Nelson ! ¡ cuán triste es, siendo reina orgullosa y mujer valiente, tener por esposo un rey que no sabe sostener el cetro ni la espada !

Atrajo á Nelson hácia sí, Emma se sentó á sus piés sobre unos cojines, y envolvió en el magnetismo de su mirada al que tenia mision de fascinar.

— La verdad es, señora, dijo Nelson, que el rey es un gran filósofo.

La reina miró á Nelson frunciendo sus hermosas cejas.

— ¿ Calificais sériamente con el nombre de filosofía, dijo la reina, semejante olvido de toda dignidad ? Se concibe que no tenga el genio de un rey, habiéndose

educado como un lazzaroni. El genio es un plato que el cielo no prodiga. ¡ Pero no tener ni siquiera el corazón de un hombre ! A fé mia, Nelson, que era Ascoli quien esta noche tenia, no solo el traje, sino el corazón de un rey. El rey no era mas que el lacayo de Ascoli : ¡ y cuando pienso que si le hubieran echado mano esos jacobinos á quienes tiene tanto miedo, le hubiera dejado ahorcar, sin decir una palabra para salvarlo, no sé lo que me pasa ! Ser hija de María Teresa y mujer de Fernando, debeis convenir que es uno de esos caprichos de la casualidad, capaces de hacer dudar de la Providencia.

— ¡ Bueno ! dijo Emma. ¿ No veis que es un milagro de la Providencia, para que así seais á un tiempo rey y reina ? Mas vale ser Simíramis que Artemisa, Isabel que María de Médicis.

— ¡ Ah ! exclamó la reina sin escuchar á Emma. ¡ Si yo fuese hombre ! ¡ Si yo pudiera empuñar una espada !

— Vuestra espada no valdria mas que esta, dijo Emma jugando con la de Nelson ; y puesto que esta os protege, no necesitais otra, gracias á Dios.

— Nelson puso su mano sobre la cabeza de Emma y miróla con la expresion de un amor infinito.

— ¡ Ay ! querida Emma, dijo el almirante, Dios sabe que las palabras que voy á decir desgarran mi corazón. ¿ Creeis que al veros hace poco, cuando ménos lo esperaba, hubiera suspirado sino estuviera tambien dominado por el terror ?

— ¿ Vos dijo Emma.

— ¡ Ah ! adivino lo que va á decir, exclamó la reina llevando el pañuelo á los ojos. Lloro, es verdad ; pero son lágrimas de rabia...

— Si, pero yo no adivino, dijo Emma ; y lo que no

adivino, es preciso que me lo esplikuen. ¿Qué entendeis por terror? Hablad; yo lo quiero.

Y echándole un brazo alrededor del cuello, levantóse graciosamente y le dió un beso en su frente mutilada.

— Emma, dijo Nelson; creed que esta frente, radiante de orgullo al contacto de vuestros lábios, se halla muy lejos de estar radiante de alegría; porque entreveo, para un próximo porvenir, grandes dolores.

— Yo no conozco mas que uno en el mundo, dijo lady Hamilton, y seria estar separada de vos.

— Ya veis que adivinais.

— ¡Separarnos! exclamó la jóven; con una espresion admirablemente representada; ¿y quién podria separarnos ahora?

— ¡Las órdenes del Almirantazgo, un capricho del ministro Pitt; ¿no pueden enviarme á tomar la Martinica y la Trinidad, como me enviaron á Calvi, á Tenerife y á Aboukir? En Calvi he dejado un ojo; en Tenerife un brazo; en Aboukir, la piel de la frente. Si me envian á la Martinica ó á la Trinidad, dejaré allí la cabeza, y todo habrá concluido.

— ¿Pero si recibiéseis semejante orden, la obedeceriais?

— ¿Qué habia de hacer, mi querida Emma?

— ¿Obedeceriais la orden de dejarme?

— ¡Emma! ¡Emma! ¿no veis que me estais colocando entre mi deber y mi amor?... Eso es hacer de mí un traidor ó un desesperado.

— Pues bien, replicó Emma, doy por sentado que no podais decir á S. M. Jorje III: «Señor, yo no puedo salir de Nápoles, porque amo como un loco á la esposa de vuestro embajador, quien por su parte me ama perdidamente;» pero pudiérais muy bien decirle: «Rey mio, no quiero dejar á una reina de quien soy el único sos-

ten, el único defensor; vosotros, testas coronadas, os debéis mútua proteccion y respondeis unos de otros á Dios que os ha elegido;» si no le decís esto, porque un súbdito no habla así á su rey, sir William, que tiene sobre un hermano de leche derechos que vos no teneis, sir William puede decírselo al rey.

— Nelson, dijo la reina, quizás soy harto egoísta, pero si no nos protejeis, estamos perdidos, y cuando se os presenta la cuestion bajo el punto de vista de un trono que sostener, de un reino que salvar, ¿no os parece que toma mayores proporciones desde que un hombre esforzado como vos arriesga algo para salvarnos?

— Teneis razon, señora, respondió Nelson, yo veia solo mi amor; y no es estraño: este amor es la estrella polar de mi alma. V. M. me hace muy feliz mostrándome un noble sacrificio donde yo no veia mas que una pasion. Esta noche misma escribiré á mi amigo el conde de San Vicente, ó por mejor decir, terminaré la carta que para él he comenzado. Le rogaré, le suplicaré con vivas instancias que me deje, ó lo que es mejor, que me destine á vuestro servicio; él lo comprenderá bien, y escribirá al almirantazgo.

— Y sir William, dijo Emma, escribirá directamente al rey y á M. Pitt.

— ¿Comprendeis, Nelson, continuó la reina, cuánta necesidad tenemos de vos y cuán inmensos servicios podeis prestarnos? Segun todas las probabilidades, nos veremos obligados á salir de Nápoles, á emigrar.

— ¿Creeis pues que las cosas están tan desesperadas? La reina movió la cabeza con triste sonrisa.

— Me parece, continuó Nelson, que si el rey quisiera...

— Seria una desgracia que quisiese, Nelson, una des-

gracia para mí ; yo me entiendo. Los napolitanos me detestan ; es una raza envidiosa de todo lo que es talento, belleza, valor ; siempre encorbados bajo el yugo alemán, francés ó español, llaman extranjero y odian y calumnian todo lo que no es napolitano ; odian á Acton, porque ha nacido en Francia ; odian á Emma, porque ha nacido en Inglaterra ; me odian á mí, porque he nacido en Austria. Suponed que por un rasgo de valor de que el rey no es capaz, reuniese los restos del ejército y fuese á detener á los franceses en los desfiladeros de los Abruzos : los jacobinos de Nápoles, en completa libertad, se aprovecharian de la ausencia de las tropas y se sublevarian, renovándose aquí los horrores de Francia de 1792 y 1793. ¿ Quién os dice que no me tratarán á mí como á María Antonieta, y á Emma como á la princesa Lamballe ? El rey saldrá siempre bien gracias á sus lazaroni que le adoran ; pero Acton, Emma y yo, mi querido Nelson, estamos perdidos. Ahora bien, ¿ no es un gran papel el que os ha reservado la Providencia, si llegais á hacer por mí lo que Mirabeau, lo que Bouillé, lo que el rey de Suecia, lo que Barnave, lo que Lafayette, lo que mis dos hermanos, en fin, dos emperadores, no han podido hacer por la reina de Francia ?

— Esa seria una gloria harto grande, gloria eterna, señora, y á la cual no aspiro, dijo Nelson.

— ¿ Y luego, Nelson, no podriais alegar que nuestra adhesion á Inglaterra es lo que nos ha comprometido ? Si, fiel á los tratados con la República, el gobierno de las Dos Sicilias no os hubiera permitido tomar agua ni viveres ni reparar vuestras averias en Siracusa, habriais tenido que hacer rumbo á Gibraltar y no hubiérais encontrado la escuadra francesa en Aboukir.

— Es cierto, señora, y entónces yo estaba perdido sin

remedio ; un proceso infamante me aguardaba en lugar de un triunfo.

— Por último ¿ no han sido las fiestas que hemos celebrado en vuestro honor , lo que ha provocado esta guerra? No, Nelson, la suerte del reino de las Dos Sicilias está unida á la vuestra, y vos estais unido á la suerte de sus soberanos. La posteridad podrá decir : « Estaban abandonados de todos, de sus aliados, de sus amigos, de sus parientes ; tenían al mundo contra ellos ; pero tuvieron en su favor á Nelson, y Nelson los salvó. »

Y al pronunciar la reina estas palabras , tendió la mano hácia Nelson ; Nelson cojió aquella mano, puso una rodilla en tierra y la besó.

— Señora, dijo Nelson dejándose alucinar con las li-sonjas de la reina, ¿ V. M. me promete una cosa ?

— Teneis el derecho de pedirlo todo á los que todo os lo deberán.

— Pues bien, os pido vuestra real palabra, señora, de que el día que salgais de Nápoles, el buque de Nelson y no otro alguno será el que conduzca á Sicilia vuestra persona sagrada.

— ¡ Oh ! eso os lo juro, Nelson, y añado que donde yo esté, mi única, mi eterna amiga, mi querida Emma Lyonna estará tambien.

Y con un movimiento mas apasionado quizás de lo que aquella amistad permitia, por grande que fuese, la reina tomó entre sus dos manos la cabeza de Emma, la acercó vivamente á sus labios y la besó en los dos ojos.

— Os doy mi palabra, señora, dijo Nelson : á partir de este momento, vuestros amigos son mis amigos, y vuestros enemigos mis enemigos, y aunque tuviera que perderme salvándoos, os salvaré.

— ¡ Oh ! exclamó Emma, ¡ tú eres en efecto el caba-

llero de los reyes y el campeón de los tronos; tú eres tal como yo había soñado el hombre á quien debía dar todo mi cariño y mi corazón!

Y esta vez, no fué ya sobre la frente cicatrizada del héroe, sino sobre los labios temblorosos del amante donde la moderna Circe aplicó sus labios.

En aquel momento, llamaron suavemente á la puerta.

— Entrad ahí, queridos amigos de mi corazón, dijo la reina, mostrándoles la alcoba de Emma; es Acton que viene á darme una respuesta.

Nelson, ébrio con tantas alabanzas, ébrio de amor y de orgullo, arrastró á Emma á aquel aposento de perfumada atmósfera, cuya puerta pareció cerrarse por sí misma tras ellos.

En un segundo, el rostro de la reina mudó de expresión, como si se hubiese puesto ó quitado una careta; su mirada se tornó dura, y, con voz breve, pronunció esta sola palabra:

— Entrad.

Era Acton en efecto.

— Y bien, dijo, ¿quién aguardaba á S. M.?

— El cardenal Ruffo, respondió Acton.

— ¿No sabeis nada de lo que han dicho?

— No, señora; pero sé lo que han hecho.

— ¿Qué han hecho?

— Han mandado á llamar á Ferrari.

— Ya me lo figuraba. Razon de mas, Acton, para lo que vos sabeis.

— A la primera ocasion quedará hecho. ¿V. M. no tiene otra cosa que mandarme?

— No, respondió la reina.

Acton saludó y salió.

La reina echó una mirada celosa á la habitacion de Emma y entró silenciosamente en la suya.

## XXVI

## EL INTERROGATORIO DE NICOLINO.

Los pocos momentos que transcurrieron entre la salida del comandante don Roberto Brandi y la entrada del preso, empleólos el procurador fiscal en vestirse sobre su traje de calle una toga de juez, en adornar su cabeza huesosa y prolongada con una enorme peluca que debia, segun él, aumentar la majestad de su rostro, y en cubrir la peluca con un bonete cuadrado.

Empezó el escribano poniendo encima de la mesa, como piezas de conviccion, las dos pistolas marcadas con una N y la carta de la marquesa de San Clemente ; luego procedió á encajarse la misma vestimenta que su superior, guardando la proporcion debida de rango y categoria, es decir, que se puso una toga mas estrecha, una peluca menos grande y un bonete menos alto.

Despues de lo cual, sentóse delante de su mesita.

El marqués de Vanni tomó asiento junto á la grande, y, como era hombre de orden, arregló el papel que tenia delante de manera que una hoja no discrepase de otra, cercioróse de si tenia tinta el tintero, examinó el tajo de la pluma, le abrió los puntos con un cortaplumas, igualólos cortándolos encima de la uña, sacó del bolsillo una tabaquera de oro adornada con el retrato de S. M., colocóla al alcance de su mano, no tanto para tomar del polvo que contenia cuanto para jugar con ella, con el aire indiferente del juez que juega tan distraidamente con la vida de un hombre como con su tabaquera, y aguardó á Nicolino Caracciolo en la postura que creyó mas á propósito para producir efecto en el preso.

Desgraciadamente, Nicolino no era hombre que se

dejara imponer por las posturas del marqués Vanni. La puerta que se habia cerrado detrás del comandante abrióse diez minutos despues ante el preso, y Nicolino Caracciolo, vestido con una elegancia que no revelaba de ningun modo la estancia poco cómoda de la prision, entró con la sonrisa en los labios y tarareando en voz baja el *Pria che spunti l'aurora* del *Matrimonio segreto*.

Iba acompañado de cuatro soldados y seguido del gobernador.

Quedáronse dos soldados en la puerta, y los otros dos se adelantaron á derecha é izquierda del preso, el cual fué derecho al banquillo que le estaba preparado, miró antes de sentarse en torno suyo con la mayor atencion, murmuró en francés las tres silabas : *Tiens! tiens! tiens!* destinadas á espresar el lado cómico de su estrañeza, y dirigiéndose con la mayor cortesania al procurador fiscal, le preguntó :

— ¿ Acaso, señor marqués, habeis leído *Los Misterios de Udolfo* ?

— ¿ Qué son *Los Misterios de Udolfo* ? preguntó Vanni respondiendole á una pregunta con otra pregunta , como Nicolino tenia costumbre de hacerlo.

— Es una novela nueva de una señora inglesa llamada Ana Radcliffe.

— No leo novelas, ¿ lo entendeis, caballero ? respondió el juez con acento lleno de dignidad.

— Haceis mal , señor , muy mal ; hay algunas muy divertidas, y ya quisiera yo tener alguna que leer en mi calabozo, si hubiera claridad.

— Caballero , deseo que os hagais cargo de esta verdad...

— ¿ De cual, señor marqués ?

— De que no estamos aquí para ocuparnos de novelas. Sentaos.

— Gracias, señor marqués, queria deciros solamente que habia en *Los Misterios de Udolfo* la descripcion de una estancia exactamente igual á esta; en aquella sala era donde el capitán de los bandoleros celebraba sus sesiones.

Vanni llamó en su ayuda toda su dignidad.

— Espero, acusado, que esta vez...

Nicolino le interrumpió.

— En primer lugar, yo no me llamo acusado, bien lo sabeis.

— No hay escala social ante la ley; vos estais acusado.

Lo acepto como verbo, pero no como sustantivo; vamos á ver, ¿de qué se me acusa?

— Se os acusa de conspiracion contra el Estado.

— ¡Vamos! volveis á dar en vuestra manía.

— Y vos en vuestra irreverencia con la justicia.

— ¿Yo irreverente con la justicia? ¡Ah! señor marqués, me tomáis sin duda por otro. Gracias á Dios, nadie respeta y venera la justicia mas que yo la respeto y venero. ¡La justicia! si esa es la palabra de Dios sobre la tierra. ¡Vamos, no! no llevo yo mi impiedad hasta ser irreverente con la justicia. ¡Ah! con los jueces ya es otra cosa, no digo que no.

Vanni, impaciente, dió una patada en el suelo.

— ¿Estáis dispuesto á responder hoy á las preguntas que voy á haceros?

— Segun sean esas preguntas.

— ¡Acusado!... exclamó Vanni con impaciencia.

— Otra vez, dijo Nicolino encojiéndose de hombros; pero vamos á ver, ¿qué trabajo os cuesta llamarme príncipe ó duque? Yo os llamo marqués, y de seguro que, aunque tengo apénas la tercera parte de vuestra edad, soy príncipe ó duque desde mucho ántes que vos fueseis marqués.

— Está bien, basta de eso... — ¿Vuestra edad?

Nicolino sacó del bolsillo un magnífico reló.

— Veinte y un años, tres meses, ocho dias, cinco horas, siete minutos y treinta y dos segundos. Me parece que ahora no me acusareis de falta de precision.

— ¿Vuestro nombre?

— Nicolino Caracciolo, como siempre.

— ¿Vuestro domicilio?

— Castillo de San Telmo, calabozo número 3, piso segundo debajo del entresuelo.

— No os pregunto donde vivís ahora; os pregunto donde vivíais cuando fuisteis preso.

— No vivia en ninguna parte, estaba en la calle. —

— Está bien. Poco importa vuestra respuesta; sabemos vuestro domicilio.

— Entónces os diré como Agamenon á Aquiles: «¿Por qué preguntarlo, puesto que lo sabeis?»

— ¿Formábais parte de la junta de conspiradores que se hallaba reunida, del 22 al 23 de setiembre, en las ruinas del palacio de la reina Juana?

— No conozco en Nápoles ningun palacio de la reina Juana.

— ¿No conocéis las ruinas del palacio de la reina Juana en el Posilipo, casi enfrente de la casa que habitais?

— Perdonad, señor marqués. Que un hombre del pueblo, un cochero de plaza, un cicerone y hasta un ministro de instruccion pública — ¡Dios sabe de donde salen los ministros de nuestra época! — cometan semejante error, se comprende; pero vos, un arqueólogo, equivocarse en arquitectura en dos siglos y medio y en historia en quinientos años, vamos, ¡es imperdonable! Quereis decir los ruinas del palacio de Ana Caraffa, esposa del duque de Medina, el favorito de Felipe IV, que

no murió ahogada como Juana I, ni envenenada como Juana II... — notad que yo no afirmo este hecho, que ha quedado dudoso, — sino comida de piojos como Sila y como Felipe II... Esto no puede tolerarse, señor Vanni, y si la cosa llegase á saberse, os tomarian por un verdadero marqués.

— Pues bien, en las ruinas del palacio de Ana Caraffa, si os place.

— Sí, me place; á mí me place siempre la verdad; yo soy de la escuela del filósofo de Ginebra, y tengo por divisa: *Vitam impendere vero.* ¡Vamos! ahora hablo yo latin para que me tomen por duque fingido.

— ¿Estábais en las ruinas del palacio de Ana Caraffa en la noche del 22 al 23 de setiembre? ¡Responded, si ó no! insistió Vanni furioso.

— ¿Y qué diablos habia de ir yo á buscar allí? ¿No os acordais pues del tiempo que hacia la noche del 22 al 23 de setiembre?

— Yo voy á deciros lo que ibais á hacer allí: ibais á conspirar.

— ¡Qué disparate! yo no conspiro nunca cuando llueve; bastante fastidioso es ya cuando hace buen tiempo.

— ¿Prestásteis aquella noche á alguien vuestro gaban?

— No soy tan tonto que en semejante noche, cuando llovía á cántaros, fuese á prestar mi gaban! Al contrario, si hubiese tenido dos, me hubiera puesto uno encima de otro.

— ¿Conoceis estas pistolas?

— Si las conociese, os diria que me las han robado; y como vuestra policía está tan mal montada, no hallaríais al ladron, lo que seria humillante para vuestra policía; así pues, como yo no quiero humillar á nadie, no conozco esas pistolas.

— Están, sin embargo, marcadas con una N.

— ¿ No hay en Nápoles nadie mas que yo cuyo nombre empiece con una N ?

— ¿ Conoceis esta carta ?

Y Vanni mostró al preso la carta de la marquesa de San Clemente.

— Perdonad, señor marqués, pero sería menester que yo la viese mas de cerca.

— Acercaos.

Nicolino miró alternativamente á los dos soldados que se mantenian á su derecha y á su izquierda.

Ambos soldados se apartaron ; Nicolino se acercó á la mesa, tomó la carta y la miró.

— ¡ Vaya , vaya ! ; preguntarle á un caballero si conoce una carta de mujer ! ; Oh ! ; señor marqués !

Y, acercando tranquilamente la carta á uno de los candeleros, la prendió fuego.

Vanni se levantó furioso.

— ¿ Qué haceis ? exclamó.

— Ya lo veis, la quemo ; se deben quemar siempre las cartas de mujer, ó si no, las pobres criaturas están comprometidas.

— ¡ Soldados !... gritó Vanni.

— No os incomodeis, dijo Nicolino soplando las cenizas sobre el rostro de Vanni, ya está hecho.

Y fué tranquilamente á sentarse en el banquillo.

— Está bien , dijo Vanni, veremos á ver quien rie el último.

— Yo no me he reido, señor, dijo Nicolino con altanería ; hablo y obro como hombre honrado, y nada mas.

Vanni exhaló una especie de rugido ; pero sin duda no habia concluido las preguntas, pues calmóse al parecer, aunque sacudiendo furiosamente la tabaquera contra la mesa.

—¿Sois sobrino de Francisco Caracciolo? dijo Vanni.  
— Tengo ese honor, señor marqués, respondió Nicolino inclinándose.

— ¿Le veis con frecuencia?  
— Cuanto puedo.

— ¿Sabeis que está contaminado de los malos principios?

— Sé que es el hombre mas honrado de Nápoles y el mas fiel vasallo de S. M., incluso vos, señor marqués.

— ¿Habeis oido decir si ha tenido relaciones con los republicanos?

— Sí, en Tolon, donde combatió tan gloriosamente, que ganó en diferentes combates el grado de almirante.

— Vamos, dijo Vanni como si tomara repentinamente una resolucion, veo que no hablareis.

— ¡Cómo! ¿os parece que no hablo, cuando yo me lo digo casi todo?

— Digo que no os arrancaremos ninguna confesion por la dulzura.

— Ni por lo fuerza, os lo advierto.

— Nicolino Caracciolo, no sabeis hasta donde llegan mis poderes de juez.

— No, porque no sé hasta donde puede llegar la tirania de un rey.

— Os advierto que me veré obligado á daros tormento.

— Dádmelo, marqués, dádmelo; eso me distraerá un momento; se aburre uno tanto en la cárcel.

Y Nicolino Caracciolo se esperezó y dió un bostezo.

— Maese Donato, exclamó el fiscal, enseñad al acusado la sala del tormento.

Maese Donato tiró de un cordon y se descorrieron las cortinas. Nicolino vió al verdugo, con sus ayudantes y los formidables instrumentos que lo rodeaban.

— ¡ Calla ! hé aquí una coleccion que me parece bastante curiosa ; ¿ puede verse de mas cerca ?

— Pronto os quejareis de verla demasiado cerca, desdichado pecador endurecido.

— Os equivocais, marqués, respondió Nicolino moviendo su hermosa y noble cabeza. Yo no me quejo nunca ; me contento con despreciar.

Abrióse la verja y Donato se acercó al prisionero.

— ¿ Sois cicerone ? preguntó el jóven.

— Soy el verdugo, respondió Donato.

— Marqués Vanni, dijo Nicolino palideciendo un poco, aunque sonriendo y sin dar otra muestra de emocion; presentadme ó este caballero. Segun las leyes de la etiqueta inglesa, no tiene derecho á hablarme ni á tocarme, si ántes no le he sido presentado, y ya sabeis que vivimos bajo el imperio de las leyes inglesas, desde la entrada en la córte de la embajadora de Inglaterra.

— ¡ Al tormento, al tormento ! gritó Vanni.

— Marqués, dijo Nicolino, con vuestra precipitacion os privais de un gran placer.

— ¿ De cuál ?

— De esplicarme vos mismo el uso de estas ingeniosas máquinas. ¿ Quién sabe si esta esplicacion bastará para vencer lo que llamais mi obstinacion ?

— Tienes razon; aunque esto no sea mas que un medio de retardar la hora que temes.

— ¿ Quereis ponerme en el tormento ahora mismo ? dijo Nicolino mirando fijamente á Vanni ; á mí lo mismo me da.

Vanni bajó los ojos.

— No, replicó, no se dirá de mí que negué al acusado el plazo que me pidiera, por culpable que sea.

En efecto, Vanni comprendió que podia disfrutar el placer de una sombría venganza esplicando á su v ieti-

ma los instrumentos con que iba á destrozár sus miembros, aumentando con un tormento moral los dolores del físico.

— ¡ Ah ! dijo Nicolino, ya sabia yo que se conseguia todo de vos por la razon. Empecemos, pues, si gustais, señor procurador fiscal, por esta cuerda pendiente del techo por una polea.

— Por ella se empieza en efecto.

— ¡ Qué casualidad ! ¿ y para qué sirve ?

— Se llama la estrapada, amigo mio.

Nicolino saludó.

— Se ata al paciente con las manos á la espalda ; se amarran á los piés pesos mas ó ménos grandes ; se le suspende por esta cuerda del techo, y se le deja caer con violencia repetidas veces.

— Debe ser un medio eficaz para hacer crecer la gente... ¿ Cómo se aplica este casco colgado de la pared ?

— Es la cofia del silencio, propiamente llamada así, porque el que la lleva puede gritar ménos cuanto mas sufre. Apretando este tornillo, el casco se estrecha, de manera que á la tercera vuelta, los ojos salen de las órbitas y la lengua de la boca.

— Si eso sucede á la tercera, ¿ qué será á la sexta ? dijo Nicolino con el mismo tono bufon. ¿ Y para qué sirve este sillón de hierro claveteado con una especie de brasero debajo ?

— Vais á verlo. Se sienta en él al paciente, se le amarra bien á los brazos del sillón y se enciende el fuego.

— Es ménos cómodo que las parrillas de San Lorenzo, porque no se puede volver. ¿ Y estas cuñas, este mazo y estas planchas ?

— Es el tormento de los borceguies. Se meten entre cuatro planchas las piernas del paciente ; se las sujeta

con una cuerda y con las cuñas se aprietan las planchas de en medio.

— ¡ Y por qué no meter las cuñas entre la tibia y el peroné ? Seria mucho mas breve... ¡ Y este caballo rodeado de escalfadores ?

— Eso es para dar el tormento del agua : se acuesta al paciente sobre el caballete de manera que tenga la cabeza y los piés mas bajos que el estómago y se le hacen tragar hasta diez ó doce cuartillos de agua.

— Dudo mucho que los brindis que se echen de este modo á vuestra salud os hagan provecho, marqués.

— ¿ Quereis continuar ?

— No, á fé mia, esto me inspira demasiado desprecio hácia los inventores de todas esas máquinas, y sobre todo hácia los que las emplean. Decididamente, prefiero ser acusado que juez, paciente que verdugo.

— ¿ Os negais á confesar ?

— Mas que nunca.

— Reflexionad que ha pasado ya la hora de las burlas.

— ¿ Por qué tormento quereis comenzar, señor marqués ?

— Por la estrapada, respondió Vanni exasperado al ver aquella sangre fria. Ejecutor, desnudad al señor.

— ¡ Perdonad ! si me lo permitis, me desnudaré yo mismo; soy muy cosquilloso.

Y, con grandísima tranquilidad, Nicolino se quitó la casaca, el chaleco y la camisa, dejando al aire un tronco juvenil y blanco, algo flaco quizás, pero de forma perfecta.

— Por última vez, ¿ no quereis confesar ? exclamó Vanni sacudiendo desesperadamente su tabaquera.

— ¡ Quitad allá ! respondió Nicolino, ¿ acaso un caballero tiene dos palabras ? Es verdad, añadió desdeñosamente, que vos no podeis saber eso.

— Atadle las manos, atadle las manos á la espalda, exclamó Vanni; ponedle un peso de cien libras en cada pié y levantadle hasta el techo.

Los ayudantes del verdugo se precipitaron sobre Nicolino para ejecutar la órden del fiscal.

— ¡ Un momento, un momento ! exclamó maese Donato, mucho cuidado, muchas precauciones, á fin de que esto dure bastante tiempo; es preciso dislocar, pero no romper, porque es *carne* aristocrática.

Y él mismo, con toda clase de miramientos y precauciones, segun habia dicho, le ató las manos á la espalda miéntras que los dos ayudantes le colocaban los pesos en los piés.

— ¿ No quieres confesar? ¿ no quieres confesar? exclamó Vanni acercándose á Nicolino.

— Sí por cierto; acercaos mas, dijo Nicolino.

Vanni se acercó; Nicolino le escupió en la cara.

— ¡ Sangre de Cristo ! gritó Vanni, ¡ izad, izad !

El verdugo y sus ayundantes se disponian á obedecer cuando el comandante Roberto Brandi, acercándose vivamente al fiscal le dijo :

— Un billete urgentísimo del príncipe de Castelcicala.

Vanni tomó el billete haciendo seña á los ejecutores que aguardasen á que hubiese leído.

Abrió el billete; pero apénas lo hubo recorrido con la mirada, cuando una palidez livida cubrió su rostro.

Leyólo segunda vez y se puso mas pálido todavía.

Luego, despues de un momento de silencio, pasándose el pañuelo por la frente inundada de sudor, dijo :

— Desatad al paciente y volvedle á la prision.

— ¿ Pero y el tormento ? preguntó maese Donato.

— Será para otro dia, respondió Vanni.

Y lanzóse fuera de la sala, sin dar siquiera á su escribano la órden de seguirle.

— ¿Y vuestra sombra, señor fiscal? le preguntó Nicolino. ¿Os olvidais de vuestra sombra!

Desafaron á Nicolino, que se volvió á poner la camisa, el chaleco y la casaca con la misma calma con que se las habia quitado.

— ¡Diablo de oficio, exclamó maese Donato, nunca está uno seguro de nada!

Nicolino pareció conmovido de aquella contrariedad del verdugo.

— ¿Cuánto ganais cada año, amigo mio? le preguntó.

—Tengo cuatrocientos ducados de sueldo fijo, Escelencia, diez ducados por cada ejecucion y cuatro ducados por cada tormento; pero hace mas de tres años que por la obstinacion del tribunal no se ha ejecutado á nadie, y ya lo veis, en el momento en que iba á daros tormento, ¡contra orden! Mas cuenta me tendria presentar la dimision de mi empleo de verdugo y ponerme á esbirro, como mi amigo Pascual de Simone.

— Tomad, amigo, dijo Nicolino sacando del bolsillo tres monedas de oro, me habeis enternecido; aqui teneis doce ducados; no quiero que se diga que os habeis molestado sin provecho.

Maese Donato y sus dos ayudantes hicieron sendas reverencias.

Entónces Nicolino, volviéndose hácia Roberto Brandi, que no comprendió nada de lo que estaba pasando, díjole:

— ¿No habeis entendido, comandante? El señor procurador fiscal os ha mandado que me conduzcáis á mi calabozo.

Y, poniéndose en medio de los soldados que lo habian conducido, salió de la sala del interrogatorio y volvió al calabozo.

Quizás el lector aguarda ahora la esplicacion de la mudanza que se operó en la fisonomía del marqués de Vanni al leer el billete del príncipe de Castelcicala, y de la determinacion tomada respecto al preso.

La esplicacion será muy sencilla; consistirá en poner á la vista del lector el texto mismo del billete; hélo aquí :

«El rey acaba de llegar. El ejército napolitano ha sido derrotado; los franceses estarán aquí dentro de quince dias.

» C. »

Así pues, el marqués Vanni habia reflexionado que en el momento en que los franceses iban á entrar en Nápoles, no era oportuno dar tormento á un preso, cuyo único delito era ser partidario de los franceses.

En cuanto á Nicolino, entró en el calabozo número 3, segundo piso, debajo del entresuelo, como él decia, sin saber á qué dichosa casualidad era deudor de haberse librado á tan poca costa.

## XXVII

### EL ABAD PRONIO.

A la misma hora poco mas ó ménos en que el procurador fiscal Vanni mandaba volver á Nicolino á su calabozo, el cardenal Ruffo, para cumplir la promesa que habia hecho al rey, se presentaba á la puerta de sus aposentos.

Estaba dada la orden de recibirle, y llegó sin ningun impedimento hasta la cámara del rey.

Conversaba el rey con un hombre de unos cuarenta

años, en quien se podía reconocer á un abad por la imperceptible tonsura que desaparecia en medio de un bosque de negros cabellos. Era, por lo demás, notablemente fornido, y parecia mas á propósito para llevar el uniforme de carabinero que los hábitos sacerdotales.

Ruffo dió un paso atrás.

— Perdonad, señor, dijo, creia hallar á V. M. solo.

— Entrad, entrad, mi querido cardenal, dijo el rey, no estareis demás; os presento al abad Pronio.

— Perdonad, señor, dijo Ruffo sonriendo, pero yo no conozco al abad Pronio.

— Ni yo tampoco, dijo el rey. El señor abad ha entrado un minuto ántes que Vuestra Eminencia; viene de parte de mi confesor, monseñor Rossi, obispo de Nicosia, y abria ya la boca para contarme lo que le trae á mi presencia; de manera que nos lo contará á los dos en lugar de contármelo á mi solo. Todo lo que sé, por las pocas palabras que el señor abad me ha dicho, es que es un hombre que habla bien y que promete obrar mejor todavía. Contad vuestro asunto, el señor cardenal es amigo mio.

— Lo sé, señor, dijo el abad inclinándose ante el cardenal, y de los mejores.

— Si no tengo el honor de conocer al señor abad Pronio, ya veis que en cambio el señor abad Pronio me conoce.

— ¡Y quién no conoce, señor cardenal, á vos, al fortificador de Ancona! ¡á vos, el inventor de un nuevo horno para calentar las balas rojas!

— ¡Ah! os han cogido, eminentísimo. Esperábais que os cumplimentasen por vuestra elocuencia y vuestra santidad, y hé aquí que os cumplimentan por vuestras hazañas militares.

— Sí, señor, y ¡ojalá que V. M. hubiese confiado el

mando del ejército á Su Eminencia en lugar de confiarle á un fanfarron austriaco!

— Señor abad, acabais de decir una grandísima verdad, dijo el rey poniendo una mano sobre el hombro de Pronio.

Ruffo se inclinó.

— Pero yo supongo, dijo, que el señor abad no habrá venido solamente para decir verdades que me permitirá tomar por alabanzas.

— Vuestra Eminencia tiene razon, dijo Pronio inclinándose á su vez; pero una verdad dicha de cuando en cuando y siempre que la ocasion se presente, aunque á veces pueda perjudicar al imprudente que la dice, no puede perjudicar jamás al rey que la oye.

— Teneis talento, dijo Ruffo.

— Eso mismo he pensado yo enseguida que le he visto, dijo el rey; y sin embargo, no es mas que simple abad, cuando, para mengua de mi ministro de cultos, tengo en mi reino tantos burros que son obispos.

— Todo eso no nos explica el objeto que trae al señor abad.

— ¡Decid, decid, abad! el cardenal me recuerda que tengo que hacer; os escuchamos.

— Seré breve, señor. Yo estaba ayer á las nueve de la noche en casa de mi sobrino, que es maestro de postas.

— Calla, es verdad, dijo el rey, yo buscaba en mi memoria dónde os habia visto. Ahora me acuerdo; fué allí.

— Justamente, señor. Diez minutos antes habia pasado un correo, que pidió caballos y dijo al maestro de postas: «Sobre todo no hagais esperar; son para un gran señor;» y esto dicho, partió riéndose. Me entró entónces la curiosidad de ver aquel gran señor, y cuando el carruaje se detuvo me acerqué á él, y con gran sorpresa mia conocí al rey.

— Me conoció y no me preguntó nada; esto es ya una delicadeza de su parte, ¿no es verdad, Eminentísimo?

— Me reservaba para esta mañana, señor, dijo el abad inclinándose.

— ¡Continuad, continuad! ya veis que el cardenal os escucha.

— Con grandísima atención, señor.

— El rey á quien se creía en Roma, continuó Pronio, volvía en un cabriolé, acompañado de un solo caballero que llevaba la ropa del rey, en tanto que el rey llevaba la ropa de aquel caballero; esto era un acontecimiento.

— ¡Y grande! dijo el rey.

— Interrogué á los postillones de Fondi, y de postillones en postillones, remontando hasta los de Albano, los nuestros supieron que habia tenido lugar una batalla, que los napolitanos habian sido derrotados y que el rey — ¿cómo diré esto, señor? preguntó inclinándose respetuosamente el abad, — y que el rey.....

— ¡Tomaba soleta! dijo Fernando.

— Asaltóme entónces la idea de que si los napolitanos estaban realmente en fuga, correrian hasta Nápoles, y que, por consiguiente, no habria mas que un medio de detener á los franceses.

— Veamos el medio.

— Sublevar los Abruzos y la Tierra de Labor, y supuesto que no hay ya ejército que oponerles, oponerles un pueblo.

Ruffo miró á Pronio.

— ¿Seriais acaso un hombre de génio, capaz de intentarlo, señor abad? le preguntó.

— ¿Quién sabe? respondió el abad.

— Dejadle hablar, dejadle hablar, dijo el rey.

— Con esta idea, tomé esta mañana un caballo en casa de mi primo; vine á galope tendido hasta Cápua; en

la posta de Cápua me informé, y supe que S. M. estaba en Caserta; entónces vine á Caserta y me presenté osadamente á la puerta del rey, diciendo que venia de parte de monseñor Rossi, obispo de Nicosia y confesor de S. M.

— ¿Conoceis á monseñor Rossi? preguntó Ruffo.

— En mi vida le he visto, dijo el abad; pero esperaba que el rey me perdonaria esta mentira en gracia de la buena intencion.

— ¡Pardiez! vaya si os perdono, dijo el rey. Eminencia, dadle enseguida la absolucion.

— Ahora, señor, ya lo sabeis todo, dijo Pronio: si el rey adopta mi proyecto de insurreccion, ni un reguero de pólvora irá mas rápido; proclamo la guerra santa, y antes de ocho dias sublevo todo el país desde Aquila hasta Teano.

— ¿Y vos solo hareis todo eso? preguntó Ruffo.

— No, monseñor; llevaré conmigo dos hombres de accion.

— ¿Y quiénes son esos dos hombres?

— El uno es Cayetano Mammone, mas conocido con el nombre del *molinero de Sora*.

— Creo haber oido su nombre, dijo el rey, á propósito del asesinato de aquellos dos jacobinos de la Torre.

— Es muy posible, señor, replicó el abad Pronio; es raro que Cayetano no esté donde matan á alguien; á diez leguas á la redonda husmea la sangre.

— ¿Le conocéis? preguntó Ruffo.

— Es amigo mio, Eminencia.

— ¿Y quién es el otro?

— Un jóven bandolero que promete mucho; llámase Miguel Pezza; pero ha adoptado el nombre de Fra Diavolo, en atencion sin duda á que lo que hay mas ma-

ligno en el mundo es un fraile y lo mas malo el diablo. Tiene apénas veinte y un año y es ya jefe de una partida de treinta hombres, que recorren las montañas de Mignano. Estaba enamorado de la hija de un carretero de Itri; pidióla en matrimonio; se la negaron; entonces advirtió lealmente á su rival, llamado Peppino, que le mataria si no renunciaba á Francesca; así se llamaba la jóven: su rival persistió, y Miguel Pezza le cumplió la palabra.

— Le ha matado? preguntó Ruffo.

— Eminencia, es mi penitente. Hace quince dias que con seis hombres de los mas resueltos de su partida, penetró una noche, por el jardin que da á la montaña, en la casa del padre de Francesca, robó su hija y se la llevó consigo. Parece que mi hombre tiene una habilidad particular para hacerse querer de las mujeres, porque Francesca, que amaba á Peppino, adora ahora á Fra Diavolo y saltea los caminos con él como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

— ¿Y son esos los hombres que pensais emplear? preguntó el rey.

— Señor, no se subleva un país con seminaristas.

— El abad tiene razon, señor, dijo Ruffo.

— ¿Está bien! ¿Y con esos medios esperais conseguir vuestro intento?

— Respondo de todo.

— ¿Y sublevareis los Abruzzos y la Tierra de Labor?

— Desde los niños hasta los ancianos. Yo conozco á todo el mundo y todo el mundo me conoce allí.

— Me parece que estais muy seguro del éxito, dijo el cardenal.

— Tan seguro, que autorizo á Vuestra Eminencia á que me mande fusilar si no lo consigo.

— ¿Y pensais convertir á vuestro amigo Cayetano

Mammone y á vuestro penitente Fra Diavolo en vuestros dos tenientes?

— Pienso hacerlos dos capitanes como yo, pues no valen ni mas ni menos que yo. Que el rey se digne tan solo firmar mi despacho y los suyos, para probar á los montañeses que obramos en su nombre, y yo respondo de todo.

— ¡Eh! ¡ eh! dijo el rey, yo no soy escrupuloso; pero nombrar capitanes á dos mozos como esos... ¿Me concedereis diez minutos para pensarlo, no es eso, abad?

— Diez, veinte, treinta, señor, no temo nada. El negocio es demasiado ventajoso para que V. M. lo rechace, y Su Eminencia es demasiado adicto á los intereses de la corona para no aconsejárselo.

— Pues bien, abad, dijo el rey, dejadnos un momento solo á Su Eminencia y á mí: vamos á hablar de vuestra proposicion.

— Señor, yo estaré en la antecámara leyendo el breviario; S. M. me mandará á llamar cuando haya tomado una resolucion.

Pronio saludó y salió.

El rey y el cardenal se miraron.

— Y bien, ¿ qué decís de ese abad, Eminentísimo? dijo rey.

— Digo que es un hombre, señor, y que los hombres son raros.

— ¡ Vaya un estraño San Bernardo para predicar una cruzada! ¿ qué os parece?

— Señor, quizás conseguirá mas de lo que consiguió el verdadero.

— ¿ Sois pues de opinion de que acepte su ofrecimiento?

— En la posicion en que estamos, señor, no creo que haya ningun inconveniente.

— Pero, decidme, cuando uno es nieto de Luis XIV y se llama Fernando de Borbon, ¿os parece que puede firmar con su nombre los despachos de un capitán de bandoleros y de un hombre que bebe sangre como si bebiera agua clara? Sabed que conozco al tal Cayetano Mammone, de nombre al ménos.

— Comprendo la repugnancia de V. M., señor; pero firmad solamente el del abad, y autorizadle para que firme los de los otros.

— Sois un hombre inapreciable; con vos siempre se sale de apuros. ¿Llamamos al abad?

— No, señor, dejémosle leer su breviario; nosotros tenemos que arreglar algunos asuntillos, por lo ménos tan urgentes como los suyos.

— Es verdad.

— Ayer V. M. me hizo el honor de pedirme parecer sobre la falsificacion de cierta carta.

— Me acuerdo perfectamente; y tambien de que me pedisteis la noche para reflexionar. Eminentísimo, ¿habeis reflexionado?

— No he hecho otra cosa, señor.

— ¿Y qué habeis averiguado?

— Que hay un hecho que V. M. no podrá negarme, y es que tengo el honor de ser aborrecido por la reina.

— Eso sucede á todos los que me son fieles y adictos, mi querido cardenal; si tuviésemos la desgracia de indisponernos, la reina os adoraria.

— Ahora bien, siendo ya bastante aborrecido por ella, desearia, si fuese posible, que no me detestase mas.

— ¿Y por qué me decis eso ahora?

— Lo digo á propósito de la carta de S. M. el emperador de Austria.

— ¿Qué creéis pues?

— Yo no creo nada; pero observad cómo han pasado las cosas.

— Veamos, dijo el rey poniendo los codos en los brazos de su sillón para escuchar mas cómodamente.

— ¿A qué hora salió V. M. para Nápoles, con el señor Andrés Backer, el día en que el joven tuvo el honor de comer con V. M.?

— Entre cinco y seis.

— Pues bien, entre seis y siete, es decir, una hora despues que V. M. hubo partido, dióse aviso al maestro de postas de Cápua para que dijese á Ferrari cuando fuese á mudar de caballo, que no tenia necesidad de ir á Nápoles, puesto que V. M. se hallaba en Caserta.

— ¿Quién dió semejante aviso?

— Deséo no nombrar á nadie, señor; pero no impido que V. M. adivine.

— Seguid, os escucho.

— Ferrari, en lugar de ir á Nápoles, vino pues á Caserta. ¿Para qué se queria que viniese á Caserta? No lo sé. Probablemente para sobornarlo.

— Ya os he dicho, mi querido cardenal, que le consideraba incapaz de engañarme.

— No han tenido que tomarse el trabajo de poner á prueba su fidelidad. Ferrari, á consecuencia de su caída, perdió los sentidos y fué conducido á la botica.

— Por el secretario de M. Acton, ya sabemos eso...

— Allí, temiendo que su desmayo fuese demasiado corto y que volviese en sí cuando ménos lo esperasen, se juzgó conveniente prolongar el desmayo por medio de algunas gotas de láudano.

— ¿Quién os ha dicho eso?

— No he necesitado interrogar á nadie. El que no

quiere ser engañado debe averiguar las cosas por sí propio.

El cardenal sacó del bolsillo una cucharilla de café.

— Hé aquí, dijo, la cuchara con que le introdujeron el narcótico en la boca; todavía queda una capa en el fondo de la cuchara, lo que prueba que el herido no bebió el láudano por sí propio, pues que en este caso hubiera hecho desaparecer esta capa con los lábios, y el olor ácre y persistente del ópio, despues de mas de un mes, revela á qué sustancia pertenecia esta capa.

El rey miró al cardenal con la cándida sorpresa que manifestaba, siempre que se le demostraba una cosa que solo él no hubiese hallado, porque escedia los límites de su inteligencia.

— ¿Y quién ha hecho eso? preguntó.

— Señor, respondió el cardenal, yo no nombro á nadie; digo lo HAN hecho. ¿Quién? Lo ignoro.

— ¿Y luego?

— V. M. quiere saberlo todo, ¿no es verdad?

— ¡Pues es claro que quiero saberlo todo!

— Pues bien, señor; cuando Ferrari desmayóse por la violencia del golpe, y se durmió, por la dosis de láudano, le sacaron la carta del bolsillo, la abrieron calentando el sello á la luz de una bugia, la leyeron, y, como contenia lo contrario de lo que esperaban, borraron lo escrito con ácido oxálico.

— ¿Y cómo sabeis precisamente con qué ácido?

— Ved aquí la botellita que contiene aun la mitad del líquido.

Y el cardenal sacó del bolsillo un frasco que contenia un líquido claro como agua destilada.

— ¿Y decís, preguntó el rey, que con este licor se puede borrar lo escrito?

— Tenga S. M. la bondad de darme una carta que no le sirva.

El rey tomó el primer papel que halló á mano, sobre el cual derramó el cardenal dos ó tres gotas del líquido, estendióle con el dedo hasta cubrir cuatro ó cinco líneas y aguardó.

La tinta empezó por volverse amarilla y luego poco á poco desapareció.

El cardenal lavó el papel con agua clara, y entre las líneas escritas, mostró al rey un espacio blanco que secó al fuego, y sobre el cual escribió dos ó tres líneas.

La demostracion no dejaba nada que desear.

— ¡ Ah ! ¡ San Nicandro, San Nicandro ! ¡ Cuando pienso que hubieras podido enseñarme todo esto !

— El no hubiera podido, señor, porque no lo sabia; pero debió hacérselo aprender por otros mas sábios.

— Volvamos á nuestro asunto, dijo el rey exhalando un suspiro. ¿ Qué pasó despues ?

— Pasó, señor, que despues de sustituir á la negativa del emperador una adhesion, cerraron de nuevo la carta y la sellaron con un sello parecido al de S. M. imperial; solo que, como era de noche cuando hicieron esta operacion, no distinguieron bien que el lacre con que ponian el segundo sello era un poco mas oscuro que el primero.

Y asi diciendo el cardenal enseñó al rey la carta por el lado del sello.

— Ved, señor, la diferencia que hay entre los dos lacres.

— Es verdad, exclamó el rey, ¡ por Dios que es verdad !

— Además, añadió el cardenal, ved la barra de lacre que ha servido para poner el segundo sello.

El rey miraba sorprendido las tres pruebas del delito;

la cuchara, el frasco y la barra de lacre que Ruffo habia colocado encima de la mesa.

— ¿Y cómo habeis adquirido todo esto? preguntó el rey, tan interesado por la astucia con que el cardenal habia buscado la verdad, que no queria perder el mas mínimo pormenor.

— De la manera mas sencilla, señor. Yo soy casi el único médico de vuestra colonia de San Lencio; así es que voy de cuando en cuando á la botica de palacio para buscar algunos medicamentos; esta mañana fuí á la botica, como de costumbre, pero con un objeto especial y allí encontré *esta cuchara* sobre la mesa de noche, *este frasco* en el armario de cristales, y esta *barra de lacre* encima de la mesa.

— ¿Y esto os ha bastado para descubrirlo todo?

— El cardenal de Richelieu no pedia mas que tres lineas del escrito de un hombre para mandarle ahorcar.

— Es verdad, dijo el rey; pero desgraciadamente hay personas á quienes no se puede ahorcar, por mucho mal que hayan hecho.

— Ahora, dijo el cardenal mirando fijamente al rey, ¿apreciais mucho á Ferrari?

— Vaya si le aprecio.

— Pues bien, señor, no seria malo alejarle por algun tiempo. Creo que el aire de Nápoles no es nada saludable para él en este momento.

— ¿Lo creéis así?

— Estoy seguro de ello.

— ¡Pardiez! es muy sencillo; voy á enviarle otra vez á Viena.

— Es un viaje penoso, señor; pero hay penas saludables.

— Por lo demás, ya comprenderéis, Eminentísimo, que quiero saber toda la verdad del caso. Voy á de-

volver al emperador mi yerno el despacho en que me dice que se pondrá en campaña tan luego como yo entrase en Roma, y le preguntaré su opinion sobre esto.

— Y para que nadie sospeche nada, V. M. debe salir para Nápoles hoy mismo con todo el mundo, diciendo á Ferrari que venga á buscarme esta noche á San Lencio, y que ejecute mis órdenes como si fuesen las de V. M.

— ¿Y qué hareis?

— Escribiré al emperador en nombre de V. M., manifestándole sus recelos, y suplicándole que envíe la respuesta á mi nombre.

— ¡Magnífico! pero Ferrari va á caer en poder de los franceses; ya debeis comprender que los caminos estarán tomados.

— Ferrari irá por Benevento y Foggia á Manfredonia; allí se embarcará para Trieste, y en Trieste tomará la posta para Viena.

— ¡Sois un hombre prodigioso, mi querido cardenal! para vos nada hay imposible.

— ¿Agrada á V. M. este plan?

— Seria muy descontentadizo si no me agradase.

— Entónces, señor, pasemos á otra cosa; ya sabeis que cada minuto es una hora, cada hora un dia y cada dia un año.

— Ocupémonos del abad Pronio, ¿no es eso lo que quereis decir? dijo el rey.

— Justamente, señor.

— ¿Creeis que habrá tenido tiempo de leer su brevario? preguntó riendo el rey.

— ¡Bueno! si no ha tenido tiempo de leerlo hoy lo leerá mañana, dijo Ruffo; no es hombre que tema condenarse por tan poca cosa.

Ruffo llamó.

Presentóse un lacayo.

— Decid al abad Pronio que le aguardamos, dijo el rey.

## XXVIII

## UN DISCÍPULO DE MAQUIAVELO.

Pronio no se hizo aguardar.

El rey y el cardenal notaron que la lectura del libro santo no le habia quitado nada de la desenvoltura que habian notado en él.

Entró, se detuvo en el dintel de la puerta y saludó respetuosamente primero al rey y luego al cardenal.

— Guardo las órdenes de S. M., dijo.

— Mis órdenes son muy sencillas, mi querido abad ; mando que hagais todo lo que me habeis prometido.

— Estoy dispuesto, señor.

— Ahora, entendámonos.

Pronio miró al rey ; era evidente que no comprendia el significado de estas palabras : *entendámonos*.

— Decidme ¿ cuáles son vuestras condiciones? dijo el rey.

— ¿ Mis condiciones ?

— Sí.

— Yo, no pongo ninguna condicion á V. M.

— Pues si os parece mejor, decidme qué favores esperarais de mí.

— El de servir á V. M. y morir por vos, si es necesario.

— ¿ Nada mas ?

— Nada mas.

—¿De modo que no quereis un arzobispado, ni un obispado, ni siquiera una abadía?

—Si sirvo bien á V. M., cuando todo haya concluido y los franceses estén fuera del reino, podrá recompensarme, y si le sirvo mal me mandará fusilar.

—¿Qué decís de esto, cardenal?

—Digo que no me admira, señor.

—Lo agradezco á vuestra Eminencia, dijo Pronio inclinándose.

—De modo, dijo el rey, que todo se reduce á que os demos un diploma.

—Uno á mí, señor, otro á Fra-Diavolo y otro á Mamone.

—¿Sois su representante? le preguntó el rey.

—Aun no los he visto, señor.

—¿Y sin verlos respondeis de ellos?

—Como de mí mismo.

—Eminentísimo, redactad el diploma del señor abad.

Ruffo se sentó y escribió algunas líneas, que decían así :

« Yo, Fernando de Borbon, rey de las Dos Sicilias y de Jerusalem,

» Declaro :

» Que teniendo completa confianza en la elocuencia, patriotismo y genio militar del abad Pronio,

» Le nombro

» MI CAPITAN en los Abruzos y en la Tierra de Labor, y en caso necesario en todas las demás partes de mi reino ;

» Y apruebo

» Todo cuanto haga en defensa del país, y para impedir que los franceses penetren en él, autorizándole á firmar diplomas semejantes á este á dos personas

que él juzgue dignas de secundarle en tan noble empresa, y prometo reconocerlas como por jefes de las masas.

» En fé de lo cual le espedimos el presente diploma.

» En nuestro palacio de Caserta, á 10 de diciembre de 1798. »

— ¿Es eso lo que quereis, abad? preguntó el rey á Pronio.

— Sí, señor; solo que observo que no ha querido V. M. cargar con la responsabilidad de firmar los diplomas de los dos capitanes que habia tenido la honra de recomendarle.

— Es verdad, pero os he autorizado á firmarlos; porque deseo que os queden reconocidos.

— Os lo agradezco, señor, y si V. M. se digna poner al pié de ese diploma su firma y sello, presentándole mis humildes respetos, partiré inmediatamente para ejecutar sus órdenes.

El rey firmó y selló el diploma.

El cardenal se le acercó y le dijo algunas palabras al oído.

— ¿Lo creeis?... le preguntó el rey.

— Es mi humilde opinion, señor.

El rey se volvió hácia Pronio.

— El cardenal, le dijo el rey, supone que vos, mejor que nadie, señor abad...

— Señor, dijo Pronio interrumpiéndole é inclinándose, pido mil perdones á V. M.; pero hace cinco minutos que tengo la honra de ser capitan de los voluntarios de S. M.

— Escusadme, mi querido capitan, dijo el rey riendo, lo habia olvidado mirando el breviario que os asoma por el bolsillo.

Pronio sacó del bolsillo el libro que habia llamado la

atencion del rey y se lo presentó. El rey abrió el libro y leyó el título que decia :

« *El Príncipe*, por Maquiavelo. »

— ¿Qué significa esto? preguntó el rey, que no conocia ni la obra ni el autor.

— Señor, le contestó Pronio, es el breviario de los reyes.

— ¿Conoceis este libro? preguntó Fernando á Ruffo.

— De memoria.

— ¡Hum! yo no he sabido nunca de memoria mas que el oficio de la Virgen, y aun eso desde que me lo enseñó San Nicandro, me parece que lo he olvidado un poco. Pero vamos á cuentas; os decia, capitan, puesto que capitan sois, que el cardenal suponía que vos mejor que nadie podriais redactar una proclama dirigida al pueblo de las dos provincias que acabo de poner á vuestras órdenes.

— Su Eminencia es un buen consejero, señor.

— ¿De modo que sois de su opinion?

— En un todo.

— Sentaos y escribid.

— ¿Debo hablar en nombre de V. M. ó en el mio? preguntó Pronio.

— En nombre del rey, señor, en nombre del rey, se apresuró á responder Ruffo.

— Claro está, en mi nombre, puesto que el cardenal lo desea, dijo Fernando.

Pronio saludó al rey para darle gracias por el permiso que le concedia, no solo de escribir en nombre de su soberano, sino de sentarse en su presencia. Sentóse cor desembarazo, y con gran soltura escribió lo siguiente:

« Miéntras estoy en la capital del mundo cristiano, ocupado en restablecer la santa iglesia católica, los franceses amenazan penetrar en los Abruzos, á pesar de

haber hecho todo lo posible para estar en paz con ellos. Me arriesgo pues, aunque corriendo grandes peligros, á pasar por en medio de sus filas para volver á mi amenazada capital; pero una vez en Nápoles marcharé á su encuentro al frente de un numeroso ejército para esterminarlos.

» Entre tanto, corran los pueblos á las armas, para defender la religion y su rey, ó su padre, por mejor decir, que está pronto á sacrificar su vida, por conservar á sus vasallos sus altares y sus bienes, el honor de sus mujeres y la libertad. El que no corra á alistarse inmediatamente en las banderas de la guerra santa será considerado como traidor á la patria, y el que las abandone, despues de haberse alistado en ellas, sufrirá la pena de rebelde y enemigo de la iglesia y del Estado.

» Roma, 7 de diciembre de 1798. »

Pronio entregó al rey su proclama. El rey la pasó al cardenal.

— No entiendo muy bien, Eminentísimo.

— Ruffo la leyó.

Pronio, en lugar de mirar al rey durante la lectura, no apartó los ojos del cardenal.

Dos ó tres veces apartó este los ojos del papel para mirar á Pronio, y otras tantas se encontraron sus miradas.

— No me habia engañado, dijo el cardenal á Pronio al concluir la lectura, sois hombre inteligente.

Y dirigiéndose al rey añadió:

— Señor, me atrevo á asegurar á V. M., que nadie en los dos reinos hubiera escrito una proclama con tanta habilidad. V. M. puede firmarla.

— ¿Es vuestra opinion, cardenal, y no teneis nada que añadir?

— Suplico á V. M. que no cambie ni una silaba.

El rey tomó la pluma y dijo :

— Firmo confiado en vos, ya lo veis.

— ¿Cuál es vuestro nombre de bautismo, señor ? preguntó el cardenal á Pronio mientras el rey firmaba.

— José, monseñor.

— Ahora, señor, dijo Ruffo, ántes de dejar la pluma, podeis añadir al pié de vuestra firma :

« El capitan José Pronio está encargado por mí y en mi nombre de repartir esta proclama, y de velar para que las intenciones que he manifestado sean fielmente cumplidas. »

— ¿ Puedo yo añadir eso ? preguntó el rey.

— Podeis, señor, contestó Ruffo.

El rey escribió las palabras dictadas por el cardenal, y dijo al concluir :

— Ya está.

— Ahora, señor, añadió el cardenal, mientras el señor Pronio nos saca una copia de esta proclama, V. M. firmará á la órden del capitan un bono de diez mil ducados.

— ¡ Monseñor ! dijo Pronio.

— Dejadme hacer.

— ¿ Diez mil ducados ? exclamó el rey.

— Señor, suplico á V. M...

— Vamos, vamos, dijo el rey. ¿ A cargo de Corradino ?

— No, á cargo de la casa Andrés Backer y compañía; es mas seguro y mas rápido.

El rey se sentó, estendió el bono y lo firmó.

— Aquí está la copia de la proclama de S. M., dijo Pronio, presentándola al cardenal.

— Ahora nos entenderémos, dijo Ruffo á Pronio. Ya veis la confianza que el rey os dispensa. Tomad este bono de diez mil ducados, mandad imprimir de esta

proclama todos los ejemplares que se puedan en veinte y cuatro horas, y los mil primeros se fijarán en las esquinas de Nápoles, si es posible, ántes que llegue el rey. Ahora son las doce del dia; necesitais hora y media, para ir á Nápoles; á las cuatro la impresion puede estar hecha. Lleváos diez, veinte, treinta mil ejemplares; esparcidlos por todas partes; pero que ántes de mañana por la noche pasen de diez mil los repartidos.

— ¿Y qué haré con el resto del dinero?

— Compraréis fusiles, pólvora y balas.

Pronio, lleno de alegría, iba á precipitarse fuera de la habitacion.

— ¿Cómo, no veis, capitán?...

— ¿El qué, monseñor?

— El rey os da á besar su mano.

— ¡Oh! señor, exclamó Pronio besando la mano al rey, ni aun el dia en que pierda la vida por V. M. habré pagado la honra que me dispensais.

Y Pronio salió dispuesto en efecto á morir por el rey.

Fernando esperaba sin duda con impaciencia la salida de Pronio, porque habia tomado parte en aquella escena sin comprender demasiado el papel que en ella representaba.

— A fé mia, dijo el rey, que si no comprendo una jota de cuanto pasa debe ser la culpa de San Nicandro; pero que el diablo me lleve si entiendo vuestro entusiasmo por esa proclama que no dice palabra de verdad.

— ¡Ah, señor! justamente porque no dice palabra de verdad la admiro. Ni V. M. ni yo nos hubiéramos atrevido á hacerla.

— Veamos, dijo Fernando, esplicádmela, á ver si vale mis diez mil ducados.

— Si hubiera de pagarla en lo que vale, no seria V. M. bastante rico para hacerlo.

— ¡Cabeza de burro! dijo Fernando dándose un puñetazo en la frente.

— ¿Quiere V. M. que la comentemos?

— Como queráis.

El rey ofreció la copia al cardenal.

Ruffo leyó:

« Mientras que estoy en la capital del mundo cristiano ocupado en restablecer la iglesia católica, los franceses amenazan penetrar en los Abruzzos, á pesar de todo lo que he hecho para vivir en paz con ellos... »

— ¿Sabeis que eso aun no me causa admiracion?

— Es lástima, señor. Ved la importancia de esto. Estais en Roma en el momento en que escribís esta proclama, y estais tranquilamente, sin otra intencion que la de restablecer la santa iglesia católica; ni destruí los árboles de la libertad, ni quereis ahorcar los cónsules, ni permitís al pueblo que queme á los judíos ó los arroje al Tiber. Estais en Roma, pero inocentemente, solo por los intereses del Santo Padre.

— ¡Ah! dijo el rey, que empezaba á comprender.

— No estais allí, continuó el cardenal, para hacer la guerra á la República, puesto que habeis hecho todo lo posible para vivir en paz con ella, tratais á los franceses como amigos, ellos os amenazan con *penetrar en los Abruzzos*.

— ¡Ah! dijo el rey que comprendia ya.

— Por consecuencia, á los ojos de cuantos lean este manifiesto, y lo leerá el mundo entero, vienen de su parte y no de la vuestra, el mal proceder, la ruptura y la traición. A pesar de las amenazas que os ha hecho el embajador Garrat, fiáis en ellos como en aliados que deseais conservar á cualquier precio. Vais á Roma lleno de confianza en su lealtad, y mientras estáis allí, tranquilamente, sin sospechar nada, los franceses os atacan de

improvisó y derrotan á Mack. Convenid, señor, en que nada tiene de extraordinario que un general y un ejército sorprendido sean derrotados.

— ¡Calla! dijo el rey, que comprendia cada vez mejor, á fe mia que es verdad.

— Y V. M. añade :

«Me arriesgo pues, á pesar de todos los peligros, á atravesar por en medio de sus filas, para volver á mi capital amenazada. Una vez en Nápoles, marcharé á su encuentro al frente de un numeroso ejército para esterminarlos..... »

— Ya lo veis, señor, á pesar del peligro que corre, V. M. se arriesga á atravesar sus filas para volver á su capital amenazada. ¿Comprendeis, señor? Vos no huis de los franceses ; al contrario, atravesais sus filas ; léjos de temer el peligro, lo afrontais. ¿Y por qué esponéis temerariamente vuestra sagrada persona? Por defender vuestra capital amenazada, por marchar en fin con un numeroso ejército al encuentro del enemigo para esterminarlo..... »

— ¡Basta! exclamó el rey soltando la carejada, ¡basta, querido cardenal! He comprendido ; gracias á esta proclama, voy á pasar por un héroe. ¿Quién diablos lo hubiera adivinado cuando trocaba mis vestidos con Ascoli en la posada de Albano? En verdad teneis razon, y vuestro Pronio es un hombre de genio. ¡Lo que tiene haber estudiado á Maquiavelo! ¡Calla! y se ha dejado el libro.

— Podeis guardarlo, señor, para estudiarlo, porque él lo sabe ya perfectamente.

## XXIX

DONDE MIGUEL EL LOCO ES NOMBRADO CAPITAN, ESPERANDO QUE LE NOMBREN CORONEL.

Entre cuatro y cinco de la tarde del mismo dia, empezó á circular por los antiguos barrios de Nápoles y á estenderse poco á poco por toda la ciudad uno de esos rumores sordos y amenazadores, como los que preceden á las tormentas y á los terremotos. De la imprenta de Florio Giordani, situada en el Largo Mercatello, salian sucesivamente muchos hombres con el brazo izquierdo cargado de papeles y el derecho armado de una brocha y de un cubo de cola, é internábanse en la ciudad, en todas direcciones, dejando cada uno tras sí una porcion de pasquines, pegados á las esquinas, delante de los cuales se agrupaban los curiosos.

Aquellos carteles no contenian otra cosa sino la proclama del rey Fernando, ó por mejor decir, del capitan Pronio, que cumplia á las mil maravillas las órdenes del cardenal.

Atónitos y sorprendidos, los napolitanos recibian de un golpe la noticia de la vuelta del rey, que creian en Roma, y la de la invasion de los franceses, que suponian derrotados.

En medio de aquella relacion, un poco confusa, de los acontecimientos, el rey aparecia como la esperanza suprema, como el ángel salvador de la nacion.

Habia atravesado las filas de los franceses, y espuesto su libertad y su vida para morir al lado de sus fieles napolitanos.

El rey Juan no hizo mas en Poitiers, ni Felipe de Valois en Crecy.

No era posible hacer traicion á tal civismo, ni dejar sin recompensa semejante sacrificio.

Ante cada proclama, un numeroso grupo discutia, comentaba y disecaba el documento. Los que sabian leer, que no eran muchos, gozaban de su superioridad, haciendo uso de la palabra, y como que aparentaban comprenderlo todo, ejercian gran influencia en los que no sabian leer y que los escuchaban con la mirada fija, el oido atento y la boca abierta.

En el Mercado Viejo, donde la instruccion estaba todavia menos generalizada que en los demás barrios de Nápoles, habiase formado un inmenso grupo en la puerta del Beccaiio, y en el centro, bastante cerca del manifiesto para poder leerlo, se veia á nuestro amigo Miguel el Loco, que, gozando de las prerogativas que le daban su instruccion distinguida, transmitia á la multitud admirada las noticias en la proclama contenidas.

— Lo que mas claro veo en medio de todo esto, decia el Beccaiio en su brutal buen sentido y fijando en Miguel su mirada ardiente, lo que mas claro veo en todo esto es que esos perros republicanos, ¡que el infierno confunda! han dado una paliza al general Mack.

— Yo no veo nada de eso en la proclama, respondió Miguel; sin embargo, creo que es probable; para nosotros, gente instruida, eso se sobreentiende.

— Que se sobreentienda ó no, dijo el Beccaiio, no por eso es ménos cierto que los franceses marchan sobre Nápoles, donde estarán quizas antes de quince dias.

— Sí, respondió, puesto que la misma proclama dice que han invadido los Abruzzos, y este es el camino de Nápoles; pero en nosotros consiste que no entren en Nápoles.

— ¿Y cómo impedirselo? preguntó el Beccaio.

— Nada mas fácil, dijo Miguel. Tú, por ejemplo, tomas tu gran cuchillo, Pagliuccella su gran escopeta, y yo un gran sable, y marchamos contra ellos.

— Marchamos contra ellos, marchamos contra ellos, murmuró el Beccaio que hallaba, la proposicion de Miguel algo aventurada; ¡ eso es muy fácil de decir!

— Y aun mas fácil de hacer, amigo mio; no se necesita mas que una cosa, es verdad que esa cosa no se halla bajo la piel de los carneros que tú deguellas; se necesita valor. Yo sé de buena tinta que los franceses no son mas de diez mil; nosotros somos en Nápoles sesenta mil lazzoronis, buenos, robustos, que tenemos buenos brazos, buenas piernas y buenos ojos. Ahora bien, armémonos cada cual con lo que encuentre, aunque no sea mas que con una piedra y una honda, como el pastor David, y matemos cada uno la sesta parte de un francés, y no quedará ni uno, supuesto que somos sesenta mil y ellos no son mas que diez mil; eso no será difícil para tí, que segun dices, has luchado solo contra seis.

— Es verdad, dijo el otro, que todo lo que caiga por mi banda...

— Sí, replicó Miguel; pero á mi parecer, no hay que esperar á que te caigan por tú banda; debemos salirles al encuentro, debemos combatirlos en cuàlquier parte donde se hallen.

De hombre á hombre, no va nada, ¡ qué diablos! Y puesto que yo no te temo á tí, puesto que no temo á Pagliuccella, puesto que no temo á los tres hijos de Basso Tomeo, que anda diciendo siempre que me van á matar y nunca me matan, con mucha mas razon, seis hombres que tienen miedo de uno son unos cobardes.

— ¡ Miguel tiene razon! ¡ Miguel tiene razon! gritaron muchas voces.

— Pues bien, dijo Miguel, si tengo razon, probádmelo. Yo no deseo mas que ir á matar ó morir; los que quieran morir conmigo que lo digan.

— ¡Yo! ¡yo! ¡yo! ¡Nosotros! ¡nosotros! gritaron cincuenta voces. ¿Quieres ser nuestro gefe, Miguel?

— ¡Pardiez! dijo Miguel, yo no deso otra cosa.

— ¡Viva Miguel! ¡viva Miguel! ¡viva nuestro capitan! gritaron un gran número de voces.

— ¡Bueno! ya soy capitan, dijo Miguel; parece que la prediccion de Nanno empieza á realizarse. ¿Quieres ser mi teniente, Pagliuccella?

— ¡Ah! vaya, que si lo quiero, dijo este; tú eres un buen muchacho, aunque estás algo orgulloso de lo que sabes; pero, en fin, ya que es necesario que haya un gefe, vale mas que ese gefe sepa leer, escribir y contar.

— Pues bien, continuó Miguel, que los que me admitan por gefe vayan á aguardarme á la estrada Carbonara con las armas que puedan reunir; yo voy á buscar mi sable.

Dispersóse entónces la muchedumbre; cada cuál tiró por su lado, y un centenar de hombres, dispuestos á reconocer á Miguel el Loco por su gefe, salieron del grupo y fueron en busca del arma exigida, sin la cual no se era admitido en las filas del capitan Miguel.

Algo pasaba en el otro extremo de la ciudad, la calle de Toledo y el Volmera, en lo alto de la eminencia del la Infrascata, al pié de la salida de los Capuchinos.

Fray Pacifico, al volver de la colecta con su amigo Jacobino, habia visto hombres que corrian cargados de carteles y que los pegaban en las paredes, donde quiera que hallaban un paraje conveniente y al alcance de la vista; el hermano cuestor habiase acercado al cartel con otros curiosos, lo habia descifrado, no sin trabajo, pues no era un sabio de la

talla de Miguel ; pero en fin lo habia descifrado, y al saber las inesperadas noticias que contenia, su ardor guerrero se habia despertado mas militante que nunca al ver á los jacobinos, objetos de su odio, próximos á atravesar las fronteras del reino.

Entónces, dando un furioso golpe en el suelo con su garrote de laurel, pidió la palabra, se subió sobre un guardacanton, y teniendo á Jacobino por el ronzal, en medio de un religioso silencio, esplicó al inmenso círculo que su popularidad habia reunido en torno suyo, lo que eran los franceses. Al decir de fray Pacífico, los franceses eran todos impíos, sacrilegos, ladrones, robadores de mujeres, degolladores de niños, que no creian que la madona de Pie di Grotta moviese los ojos y que los cabellos del Cristo del Carmelo crecian de tal manera que era necesario cortárselos todos los años. Afirmaba fray Pacífico que todos ellos eran hijos del diablo, y declaraba como prueba que todos los que él habia visto llevaban, en un punto cualquiera de su cuerpo, la huella de una uña, indicio cierto de que todos estaban destinados á caer en las de Satanás. Era pues urgentísimo el impedirles, por todos los medios posibles, penetrar en Nápoles, ó de lo contrario, Nápoles, quemado de uno á otro cabo, desapareceria de la superficie de la tierra, como si las cenizas de Pompeya hubiesen pasado sobre él.

El discurso de fray Pacífico produjo gran sensacion en el auditorio. Gritos de entusiasmo salieron de la multitud, y dos ó tres voces preguntaron si, en el caso en que el pueblo napolitano se sublevase contra los franceses, fray Pacífico iria en persona al encuentro del enemigo. Fray Pacífico contestó, que no solo él sino hasta su asno Jacobino estaba al servicio de la causa del rey y del altar, y que, sobre aquella humilde cabalgadura,

escogida por Cristo para hacer su triunfal entrada en Jerusalem, él se encargaba de guiar á la victoria á los que quisieran pelear á su lado.

Los gritos de «¡ Estamos dispuestos! ¡ estamos dispuestos!» repitiéronse con frenesí. Fray Pacífico pidió solamente cinco minutos para depositar la carga de Jacobino en la cocina del convento, y efectivamente, al cabo de cinco minutos reapareció montado en el asno, y á galope tendido fué á colocarse en medio del círculo que habia elegido.

Eran las seis de la tarde, y Nápoles habia llegado, sin que Fernando tuviese de ello la menor sospecha, al grado de exasperacion que hemos visto, cuando este, con la cabeza baja y preguntándose qué recibimiento le aguardaba en su capital, entró por la puerta Capuana, teniendo buen cuidado, para no añadir á su desgracia la parte de impopularidad que pesaba sobre la reina y su favorita, de separarse de ellas en el momento de entrar en la ciudad, y de trazarles por itinerario la puerta del Camino, la Marinella, la via del Piliero y el largo del Castello, miéntras que él seguia la estrada Foria, el largo de Pigne y la calle de Toledo.

Las dos carrozas se habian separado pues en la puerta Capuana, dirigiéndose la reina, con lady Hamilton, sir William y Nelson, al palacio real, por el camino que hemos dicho, y entrando el rey directamente, con el duque de Ascoli, por aquella famosa puerta Capuana, célebre por tantos títulos.

Recordará él lector que era justamente enfrente de la puerta Capuana, en la plaza que se estiende al pié de las gradas de la iglesia de San Juan en Carbonara, donde Miguel, por una casualidad, habia citado á su tropa, y como esta tropa, reclutada en el camino, habia casi duplicado en el espacio recorrido, la plaza se hallaba inva-



didada por mas de doscientos cincuenta hombres cuando el rey entró en ella.

El rey sabía perfectamente que en medio de sus queridos lazzaronis no tenia nada que temer; así fué que no le causó apénas sorpresa el ver, en medio de tan gran número de gente reunida y al pálido resplandor de los escasos faroles que alumbraban la plaza, relucir sables y fusiles; inclinóse fuera del coche y tocando el hombro al que le pareció jefe de la tropa, preguntóle en dialecto napolitano :

—¿Amigo mio, podriais decirme qué es lo que sucede?

El hombre se volvió y hallóse cara á cara con el rey.

El hombre era Miguel.

— ¡ Oh ! exclamó este, sofocado por la alegría de ver al rey, por la sorpresa que le causaba su presencia y por el orgullo de hablarle; ¡ oh ! ¡ S. M. ! ¡ S. M. el rey Fernando ! ¡ Viva el rey ! ¡ viva nuestro padre ! ¡ viva el salvador de Nápoles !

Si el rey Fernando aguardaba oír algun grito á su vuelta á la capital, ciertamente que no era este.

— ¿ Los entiendes tú ? preguntó el rey á Ascoli ; ¿ qué diablos dicen ?

— Gritan : « ¡ Viva el rey ! » respondió el duque con su gravedad habitual ; os llaman su padre, os apellidan el salvador de Nápoles.

— ¿ Estás seguro de lo que dices ?

Los gritos redoblaron.

— Vamos, dijo el rey, puesto que se empeñan...

Y, saliendo á medias por la portezuela, exclamó :

— Sí, hijos míos, soy yo ; sí, es vuestro rey, vuestro padre, y, como decís muy bien, vengo á salvar á Nápoles ó á morir con vosotros.

Esta promesa redobló el entusiasmo, que llegó hasta el frenesí.

— Pagliucella, gritó Miguel, corre delante con una docena de hombres : ¡ antorchas ! ¡ cirios ! ¡ iluminaciones !

— ¡ No es necesario, hijos míos ! exclamó el rey á quien la demasiada claridad importunaba ; no es necesario ; ¿ para qué tantas luces ?

— Para que el pueblo vea que Dios y San Gennaro le devuelven su rey sano y salvo, y que han protegido á V. M. en medio de los peligros que ha corrido al atravesar las filas de los franceses para venir á su fiel ciudad de Nápoles, contestó Miguel.

— ¡ Antorchas ! ¡ cirios ! ¡ iluminaciones ! gritaron Pagliucella y sus hombres corriendo como locos por la estrada Carbonara. Es el rey que viene con nosotros. ¡ Viva el rey ! ¡ viva nuestro padre ! ¡ viva el salvador de Nápoles !

— Vamos, vamos, dijo el rey á Ascoli, mi parecer es que no debemos contradecirles. Dejémosles obrar ; pero indudablemente el abad Pronio es un grande hombre.

Los gritos de Pagliucella y de sus lazzaronis produjeron un efecto mágico ; la gente salía en tropel de las casas con cirios ó antorchas ; todas las ventanas fueron iluminadas ; cuando el cortejo llegó á la calle de Foria, viéronla toda centellante, como Pisa el dia de la *Luminara*.

Resultó de aquí, que la entrada del rey, que estuvo á pique de hacerse en el silencio y la vergüenza de una derrota, tomaba, al contrario, todo el esplendor de una victoria, todo el estruendo de un triunfo.

A la subida del museo Borbónico, el pueblo no pudo resistir por mas tiempo que su rey fuese arrastrado por los caballos ; desunciólos, y unciéndose él mismo, tiró del carruaje.

Cuando la carroza del rey llegó á la calle de Toledo,

vióse una segunda tropa unirse á la de Miguel el Loco, tropa no ménos entusiasta y no ménos ruidosa, que capitaneaba fray Pacífico, montado sobre su asno y llevando un garrote al hombro como Hércules su maza: esta tropa se componia de dos á trescientas personas lo ménos.

La calle de Toledo estaba materialmente hecha uua ascua con la iluminacion, miéntras que todo aquel gentío armado de antorchas encendidas, parecia un mar fosforescente. El carruaje podia apénas adelantar un paso por enmedio de aquella apiñada muchedumbre. Jamás héroe victorioso, ni Paulo Emilio, vencedor de Perseo, ni Pompeyo, vencedor de Mitridates, ni César, vencedor de los galos, tuvieron un cortejo igual al que acompañaba al rey que volvía fugitivo á su palacio.

La reina habia llegado la última por calles desiertas y habia hallado el palacio mudo y casi solitario; oyó luego grandes y lejanos rumores, algo parecidos al mugido de la tempestad que se forma en el horizonte; asomóse inquieta y vacilante al balcon y oyó mas distintamente aquel ruido, percibió aquellos clamores, vió aquellos torrentes de luz que bajaban de la calle de Toledo y llegaban hasta el palacio real, y tomólos por la lava de una revolucion. Entónces tuvo miedo; recordó el 5 y el 6 de octubre, el 21 de junio y el 10 de agosto de su hermana María Antonieta, y pensó en huir: Nelson le ofrecia ya un refugio á bordo de su navío, cuando fueron á decirle que era el rey á quien el pueblo traía en triunfo. Parecíale esto no solo improbable, sino imposible: consultó á Emma, Nelson, sir Hamilton y Acton, y ninguno, incluso Acton, aquel gran despreciador de la humanidad, podia esplicarse semejante aberracion y falta de sentido moral en un pueblo entero. Ignoraban la proclama de Pronio, que el rey, ó por mejor decir, el

cardenal, habia mandado imprimir y repartir, sin decir nada á nadie. La falta de espíritu filosófico impedia á aquellos ilustres personajes darse cuenta de la pequeñez de los accidentes que bastan para sostener ó derribar un trono que se bambolea.

Tranquilizada, aunque con dificultad, la reina corrió al balcon y sus amigos la siguieron. Solo Acton se quedó atrás, desdeñando la popularidad: odiado como extranjero, acusado de ser causa de todas las desgracias que sufría el trono, evitaba mostrarse ante un público, que murmuraba al verlo, llegando algunas veces hasta el insulto. Miétras pensó que Carolina lo amaba, arrojó la impopularidad; pero desde que se convenció de que solo era para ella objeto de temor ó un instrumento de ambicion, dejó de arrostrar la opinion pública, cuyo juicio por otra parte le era indiferente.

La presencia de la reina en el balcon pasó desapercibida, aunque la plaza rebosaba de gente; todas las miradas, todas las aclamaciones eran para el rey que habia *pasado por entre las filas de los franceses para correr á morir al lado de su pueblo.*

Mandó la reina que avisaran al duque de Calabria la llegada de su padre, y colocó además todos los infantes delante de ella en el balcon.

La aparicion de los infantes fué saludada con algunos gritos de alegría; pero no distrajo la atencion de la multitud, que veia ya asomar la cabeza del cortejo por Santa Brígida.

En cuanto á Fernando, empezaba á convencerse de la bondad de los consejos del cardenal, y no le parecia demasiado cara al precio de diez mil ducados aquella entrada triunfal, sobre todo cuando pensaba en la que habia merecido.

Apeóse el rey, y despues que el pueblo habia tirado

de su coche, se empeñó en llevarle sobre sus hombros, y de esta manera lo subió hasta la puerta de la régia cámara.

Tanta era la gente que se había agolpado, que se vió separado del duque de Ascoli, en quien nadie pensó y que desapareció sin saber cómo.

Apareció el rey en el balcon, dió la mano al príncipe Francisco, y abrazó á los infantes en medio de las frenéticas aclamaciones de cien mil almas, y reuniendo en un solo grupo principitos y principitas, los rodeó con sus brazos y gritó :

— ¡ Tambien ellos morirán con vosotros !

El pueblo respondió en coro :

— Por vos y por ellos nos dejaremos matar hasta el último.

El rey sacó el pañuelo é hizo como que enjugaba una lágrima.

La reina pálida y temblorosa, salió del balcon y fué á buscar á Acton, que estaba en el fondo de la sala, en pié, apoyando la mano en una mesa y mirando aquel espectáculo con su flemma habitual.

— ¡ Estamos perdidos ! le dijo la reina ; el rey se quedará.

— Estad tranquila, señora ; yo me encargo de hacerle partir.

El pueblo se estacionó en la calle de Toledo y en la bajada del Gigante, hasta mucho despues de haberse retirado el rey y cerrádose las ventanas.

El rey no se cuidó de preguntar por Ascoli , á quien llevaron á su casa , sin sentido y medio muerto , tales estrujones debió sufrir entre aquella frenética muchedumbre.

Verdad es que S. M. estaba ansioso por ver á su querido Júpiter, despues de seis semanas de ausencia.

## XXX

## AMANTE Y ESPOSA.

Las inteligencias vulgares, que solo miran la superficie de las cosas, pudieran creer, al ver aquella inesperada manifestacion ; tan repentina como universal, que nada podia derribar un trono, que tenia por base el amor del pueblo entero ; pero las personas verdaderamente inteligentes, que no se dejaban engañar por vanas palabras, ni por demostraciones exteriores, tan frecuentes en los napolitanos, veian mas allá de este entusiasmo la terrible verdad : el rey fugitivo, el ejército derrotado, los franceses en marcha sobre Nápoles y sus inevitables consecuencias.

Una de las casas en que la noticia de lo que pasaba produjo la sensacion mas profunda, porque las dos personas que la habitaban, cada una por su parte, estaba perfectamente informada, y porque cada cual estaba interesada, aunque de diferente modo, en el resultado de los sucesos, era la casa de Palmier.

Luisa cumplió á Salvato su palabra ; todo el tiempo que la ausencia de su marido la dejaba libre, lo pasaba en la alcoba donde él habia recobrado la salud.

Luisa no lloraba, ni se quejaba, ni siquiera sentia la necesidad de hablar de Salvato con nadie. Giovanina, admirada del silencio de su ama respecto al jóven, habia procurado que lo rompiera, aunque inútilmente. Luisa pensaba que solo con Dios debia hablar de él.

La pureza de su amor habia esparcido en su alma una apacible melancolía ; entraba en la alcoba y sonreia á todos los muebles ; saludábalos dulcemente con la cabeza y

tiernamente con los ojos; iba á sentarse en el sillón acostado á la cabecera de la cama, y allí soñaba despierta.

Pasaba revista en sus sueños á los dos meses transcurridos, día por día, hora por hora y minuto por minuto. Tenía Luisa dos pasados; uno que había olvidado y otro en que pensaba continuamente, y aquellos sueños eran de infinita dulzura. Cuando llegaba á la hora de la partida de Salvato, llevaba su mano á la boca como para retener el único y rápido beso que de él había recibido al partir, y sentía volver toda su inefable dulzura. Otras veces necesitaba distraer su soledad con el trabajo ó la lectura. De esta manera vivía en una vida ficticia, mucho más dulce que la realidad.

Cuatro días habían transcurrido apenas desde la partida de Salvato; pero aquellos cuatro días ocupaban un espacio inmenso en la vida de Luisa.

En aquella vida del pensamiento que la alejaba de la vida real, todo, como en un sueño, tomaba formas análogas al sueño mismo en que estaba sumergida. Veía sin impaciencia acercársela la deseada carta en forma de blanca vela, imperceptible punto que aparecía en el lejano horizonte y agrandábase y se aproximaba dulcemente, sobre la superficie de las azules ondas, con sus alas de nieve, á la orilla en que ella estaba recostada.

Aquella melancolía, producida en su alma por la partida de Salvato y temperada con la esperanza de su vuelta, era tan suave, que su mismo marido, cuya eterna bondad se aumentaba á su vista, no la había observado. Aquella tierna y profunda amistad, que participaba del agradecimiento y de la ternura filial que él la inspiraba, no se menoscababa en lo más mínimo con el amor que por otro sentía.

San Felice seguia siendo, el hombre tranquilo y feliz de siempre.

Uno y otra sentian una inquietud diferente al saber la vuelta del rey á Caserta.

Al llegar al palacio real, San Felice no halló al príncipe, cuyo ayudante le dijo de su parte que habia ido á Caserta para ver al rey, que apresuradamente habia vuelto de Roma la noche anterior.

Aunque le pareció grave el suceso, como ignoraba que su mujer tuviese en él un interés diferente del suyo, salió de palacio á la hora acostumbrada, contentándose con referirselo á la vuelta, mas como un suceso extraordinario que alarmante; pero Luisa, que sabia que debia darse una batalla, comprendió á la primera palabra, que la vuelta del rey significaba una derrota, manifestándolo así á su marido, que no se admiró poco de la exactitud de su juicio.

Pero al emitir esta opinion, que para ella era certidumbre, Luisa tuvo que dominarse para no revelar su emocion; porque si los franceses habian vencido, no habria sido sin lucha ni sin sacrificar muchas victimas, entre las cuales podria hallarse Salvato.

Bajo un pretexto cualquiera, Luisa se apresuró á volver á su aposento, y ante el mismo crucifijo que tuvo su padre á la hora de la muerte, y ante el cual San Felice juró cumplir la voluntad del príncipe Caramanico, casándose con Luisa y haciéndola feliz, esta oró largo tiempo.

A las cinco de la tarde oyó San Felice grande estruendo en la calle; asomóse á la ventana y vió muchos hombres que corrian en todas direcciones fijando carteles en las paredes. Salió y leyó la incomprendible proclama, y como todo hombre de genio investigador, procuró descifrar el enigma político que se encerraba en ella. Pro-

puso á Luisa que fuese con él á la ciudad para saber noticias, y negándose ella, se fué solo.

Durante su ausencia, llegó Cirillo, que ignoraba la partida de Salvato, y la jóven le contó de qué manera Nanno habia hecho comprender á Salvato que los franceses se estaban batiendo y que él debia ir á combatir con ellos. Cirillo, que no sabia mas que San Felice, tranquilizó sin embargo á Luisa, y la ofreció que cualquier noticia que tuviera de Salvato se la comunicaria inmediatamente.

Hacia ya tiempo que Cirillo habia partido, cuando San Felice volvió ; habia presenciado el triunfo del rey y se habia encogido de hombros al ver el entusiasmo de los napolitanos. El lado dificultoso y oscuro de la proclama no habia pasado desapercibido á su espíritu sagaz, y era demasiado esperto para no sospechar que habia allí algun engaño. A las once retiróse á su aposento y Luisa entró en el suyo ó mas bien en la alcoba de Salvato, como acostumbraba hacerlo cuando él estaba y aun despues que habia partido. El temor habia encendido su pasion mas de lo que estaba habitualmente. Arrodióse delante del lecho, lloró mucho y acercó sus labios á la almoadá donde habia descansado la cabeza del herido.

Un ligero ruido la obligó á volverse ; era Giovanina que la habia seguido. Luisa se volvió, avergonzada de haber sido sorprendida por la jóven, quien se disculpó diciendo :

— He oido llorar á la señora, y he pensado que me necesitaria.

Luisa se contentó con mover la cabeza en señal de negativa; abstúvose de hablar temiendo que sus palabras dijesen mas de lo que ella quisiera.

Al dia siguiente, Luisa estaba pálida y abatida ; dió

por escusa de su indisposicion el ruido que habian hecho toda la noche tirando petardos y cohetes.

Acababa de almorzar el caballero, cuando un carruaje se paró á la puerta. Giovanina abrió é introdujo al secretario del príncipe, que venia á buscar á San Felice, con quien su amo deseaba hablar.

En la escalinata, San Felice encontró al cartero, que entraba con una carta en la mano.

— ¿Es para mí? preguntó el caballero.

— No, Escelencia; es para la señora.

— ¿De dónde viene?

— De Portici.

— ¡Llevadla enseguida! es sin duda del aya de la señora.

Y San Felice subió al carruaje, que partió al galope.

Luisa habia oido el corto diálogo entre el cartero y su marido; adelantóse hácia el portador de la carta, y se la arrebató de las manos.

El sobre de esta carta era de letra desconocida.

Abrióla maquinalmente, y mirando la firma arrojó un grito: la carta era de Salvato.

Púsola sobre su corazon y corrió á encerrarse en la alcoba sagrada.

Hubiérale parecido una impiedad leer la primera carta que recibia de su amigo en otra parte.

— ¡Es de él! murmuró cayendo sobre el sillón colocado á la cabecera de la cama, ¡es de él!

Estuvo un momento sin poder leer: la sangre que subia del corazon al cerebro, hacia latir sus sienes y la ponía un velo ante los ojos.

Salvato escribia desde el campo de batalla:

« ¡Dad gracias á Dios, amada mia! llegué á tiempo de combatir y no he sido ageno á la victoria; vuestras santas y virginales oraciones han sido escuchadas;

Dios, invocado por el mas hermoso de sus ángeles, ha velado por mí y por mi honor.

« No se ha visto jamas victoria mas completa, amada Luisa mia ; sobre el campo de batalla mismo el general me ha estrechado contra su corazon y me ha hecho gefe de brigada. El ejército de Mack se ha desvanecido como el humo. Yo parto al instante para Civita Ducale, donde buscaré medio de enviaros esta carta, pues el desórden que va á resultar de nuestra victoria y de la derrota de los napolitanos, nos impedirá valernos del correo. Os amo con un corrazon lleno de amor al mismo tiempo que de orgullo. ¡ Os amo, os amo !

« Civita Ducale, à las dos de la madrugada.

« Ya estoy diez leguas mas cerca de vos. Hector Carralla y yo hemos hallado un campesino que, merced á mi caballo, que habia dejado aquí y por el cual dareis la enhorabuena á Miguel, ha accedido á partir al momento mismo, y ofrece no pararse hasta que el caballo caiga reventado, y tomar otro enseguida. Va encargado de llevar una carta al amigo en cuya casa estuvo Hector escondido en Portici. Vuestra carta irá inclusa en la suya y él os la remitirá.

« Os digo esto para que no trateis de averiguar la manera con que llega á vuestras manos ; esta preocupacion os apartará un instante de mí. No ; quiero que os consagreis toda á la alegría de leerme, como yo me consagro enteramente á la dicha de escribiros.

« Nuestra victoria ha sido tan completa, que no creo tengamos ninguna otra batalla que dar. Marchamos en derechura á Nápoles, y, si nada nos detiene, como es probable, podré volveros á ver dentro de ocho ó diez dias todo lo mas.

« Dejaréis abierta la ventana por donde salí, y volveré

á entrar por ella. Os veré en la misma alcoba donde he sido tan dichoso y os devolveré la vida que me habeis dado.

« No desperdiciaré ninguna ocasion de escribiros ; pero si no recibís carta mia, no esteis con cuidado, será porque los mensajeros habrán sido infieles , presos ó muertos.

« ¡ Oh Nápoles ! ¡ mi cara patria, mi segundo amor !  
¡ Nápoles, vas á ser libre !

« No quiero retardar al correo, no quiero retardar vuestra alegría. Soy dos veces dichoso, con mi felicidad y con la vuestra. Hasta la vista, mi adorada Luisa. ¡ Os amo, os amo !...

« SALVATO. »

Luisa leyó la carta del jóven diez, veinte veces quizás, y hubiera vuelto á leerla otras tantas si el tiempo no le hubiera faltado.

De repente, Giovanina llamó á la puerta.

— El caballero llega, dijo la doncella.

Luisa dió un grito, besó la carta, la puso sobre su corazon, echó al salir del aposento una mirada á aquella ventana por donde habia salido Salvato y por donde debia volver á entrar y murmuró, como si le viera sonreir :

— Si, si.

Aquel amor era tan fecundo, que daba vida á todos los objetos inertes ó insensibles que rodeaban á Luisa y que habian rodeado á Salvato.

Luisa entró en el salon por una puerta miéntras que su marido llegaba por la otra.

El caballero estaba visiblemente preocupado.

— ¿ Qué teneis, amigo mio ! preguntó Luisa, yendo á su encuentro y mirándole con sus ojos limpidos y expresivos. ¡ Estais triste !

— No, hija mia, respondió el caballero, no estoy triste, sino inquieto.

— ¿Habeis visto al príncipe?

— Sí, respondió el caballero.

— ¿Y vuestra inquietud procede de la conversacion que habeis tenido con su Alteza?

El caballero hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Luisa trató de leer en su pensamiento.

Sentóse el caballero, asió de las dos manos de Luisa, que estaba en pié ante él, y la miró á su vez.

— Hablad, amigo mio, dijo Luisa, que empezaba á concebir un triste presentimiento ; os escucho.

— La situacion de la familia real, dijo el caballero, es por lo ménos tan grave como habíamos presagiado ayer noche ; no hay la menor esperanza de impedir la entrada en Nápoles á los franceses, y la córte ha resuelto retirarse á Sicilia.

Sin saber por qué, sintió Luisa oprimírsele el corazon.

El caballero observó sobre el rostro de Luisa el reflejo de lo que sentia.

— Entónces... Escucha bien lo que voy á decirte, hija mia, dijo el caballero con aquel acento de paternal cariño que tomaba algunas veces con Luisa. Entónces, el príncipe me dijo : « Caballero, sois mi único amigo ; sois el único hombre con quien tengo un verdadero placer en hablar ; la escasa instruccion que tengo vos me la habeis dado ; lo poco que valgo os lo debo ; un solo hombre puede ayudarme á soportar el destierro, y sois vos. Os pido, os ruego, que si me veo obligado á partir, partais conmigo. »

Luisa sintió un temblor recorrer todo su cuerpo.

— Y... ¿qué habeis respondido, amigo mio ? preguntó con voz temblorosa.

He tenido compasion de aquel régio infortunio, de aquel príncipe sin amigos en el destierro, de aquel heredero del trono sin servidor, porque iba quizás á perder la corona, y me he ofrecido...

Luisa se estremeci6; aquel estremecimiento no pasó desapercibido al caballero, que le tenia cojidas las manos.

— Pero comprende bien una cosa, Luisa, replic6 vivamente; mi promesa es puramente personal, y no obliga á nadie mas que á mí; alejada de la córte, donde no te has dignado ocupar tu puesto, no tienes compromisos con nadie.

— ¿Lo creéis así, amigo mio?

— Así lo creo; eres libre, hija querida de mi razon, de quedarte en Nápoles, de no dejar esta casa que amas, ese jardín donde has corrido y jugado cuando niña, ese rincon de tierra, en fin, donde has amontonado diez y siete años de recuerdos; pues hace diez y siete años que estás aquí y que formas las delicias de mi hogar; me parece que has venido ayer.

El caballero dió un suspir6.

Luisa no respondi6, y él continu6:

— La duquesa de Fusco, que está desterrada por la reina, volverá apenas la reina haya partido, y con semejante amiga, que velará por tí, estoy tan tranquilo como si estuvieses al lado de una madre. Dentro de quince dias, los franceses estarán en Nápoles; pero nada tienes que temer de los franceses; yo los conozco por haber vivido mucho tiempo con ellos, y sé que hacen á mi país beneficios que yo hubiera querido ver otorgados por sus soberanos. Todos mis amigos, y por consiguiente todos los tuyos, son patriotas; de modo que no debe darte cuidado ninguna revolucion; las persecuciones no pueden alcanzarte.

— ¿Y creéis, amigo mio, preguntó Luisa, que puedo vivir dichosa sin vos?

— Un marido como yo, niña querida, dijo San Felice dando un suspiro, no es un marido cuya separacion sea muy sensible para una mujer de tu edad.

— Pero admitiendo que pueda vivir sin vos, ¿vos, amigo mio, podréis vivir sin mí?

San Felice bajó la cabeza.

— Temeis que eche de ménos esta casa, ese jardin, ese rincon de tierra, continuó Luisa; ¿pero vos no echaréis de ménos mi presencia? Nuestra vida comun despues de diez y siete años, no os privará, desuniéndose de repente, de algo, no solo habitual, sino indispensable?

San Felice permaneció mudo.

— Cuando vos no quereis abandonar al principe, que no es mas que vuestro amigo, añadió Luisa con voz ahogada, ¿me dais una prueba de estimacion proponiéndome abandonaros, á vos que sois á un tiempo mi padre y mi amigo, á vos que habeis dado inteligencia á mi mente, bondad á mi corazon y la idea de Dios á mi alma?

San Felice dió un suspiro.

— En fin, cuando prometisteis al principe seguirle, ¿habeis creído que yo no os seguiria?

Una lágrima cayó de los ojos del caballero y rodó por la mano de Luisa.

— Si habeis pensado eso, amigo mio, continuó la jóven con un suave y triste movimiento de cabeza, habeis hecho mal; mi padre moribundo nos ha unido, Dios ha bendecido nuestra union y solo la muerte nos desunirá. Yo os seguiré, amigo mio.

San Felice levantó vivamente la cabeza y su rostro apareció, radiante de felicidad, y una lágrima de Luisa cayó á su vez sobre la mano de su marido.

— ¿Con que me amas? ¡ Bendicion de Dios! ¿Con que me amas? exclamó el caballero.

— Padre mio, dijo Luisa, habeis sido ingrato, pedid perdon á vuestra hija.

San Felice se puso de rodillas y besó las manos de su hija, miéntras que esta, alzando los ojos al cielo, murmuraba :

— ¿No es verdad, Dios mio, que si no hiciese lo que hago, seria indigna de los dos?

### XXXI

#### LOS DOS ALMIRANTES.

El príncipe Francisco, al dar á San Felice como resuelta la fuga de la familia real á Sicilia, habia creído hablar en nombre de su padre y de su madre; pero en realidad habia hablado solo en nombre de la reina; por parte de esta la fuga estaba resuelta; pero el rey, que veía la adhesion de su pueblo, que escuchaba aquellas protestas hechas por cien mil hombres, de morir por él desde el primero hasta el último, el rey, decimos, habia dado en la idea de defender su capital y de apelar de la cobardía del ejército á la energía de aquel pueblo que se ofrecia tan espontáneamente á sacrificarse por él.

Levantóse pues en la mañana del 11 de diciembre, es decir, al dia siguiente de aquella increíble entrada triunfal que hemos visto, sin haberse decidido aun, pero inclinado mas bien hácia la resistencia que hácia la fuga, cuando fueron á anunciarle que el almirante Francisco Caracciolo estaba hacia ya media hora en la antecámara, aguardando á que se levantara S. M.

Escitado por la reina, Fernando miraba con desagrado al almirante, pero no podia ménos de estimarle; su admirable valor en los diferentes encuentros que habia tenido con los enemigos, la destreza con que habia sacado su fragata la *Minerva*, de la rada de Tolon, cuando Tolon fué recobrado por Bonaparte; la sangre fria que habia desplegado en la proteccion que dió á los otros navíos, valiéronle el grado de almirante.

Hemos visto en los primeros capítulos de este relato los motivos que creia tener la reina para estar quejosa del almirante, y de qué manera habia logrado con su ordinaria astucia indisponerlo con el rey.

Fernando creyó que Caracciolo queria verle para pedirle el perdon de su sobrino Nicolino, y gozoso de tener ocasion de mostrarle su resentimiento, mandó que le introdujesen.

El almirante, puesto de gran uniforme, entró sereno y digno como siempre; su elevada posicion social colocaba á los jefes de su familia, despues de cuatrocientos años, en contacto con los soberanos de todas las razas, angevinos, aragoneses, castellanos, que se habian sucedido en el trono de Nápoles; reunia pues á una suprema dignidad, esa cortesanía perfecta de que habia dado una muestra á la reina, en su doble negativa á asistir, ni él ni su sobrina, á las fiestas que la córte dedicaba al almirante Nelson.

Aquella cortesanía, de cualquiera que viniere, causaba siempre cierto embarazo á Fernando, en quien la cortesanía no era la cualidad dominante; así es que cuando vió al almirante detenerse respetuosamente á algunos pasos de distancia, y aguardar segun la etiqueta de la córte, á que el rey le dirigiese la palabra, apresuróse á empezar la conversacion por el reproche que tenia preparado.

— ¡ Ah ! estais ahí, señor almirante, le dijo ; ¿ parece que habeis hecho vivas instancias para verme ?

— Es cierto, señor, respondió Caracciolo inclinándose, creia urgentísimo tener el honor de llegar hasta V. M.

— Ya sé lo que os trae, dijo el rey.

— Tanto mejor para mí, señor, dijo Caracciolo ; en ese caso, es justicia que el rey hace á mi fidelidad. —

— Si, sí, venís á hablarme de ese mal vasallo, de vuestro sobrino Nicolino, ¿ no es verdad ? que está metido, segun parece, en un mal paso, pues se trata nada menos que de un crimen de alta traicion, pero os advierto que toda súplica, aun la vuestra, será inútil, y que la justicia seguirá su curso.

Una sonrisa iluminó el austero rostro del almirante.

— V. M. se equivoca, dijo ; en medio de las grandes catástrofes políticas, las pequeñas desgracias de familia desaparecen. No sé, ni quiero saber lo que ha hecho mi sobrino ; si es inocente, su inocencia resultará de la causa, como ha resultado la del caballero de Médici, la del duque de Cauzano, la de Mario Pagano y tantos otros acusados que, despues de haber estado tres años presos, han sido puestos en libertad ; si es culpable, la justicia seguirá su curso. Nicolino es de noble sangre, y tendrá derecho á ser decapitado, y ya sabe V. M. que la espada es un arma tan noble, que aun en manos del verdugo, no deshonra á los que son heridos por ella.

— Pero entónces, dijo el rey algo sorprendido de aquella dignidad tan sencilla y tan serena ; si no venís á hablarme de vuestro sobrino, ¿ de qué venís á hablarme ?

— Vengo á hablaros de vos, señor, y del reino.

— ¡ Ah ! ¡ ya ! dijo el rey, ¿ venís á darme consejos ?

— Si V. M. se digna consultarme, respondió Caracciolo haciendo un respetuoso saludo, tendré á gran dicha poner á su disposicion mi humilde experiencia. En caso

contrario, me contentaré con ofrecerle mi vida y la de los valientes marinos que tengo el honor de mandar.

El rey hubiera tenido un placer en hallar la ocasion de enfadarse ; pero ánte semejante reserva y respeto tan profundo, no habia pretesto para la cólera.

— ¡Hum! ¡hum! dijo solamente.

— Y despues de dos ó tres segundos de silencio, añadió :

— Y bien, almirante, os consultaré.

Y en efecto, volvíase ya hácia Caracciolo, cuando un lacayo se acercó al rey y le dijo á media voz algunas palabras que Caracciolo no oyó ni trató de oír.

— ¡ Ah! ¡ ah! dijo el rey ; ¿y está ahí?

— Sí, señor; dice que anteayer, en Caserta, V. M. le dijo que tenia que hablarle.

— Es verdad.

Y volviéndose entónces hácia Caracciolo, añadió :

— ¿Lo que teneis que decirme, se puede decir delante de un testigo?

— Delante del mundo entero, señor.

— Entónces, dijo el rey al lacayo, introducidle. Por otra parte, continuó dirigiéndose á Caracciolo, el que solicita entrar es un amigo, mas que un amigo, un aliado : es el ilustre almirante Nelson.

En aquel momento, abrióse la puerta y el lacayo anunció solemnemente :

— Lord Horacio Nelson del Nilo, baron Bornhum Thorpes, duque de Bronte.

Una sonrisa que no estaba exenta de amargura, asomó á los labios de Caracciolo al oír la enumeracion de tantos títulos.

Nelson entró, sin saber quién estaba en compañía del rey, y su mirada se fijó naturalmente en el que lo habia precedido y en quien conoció al almirante Caracciolo.

—Creo, señores, que no necesito presentaros recíprocamente, porque os conocéis ya.

—En efecto, señor, desde Tolon, dijo Nelson.

—Yo tengo el honor de conoceros desde mucho tiempo ántes, respondió Caracciolo con su acostumbrada cortesanía; os conozco desde que en las costas del Canadá combatisteis con un bergantín contra cuatro fragatas francesas, de las que pudisteis escapar pasando vuestro buque por un sitio que hasta entónces se creía impracticable. Si mal no recuerdo, esto ocurrió en 1786, hace ya doce años.

Nelson se inclinó, como persona que no está familiarizada con las alabanzas.

—Milord, hé aquí al almirante Caracciolo, que viene á ofrecermé sus consejos sobre el estado de los asuntos públicos; vos le conocéis; sentáos, y escuchad lo que va á decirnos: cuando concluya, responderéis, si teneis algo que objetar. Solo os advertiré que me alegraría infinito que fuesen del mismo parecer dos hombres tan sobresalientes en el arte de la guerra.

—Si milord, como estoy seguro, dijo Caracciolo, es verdadero amigo del reino, espero que no habrá en nuestros pareceres mas que ligeras diferencias en los pormenores; en el fondo estarémos de acuerdo.

—Habla, Caracciolo, habla, dijo el rey volviendo á la costumbre que tienen los reyes de España y de Nápoles de tutear á sus vasallos.

—Ayer, continuó el almirante, esparcióse el rumor por la ciudad, sin fundamento sin duda, de que, desconfiando V. M. de poder defender su reino de tierra firme, estaba resuelto á retirarse á Sicilia.

—Y segun parece, tú no piensas de la misma manera.

—Señor, respondió Caracciolo, soy y seré siempre

de la opinion del honor contra los consejos de la deshonra. El honor del reino y el vuestro están, señor, en que la capital se defienda hasta el último extremo.

— ¿Sabes, dijo el rey, el estado de las cosas?

— Sí, señor; es malo; pero aun no está todo perdido. El ejército está disperso; pero no destruido. Deducidos tres ó cuatro mil muertos, seis ú ocho mil prisioneros, de cincuenta y dos mil hombres, os quedarán cuarenta mil: cuatro para cada francés; y combatiendo en su territorio, defendiendo desfiladeros inespugnables y viéndose sostenidos por veinte ciudades y sesenta aldeas, y con el socorro de tres ciudadelas inespugnables para un ejército que no tiene artillería de sitio, como son Gaeta, Pescara y Civitella del Trento, sin contar Cápua, último baluarte de Nápoles, donde los franceses no entrarán nunca, es probable que vuestro ejército podrá resistir.

— ¿Y te encargarás de reunir los dispersos?

— Sí, señor.

— Explícame cómo, que me darás gusto en ello.

— Tengo á mis órdenes cuatro mil marinos veteranos, y no soldados improvisados como los del ejército. Dadme la orden, señor, y al instante me pondré al frente de ellos. Mil defenderán el paso de Itri á Sessa, mil el de Sora á San Germano, mil el de Castel di Sangro á Isernia y los otros mil... Los marinos son buenos para todo, y milord Nelson lo sabe mejor que nadie; los otros mil, repito, convertidos en ingenieros y en artilleros, fortificarán los tres pasos y servirán los cañones. Con ellos, aunque no tuviésemos mas que picas de abordaje, sostendremos el choque de los franceses, por terrible que sea, y cuando vean vuestros soldados cómo saben morir los marinos, se nos unirán, sobre todo, señor, si V. M. les da el ejemplo.

— ¿Y quién defenderá á Nápoles durante este tiempo? preguntó el rey.

— El príncipe real, señor, y los ocho mil hombres, á las órdenes del general Naselli, que milord Nelson condujo á Toscana, donde nada tienen que hacer. Milord Nelson dejó parte de su escuadra en Liorna; que envíe un buque velero con orden de conducir á Nápoles estos ocho mil hombres, que podrán estar aquí ántes de ocho dias. Ya veis, señor, qué terrible masa os queda; cuarenta y cinco ó cincuenta mil soldados, la poblacion de treinta ciudades y de cincuenta aldeas, que va á sublevarse, y Nápoles con sus quinientas mil almas. ¿Qué será de diez mil franceses perdidos en este océano?

— ¡Hum! exclamó el rey mirando á Nelson, que no desplegaba los labios.

— Siempre habrá tiempo para embarcaros, señor, continuó Caracciolo. Los franceses no tienen ni una barca armada, y vos teneis tres escuadras en el puerto, la vuestra, la portuguesa y la de S. M. británica.

— ¿Qué decis de la proposicion del almirante, milord?

— Digo, señor, respondió Nelson, que no hay nada peor en el mundo que mudar de resolucion.

— ¿Habia el rey tomado alguna? preguntó Caracciolo.

— No; pero vacilo sobre la que debo tomar.

— La reina ha decidido partir, respondió Nelson.

— ¿La reina? dijo Caracciolo; muy bien; que parta; en tales circunstancias, las mujeres deben alejarse del peligro, pero los hombres deben arrostrarlo.

— Milord Nelson es de opinion que yo tambien parta, dijo el rey.

— Mi opinion, señor, es la misma que la de la reina. Yo veré con gusto á V. M. buscar en Sicilia un refugio seguro, que Nápoles no puede ofrecerle.

— Perdonad, señor; pero aun no he oido dar su parecer á milord Nelson.

— Dadlo, milord, dijo el rey.

— Os suplico, milord Nelson, que no deis vuestro parecer con ligereza, dijo Caracciolo dirigiéndose á su colega.

— Ya lo he dado y no me retractaré, respondió Nelson.

— Señor, respondió Caracciolo, no olvideis que milord Nelson es inglés.

— ¿Qué quereis decir con eso, caballero? preguntó Nelson con altivez.

— Que si fuéreis napolitano en lugar de inglés, hablariais de otra manera.

— ¿Y porqué habia de hablar de otra manera si fuese napolitano?

— Presentando mayor el peligro, pediréis mayor recompensa. Ya sabemos que Inglaterra quiere Malta, milord.

— Inglaterra la tiene; el rey se la ha cedido.

— ¡Ah! señor, dijo Caracciolo en tono de reconvenccion; me lo habian dicho y no queria creerlo.

— ¿Y qué diablos querias tú que yo hiciera de Malta? Un islote que no es bueno mas que para asar huevos al sol.

— Señor, dijo Caracciolo dirigiéndose al rey; os suplico en nombre de todos los buenos napolitanos, que no escuchéis los consejos de extranjeros, que ponen vuestro trono á dos dedos del abismo. M. Acton, sir Hamilton y el mismo lord Nelson son extranjeros. ¿Cómo quereis que aprecien en todo su valor el honor napolitano?

— Es verdad, señor, replicó Nelson; pero todos son justos en apreciar la cobardía napolitana; y por esto digo al rey, despues de lo que ha pasado en Civita Cas-

tellana. Señor, no podeis tener confianza en hombres que os han abandonado, sea por cobardía ó por traicion.

Caracciolo palideció espantosamente y llevó, á pesar suyo, la mano á la guarnicion de la espada ; pero recordando que Nelson no tenia mas que una mano para desenvainar la suya, y que esta mano era la izquierda, se contentó con decir :

— Todo pueblo tiene sus horas de abatimiento, señor. Esos franceses, ánte los cuales huimos, han tenido tres veces su Civita Castellana: Poitiers, Crécy, Azincourt; una sola victoria ha bastado para borrar tres derrotas : Fontenoy.

Caracciolo pronunció estas palabras mirando á Nelson, que se mordió los labios hasta hacerse sangre ; luego, dirigiéndose de nuevo al rey, continuó :

— Señor, el deber de un rey que ama á su pueblo, es ofrecerle la ocasion de levantarse de esos abatimientos ; dé V. M. una órden, diga una palabra, haga una señal, y ni un francés saldrá de los Abruzzos si tienen la imprudencia de entrar.

— Mi querido Caracciolo, dijo el rey acercándose al almirante, cuyo consejo acariciaba su secreto deseo ; eres del parecer de un hombre cuya opinion aprecio mucho ; eres del parecer del cardenal Ruffo.

— No faltaba mas á V. M. que poner al cardenal á la cabeza de sus ejércitos, dijo Nelson con una sonrisa de desprecio.

— Pues no salió tan mal á mi abuelo Luis XIII ó Luis XIV, no me acuerdo bien cual de los dos, el poner un cardenal á la cabeza de sus ejércitos, y hay un tal Richelieu, que al tomar la Rochela y forzar el paso de Suzé, no ha causado ningun perjuicio á la monarquía.

— Pues bien, señor, exclamó vivamente Caracciolo,

asiéndose á esta esperanza que le daba el rey, el buen genio de Nápoles os inspira; abandonaos al cardenal Ruffo, seguid sus consejos, y yo, ¿qué os diré mas? yo seguiré sus órdenes.

— Señor, dijo Nelson, saludando al rey, espero que V. M. no olvidará que si los almirantes italianos obedecen las órdenes de un sacerdote, un almirante inglés no obedece mas que las órdenes de su gobierno.

Y dirigiendo á Caracciolo una mirada en que podia leerse la amenaza de un odio eterno, Nelson salió por la misma puerta que le habia dado entrada y que comunicaba con los aposentos de la reina.

El rey siguió á Nelson con los ojos, y cuando la puerta se hubo cerrado tras él, dijo:

— Y bien, hé ahí el agradecimiento de mis veinte mil ducados de renta, de mi ducado de Bronte, de mi espada de Felipe V y de mi gran cruz de San Fernando. Es breve, pero claro.

Y luego, dirigiéndose á Caracciolo, díjole:

— Tienes mucha razon, mi pobre Francisco, todo el mal está en los estranjeros. M. Acton, sir William, M. Mack, lord Nelson, la misma reina, irlandeses, alemanes, ingleses, austriacos por todos lados; napolitanos en ninguna parte. ¡Y ese badulaque de Nelson! De todos modos, tú le has hecho rabiarse de lo lindo. Si alguna vez tenemos guerra con Inglaterra y él te coje entre sus uñas, ya estás fresco...

— Señor, dijo Caracciolo riendo, tengo á gran dicha haber arrostrado las iras del vencedor de Aboukir, con tal de haber merecido vuestra aprobacion.

— ¿Has visto la mueca que ha hecho cuando le re-fregaste por los hocicos!... ¿Cómo le has dicho?... Fontenoy, ¿no es verdad?

— Sí, señor.

— ¿Conque les sacudieron bien en Fontenoy á los señores ingleses ?

— Bastante bien.

— ¡Cuándo pienso que, si San Nicandro no hubiese hecho de mí un asno, podria yo tambien hablar de esas cosas ! En fin, desgraciadamente ya no tiene remedio.

— Señor, dijo Caracciolo, ¿me permitiréis insistir aun ?

— Es inútil, puesto que soy de tu parecer. Veré á Ruffo hoy y volverémos á hablar de todo eso juntos; pero dime, ahora que estamos los dos solos, ¿por qué diablo te has enemistado con la reina? Ya sabes, sin embargo, que cuando ella detesta, detesta bien.

Caracciolo hizo un movimiento de cabeza como indicando que no tenia ninguna respuesta que dar á aquella reconvencion del rey.

— Por último, dijo Fernando, esto es como el negocio de San Nicandro: lo hecho, hecho está, y no hay que hablar mas de ello.

— Así pues, insistió Caracciolo volviendo siempre á su incesante preocupacion, me voy con la esperanza de que V. M. ha renunciado á aquella vergonzosa fuga y que Nápoles será defendido hasta el último extremo.

— Mejor que con la esperanza, vete con la certidumbre; hoy hay consejo, y voy á manifestarle que mi voluntad es permanecer en Nápoles. Recuerdo cuanto me has dicho de nuestros medios de defensa: ve tranquilo; en cuanto á Nelson, es con Fontenoy, con lo que hay que darle en rostro para que se muerda los labios, ¿no es verdad? Está bien, se tendrá presente.

— Señor, un favor, el último.

— Dí.

— Si, contra toda probabilidad, V. M. partiese...

— Caundo te digo que no parto...

— En fin, señor, si por una casualidad cualquiera, si por un cambio inesperado, V. M. partiese, espero que no hará á la marina napolitana la ofensa de partir en un buque inglés.

— ¡Oh! en cuanto á eso, puedes estar tranquilo. Si me viese reducido á esa estremidad ¡diablo! yo no respondo de la reina; la reina haria lo que mejor le pareciese; pero yo, te doy mi palabra de honor de que me embarcaré en tu buque, en la *Minerva*. Con que, ya estás advertido; muda de cocinero, si el que tienes es malo, y haz provision de macarrones, si no tienes bastantes á bordo. Hasta la vista... ¿Con que Fontenoy, no es verdad?

— Sí, señor.

Y Caracciolo, satisfecho del resultado de su entrevista con el rey, se retiró, contando con la doble promesa que le habia hecho.

El rey le siguió con los ojos.

— ¡Y cuando pienso, dijo al cabo de un instante, que soy bastante bestia para indisponerme con hombres como este, por una arpía como la reina y por una bribona como lady Hamilton!

## XXXII

DONDE SE ESPLICA LA DIFERENCIA QUE HAY EN LOS PUEBLOS LIBRES Y LOS PUEBLOS INDEPENDIENTES.

El rey cumplió la promesa que habia hecho á Caracciolo; declaró resueltamente en el consejo, que, despues de la manifestacion popular que habia tenido lugar la vispera, estaba dispuesto á permanecer en Nápoles y á

defender hasta el último extremo la entrada del reino á los franceses.

Ante declaracion tan claramente formulada, no habia oposicion posible; la oposicion no hubiera podido partir mas que de la reina, y esta, tranquilizada por la promesa positiva de Acton de que hallaria un medio de obligar el rey á partir para Sicilia, habia renunciado á una lucha abierta en la cual no hubiera hecho mas que aumentar la obstinacion de Fernando.

Al salir del consejo, el rey halló en su aposento al cardenal Ruffo, quien, con su exactitud ordinaria, habia hecho cuanto conviniera con el rey: Ferrari habia ido á buscarle, y media hora despues habia partido para Viena, por el camino de Manfredonia, portador de la carta falsificada que debia entregar al emperador.

Una nota esplicativa, escrita por Ruffo en nombre del rey y firmada por este, acompañaba la carta y daba la clave del enigma que, sin ella, no hubiera comprendido el emperador.

El rey habia referido al cardenal lo pasado entre él, Caracciolo y Nelson; Ruffo habia aprobado la conducta del rey é insistido en tener una conferencia con Caracciolo en presencia del rey. Convínose en que se aguardaria hasta saber el efecto que habia producido en los Abruzzos el manifiesto de Pronio, y que, segun lo que resultara, se tomaria un partido.

Aquel mismo dia recibió el rey la visita del jóven corso de Césare, á quien, segun recordará el lector, habia hecho capitan y le habia mandado irle á ver con el uniforme de aquel grado, para cerciorarce de que sus órdenes se habian cumplido.

El jóven capitan, alegre y orgulloso, venia á ofrecer sus servicios y los de sus compañeros al rey, solo que, habiéndose comprometido los siete jóvenes á acompañar

á las princesas hasta Manfredonia, lugar de su embarque, tendrian que ausentarse de Nápoles por algunos dias.

Las noticias que se aguardaban de Pronio no tardaron en llegar; sobrepujaban á cuanto habia podido esperarse. La palabra del rey habia resonado como la voz de Dios; los nobles, los sacerdotes, los alcaldes se habian hecho el eco de esta palabra; el grito de «¡A las armas!» habia resonado de Isoleta á Cápua y de Aquila á Itri. Pronio habia visto á Fra Diavolo y á Mammone, les habia anunciado la mision que les tenia reservada y ellos la habian aceptado con entusiasmo. Con el despacho en la mano y el nombre del rey en los labios su poder no habia tenido limites, puesto que la ley los protegía en lugar de reprimirlos. Desde el momento en que podian dar al bandolerismo un color político, se comprometían á sublevar todo el país.

El bandolerismo, en efecto, es cosa nacional en las provincias del Mediodia de Italia; es un fruto indigena que crece en la montaña. Al hablar de los productos de los Abruzos, de la tierra de Labor, de la Basilicata y de la Calabria, podria muy bien decirse: Los valles producen trigo, maíz é higos; las colinas producen la aceituna, la nuez y la uva; las montañas producen los bandoleros.

En las provincias que acabo de nombrar, el bandolerismo es un oficio como otro cualquiera. Se es bandolero como panadero, sastre ó zapatero. El oficio no tiene nada de infamante; el padre, la madre, el hermano del bandolero no son tildados en lo mas mínimo por la profesion de su hijo ó de su hermano, en atencion á que la profesion en si no es una mancha. El bandolero ejerce este oficio durante ocho ó nueve meses al año; en a primavera, el estío y el otoño; solo el frio y la

nieve lo echan de la montaña y lo empujan hácia su aldea; entra en ella y es bien recibido; encuentra al alcalde y se saludan recíprocamente; con frecuencia es su amigo, algunas veces su pariente.

En cuanto llega la primavera toma su escopeta, sus pistolas y su puñal y vuelve á la montaña.

De aquí viene el proverbio que dice : « Los bandoleros nacen con las hojas. »

Desde que existen gobiernos en Nápoles, y yo he consultado todos los archivos, desde 1503 hasta nuestros dias; hay bandos contra los bandoleros, y, cosa curiosísima, los bandos de los vireyes españoles son exactamente lo mismo que los de los gobernadores italianos, porque los delitos son los mismos. Robos con fractura, robos á mano armada en camino real, cartas pidiendo gruesas sumas, con amenazas de incendio, de mutilacion y de asesinato; asesinato, mutilacion é incendio, cuando los billetes no han producido el efecto deseado.

En tiempos de revolucion el bandolerismo toma proporciones gigantescas : la opinion política se convierte en pretesto, la bandera en escusa; el bandolero abraza siempre el partido de la reaccion, es decir, el del altar y el trono, puesto que el trono y el altar son los únicos que aceptan semejantes aliados, miéntras que al contrario, los liberales, los progresistas, los revolucionarios, los rechazan y los desprecian. Los años mas famosos en los anales del bandolerismo son los años de reaccion política : 1799, 1809, 1821, 1848, 1862, es decir, todas las épocas en que el poder absoluto, viéndose perdido, ha llamado en su auxilio al bandolerismo. En estos casos, el bandolerismo es una plaga tanto mas incurable, cuanto que se ve apoyado por las mismas autoridades que en tiempos normales están encargadas de perseguirlos. Los

alcaldes y los comisarios, los capitanes de la guardia nacional, no solo suelen ser *manutengoli*, es decir, sostenedores de los bandoleros, sino que ellos mismos lo son con frecuencia.

En general, son los curas y frailes los que sustentan moralmente el bandolerismo. Los bandoleros, que les han oído en sus sermones predicar la rebelion, reciben de ellos, cuando siguen sus consejos, medallas y escapularios que deben hacerlos invulnerables; y en el caso en que la medalla no sea eficaz para tanto en la tierra, siempre les sirve de contraseña para que San Pedro los reciba en el cielo con las mayores atenciones. Todo ladrón que cae en manos de la justicia pone por este mero hecho el pié en el primer peldaño de aquella escala de Jacob que conduce derechito al Paraiso : besa el escapulario y muere heroicamente, convencido de que las balas que le abren el cráneo, le abren tambien las puertas del cielo.

Ahora bien, ¿cuál es la causa de la diferencia que hay entre los individuos y las masas? ¿Cómo el soldado huye al primer cañonazo y el bandolero muere como un héroe? Vamos á procurar esplicarlo, con objeto de desvanecer la confusion que no puede ménos de turbar la mente del lector al ver conducta tan diferente en los mismos hombres, segun combaten aislados ó reunidos.

El valor colectivo es la virtud de los pueblos libres, y el individual la de los pueblos que solo son independientes.

Casi todos los montañeses servios, corsos, escoceses, sicilianos, albaneses, montenegrinos, drusos, circasianos, con tal que les dejen la independendencia pueden pasarse sin la libertad. Espliquemos ahora la enorme diferencia que hay entre estas dos palabras : LIBERTAD é INDEPENDENCIA.

La *libertad* es el abandono que hace cada ciudadano de una parte de su independencia, para formar un fondo comun que se llama ley.

La *independencia* es para cada hombre el goce completo de todas sus facultades, la satisfaccion de todos sus deseos.

El *hombre libre* es el hombre de la sociedad, que se apoya en su conciudadano, como su conciudadano se apoya en él; y como él está dispuesto á sacrificarse por los otros, tiene derecho á exigir que los otros se sacrifiquen por él.

El *hombre independiente* es el hombre de la naturaleza, que no se fia mas que de sí mismo; sus únicos aliados son la montaña y el bosque; su salvaguardia sus armas, sus auxiliares la vista y el oído.

Con los hombres libres se crean *ejércitos*; con los independientes, *bandas*. A los libres se les dice como Bonaparte en las Pirámides: *¡Estrechad las filas!* A los independientes se les dice como Charette á Machecoul: *¡Escabullirse, muchachos!*

El hombre libre se levanta á la voz de su rey ó de su patria; el independiente, á la de sus intereses y pasiones.

El hombre libre *combate*.

El hombre independiente *mata*.

El hombre libre dice: *Nosotros*.

El hombre independiente dice: *Yo*.

El hombre libre es la *fraternidad*.

El hombre independiente no es mas que el *egoismo*.

Ahora bien, en 1798, los napolitanos no eran mas que independientes; no conocian aun la libertad ni la fraternidad, y por esto fueron vencidos por un ejército cinco veces inferior al suyo. Pero los campesinos napolitanos han sido siempre independientes; por eso, á la voz de los

frailes, que les hablaban en nombre de Dios, y sobre todo, á la voz del odio, que les hablaba en nombre de la avaricia, del saqueo y del asesinato, se sublevaban. Cada uno echó mano á su fusil, su hacha ó su cuchilla, sin otro objeto que la destruccion, ni mas esperanza que el saqueo, secundando á su gefe sin obedecerlo, siguiendo su ejemplo y no sus órdenes. Masas organizadas huyeron ánte los franceses; hombres aislados marcharon contra ellos; un ejército se habia desvanecido; un pueblo salia de debajo de la tierra.

Y ya era tiempo; las noticias que llegaban del ejército eran desastrosas; una parte, á las órdenes del general Moesk, á quien nadie conocia, se habia fortificado en Calvi. Encargado Macdonald por Championnet de perseguir á los realistas, dió orden á Mauricio Mathieu de que se apoderase de Calvi; este ocupó las alturas que dominaban el pueblo, é intimó á Moesk que se rindiera. Consintió; pero con condiciones inadmisibles. Mathieu abrió brecha en las paredes de un convento, y dió orden de asaltar por ellas los muros de la ciudad. Al segundo cañonazo se presentó un parlamentario; pero sin dejarle hablar, le dijo el general francés:

— ¡Prisioneros de guerra, á discrecion, ó pasados á cuchillo!

Los napolitanos se rindieron á discrecion.

La prontitud con que Macdonald dió sus golpes, salvó una parte de los prisioneros hechos por Mack; pero no todos, por desgracia. En Ascoli, trescientos republicanos fueron amarrados á los árboles y fusilados. En Abri-calli, treinta enfermos ó heridos, algunos de los cuales acababan de sufrir amputaciones en el hospital de sangre, fueron degollados. Otros, acostados en la paja, fueron quemados; pero fiel á su proclama, Championnet respondió á tantas barbaridades con actos de humanidad,

que contrastaban singularmente con las crueldades de los realistas.

El general Damas, único emigrado francés que puso su espada al servicio de Fernando, fué el que sostuvo el honor de la bandera blanca. Olvidado por Mack, que no pensó mas que en salvar al rey, pidió á Championnet, que acababa de entrar triunfante en Roma, permiso para atravesar esta ciudad con los siete mil hombres que mandaba, y reunirse á los restos del ejército napolitano.

Al escuchar su demanda, Championnet llamó á uno de aquellos oficiales jóvenes que educaba para el porvenir, llamado Bonami, que era su gefe de Estado mayor, y le mandó que se enterase del estado de las cosas y le diese su parecer. Bonami montó á caballo y marchó inmediatamente.

Era Bonami, como Thiebaut, uno de esos hombres de inteligencia y de accion, á quienes un general puede decir: « Ved y obrad. »

En la puerta Solara encontró Bonami la caballería del general Rey que entraba. Enteró á este del estado de las cosas y le escitó á dirigir un reconocimiento sobre el camino de Albano y de Frascati, y él mismo, á la cabeza de un destacamento de caballería, corrió al alcance del general Damas, dejando á retaguardia á Rey y Macdonald, que seguian sus pasos. Tal prisa se dió, que tuvo que presentarse como parlamentario, para no verse comprometido. Condujéronle á la presencia del general Damas, á quien dijo:

— Habeis escrito al general en gefe, y este me envia para que me espliqueis vuestro deseo.

— Que me dejes pasar con mi division.

— ¿ Y si no os dejan ?

— Pasaré á viva fuerza.

Bonami sonrió.

— Debeis comprender, general, respondió, que es imposible dejaros pasar con vuestros siete mil hombres; y en cuanto á que paseis á viva fuerza, os advierto que no es cosa fácil.

— ¿Qué venis pues á proponerme, coronel? preguntó el general emigrado.

— Lo que corresponde al gefe de una division que está en la situacion de la vuestra, que rinda las armas.

El general Damas sonrió á su vez.

— Señor gefe de Estado mayor, respondió, cuando se está al frente de siete mil hombres, y cada uno de ellos tiene ochenta cartuchos, se abre uno paso ó muere.

— Enhorabuena, dijo Bonami, concluyamos, general.

El general reflexionó.

— Concededme seis horas, dijo, para reunir un consejo de guerra, y resolver sobre vuestras proposiciones.

— Seis horas son demasiado; os concedo una.

Era justamente el tiempo necesario para que la infantería llegase. Aceptó Damas, y Bonami salió á escape para alcanzar al general Rey y apresurar la marcha de sus tropas, pero el general Damas por su parte aprovechó el tiempo, y cuando Bonami y Rey llegaron, se retiraba en buen orden por el camino de Orbieto.

Inmediatamente el general Rey y el gefe de Estado mayor Bonami, á la cabeza del 16º de dragones y del 7º de cazadores, se pusieron en persecucion de los napolitanos y los alcanzaron en la Sforta, donde los cargaron enérgicamente.

La retaguardia se detuvo para hacer frente á los republicanos.

Rey y Bonami encontraron por la primera vez una verdadera resistencia; pero la vencieron con sus reiteradas cargas. Entre tanto, llegó la noche, y el valor de

la retaguardia salvó el resto de la division. El general Damas se aprovechó de las tinieblas y de su conocimiento de las localidades para continuar su retirada. Demasiado fatigados para perseguirlos, los franceses volvieron á Hueta, donde pasaron la noche. Bonami fué nombrado por Championnet general de brigada, en recompensa del valor desplegado en aquella ocasion.

Perseguido, y despues de varios combates, Damas obtuvo de Kellerman que lo dejara embarcarse con su vanguardia, abandonando el resto y la artillería.

### XXXIII

#### LOS BANDOLEROS.

El vencedor Championnet, pensando que no hallaria obstáculos en su marcha sobre Nápoles, mandó atravesar la frontera en tres columnas.

La izquierda, mandada por Macdonald, debia forzar los desfiladeros de Caspistealla y Sora.

La derecha, conducida por el general Rey, invadió la Campania por los pantanos Pontinos, Terracina y Fondi.

El centro, al mando de Championnet, invadió la Tierra de Labor por Valmonte, Terentina y Coperano.

Tres ciudadelas, casi inespugnables las tres, defendian los tres caminos del reino: Gaeta, Civitella del Tronto y Pescara.

Gaeta dominaba el camino del mar Tireno; Pescara el del mar Adriático; Civitella del Tronto se elevaba en la cumbre de una montaña y dominaba el Abruzzo ulterior.



Gaeta estaba mandada por un viejo general suizo, llamado Tchidy que tenia para defenderse cuatro mil hombres, setenta cañones, doce morteros, veinte mil fusiles, viveres para un año y buques en el puerto.

El general Rey le intimó la rendicion.

El anciano Tchidy que acababa de contraer matrimonio con una jóven, tuvo miedo por ella, y quizás por él. En lugar de sostenerse, reunió un consejo, consultó al obispo, que interpuso su ministerio de paz, y reunió los magistrados de la ciudad, que se aprovecharon de la ocasion para evitar á Gaeta los males de un sitio.

Sin embargo, dudaban todavía, cuando el general francés arrojó una bomba á la ciudad; esta demostracion hostil bastó para que Tchidy enviase una diputacion á los sitiadores para preguntarles cuáles eran sus condiciones.

— La plaza se entregará á discrecion ó sufrirá todos los rigores de la guerra, respondió el general Rey.

Dos horas despues, la plaza estaba rendida.

Duhesme que costeaba, con quince mil hombres, las orillas del Adriático, envió al comandante de Pescara, llamado Pricard, un parlamentario para que se rindiera. El comandante, despues de haber enseñado al oficial francés todos sus medios de defensa, le dió esta altiva contestacion.

— Una fortaleza tan bien provista no se rinde.

Lo que no fué obstáculo para que, al primer cañonazo, el comandante abriese las puertas de aquella ciudad al general Duhesme, que halló en ella sesenta cañones, cuatro morteros y mil novecientos soldados.

Del mismo modo se rindió Civitella del Tronto, plaza fuerte por su situacion y mas fuerte por las obras del arte.

Así pues, ya era tiempo, como hemos dicho en el capítulo anterior, de que los gefes de banda reemplazasen á los generales y los bandoleros á los soldados.

Tres partidas, bajo la direccion de Pronio, se habian organizado con la celeridad del relámpago ; la que mandaba él en persona, la de Cayetano Mammone y la de Fra Diavolo.

Fué Pronio el primero que tropezó con las columnas francesas.

Duhesme, despues de haberse apoderado de Pescara y de haber dejado allí cuatrocientos hombres de guarnicion, tomó el camino de Chieti para unirse con Championnet delante de Cápua. Al llegar á Tocco, oyó un vivo tiroteo por la parte de Sulmona y mandó doblar el paso á sus soldados.

Efectivamente, una columna francesa, mandada por el general Rusca, despues de haber entrado confiada en la ciudad de Sulmona, habia visto de repente llover sobre ella de todas las ventanas una granizada de balas. Sorprendida por esta inesperada agresion, habia vacilado por un momento.

Pronio, emboscado en la iglesia de San Pacífico, aprovechóse de este momento de vacilacion, salió de la iglesia con un centenar de hombres y cargó de frente á los franceses en tanto que el fuego redoblaba desde las ventanas. A pesar de los esfuerzos de Rusca, el desórden se introdujo en las filas de sus tropas y salió precipitadamente de Sulmona, dejando en las calles una docena de muertos y heridos.

Pero á la vista de los soldados de Pronio, que mutilaban los muertos, á la vista de los habitantes de la ciudad, que acababan de matar los heridos, el fuego de la vergüenza habia subido al rostro de los republicanos, que se rehicieron y lanzando gritos de venganza entraron en

Sulmona, respondiendo al tiroteo de la calle y al de las ventanas.

Sin embargo, escondidos en los portales, emboscados en las callejuelas, Pronio y su gente hacian un fuego horrible, y los franceses estaban ya á punto de retroceder por segunda vez, cuando se oyó un vivo tiroteo por el otro extremo de la ciudad.

Eran Duhesme y sus soldados que habian acudido al fuego, y rodeando á Sulmona caian sobre la retaguardia de Pronio.

Pronio, con una pistola en cada mano, corrió á su retaguardia, la rebizo, se encontró cara á cara con Duhesme y le disparó una de las pistolas hiriéndole en el brazo. Un republicano se arrojó sable en mano sobre Pronio, pero de un segundo pistoletazo Pronio le mató, recogió un fusil, y, á la cabeza de su gente, sostuvo la retirada, dándoles en su dialecto una órden que los soldados franceses no podian entender. Esta órden era bairse en retirada y huir por todas las callejuelas, á fin de llegar á la montaña. En el momento evacuaron la ciudad. Los que ocupaban las casas huyeron por los jardines. Los franceses eran dueños de Sulmona; pero á costa de pérdidas considerables, á pesar del corto número de sus enemigos, lo que hizo que en Nápoles se considerase esta accion como un triunfo.

Por su parte, Fra Diavolo, con unos cien hombres, habia valientemente defendido cerca de Gaeta, el puente de Garigliana, atacado por el ayudante Gourdel con cincuenta republicanos, que el general Rey, que no tenia noticia de la organizacion de los bandoleros, habia enviado para que lo tomasen. Los franceses fueron rechazados y el ayudante Gourdel, un comandante y muchos oficiales y soldados que quedaron heridos sobre el campo de batalla, fueron recogidos medio muertos, atados á los

árboles y quemados á fuego lento, en medio de la algarazara de la poblacion de Mignano, de Sessa y de Traetta y de las furibundas danzas de las mujeres, siempre mas feroces que los hombres en esta clase de fiestas.

Fra Diavolo quiso en un principio oponerse á estos asesinatos inquisitoriales, y llevado de un sentimiento de piedad, disparó entre los heridos sus pistolas y su carabina, pero observando en el fruncimiento de cejas de los hombres y en las injurias de las mujeres, que comprometia su popularidad con semejantes actos de piedad, retiróse de las hogueras en que sufrían el martiro los republicanos, y quiso llevarse á Francesca; pero Francesca no quiso perder nada de aquel espectáculo; desprendióse de sus brazos y fué á reunirse con las otras mujeres.

En cuanto á Mammone, manteníase en Capistrello, delante de Sora, entre el lago Fucino y el Liri.

Fueron á anunciarle que se veía venir de léjos un oficial francés conducido por un guia.

—Traedme ambos, dijo Mammone.

Cinco minutos despues los dos se hallaban ánte el guerrillero.

El guia habia hecho traicion al oficial, y en lugar de conducirlo á donde estaba el general Lemoine, á quien debia trasmitir una órden de Championnet, le condujo á donde estaba Cayetano Mammone.

Era un ayudante del general en gefe, llamado Claie.

—Llegas á tiempo, le dijo Mammone, porque tenia sed.

Ya sabe el lector con qué clase de bebidas acostumbraba Mammone apagar su sed.

Hizo desnudar al ayudante y mandó que le atasen á un árbol.

Luego le puso el dedo en la arteria carótida para reconocer bien el sitio en que latía y hecho esto, le clavó en ella su puñal.

El ayudante no habia hablado, ni suplicado, ni exhalado una queja : veía en las manos de que canibal habia caído, y, como el gladiador antiguo, no habia pensado mas que en una cosa, en morir bien.

Herido mortalmente, no dió ni un grito ni dejó escapar un suspiro.

La sangre brotó á borbotones de la herida, como sale siempre de una arteria.

Mammone aplicó los labios al cuello del oficial, como los habia aplicado al pecho del duque de Filomarino, y se hartó voluptuosamente de esa carne líquida que se llama sangre.

Apagada su sed y miéntras que el prisionero palpataba todavía, cortó las ligaduras que le sujetaban al árbol y pidió una sierra.

Trajéronle la sierra.

Para beber en lo sucesivo la sangre en un vaso digno de tal bebida, le aserró el cráneo por encima de las cejas y del cerevelo, vació les sesos, lavó aquella terrible copa con la sangre que brotaba aun de la herida, reunió y anudó en lo alto de la cabeza los cabellos con una cuerda, para poder cojer el vaso humano como por una peana y mandó descuartizar y echar á los perros el resto del cuerpo.

Anunciáronle sus espías que un destacamento de republicanos de treinta ó cuarenta hombres, se adelantaba por el camino de Tagliacozza, y él mandó esconder las armas, cojer flores y ramas de olivo, dar las flores á las mujeres y las ramas de olivo á los hombres y correr al encuentro de los franceses, convidando al oficial que los mandaba á tomar parte con sus soldados en las fiestas que el pueblecito de Capistrella, compuesto de patriotas, les daba en señal de alegría por su llegada.

Los mensajeros salieron cantando. Abriéronse todas las casas del pueblo; púsose una gran mesa en la plaza de la Alcaldía, cubierta de pan, vino, carne, jamon y queso.

Colocóse otra mesa para los oficiales en una sala del Ayuntamiento cuyas ventanas daban á la plaza.

A una legua de Capistrello los mensajeros encontraron el destacamento mandado por el capitan Tremeau; el guia, que conducia el destacamento, esplicó al capitan republicano lo que querian aquellos hombres, aquellas mujeres y aquellos niños que venian á su encuentro con flores y ramas de olivo. Valiente y leal, el capitan no sospechó siquiera que aquello pudiera encerrar una traicion. Abrazó á las lindas muchachas que le ofrecian ramos de flores; mandó á la cantinera que sacase el barril del aguardiente: bebió á la salud del general Championnet y á la propagacion de la república francesa, y cantando la *Marsellesa* el destacamento se dirigió hácia el pueblo.

Cayetano Mammone, con todo el resto de la poblacion, aguardaba á la entrada del pueblo al destacamento francés, que fué recibido con una inmensa aclamacion y entre muestras de amistad y exclamaciones de alegría, encamináronse hácia la plaza.

Ya hemos dicho que allí se habia colocado una gran mesa donde se pusieron tantos cubiertos como soldados componian el destacamento francés; los oficiales debian comer en la alcaldía, con el alcalde y los regidores, representados por Cayetano Mammone y sus principales bandoleros.

Los soldados, gozosos con semejante recibimiento, pusieron sus fusiles en pabellones á diez pasos de la mesa; las mujeres les quitaron los sables que dieron á los niños para que jugaran á los soldados, y ellos se

sentaron, destaparon las botellas y llenaron los vasos.

El capitán Tremean, un teniente y dos sargentos se sentaban al mismo tiempo en la sala baja de la alcaldía.

Los bandoleros de Mammone se pusieron entre la mesa y los fusiles, que, al ponerse en marcha, el capitán había mandado cargar : los oficiales fueron colocados en la mesa interior de manera que tuviesen sobre cada uno tres ó cuatro bandoleros.

Mammone debía dar la señal de la matanza : asomaría á una ventana el cráneo del ayudante Claie, lleno de vino, y brindaría á la salud del rey Fernando.

Todo sucedió como estaba previsto. Mammone se acercó á la ventana, llenó de vino, sin ser visto, el cráneo, sangriento aun del infortunado oficial, cojió por los cabellos como se coje una copa por el pié, y apareciendo en la ventana del medio, la levantó y pronunció el brándis convenido.

Inmediatamente, la poblacion entera respondió con el grito de :

— ¡ Mueran los franceses !

Precipitáronse los bandoleros sobre los fusiles hechos pabellones ; los que, con pretesto de servirles, rodeaban á los franceses, se echaron atrás ; sonó una descarga á boca de jarro y los republicanos cayeron bajo el fuego de sus propias armas. Los que se libraron de esta descarga ó no estaban mas que heridos, fueron degollados por las mujeres y los niños que se habian apoderado de sus sables.

En cuanto á los oficiales, colocados en el interior de la sala quisieron lanzarse al socorro de sus soldados ; pero cada uno de ellos fué sujeto por cinco ó seis hombres, que no les permitieron moverse de sus puestos.

Mammone, triunfante, se acercó á ellos, con la copa sangrienta en la mano, y les ofreció la vida si querian beber á la salud del rey Fernando en el cráneo de su compatriota.

Los cuatro rehusaron con horror.

Entónces, mandó traer clavos y martillos, obligó á los oficiales á estender las manos y se les clavó á la mesa.

Despues, por las puertas y ventanas se arrojaron faginas y montones de paja dentro de la habitacion, y cerráronse puertas y ventanas, despues de haber pegado fuego al combustible.

Sin embargo, el suplicio de los republicanos fué ménos cruel de lo que esperaban sus verdugos. Uno de los sargentos tuvo el valor de arrancar sus manos de los clavos que le sujetaban, é hizo á sus tres compañeros el terrible favor de darles de puñaladas, clavándose despues él mismo el puñal.

Los cuatro héroes murieron al grito de : « ¡ Viva la República ! »

Estas noticias llegaron á Nápoles , causando gran regocijo al rey Fernando, quien, viéndose tan bien secundado por sus fieles súbditos, resolvió mas que nunca mantenerse en Nápoles.

Dejemos á Mammone, á Fra Diavolo y al abad Pronio seguir el curso de sus hazañas, y veamos lo que pasaba en los aposentos de la reina , quien todo lo contrario del rey, estaba mas que nunca decidida á dejar la capital.

## XXXIV

## EL SUBTERRANEO.

Caracciolo habia dicho la verdad. Interesaba á la política de Inglaterra que Fernando y Carolina, arrojados de su capital de tierra firme, se refugiasen en Sicilia, donde no tendrian nada que esperar de sus tropas ni de sus súbditos, sino solo de los navios y de los marinos ingleses.

Hé aquí la razon por qué Nelson, sir William y Emma Lyonna aconsejaban á la reina que huyese, á la cual la inclinahan por otra parte sus temores personales.

El espectro de su hermana Maria Antonieta, sosteniendo por sus cabellos, encanecidos en una noche, su cabeza en la mano', estaba noche y dia presente á su memoria.

En su consecuencia, diez dias despues de la vuelta del rey, es decir, el 18 de diciembre, la reina celebró consejo en su alcoba con Acton y Emma Lyonna.

Eran las ocho de la noche. Un viento terrible azotaba las ventanas del real palacio, y oíase el ruido de las olas que se estrellaban contra las torres aragonesas del Castillo Nuevo. Una sola lámpara iluminaba el aposento y concentraba su luz sobre un plano del palacio, donde la reina y Acton buscaban al parecer ávidamente algun detalle que no podian hallar.

En un rincon del aposento distinguíase, en la penumbra, una sombra inmóvil y muda, que, con la impasibilidad de una estatua, aguardaba al parecer una orden y se hallaba dispuesta á ejecutarla.

La reina hizo un movimiento de impaciencia.

— Ese pasadizo secreto existe, sin embargo, dijo : estoy cierta.

— ¿ Y V. M. cree que ese pasadizo secreto le es necesario ?

— ¡ Indispensable ! dijo la reina. La tradicion asegura que daba al puerto militar, y solo por ese pasadizo podemos, sin ser vistos, trasportar, á bordo de los navíos ingleses, nuestras alhajas, nuestro oro y los objetos de arte que queremos llevarnos. Si el pueblo sospecha nuestra partida, y si nos ve trasportar solamente un cofre á bordo del *Van Guard*, se armará un motin y nos será imposible embarcarnos. Es absolutamente necesario hallar ese pasadizo.

Y la reina, con la ayuda de un lente, se puso á buscar las líneas que podian indicar el subterráneo en que ponia toda su esperanza.

Acton, viendo la preocupacion de la reina, levantó la cabeza, buscó con la vista la sombra de que hemos hablado, y dijo :

— ¡ Dick !

El jóven se estremeció, como si no hubiese aguardado que le llamasen, y como si su pensamiento, absoluto soberano de su cuerpo, le hubiese trasportado á mil leguas del sitio en que se hallaba.

— ¿ Monseñor ? respondió.

— ¿ Sabeis de qué se trata, Dick ?

— No, monseñor.

— Sin embargo, estais ahí hace cerca de una hora, caballero, dijo la reina con cierta impaciencia.

— Es cierto, señora.

— Entónces debéis haber oido todo lo que hemos dicho y saber lo que buscamos.

— Monseñor no habia dicho que me fuese permitido escuchar, señora. Así es que nada he oido.

— Sir Juan, dijo la reina, teneis un servidor inapreciable.

— Ya he dicho á V. M. cuánto le estimaba.

Luego dirigiéndose al jóven, le dijo:

— Venid acá, Dick.

— Héme aquí, monseñor, dijo el jóven acercándose.

— Sois algo arquitecto, me parece.

— He estudiado, en efecto, dos años de arquitectura.

— Pues bien, entónces, buscad; quizás hallaréis lo que nosotros no hallamos. Debe existir un subterráneo, un pasadizo secreto que va desde el interior del palacio al puerto militar.

Acton se apartó de la mesa y cedió el puesto á su secretario.

Este se inclinó sobre el plano, y levantándose inmediatamente dijo:

— Me parece que es inútil buscar.

— ¿Y por qué?

— Porque si el arquitecto del palacio ha practicado en los cimientos un pasadizo secreto, se habrá guardado muy bien de indicarlo en el plano.

— ¿Porqué razon? preguntó la reina con su impaciencia ordinaria.

— Señora, porque desde el momento en que estuviese indicado en el plano, no seria ya un pasadizo secreto, puesto conocerian todos los que tuvieran el plano.

La reina se echó á reir.

— ¿Sabeis, general, que es bastante lógico lo que dice vuestro secretario?

— Tan lógico, que me avergüenzo de no haber caido en ello, respondió Acton.

— Pues bien, ahora, señor Dick, dijo Emma Lyonna, ayudadnos á buscar ese subterráneo; y una vez hallado,

yo me siento dispuesta , cual heroina de Ana Radcliffe, á esplorarle y á venir á dar cuenta á la reina de mi esploracion.

Antes de responder , Ricardo miró al general Acton como pidiéndole su permiso.

— Hablad, Dick, hablad , le dijo el general ; la reina lo permite y yo confio en vuestra inteligencia y discrecion.

Dick se inclinó.

— Creo, dijo, que ante todo deberian esplorarse los cimientos del palacio que dan á la dársena. Por disimulada que esté la puerta, es imposible que no se encuentre alguna traza.

— Entónces debemos esperar á mañana, dijo la reina, y es una noche perdida.

Dick se acercó á la ventana y dijo :

— ¿ Por qué, señora ? El cielo está nublado , pero la luna está llena. Cada vez que pase por entre dos nubes, me dará bastante claridad para mis pesquisas. Solo necesitare el santo y seña para poder circular libremente por el puerto.

— Nada mas fácil, dijo Acton, vamos juntos á ver al gobernador del castillo, y no solo tendréis el santo y seña, sino que mandará que los centinelas os dejen hacer tranquilamente lo que querais.

— Entónces, general, como dice muy bien S. M., no perdamos tiempo.

— Id, general, dijo la reina, y vos , caballero, procurad corresponder á la buena opinion que tenemos de vos.

— Haré lo que pueda, señora, dijo el jóven.

Y saludando respetuosamente, salió detrás del capitan general.

Al cabo de diez minutos , volvió Acton y dijo á la reina :

— Nuestro sabueso busca la pista y mucho me extrañará que vuelva sin encontrar nada.

En efecto, provisto de la contraseña y recomendado por el oficial de guardia, Dick empezó sus pesquisas, y en un rincón de la muralla encontró una verja cubierta de telarañas, por delante de la cual todo el mundo pasaba sin fijar la atención. Seguro de que aquella era la salida del pasadizo secreto, solo pensó en buscar la entrada.

Volvió al castillo, buscó al criado mas viejo, que era un anciano de ochenta y dos años que fué á Nápoles con Carlos III, al subir este al trono.

Cuando entró en la habitación del anciano, toda la familia estaba á la mesa. Componíase de doce personas. El anciano era el tronco; todos los demás las ramas. Había dos hijos, dos nueras y siete nietos y nietas.

De los dos hijos, uno era sumiller del rey como su padre, y el otro cerrajero de palacio.

El abuelo era un anciano seco, derecho, vigoroso aun y que parecia no haber perdido nada de su inteligencia.

Dick entró y le dijo en español:

— La reina os llama.

El anciano se estremeció. Cuarenta años hacia que nadie le hablaba en su lengua.

— ¡La reina me llama! exclamó admirado en napolitano.

Todos los convidados se levantaron como movidos por un resorte.

— Lo reina os llama, repitió Dick.

— ¿A mí?

— A vos.

— ¿Vuestra Escelencia está seguro de no engañarse?

— Segurísimo.

— ¿Y euándo?

— Al instante.

— ¿Y me he de presentar así á S. M.

— Tal como estais.

— ¡Pero Escelentísimo!...

— La reina espera.

El anciano se levantó mas inquieto que halagado de la invitacion y miró á sus hijos con inquietud.

— Decid á vuestro hijo el cerrajero que no se acueste, añadió Dick en español; la reina lo necesitará probablemente esta noche.

El anciano trasmitió en napolitano la orden á su hijo.

— ¿Estais dispuesto? preguntó Dick.

— A la orden de Su Escelencia, respondió el anciano.

Y con paso casi tan firme como el de su guia, subió la escalera de servicio y atravesó los corredores.

Los hugieres que habian visto salir al jóven con el general iban á anunciar su regreso; pero él les hizo seña de que no se movieran, y llamó suavemente á la puerta de la cámara real.

— Entrad, dijo Carolina, sospechando que solo Dick pudiera tener la discrecion de no hacerse anunciar.

Acton fué á abrir; pero Dick, empujando la puerta, entró, dejando en la antesala al anciano.

— ¿Qué habeis encontrado? preguntó la reina.

— Lo que V. M. deseaba.

— ¿El subterráneo?

— Al menos una de sus puertas, y espero presentar á V. M. el hombre que encontrará la otra.

— ¿Qué hombre?

— El antiguo sumiller de Carlos III.

— Le habeis interrogado?

— No me he creído autorizado á hacerlo, señora.

— ¿Y dónde está ese hombre?

— Aquí.

— Que entre.

Dick se asomó á la puerta, y dijo:

— Entrad.

El anciano entró.

— ¡ Ah ! ¿ sois vos, Pacheco ? dijo la reina. No sabia que anduvieseis aun por este mundo ; me alegro veros vivo y en buena salud.

El anciano se inclinó.

— Justamente, gracias á vuestros años, podreis prestarme un gran servicio.

— Estoy á las órdenes de V. M.

— Vos debéis conocer ó haber oido hablar de un pasadizo secreto, que bajaba desde los sótanos del palacio á la dárcena del arsenal.

El anciano llevó la mano á la frente.

— En efecto, dijo, recuerdo algo de eso.

— Buscad en la memoria, Pacheco, buscad. Necesitamos encontrar hoy ese pasadizo.

El anciano sacudió la cabeza : la reina hizo un movimiento de impaciencia.

— ¡ Diantre ! ya no es uno jóven, dijo Pacheco, á los ochenta y dos años la memoria se va. ¿ Puedo consultar á mis hijos ?

— ¿ Qué son vuestros hijos ? preguntó la reina.

— El mayor, que tiene cincuenta años, me ha sucedido en mi cargo de sumiller, y el otro, que tiene cuarenta y ocho, es cerrajero.

— ¿ Cerrajero, decís !

— Sí, señora, para servir á V. M.

— ¡ Cerrajero ! Ya lo oye V. M., dijo Ricardo. Para abrir la puerta se necesitará uno.

— Está bien, dijo la reina. Id á consultar á vuestros hijos solamente, no á las mujeres.

— Que Dios asista siempre á V. M., dijo el viejo inclinándose al salir.

— Seguid á ese hombre, señor Dick, dijo la reina, y volved lo mas pronto posible á darme parte del resultado de la conferencia.

Dick saludó y salió detrás de Pacheco.

Un cuarto de hora despues volvió.

— El pasadizo se ha hallado, dijo, y el cerrajero está dispuesto á abrir la puerta en cuanto lo mande V. M.

— General, dijo la reina, teneis en el señor Ricardo un hombre de mérito, que os pediré probablemente algun dia.

— Ese dia, señora, respondió Acton, habréis colmado sus mas caros deseos y tambien los míos. ¿Qué manda entre tanto V. M?

— Ven, dijo la reina á Emma Lyónna; hay cosas que debemos ver con nuestros propios ojos.

### XXXV

#### EL HERMANO JOSÉ.

El mismo dia y á la misma hora en que la puerta del pasadizo secreto se abria ánte la reina, un jóven subia á caballo la cuesta del monte Cassino, que ordinariamente no se sube sino á pié ó en mulo.

Pero, sea que tuviese gran confianza en los piés de su cabalgadura ó en su manera de dirigirla, ó sea que acostumbrado al peligro, el peligro le fuese indiferente, habia salido á caballo de San Germano, y, á pesar de las

observaciones que le hicieron para disuadirle de su imprudencia, habia tomado el sendero pedregoso que conduce al convento fundado por San Benito, y que corona la cima mas elevada del monte Cassino.

Aunque tranquilo en apariencia, el jóven no dejaba de estar preocupado con la idea de hallar cerrado el convento del monte Cassino. Pero disponiendo solo de una noche para la visita que iba á hacer y no pudiendo dejarla para otro dia, se puso en camino á la ventura. Llegó á San Germano á las siete y media de la noche, con el cuerpo de ejército de Championnet, y preguntó si habia entre los benedictinos de la montaña santa un hermano José, que era médico cirujano del convento, y la respuesta fué un concierto de bendiciones y de alabanzas. El hermano José merecia á todos el concepto de un sabio y de un filántropo. Aunque no pertenecia á la órden sino por el hábito, pues no era mas que lego, no habia hombre que mas cristianamente se dedicase á aliviar los dolores fisicos y morales de la humanidad. Y decimos morales, porque lo que sobre todo falta á los sacerdotes para cumplir su mision fraternal es, que no habiendo sido padres ni maridos, y no habiendo perdido, ni una esposa querida ni una hija amada, no conocen el idioma en que debe hablarse á los huérfanos del corazon. Los sacerdotes, que tienen palabras para todos los padecimientos, rara vez tienen una lágrima que verter por los de sus semejantes. Pero no sucedia esto al padre José, cuya vida anterior por lo demás nadie sabia, y que un dia se presentó en el convento pidiendo hospitalidad en cambio del ejercicio de su profesion. Y no solo lo sirvió con su corazon sino con su alma y con su persona. Hubiérase dicho que él mismo sufría todos los dolores que consolaba, con el bálsamo de las lágrimas, que Dios nos ha dado para remediar angustias que sin ellas serian mor-

tales. Su habilidad de médico y cirujano no dejaba atrás á la dulzura de su corazón. Así es que en diez leguas á la redonda el hermano José era una verdadera providencia para los afligidos. Los montañeses de la Tierra de Labor y de los Abruzzos le llamaban el *Encantador*.

Hé aquí el hombre á quien buscaba el jóven republicano, que con no poca sorpresa encontró abiertas las puertas del convento y oyó la campana que sonaba lúgubrementemente.

Echó pié á tierra; cubrió el caballo con su capa, comendándole la paciencia como si fuese un sér racional, y entró en el claustro del convento, guiado por las luces y los cánticos que se oían en la iglesia, donde le aguardaba un lúgubre espectáculo.

Habia en medio del corò nn ataúd cubierto con un paño blanco y negro; los frailes rezaban en torno suyo; miles de luces ardian en el altar y al rededor del cenotafio, y de cuando en cuando dejaba oír la campana su tañido fúnebre y vibrante. La muerte habia entrado en el convento y habia dejado la puerta abierta.

El oficial llegó hasta el coro, sin que ni una cabeza se volviese para mirarle. El miró todas aquellas fisonomías; pero no halló la que buscaba. Por último, sudoroso y temblando, preguntó á un fraile:

— ¿Quién ha muerto, padre mio?

— Nuestro santo abad, respondió el fraile.

El jóven respiró.

Después de un instante de silencio, durante el cual levantó los ojos al cielo como para darle gracias, añadió:

— ¿Está ausente ó enfermo el hermano José?

— Está en la celda orando ó trabajando, que es lo mismo que si orase.

Y llamando á un novicio, el fraile le dijo:

— Acompañad á este extranjero á la celda del hermano José.

Y sin haber vuelto la cabeza ni echado una ojeada al forastero, el fraile continuó su rezo.

El novicio tomó una lámpara é indicó al oficial que le siguiera. Subieron al cuarto piso, y en el fondo de un corredor se detuvieron delante de una puerta.

— Esta es la celda del hermano José, dijo el novicio.

El jóven leyó las siguientes palabras escritas sobre la puerta :

« Dios habla en el silencio al corazón del hombre ; el hombre habla con Dios en la soledad. »

— Gracias, respondió al novicio, que se alejó sin decir palabra.

El jóven permaneció inmóvil delante de la puerta con la mano sobre el corazón, mirando como se alejaba el novicio y como disminuía el resplandor de su luz, perdiéndose en las tinieblas del corredor, y profundamente impresionado por cuanto le rodeaba, llamó á la puerta de la celda.

— Entrad, dijo una voz sonora que le hizo estremecer, por el contraste que formaba con todo lo que acababa de ver y oír.

Abrió la puerta y se encontró en presencia de un hombre de cincuenta años, que apenas representaba cuarenta. Una sola arruga, la del pensamiento, cruzaba su frente ; pero ni una sola cana, mensajera de la vejez, se veía entre su abundante y negra cabellera, en la que se hubiera buscado en vano la señal de la tonsura. Tenía la mano derecha puesta sobre una cabeza de muerto y con la izquierda volvía las hojas de un libro en que leía con atención. Una lámpara con pantalla concentraba su luz en torno suyo, dejando el resto en la oscuridad.

El jóven se adelantó con los brazos abiertos; el lector

levantó la cabeza mirando con estrañeza el elegante uniforme que le era desconocido ; pero apénas el que le llevaba entró en el círculo de luz proyectado por la lámpara, cuando de la boca de ambos se escaparon estos gritos :

— ¡ Salvato !

— ¡ Padre mio !

En efecto, eran el padre y el hijo, que volvian á verse despues de diez años de ausencia, y que se arrojaban en brazos uno de otro al conocerse.

Nuestros lectores habrán conocido ya á Salvato en el viajero nocturno, pero quizás no les habrá sucedido lo mismo con el padre José.

### XXXVI

#### EL PADRE Y EL HIJO.

La alegría de aquel padre, privado hacia diez años de todos los goces de la familia, y que volviendo á ver á su hijo, sentia despertarse en su alma los sentimientos mas dulces y violentos del amor paternal, parecia recorrer la escala entera de las sensaciones humanas, y en su manifestacion se asemejaban al arrullo de la paloma y al rugido del leon. No corrió, sino que se abalanzó sobre su hijo ; no se contentó con besarle en las mejillas, sino que le cojió en sus brazos como si fuera un niño, estrechándole contra su corazon, riendo y llorando á un tiempo y buscando al parecer un sitio á donde llevarlo para siempre fuera del mundo, léjos de la tierra y cerca del cielo.

Por último, dejóse caer en un banco, abrazado con

su hijo, miéntas con voz entrecortada, no sabia mas que repetir :

— ¡Cómo! ¿eres tú, hijo mio? ¿mi Salvato? ¿Eres tú? ¿Con que eres tú?

— ¡Oh, padre mio! ¡padre mio! respondió el jóven sollozando, os amo todo cuanto un hijo puede amar; pero casi me avergüenzo de mi cariño comparándolo con la grandeza del vuestro.

— No te avergüences, hijo mio, respondió Palmieri, la fecunda naturaleza lo quiere así. Amor inmenso en el corazon de los padres, amor limitado en el de los hijos. Mirame, Salvato, y que nuestros diez años de separacion se borren en tu mirada.

El jóven fijó sus grandes ojos negros en su padre, dando á su austera fisonomía la mas dulce espresion que pudo.

— Sí, dijo Palmieri mirando á Salvato con mezcla singular de amor y de orgullo, sí, he hecho de tí una robusta encina y no una elegante palmera; sería injusto si hoy me quejara al ver este sólido tronco cubierto de ruda corteza; queria que fueses hombre y soldado, y has llegado á ser lo que yo queria que fueses. Déjame que bese tus charreteras de brigadier, señal de tu valor. Has tenido la fuerza de obedecerme, cuando te dije al separarnos: «No me escribas, si no tienes necesidad de mi cariño y de mis cuidados;» porque temo las debilidades terrestres, y esperé un instante que movido por mis aspiraciones, Dios se revelaria á mi espíritu; porque si mi corazon quiere creer (¡compadécete de mí, hijo mio!) mi espíritu se obstina en dudar. Pero tú no has tenido el valor de pasar cerca de mí sin verme, sin abrazarme y decirme: «¡Padre mio, todavía hay en el mundo un corazon que te ama, y este corazon es el de tu hijo!» ¡Gracias, amado hijo mio!

— No, padre mio, no he vacilado ; una voz secreta me decia que era portador de alegrías que aguardábais hace mucho tiempo. Sin embargo, puesto ya en camino, me asaltó la duda ; justamente fué al pié de esta montaña donde nos separamos hace diez años, yo para perderme en el mundo ; vos para buscar á Dios. He venido al paso de mi caballo, sin detenerlo ni apresurarlo ; pero he sentido cuánto os amaba, cuando al entrar en la iglesia no os he visto entre los frailes que rodeaban el ataúd del abad, y durante un momento he temido que fuéseis vos, amado padre, el que se hallaba bajo el paño mortuorio. Yo mismo no he conocido el eco de mi voz cuando pregunté donde estábais. Ante la puerta de vuestra celda, me ha asaltado de nuevo, temiendo hallaros petrificado como esas estátuas que murmuraban palabras ininteligibles en el coro y que parecian no pertenecer ya á la humanidad ; pero para tranquilizarme ha bastado esta palabra vuestra : «Entrad.» Padre mio, gracias á Dios, vos sois el único vivo entre todos estos muertos.

— Sin embargo, mi querido Salvato, era esa muerte ficticia lo que buscaba al retirarme á un convento. El convento tiene de bueno que, en general, combate victoriosamente el suicidio. Despues de un gran pesar, de una pérdida irreparable, retirarse á un convento es saltarse moralmente la tapa de los sesos, es matar el cuerpo sin tocar el alma, segun la Iglesia ; y hé aquí donde principia la duda para mí, porque el recepto está en oposicion con la naturaleza. Segun afirma la Iglesia, matar el hombre, es perfeccionarlo, y una voz secreta me dice que miéntras el hombre es mas hombre, y por consecuencia, se esparce mas, por medio de la ciencia, de la caridad, del genio y del arte, por la humanidad entera, es mejor. El que en este piadoso retiro,

dicen nuestros hermanos, oye ménos rumores terrestres es el que, estando mas léjos de la tierra, está mas cerca de Dios. He querido someter mi cuerpo y mi espíritu á esta máxima, y vivo aun, convertirme en cadáver; pero mi espíritu y mi cuerpo se han levantado y me han dicho: «La perfeccion, si existe, está en el camino opuesto. Vive en la soledad; pero acrecienta en provecho de la humanidad el tesoro de ciencia que has adquirido; vive en la meditacion, pero que tu meditacion sea fecunda y no estéril; haz de tu dolor un bálsamo compuesto de filosofía, de caridad y de lágrimas, para aplicarlo á los dolores ajenos.» Desde entónces he seguido la vocacion que me arrastraba. A todos los que me han llamado he respondido: «Aquí me tienes.» No soy quizás mas perfecto; pero indudablemente he sido mas útil. Y, cosa estraña, me he apartado de todos los principios vulgares, he seguido la voz de mi conciencia, que me decía: «En el curso de tu existencia, has cortado la vida á tres personas; en lugar de hacer penitencia, en lugar de ayunar, en lugar de orar, alivia todos los dolores que puedas, prolonga el mayor número de existencias posible, y créeme, las acciones de gracia de los que te deberán tantos favores, ahogarán la voz de los miserables que has enviado ántes de tiempo á dar cuenta de sus crímenes al soberano juez.»

— Continúad vuestra vida, vida de caridad y de abnegacion: vos estais en la verdad, padre mio..... A esos hombres que os rodean, se les respeta y se les teme; pero á vos se os ama y se os bendice.

— Y sin embargo, son mas felices que yo, al ménos bajo el punto de vista religioso; ellos se inclinan ante la creencia, y yo combato con la duda. ¿Por qué puso Dios en el paraíso el árbol de la ciencia? ¿Por qué para llegar á la fé debemos abdicar la parte mas sana, la mejor

de la razon, en tanto que la ciencia nos prohíbe implacable, no solo afirmar, sino creer sin pruebas?

— Comprendo, padre mio; sois un hombre honrado y no esperais retribucion, no creéis mas que en esta vida.

— ¿Y tú crees en otra? preguntó Palmieri.

Salvato sonrió.

— A mi edad, dijo, se ocupa uno poco de la vida y de la muerte, aunque siempre esté, entre la muerte y la vida, y con frecuencia mas de cerca de la muerte que los ancianos que, cubiertos de canas y con paso vacilante, van á llamar á las puertas del cementerio.

Despues de un instante de silencio añadió Salvato :

— Yo tambien últimamente llamé á esa puerta, y sino contaba con respuesta á la pregunta que dirigí á la tumba, conservaba al menos una esperanza ¿Por qué no haceis como yo, padre mio? ¿Por qué, despues de vivir bien, teméis morir mal?

— No temo morir mal, hijo mio, sino morir entero. Soy de los que no saben enseñar lo que no creen. Mi arte no es tan infalible, que sepa luchar eternamente con la muerte. Solo Hércules fué vencedor siempre. Cuando, presintiendo su próximo fin, me dice un enfermo: « Ya que no podeis hacer nada por mí como médico, consoladme al menos, » en lugar de aprovecharme de la debilidad de su razon para inculcarle una creencia que no tengo, me callo, por no dar á un moribundo afirmacion sin prueba, esperanza sin certidumbre. No niego la existencia de un mundo sobrenatural; me contento, y no es poco, con no creer en él, y no creyendo, no puedo prometerlo á los que lo buscan en las tinieblas de la agonía.

— Pero vos sabeis que yo he visto á mi madre despues de muerta.



— No tú, hijo mio, sino una mujer del pueblo, inteligencia grosera, espíritu aterrorizado que dijo: «He visto allí, junto á la cuna del niño, una sombra que lo mecía cantando.» Y yo, jóven todavía y amante de lo maravilloso, respondí: «Puede ser.» Y que podia ser. ¡Pero al envejecer, he dudado; porque la duda aumenta á medida que nos acercamos á la terrible realidad. ¡Cuántas veces en esta celda, solo, con este devorador pensamiento de la nada, que á cierta edad entra en la vida para no volver á salir, y que, cual espectro invisible pero palpable nos acompaña, cuántas veces me he arrodillado ante este crucifijo evocando la leyenda poética de tu infancia y pidiendo á Dios que renovara en mi favor el milagro que habia hecho por tí! Nunca se dignó Dios responderme. Sé que no está obligado á manifestar su poder y su voluntad á un átomo como yo; pero, en fin, hubiera podido ser misericordioso conmigo, y no lo ha sido.

— Lo será, padre mio.

— No, sería un milagro, y los milagros no estan en el orden lógico de la naturaleza. ¿Qué somos nosotros, además, para que Dios se tome el trabajo, en su inmutable eternidad, de mudar la marcha impuesta á la creacion! ¿Qué somos nosotros para él? Una imperceptible florescencia de la materia, en la cual, desde hace millones de siglos, se produce un fenómeno complejo, inevitable, fugitivo, llamado la vida. Este fenómeno se estiende en la vegetacion, desde el liquen hasta el cedro; en la animalizacion, desde el infusorio hasta el mastodonte. La obra maestra de la vegetacion es la Sensitiva; la obra maestra de la animalizacion es el Hombre. ¿Qué constituye la superioridad del animal bípedo é implume de Platon sobre los demás animales? Una casualidad. Su lugar en la escala de los séres creados se en-

cuentra mas alto, y este lugar le dá derecho á que una porcion de su ser sea mas completa que en sus hermanos inferiores. ¿Cuál es este signo de su perfeccion? La sustitucion de la razon al instinto. ¿Y la prueba de esta organizacion superior? La facultad de hablar, en lugar de ladrar ó de rugir. Pero cuando llega la muerte, estinguendo la palabra, destruyendo la razon, el cráneo del que fué Carlo Magno, Justiniano, Virgilio, César, Fidas, Sócrates ó Píndaro, lo mismo que el de Yorik, se llenan de *hermoso y buen fango*, y entónces todo está dicho; la farsa del mundo ha concluido y la apagada luz no volverá á encenderse en la linterna. ¿Qué era? Nada. ¿Qué será cuando deje de ser? Nada; lo que era ántes de nacer. Debemos renacer bajo otra forma, dice la esperanza; pasar á un mundo mejor, dice el orgullo. ¿Y qué me importa, si durante el viaje pierdo la memoria y olvido que he vivido, y si las mismas tinieblas que se estenden mas acá de la cuna deben estenderse mas allá del sepulcro? El dia en que el hombre conserve el recuerdo de sus metamórfosis será inmortal, y la muerte no será mas que un accidente de su inmortalidad. Solo Pitágoras se acordaba de un mundo anterior. ¿Pero qué significa un taumaturgo que recuerda ante un mundo entero que olvida?... Dejemos esta desoladora cuestion. La soledad es la que engendra estas pesadillas. Te he contado mi vida; refiéreme la tuya; vierte un rayo de tu aurora y de tus esperanzas en medio de mi crepúsculo y de mis dudas. Habla, y hazme olvidar hasta el eco de mi voz.

El jóven obedeció. Tenia toda la aurora de su existencia que contar á su padre: refirióle sus combates, sus triunfos, sus peligros, sus amores. Palmieri sonrió y lloró alternativamente. Quiso ver la herida y oscultar el pecho, y no cansándose el padre de preguntar y el hijo de res-

ponder, vieron asomar el dia y llegar hasta ellos el ruido de trompetas y tambores, que anunciaba la hora de la separacion.

Palmieri quiso separarse de su hijo lo mas tarde posible, y como diez años antes, le acompañó hasta las primeras casas de San Germano, llevándole á él del brazo y por la brida al caballo.

### XXXVII

#### LA RESPUESTA DEL EMPERADOR.

El tiempo entretanto caminaba con su impasible regularidad, y el ejército francés, aunque acosado por las guerrillas de Pronio, Mammone y Fra Diavolo, seguia tan impasible como el tiempo su triple marcha al través de los Abruzzos, la Tierra de Labor y la orilla del mar Tireno. En Nápoles conocian todos los movimientos de los republicanos y que Championnet, con la primera division de su ejército, habia acampado el 18 en San Germano y se adelantaba sobre Cápua.

El 20 á las ocho de la mañana, el príncipe de Maliterno y el duque de Rocca Romana, á la cabeza cada cual de un regimiento de voluntarios, reclutados entre la juventud noble ó rica de Nápoles y sus alrededores, fueron á despedirse de la reina y se pusieron en marcha para salir al encuentro á los republicanos.

A medida que el peligro se acercaba, se hacia mas profunda la division entre el partido del rey y el de la reina. El del rey se componía de Ruffo, Caracciolo, el ministro de la guerra Ariola y de todos los que, por honor del nombre napolitano, querian que se resistiese á todo trance, defendiendo Nápoles hasta el último estre-

mo. El de la reina se componia de sir Hamilton y Emma Lyonna, Nelson, Acton, Castelcicala, Vanni y Guidobaldi, que querian el abandono de Nápoles y la fuga inmediata y sin lucha.

Despues de todo, la reina estaba confusa, temiendo que Ferrari habia de llegar de un momento á otro. Viéndose el rey engañado tan descaradamente y sabiendo al fin, sobre quién debia pesar la responsabilidad de todos los desastres que agoviaban al reino, podia, como toda naturaleza débil, cobrar en el terror un momento de energía y de voluntad... y librarse para siempre de la opresion que ejerciera sobre él durante veinte años, un ministro á quien nunca quiso, y una esposa á quien ya no queria. Mientras fué jóven y hermosa, Carolina tuvo á su disposicion un medio infalible de atraerse al rey, y no dejó de emplearlo; pero empezaba á descender el valle de la vida, y el rey, rodeado de hermosas jóvenes, escapaba fácilmente á los halagos de su esposa.

La noche del 20 hubo consejo de Estado; el rey se pronunció decididamente por la defensa.

El consejo concluyó á las doce de la noche.

Desde las doce á la una, la reina estuvo en la cámara oscura, y volvió á su aposento con Simone, que recibió instrucciones secretas de Acton á la una y media. Dick partió para Benevento, donde hacia ya dos dias que lo esperaba un palafrenero de confianza, con uno de los mejores caballos de Acton.

El día 21 empezó en Nápoles una de esas tormentas que duran allí tres dias, y que han dado lugar al proverbio que dice: *nace, pace y muere*.

A pesar de las alternativas de lluvia y de las ráfagas de viento, el pueblo, que presentia una catástrofe, se agolpaba en calles y plazas; pero lo que indicaba algo

extraordinario era que no era el pueblo de los barrios y arrabales el que parecia tan inquieto. Observábanse por el contrario numerosos grupos que hablaban alto, gesticulando con rabia, en la calle del Molo, en la plaza de Palacio, es decir, en toda la estension del largo del castillo, del teatro de San Carlos y de la calle de Chiaia. Estos grupos, al mismo tiempo que rodeaban el palacio, vigilaban la calle de Toledo y la de Piliero. En medio de ellos, tres hombres, funestamente conocidos ya en las anteriores asonadas, hablaban mas alto y se agitaban con mas ardor que los otros: eran Pascual de Simone, el Beccaió y fray Pacífico, que sin saber de que se trataba, daba rienda suelta á su carácter violento y alborotador, golpeando con su garrote, ora en el suelo, ora en la pared ó sobre el pobre jacobino.

Aquella multitud, sin saber lo que esperaba, parecia esperar algo, y el rey, que no sabia mas que ella, pero que estaba inquieto al verla, oculto detrás de una celosía del entresuelo, miraba, acariciando á Júpiter maquinalmente, aquella turba que de cuando en cuando, retumbaba como el trueno á los gritos de « ¡ Viva el rey ! ¡ Mueran los jacobinos ! »

La reina, que sabia donde estaba el rey, se colocó en una pieza inmediata con Acton, pronta á obrar segun las circunstancias, miéntras Emma, en el aposento de la reina, embalaba, ayudada por la San Marco, los papeles mas secretos y las mas preciosas alhajas de su real amiga.

A las once, un jóven desembocó á galope sobre un caballo inglés, por el puente de la Magdalena, y atravesando los sitios mas concurridos de la ciudad, llegó á la plaza de palacio, cambió algunos signos misteriosos con Simon y el Beccaió y entró en palacio por la puerta principal, apeóse y corrió á buscar á la reina, que lo espe-

raba en compañía de Acton : al verlo, le preguntaron ambos :

— ¿Qué hay?

— Me sigue.

— ¿Cuánto tardará en llegar?

— Media hora.

— ¿Están advertidos los que le esperan?

— Sí.

— Ahora, id á mi aposento y decid á lady Hamilton que avise á Nelson.

El jóven subió por la escalera de servicio con una rapidez que mostraba cuán bien las conocia, y desempeñó su encargo.

— ¿Teneis un hombre de confianza que lleve una es-  
quela á lord Nelson?

— Yo mismo, respondió el jóven.

— ¿Sabeis que no hay tiempo que perder?

— Ya lo sé.

— Entónces.....

Emma tomó la pluma y escribió la siguiente linea :

« Probablemente será esta noche ; estad preparado.

» EMMA. »

Con la misma rapidez que habia subido, bajó el jóven las escaleras de palacio y la cuesta del puerto militar ; tomó un bote y abordó el *Van Guard*, que con los masteleros de juanete calados, fondeaba á seis cables de distancia del puerto militar, rodeado de los otros buques ingleses y portugueses, que estaban á las órdenes de Nelson.

El jóven, que no era otro que Ricardo, entregó á Nelson su esquila.

— Las órdenes de S. M. serán cumplidas, dijo Nelson,

y para que podais atestiguarlo, seréis vos mismo el portador.

— Enrique, dijo Nelson á su capitán de bandera, que preparen una canoa para conducir al señor á bordo del *Alemene*.

Y guardando en su pecho el billete de Emma, escribió lo que sigue :

RESERVADÍSIMO.

« Tres botes y la cañonera del *Alemene*, armados solo con armas blancas, para encontrarse en la *Victoria* á las siete y media en punto.

» Un solo bote atracará, y será el del *Van Guard*, los otros permanecerán á alguna distancia con los remos levantados.

» Todos los botes se reunirán antes de las siete, junto al *Alemene*, á las órdenes del comandante Hope.

» *Los garfios de abordaje* en las lanchas.

» Todas las otras lanchas del *Van Guard* y del *Alemene* armadas de cuchillos, y los botes, se reunirán en el *Van Guard* á las órdenes del capitán Hardi, que á las ocho en punto se hará á la mar á medio camino de Molo-sillo.

» Cada lancha llevará cuatro ó seis hombres.

» En caso de peligro, hacer dos señales con fuego.

» HORACIO NELSON.»

« El *Alemene* estará dispuesto á hacerse al mar, durante la noche, si fuese necesario. »

Mientras se ejecutaban estas órdenes, un segundo correo desembocaba por el puente de la Magdalena; y siguiendo el mismo camino que el primero, llegaba á la calle del Piliero; pero allí, el gentío era tal, que á pesar

de su uniforme de correo de gabinete, apenas podia dar un paso su caballo. Como si lo hicieran á propósito, algunos hombres del pueblo se dejaron atropellar y empezaron á injuriarlo.

Ferrari, pues era él el correo, acostumbrado á ver respetar su uniforme, respondió al principio con algunos latigazos repartidos á derecha é izquierda.

Los lazzaronis callaron y se apartaron por costumbre, pero al llegar á la esquina del teatro de San Carlos, un hombre quiso cruzar por delante del caballo, y lo hizo tan torpemente que fué derribado por él.

— ¡Amigos míos! gritó el caído; ese no es un correo del rey, sino un jacobino disfrazado que se escapa. ¡Muera el jacobino!

Los gritos de ¡Al jacobino, al jacobino! resonaron entre la multitud. Simone arrojó al caballo su cuchillo, que le entró hasta el mango por debajo de la espalda.

El caballo se alzó de manos relinchando de dolor, y arrojando un mar de sangre sobre los concurrentes. La vista de la sangre ejerce una influencia mágica sobre los pueblos meridionales. Apenas los lazzaronis se vieron regados por el rojo y tibio licor, lanzáronse dando feroces gritos sobre el jinete y su caballo.

Ferrari comprendió que si el caballo caía él estaba perdido. Sostúvolo cuanto pudo con la brida y las piernas; pero el pobre animal estaba herido de muerte. Fué tropezando á derecha é izquierda, y por un desesperado esfuerzo del jinete levantó las manos y dió un salto hácia adelante; pero Ferrari, viendo que se caía y que no estaba mas que á cincuenta pasos del cuerpo de guardia, pidió socorro á gritos; pero fueron ahogados por los del pueblo, mil veces repetidos, de «¡Muera el jacobino!» Cojió una pistola esperando que la detona-

cion serviria mejor que sus voces ; mas en aquel momento cayó su caballo ; la sacudida hizo salir el tiro y la bala fué á herir á un muchacho de ocho ó diez años, que cayó á tierra.

— ¡ Asesinan á los niños ! gritó una voz.

Al oír este grito, fray Pacífico, que hasta entónces estuvo tranquilo, penetró hasta el centro del grupo, donde caido con su caballo, el desgraciado Ferrari procuraba ponerse en pié y ántes de que lo consiguiera, el garrote del fraile cayó sobre su cabeza y lo aturdió. Pero no era esto lo que se queria : Ferrari debia morir á la vista del rey Fernando. Los cinco ó seis esbirros que estaban en el secreto del drama, rodearon el cuerpo y lo defendieron, miéntras el Beccaio lo arrastraba por los piés, gritando :

— ¡ Paso al jacobino !

Dejaron el caballo muerto donde habia caido, y despues de despojarlo siguieron al Beccaio. A los veinte pasos se encontraron delante de palacio y de la ventana donde estaba el rey, el cual, queriendo saber la causa de tan espantoso tumulto, abrió la celosía. A su vista, redoblaron los gritos. Al oír aquellos bramidos, creyó el rey que, en efecto, se trataba de algun jacobino á quien hacian *justicia*. Y como al rey no le disgustaba aquella manera de desembarazarse de sus enemigos, saludó al pueblo con la sonrisa en los labios. Viendo la aprobacion del rey, quisieron mostrarle que no eran indignos de él, y levantaron al desgraciado Ferrari, ensangrentado, desgarrado, mutilado, pero aun vivo, entre sus brazos ; el correo, que acababa de volver en sí, abrió las ojos, conoció al rey, estendió los brazos y gritó.

— ¡ Socorro, socorro ! Señor, soy yo, yo, vuestro Ferrari !

Aquella escena inesperada, terrible é inesplicable, produjo al rey tal efecto, que fué á caer medio desmayado en un sillón, miéntras Júpiter, que no era hombre ni rey, que no tenia ninguna razon para ser ingrato, ahullaba dolorosamente, y con los ojos ensangrentados y la boca espumosa, saltaba por la ventana y corria al socorro de su amigo.

En aquel momento, abrióse la puerta y entró la reina; tomó al rey por la mano y le obligó á levantarse; condujole á la ventana, y mostrándole aquel pueblo de canibales, que se repartia los miembros de Ferrari, le dijo :

— Ved los hombres con que contais para la defensa de Nápoles y la nuestra : hoy degüella á vuestros servidores; mañana hará lo mismo con nuestros hijos y pasado mañana con nosotros. ¿ Persistís aun en quedaros?

— ¡ Preparadlo todo! exclamó el rey; partiré esta noche...

Y creyendo tener ánte sus ojos al mutilado Ferrari y oir su voz moribunda, que pedia socorro, echó á correr, con las manos en la cara y buscando un refugio en las habitaciones mas retiradas del palacio.

Cuando al cabo de dos horas abrió los ojos, lo primero que vió fué á Júpiter ensangrentado, acostado sobre un pedazo de paño que parecia un resto de la chaqueta del correo.

Arrodillóse el rey junto á Júpiter y se cercioró de que no estaba herido de gravedad; pero deseando saber lo que era el paño sobre que estaba acostado el fiel y valeroso perro, sacó de debajo de él, á pesar de sus gemidos, un pedazo de la chaqueta de Ferrari, que Júpiter habia arrancado de entre las manos á sus asesinos.

Por una casualidad providencial, en aquel pedazo estaba el bolsillo de cuero destinado á encerrar los despa-

chos. El rey abrió el boton que lo cerraba y halló intacto el pliego imperial, que el correo le traía en respuesta á su carta.

Corrió el rey á encerrarse en su cámara, y leyó la siguiente carta :

» A mi carísimo hermano y muy amado primo, tío, suegro, aliado y confederado.

» Yo no he escrito la carta que me mandais con Ferrari y que está falsificada desde el principio hasta el fin.

» La que tuve el honor de dirigir á V. M. era toda de mi puño y letra, y en lugar de escitarle á entrar en campaña, le decia que no intentase nada hasta el mes de abril, época en que cuento que llegarán nuestros buenos y fieles aliados los rusos.

» Si los culpables están al alcance de V. M., no le ocultaré que me alegraria verlos castigados como merecen.

» Tengo el honor de ser, con respeto, de V. M. el carísimo hermano, amado primo, sobrino, yerno, aliado y confederado.

» FRANCISCO. »

La reina y Acton acababan de cometer un crimen inútil; decimos mal; no era inútil, puesto que determinaba al rey á abandonar Nápoles y á refugiarse en Sicilia.

## XXXVIII

## LA FUGA.

Segun hemos dicho ya, la fuga fué resuelta y fijada para aquella misma noche, 21 de diciembre.

Convínose en que el rey, la reina, toda la familia real, ménos el príncipe heredero, su mujer y su hijo, sir. William, Emma Lyonna, Acton y los mas familiares del palacio, pasarian á Sicilia en el *Van Guard*.

Recordará el lector que el rey habia prometido á Caracciolo que si salia de Nápoles seria en su buque; pero habiendo vuelto por el terror á sufrir el yugo de la reina, Fernando no cumplió su promesa por dos razones.

La primera era la vergüenza que experimentaba á la vista del almirante de dejar á Nápoles despues de haber prometido quedarse.

La segunda, que profesando Caracciolo los principios patrióticos de toda la nobleza napolitana, podria, en lugar de llevarle á Sicilia, entregarle á los jacobinos.

Dióse aviso á las princesas de Francia de la resolucion adoptada, y se les enviaron quince mil francos para ayudarles en la fuga.

Todo el dia se empleó en bajar y reunir en el pasadizo secreto las alhajas, el dinero, los muebles preciosos, y las obras de arte que se habian de trasportar á Sicilia. El rey hubiera querido llevarse tambien los canguros, pero viendo que era imposible, contentóse con recomendarlos, en carta escrita de su puño y letra, al jardinero principal de Caserta.

Fernando, que no olvidaba la traicion de la reina y de

Acton, cuya prueba le habia suministrado la carta del emperador, permaneció encerrado en sus habitaciones y se negó ó recibir á nadie. La consigna fué severamente observada con Francisco Caracciolo, que habiendo visto desde su buque las idas y venidas y las señales de los ingleses, sospechó algo y quiso cerciorarse; y con el marqués de Vanni que, habiendo hallado cerrada la puerta de la reina, y sabiendo por el príncipe de Castelcicala que se trataba de la partida, venia, en último extremo, á llamar á la del rey.

Decidióse que el embarque tendria lugar á las diez de la noche, conviniéndose en consecuencia que en aquella hora todas las personas que debian embarcarse se reunirian en la cámara de la reina.

A las diez en punto entró el rey acompañado de su perro; como era el solo amigo con cuya fidelidad contaba, era el único que se llevaba consigo.

Habia pensado primero en el cardenal Ruffo, y luego en Ascoli y en Malespina; pero se dijo para sí que ellos ya sabrian arreglarse solos.

Echó una ojeada al inmenso salon, alumbrado apenas, pues habian temido que la demasiada luz despertase las sospechas, y vió á todos los fugitivos reunidos ó mas bien dispersos en diferentes grupos.

Componiase el grupo principal, de la reina, de su hijo predilecto el príncipe Leopoldo, del jóven príncipe Alberto, de las cuatro princesas y de Emma Lyonna.

La reina estaba sentada en un sofá cerca de Emma Lyonna, que tenia en sus brazos al príncipe Alberto, su favorito, mientras que el príncipe Leopoldo apoyaba su cabeza en el hombro de la reina. Las cuatro princesas, agrupadas en torno de su madre, estaban unas sentadas y acostadas las otras en la alfombra.

Acton, sir William y el príncipe de Castelcicala ha-

blaban en pié en el hueco de una ventana, oyendo silbar el viento y caer la lluvia que azotaba las vidrieras.

Otro grupo de damas de honor, entre las que se distinguía la condesa de San Marcos, confidenta íntima de la reina, rodeaba una mesa.

Apartado en un rincón, donde apenas se le divisaba, estaba Dick, que tan hábil y fielmente desempeñó aquel día las órdenes de su amo y de la reina, á quien podía considerar ya como su ama.

Al entrar el rey todos se levantaron, pero él les hizo seña con la mano para que no se movieran.

— No os incomodeis por mí; no merece la pena, les dijo.

Sentóse cerca de la puerta por donde habia entrado, cojiendo entre sus piernas la cabeza de Júpiter.

Al oír á su padre, el príncipe Alberto, que era poco simpático á la reina y que buscaba en los otros el cariño tan necesario á los niños, dejó á Emma y fué á presentar al rey su frente pálida y algo enfermiza, cubierta de un bosque de rubios cabellos.

El rey apartó los cabellos del niño, le besó en la frente, y, despues de haberle mirado un instante con aire pensativo, le envió de nuevo á Emma Lyonna, á quien el niño llamaba su *madrecita*.

Reinaba un lúgubre silencio en aquella sombría estancia; los que hablaban, hablaban bajo.

A las diez y media debia el conde de Thurn, alemán al servicio de Nápoles, en compañía del marqués de Nizza, que mandaba la escuadra portuguesa, bajo las órdenes de Nelson, penetrar en el palacio por la escalera del subterráneo, á cuyo efecto el conde de Thurn habia recibido una llave de las habitaciones de la reina.

En medio de aquel silencio, el reló dió las diez y media.

Casi al mismo tiempo oyóse llamar á la puerta de comunicacion.

¿Por qué el conde de Thurn llamaba en lugar de abrir, puesto que tenia la llave?

En circunstancias supremas todo lo que en otra situacion seria solamente causa de sorpresa ó inquietud, se convierte en causa de terror.

Estremecióse la reina y se levantó.

— ¿Qué sucede? dijo.

El rey contentóse con mirar; pues no sabia las disposiciones que se habian tomado.

— No puede ser nadie mas que el conde de Thurn, dijo Acton, siempre sereno.

— ¿Y por qué llama, si yo le he dado la llave?

— Si V. M. lo permite, voy á verlo.

— Id, respondió la reina.

Acton encendió una vela y entró en el corredor. Siguióle la reina con una mirada que revelaba su ansiedad. El silencio, de lúgubre que era, se hizo mortal. Al cabo de algunos instantes Acton reapareció.

— ¿Qué hay? preguntó la reina.

— Probablemente la puerta no se abria hacia mucho tiempo, y la llave se ha roto en la cerradura. El conde llamaba para saber si hay medio de abrir la puerta por dentro; yo he probado, y no le hay.

— ¿Qué haremos?

— Derribarla.

— ¿Se lo habeis mandado así?

— Sí, señora, y hé ahí cómo lo ejecuta.

Oyéronse efectivamente golpes violentos y despues el crujido de la puerta que se rompía.

Todos aquellos ruidos tenian algo de siniestro.

Oyéronse pasos que se acercaban, la puerta del salón se abrió y presentóse el conde de Thurn.

— Pido perdón á Vuestras Majestades, dijo, por el ruido que acabo de hacer y por los medios que me he visto obligado á emplear; pero la ruptura de la llave era un accidente imposible de preveer.

— Es un presagio, dijo la reina.

— En todo caso, si es un presagio, dijo el rey con su ordinario buen sentido, significa que haríamos mejor en quedarnos que en partir.

La reina tuvo miedo de que volviese la voluntad á su augusto esposo.

— Partamos, dijo.

— Todo está dispuesto, señora, dijo el conde de Thurn; pero ántes pido permiso para comunicar al rey una órden que he recibido esta noche del almirante Nelson.

Levantóse el rey y se acercó al candelero, cerca del cual le aguardaba el conde de Thurn con un papel en la mano.

— Leed, señor, le dijo.

— La órden está en inglés, dijo el rey, y yo no sé el inglés.

— Voy á traducírsela á V. M.

*A. almirante conde de Thurn.*

« Golfo de Nápoles, 21 de diciembre.

« Preparad, para quemarlas, las fragatas y las corvetas napolitanas. »

— ¿ Qué habeis dicho? preguntó el rey.

« Preparad, para quemarlas, las fragatas y las corvetas napolitanas. »

— ¿Estais seguro de no equivocaros? replicó el rey.

— Seguro, señor.

— ¿Y por qué se han de quemar unas fragatas y corvetas que han costado tanto dinero y en cuya construcción han empleado diez años?

— Para que no caigan en poder de los franceses, señor.

— ¿Pero no se podrían llevar á Sicilia?

— Tal es la orden de milord Nelson, señor, y por eso he querido consultar á V. M. ántes de trasmitirla al marqués de Nizza, que es el encargado de su ejecución.

— Señor, señor, dijo la reina acercándose al rey, perdemos un tiempo precioso, y por mezquindades.

— ¡Cáscaras, señora! exclamó el rey, ¿llamais á eso mezquindades? Consultad el presupuesto de la marina de los últimos diez años y veréis que asciende á mas de treinta millones de escudos.

— Señor, están dando las once, dijo la reina, y milord Nelson nos aguarda.

— Teneis razon, dijo el rey, y milord Nelson no es hombre para esperar ni aun al rey, ni siquiera á la reina. Obedeceréis las órdenes de milord Nelson, señor conde, quemaréis mi escuadra. Lo que Inglaterra no se atreve á tomar, lo quema. ¡Ah! pobre Caracciolo, ¡cuánta razon tenias y qué mal he hecho yo en no seguir tus consejos! Vamos, señores, vamos, señores, no hagamos aguardar á milord Nelson.

Y cojiendo el rey el candelero de manos de Acton, echó á andar delante; todos le siguieron.

Desde el 21 de diciembre de 1798, en que ocurrían estos sucesos, hemos visto tantas fugas reales, que no merecen ya la pena de describirlas. Y, en nuestros dias, en Nápoles, hemos visto al nieto salir por el mismo corre-

dor, bajar la misma escalera que el abuelo y dejar la amada tierra de la patria por la extranjera, siempre triste para el proscrito. Con la diferencia que el abuelo debía volver, y, según toda probabilidad, el nieto está proscrito para siempre.

Pero en la época á que nos referimos era Fernando el que inauguraba estas escapatorias nocturnas y furtivas. De suerte que caminaba silencioso, con el oído atento y el corazón palpitante. Al llegar á la mitad de la escalera, en frente de otra que daba á la cuesta del Gigante, creyó oír ruido. Detúvose, y habiendo llegado el mismo ruido por segunda vez á su oído apagó la luz y todos se hallaron en la oscuridad.

Tuvieron que bajar á tientas y paso á paso la escalera estrecha y desigual en que se habían metido, y que además de no tener pasamanos, era empinada y peligrosa. Sin embargo, llegaron al último escalon sin inconveniente, y sintieron una fresca y húmeda bocanada de aire que les llegaba del exterior.

Estaban á algunos pasos del embarcadero.

Al llegar á la especie de muelle que rodea la muralla del palacio, el conde de Thurn dirigió al cielo una rápida mirada. El cielo estaba cubierto de nubes bajas y que corrían rápidamente. Pudiera comparársele á una mar aérea, cuyas encrespadas olas bajaban para confundirse con las de la mar terrestre. En el estrecho espacio que dejaban libre las nubes y el agua, bramaba el terrible viento sudoeste, causa de los frecuentes naufragios y desastres que en los malos días del año ocurren en el golfo de Nápoles.

El rey observó la inquieta mirada del conde de Thurn, y le dijo :

— Si el tiempo está muy malo, me parece que no deberíamos embarcarnos esta noche.

— Es la orden de milord, respondió el conde; sin embargo, si V. M. se negara resueltamente...

— ¡Es la orden, es la orden! respondió el rey impaciente; pero ¿y si la vida corre peligro? Veamos, conde: ¿respondéis de nosotros?

— Haré todo lo que es capaz de hacer un hombre que lucha contra el viento y la mar, para conducirlos á bordo del *Van Guard*.

— ¡Diablo! eso no es responder. ¿Os embarcariais con un tiempo semejante?

— V. M. lo vé, puesto que solo espero sus órdenes, para conducirlo á bordo del navío almirante.

— Digo si os embarcariais estando en mi lugar.

— En el lugar de V. M., no teniendo que recibir órdenes mas que de las circunstancias y de Dios lo miraria bien primero.

— Y bien, preguntó la reina impaciente, aunque sin atreverse á entrar en la canoa ántes que su marido por respeto á la etiqueta, ¿qué aguardamos?

— ¿Qué aguardamos? exclamó el rey; ¿no oyes lo que dice el conde de Thurn? El tiempo es malo, y él no se atreve á responder de nosotros. Hasta Júpiter, tirando de su cordon, me aconseja que vuelva á palacio.

— Volveos, señor, y haced que nos despedacen á todos, como lo fué esta mañana uno de nuestros mejores servidores. En cuanto á mí, prefiero el mar y sus tempestades á Nápoles y sus habitantes.

— Yo siento mas que nadie la desgracia de mi buen servidor, sobre todo desde que sé lo que debo pensar acerca de su muerte. Y en cuanto al pueblo de Nápoles, no soy yo en verdad quien tenga nada que temer de él.

— Sí, ya lo sé; como el pueblo napolitano ve en vos su representante os adora; pero yo, que no tengo la dicha de merecer sus simpatías, me marchó.

Y á pesar del respeto á la etiqueta, la reina entró ántes que nadie en la canoa.

Las princesitas y el príncipe Leopoldo, acostumbrados á obedecer mas á la reina que al rey, la siguieron inmediatamente.

El príncipe Alberto soltó la mano de Emma Lyonna, corrió al rey y tirándole del brazo en direccion de la canoa, le dijo :

— Ven con nosotros papá.

El rey, que no tenia la costumbre de la resistencia, sino cuando se veia sostenido, miró en torno suyo, para ver si encontraba algun apoyo; pero ánte su mirada, en que tenia mas de suplicante que de amenazadora, todos los ojos se bajaron. El egoismo de unos y el miedo de otros sirvieron de auxiliares á la reina. Viéndose completamente abandonado, se dejó conducir por su hijo, que tiraba de él, como él de su perro.

Entró en la canoa, y sentándose en un banco separado de los demás, dijo :

— Puesto que todos lo quereis... Ven, Júpiter, ven.

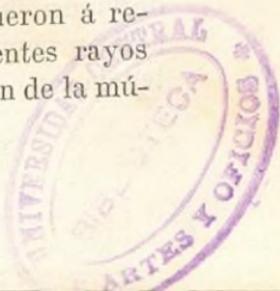
A penas se sentó el rey, el comandante de la canoa gritó :

— Largad.

Dos marineros, armados de espeques, haciendo con ellos hincapié en el muelle, apartaron la canoa y bajando los remos navegaron hácia la salida del puerto.

Las canoas destinadas á los otros pasajeros imitaron á la canoa real.

¡ Qué diferencia entre aquella fuga nocturna, acompañada por los bramidos de la tempestad y de las olas y la alegre fiesta del 22 de setiembre, en que fueron á recibir al vencedor de Abukir, bajo los ardientes rayos del sol de otoño, con una mar tranquila, al son de la mú-



sica de Cimarosa, al ruido de las campanas y al estampido del cañon.

Habian trascurrido apenas tres meses desde que celebraran algo prematuramente la derrota de los franceses, y para huir de ellos iban á pedir hospitalidad, en medio de las tinieblas de una noche tormentosa, á aquel mismo *Van Guard*, que habian recibido en triunfo.

Y todavía faltaba saber si podrian llegar hasta él.

Nelson se habia acercado á la entrada del puerto cuanto lo permitió la seguridad de su navio; pero aun tenian que navegar un cuarto de milla para llegar á él, y segun estaba el tiempo, podian naufragar diez veces antes de atravesarlo.

En efecto, aun ántes de salir del puerto militar, en la canoa real empezaron á comprender lo inminente del peligro. Enormes olas, que atravesaban sin obstáculo desde las islas Baleares hasta el pié del Vesubio, iban á estrellarse á la entrada del puerto militar, y volviendo sobre sí mismas formaban remolinos que amenazaban sepultar aquellas frágiles embarcaciones bajo sus húmedas bóvedas, que en la oscuridad parecian bocas de monstruos abiertas para devorarlas.

Al acercarse á la salida del puerto militar, la misma reina sintió desmayar su ánimo, y el rey, silencioso é inmóvil, con su perro entre las piernas, y apretándole convulsivamente por el cuello, miraba con ojos desencajados aquellas grandes olas que se estrellaban contra el muelle, lanzando siniestros mujidos y arrojando por encima de la muralla masas de espuma que parecian en las tinieblas lluvia de plata.

A pesar del terrible aspecto del mar, el conde de Thurn, fiel observador de las órdenes que habia recibido, procuró superar el obstáculo y vencer la resistencia.

En pié en la proa, cara al viento, que le habia arrebatado el sombrero, y al mar que le habia calado de piés á cabeza, animaba á los remeros repitiendo de cuando en cuando con monótona pero firme entonación, estas tres palabras :

— ¡ Bogad firme, bogad !

La canoa adelantaba.

Pero al llegar al límite que hemos indicado, la lucha fué grave. Tres veces la victoriosa canoa trepó á la cresta de las olas y se deslizó por la opuesta vertiente y otras tantas fué rechazada por las olas que venian de tras.

El conde de Thurn comprendió que era locura querer luchar con semejante adversario, y se volvió para decir al rey :

— Señor, ¿ qué ordenais ?

Apénas tuvo tiempo de concluir la frase. Durante el segundo en que cometió la imprudencia de abandonar la direccion de la canoa, una ola, mas grande y furiosa que las demas, la llenó de agua. La canoa se estremeció y crujió. La reina y las princesitas, que creyeron llegada su última hora, dieron un grito y el perro ahulló lúgubremente.

— ¡ Virad de bordo ! gritó el conde; es tentar á Dios hacerse á la mar con tiempo semejante. A las cinco de la mañana probablemente se amainará el tiempo.

Gozosos sin duda los remeros al oír semejante palabra viraron, y la canoa se dirigió rápidamente al muelle y atracó al punto mas inmediato.



# INDICE

I. — Giovanina.....	4
II. — Andrés Backer.....	48
III. — Los canguros.....	32
IV. — El hombre propone.....	44
V. — El acróstico.....	52
VI. — Los versos sáficos.....	58
VII. — Dios dispone.....	67
VIII. — El pesebre del rey Fernando.....	81
IX. — Poncio Pilatos.....	90
X. — Los inquisidores de Estado.....	100
XI. — La partida.....	111
XII. — Algunas páginas de historia.....	120
XIII. — La diplomacia del general Championnet.....	131
XIV. — Fernando en Roma.....	144
XV. — Habla el castillo de San Angelo.....	151
XVI. — Donde reaparace Nanno.....	165
XVII. — Aquiles en casa de Deidamia.....	174
XVIII. — La batalla.....	188
XIX. — La victoria.....	202
XX. — La vuelta.....	212
XXI. — Las inquietudes de Nelson.....	227
XXII. — Todo se ha perdido, incluso el honor.....	235
XXIII. — Donde Su Majestad concluye por no estar mas enterado al fin que al principio.....	244
XXIV. — Donde Vanni se acerca al objeto que ambicionaba tanto tiempo hacia.....	253
XXV. — Ulises y Circe.....	260
XXVI. — El interrogatorio de Nicolino.....	270
XXVII. — El abad Pronio.....	282
XXVIII. — Un discípulo de Maquiavelo.....	295
XXIX. — Donde Miguel el loco es nombrado capitán, esperando que le nombren coronel.....	304
XXX. — Amante y esposa.....	315
XXXI. — Los dos admirantes.....	325
XXXII. — Donde se esplica la diferencia que hay en los pueblos libres y los pueblos independientes...	336
XXXIII. — Los bandoleros.....	345
XXXIV. — El subterráneo.....	354
XXXV. — El hermano José.....	361
XXXVI. — El padre y el hijo.....	365
XXXVII. — La respuesta del emperador.....	372
XXXVIII. — La fuga.....	381







